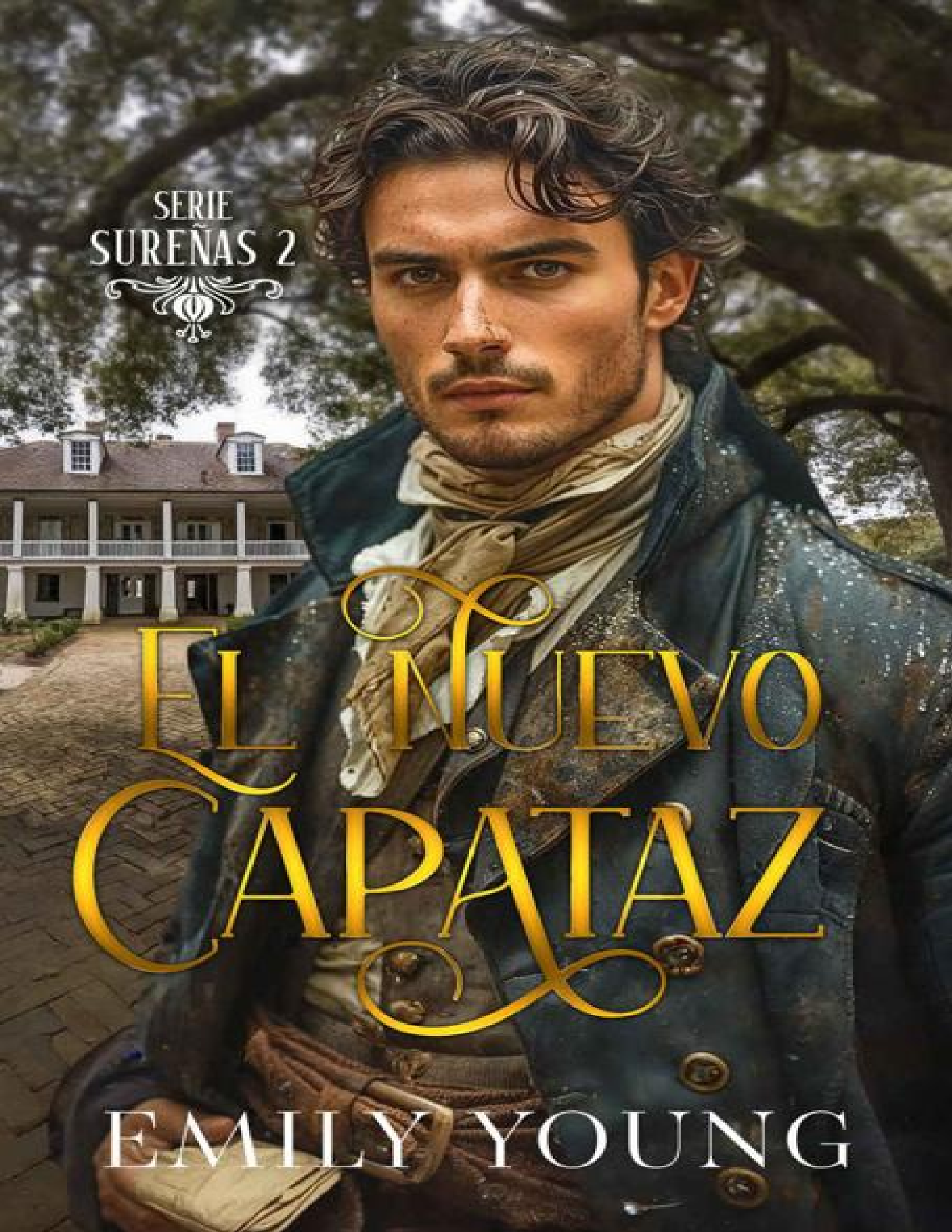

SERIE
SUREÑAS 2
EL NUEVO
CAPATAZ
EMILY YOUNG

El Nuevo Capataz

EMILY YOUNG



©EMILY YOUNG

Título original – El nuevo capataz

Primera edición, 2025

Todos los derechos reservados.



Ella le necesitaba para no perder su plantación, pero no sabía que su trato con el nuevo capataz lo cambiaría todo.

Criada por su abuelo como una mujer fuerte e independiente, la señorita Palmer debe ocuparse de todo tras la muerte de este. Ahora, tendrá que luchar contra los prejuicios, la naturaleza, los piratas, y contra el Imperio Británico. Aunque para ello deba contratar a un escocés cabezota y malhumorado como capataz.

Desde que fue traído a Estados Unidos como esclavo, el escocés Bruce Keegan ha luchado por su libertad y para forzarse un futuro en esta tierra. Sin embargo un error lo convierte en el nuevo capataz de la plantación Palmer, aunque se niega a ser la marioneta de una mujer desafiante y hermosa que constantemente pone a prueba su paciencia.

Sin olvidar que dicha mujer le ha robado el corazón y se niega a entregar el suyo.

No te pierdas esta novela romántica donde los malentendidos crean situaciones inesperadas y donde los enemigos acechan en cada esquina. Todo ello mientras nuestros protagonistas se enamoran al compás de los murmullos del viento de Maryland.

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Siguiente libro de la serie

Notas

Capítulo 1

La propiedad Palmer, Maryland Otoño de 1743

La tormenta cobró furia a medida que avanzaba hacia el este por las oscuras y turbulentas aguas del Chesapeake. Los truenos sacudieron el cosmos; dentados relámpagos unieron cielo y tierra en aterrador esplendor mientras la tempestad desataba su crudo poder contra la tierra.

Láminas de lluvia torrencial asaltaron la casa, haciendo sonar las ventanas y cayendo en cascada por el empinado tejado de tejas en oleadas empapadas. Corrientes de agua se abrieron paso por el interior de las chimeneas, haciendo que los fuegos moribundos silbaran y crepitaran, y lanzando chispas que rebotaban contra los anchos hogares de ladrillo.

Gimiendo, los álamos gigantes que cobijaban la casa se doblaron bajo el viento, mientras las hojas y las ramas pequeñas se desprendían y caían en la oscuridad. Una rama debilitada cedió bajo la tensión y se estrelló contra la casa, haciendo añicos una preciosa ventana de varios cristales.

El sonido de los cristales rotos fue seguido casi de inmediato por un quejido bajo y arañazos en la puerta de Charlie.

—Un momento, Terry. —Charlie acercó el libro de contabilidad y pasó un dedo por las

pulcras hileras de cifras escritas primero con la mano atrevida de su abuelo y luego con la suya, verificando mentalmente las sumas y el saldo posterior. El quejido del perro se hizo más insistente—. Muy bien, muy bien.

Con un suspiro, Charlie volvió a colocar la pluma de ganso en el tintero, pasó por encima de una silla a medio remendar y cruzó a grandes zancadas la sombría alcoba para abrir la puerta de un tirón. Al instante, un perro enorme y desgreñado entró en la habitación, casi derribándola en su entusiasmo. Una lengua húmeda arañó la cara de Charlie, que lo apartó de un empujón.

—Abajo. Abajo, Terry. —Lo regañó, a medias—. Te quedarás un ratito dentro, pero no vas a convertirlo en un hábito.

El perro empujó el hocico bajo su mano, y ella capituló, arrodillándose en el frío suelo y rodeándolo con los brazos.

—Buen perro, buen Terry. —Él le erizó el pelaje desgreñado. —No eres un cobarde, ¿verdad? ¿No tienes miedo de una pequeña tormenta?

Charlie sabía que debía investigar los cristales rotos, pero Ben o uno de los criados se encargarían de ello. Si ocurriera algo grave, ya estarían llamándola a gritos. Le dio una última palmadita al perro y volvió a las cuentas de la plantación sobre su desordenado escritorio. Terry se acomodó en la pequeña alfombra junto a su silla, apoyando su enorme cabeza contra sus altas botas de cuero.

Secretamente contenta por la compañía, Charlie cogió la pluma y reanudó sus cálculos. La vacilante luz del fuego proyectaba un resplandor dorado sobre sus facciones mientras se concentraba en las cifras precisas. Como la mayoría de los plantadores de tabaco del Tidewater, Charlie estaba muy endeudada. Pero a diferencia de la mayoría de ellos, sus problemas se agravaban por el hecho de ser mujer.

Desde la muerte de su abuelo, hacía casi un año, había descubierto que le resultaba casi imposible llevar los asuntos cotidianos de la plantación. Los capitanes de los barcos que habían

hecho negocios con el viejo Charles durante años de repente no tenían sitio en sus navíos para el tabaco de Charlie. Un vecino, al que habían comprado bosques, exigía el pago inmediato, a pesar de que le había dado a su abuelo cinco años para pagar.

Si no podía embarcar su tabaco, no habría dinero para pagar las deudas, ni para encargar a Inglaterra bienes preciosos como herramientas de hierro, agujas o sal para conservar la carne.

—A los hombres no les gusta tratar con una mujer. —Había declarado su abogado, Patrick Danvers, la mañana del funeral de su abuelo—. Debe contratar a un capataz, alguien que aplaque a los mercaderes y a los capitanes de barco, por no mencionar a su manufacturero londinense. Estoy seguro de que no le renovará el contrato el año que viene, y entonces, ¿Qué hará? Sin un manufacturero, ¡no podrá vender su maldito tabaco si lo lleva a Inglaterra!

—La propiedad Palmer nunca ha tenido un capataz. —Había declarado Charlie—. Mi abuelo no creía en ellos. Soy perfectamente capaz de llevar mis propios asuntos. Además —había admitido—, no podría permitirme un capataz aunque quisiera.

Pero ella sabía que una vez que Patrick tenía algo en ese cerebro suyo, era como un perro con un hueso. Ella esperaba que esta vez fuera diferente.

Charlie cerró de golpe el libro de contabilidad y se inclinó hacia delante para apoyar la frente en las manos entrelazadas. Patrick o estas cifras, ¡no sabía qué era peor! Su situación financiera era desesperada; tenía que vender la cosecha de tabaco de este año o de lo contrario...

Había dejado que Patrick la convenciera de que la plantación iría mejor con un capataz varón, aunque secretamente esperaba que no fuera capaz de encontrar uno que consintiera en trabajar para una mujer. Para su deleite, las escuetas misivas de Patrick habían incluido referencias a contundentes negativas de posibles candidatos al puesto. A medida que habían pasado los meses y la mención de un capataz había desaparecido de sus informes, Charlie había empezado a pensar que el asunto estaba cerrado.

La última y extensa carta de Patrick, recibida hacía varias semanas, había demostrado lo

contrario:

"*Se ha contratado a un capataz para La propiedad Palmer,* había escrito. *Es un antiguo sirviente, pero tiene diez años de experiencia y viene con una extraordinaria recomendación. Estoy seguro de que estará satisfecha con él. Como su abogado, he firmado un contrato de dos años con el amo Keegan de la Colonia de Virginia"*.

¡Maldito Patrick! Si no había podido permitirse un capataz la primavera pasada, desde luego no podría permitírselo ahora. Pero sería imposible romper ese contrato sin pagar el salario completo del amo Keegan por todo el período de dos años, o sin destruir cualquier hilo de credibilidad que ella tuviera como dueña de La propiedad Palmer. Le gustara o no, tendría un capataz en cuanto llegara.

Los pensamientos de Charlie se ahogaron en el retumbar de un trueno, y luego se olvidaron cuando un rayo cayó tan cerca que iluminó la alcoba. El trueno resultante sacudió la casa y la ensordeció momentáneamente. Durante dos largos latidos, el terror primitivo la mantuvo paralizada, luego su cerebro se puso en acción y corrió hacia la ventana empapada por la lluvia. La lluvia torrencial le impedía ver nada, pero estaba segura de que el rayo había alcanzado algo cercano.

Charlie cogió una capa desgastada del respaldo de una silla y se la echó sobre los hombros.

—¡Quédate aquí! —ordenó a Terry. Cerrando con cuidado la puerta del dormitorio tras ella, bajó a toda prisa las anchas escaleras y entró en el vestíbulo.

La forma sombría de un anciano apareció ante ella portando un farol.

—Creo que ha dado cerca, señorita Charlie —tembló la delgada voz—. Iba a echar un vistazo.

—Iré yo. —Ella tomó la linterna de su arrugada mano.

—No debe salir ahí fuera señorita. Es una tormenta muy fuerte. Ya sabe cómo odia las

tormentas eléctricas. Si el amo Charles estuviera aquí...

—Pero él no está aquí, Ben. —Su voz se suavizó—. Estaré bien. Quédate dentro donde está seco.

Afuera, la lluvia empapó su capa en segundos, y ella se quitó la pesada y empapada masa de los hombros. El viento le desgarraba el pelo desatado y clavaba agujas de lluvia helada contra su piel, amenazando con hundirla en el barro resbaladizo y frío. Charlie cerró los ojos contra los palos y los escombros que volaban, abriéndose paso lentamente de memoria por el familiar corral. El viento llenaba sus oídos y la lluvia empapaba su camisa de lino y sus calzones, helándole el cuerpo.

Otro relámpago iluminó el granero que tenía delante, sobresaltándola de tal forma que resbaló sobre una rodilla en el fango. El relincho de una yegua fue arrastrado por el viento, agudo y lleno de miedo.

Incorporándose con dificultad, Charlie corrió los últimos cien metros hasta el granero y abrió de un tirón la pesada puerta de madera. El humo y el acre olor a heno quemado la envolvieron. Las llamas bailaban en el extremo más alejado del pasillo central. Trozos de madera volaron del establo a su derecha cuando el semental alazán arremetió con poderosas pezuñas contra la puerta de tablones.

—¡So! ¡So, chico! —Charlie abrió el cerrojo de hierro y se protegió con la puerta mientras Barón se encabritaba, luego se lanzó por la abertura hacia un lugar seguro.

No necesitó la linterna. El fuego creciente le proporcionaba luz suficiente mientras Charlie corría de establo en establo, abriendo puertas e intentando poner a salvo a los aterrorizados caballos. El espeso humo la ahogaba y sus ojos se llenaban de lágrimas.

Un relincho estridente salió del último establo de la derecha. Las llamas ya se habían extendido por las paredes. Llovían chispas sobre la yegua alazana y su potro se encogió en la esquina más alejada del box. Charlie se agarró a la barra metálica, llorando en voz alta cuando el

intenso calor le levantó ampollas en la mano. El establo estaba lleno de paja hasta las rodillas y ardía ahora en media docena de sitios. Frenéticamente, Charlie buscó algo para forzar el pestillo. En la pared más alejada colgaba una horca; la agarró y utilizó el mango de madera para golpear contra la barra y abrir la puerta.

—¿Dónde está? —gritó un hombre por encima del estruendo.

Charlie se volvió hacia la voz.

—¡Al otro lado! ¡El semental! ¡Sáquenlo! —ordenó, luego corrió hacia la yegua en picado y se agarró a su ronzal. Una pezuña le rozó la rodilla cuando la alazana se encabritó, impulsada más allá de lo razonable por el fuego. Charlie vio las estrellas y jadeó para no desmayarse. El dolor le subió por la pierna; apenas aguantaba su peso. Aun así se aferró al ronzal.

—Vamos, Scarlet —suplicó. La yegua puso los ojos en blanco hasta que se le vieron los blancos y retrocedió más contra la pared, inmovilizando al potro moteado tras ella. El potro dio pequeños bufidos de miedo mientras luchaba por mantener el equilibrio en la paja humeante.

Charlie sintió como si le arrancaran el brazo de su sitio. Su mano ampollada era una agonía contra la correa de cuero. Se soltó y agarró la horca, utilizando el mango para golpear la grupa de la yegua.

—¡Fuera de aquí! —gritó—. ¡Vete! —Una chispa le quemó la manga por debajo del codo y se arrancó la voluminosa camisa que llevaba por encima del jersey de algodón y la envolvió alrededor de la cabeza de la yegua.

Incapaz de ver, el animal se aquietó, permitiendo que la mujer la condujera, paso a paso tembloroso, fuera del establo y por la pasarela, con el potro pisándole los talones. Unas fuertes manos masculinas agarraron el ronzal cerca de la entrada del establo, y Charlie habría corrido de nuevo hacia el infierno pero su rodilla falló, tirándola al suelo. De repente alguien la agarró, tirando de ella para ponerla en pie, arrastrándola hacia las puertas abiertas.

—¡No! —protestó ella—. ¡Soltadme! Tengo que...

El grito aterrorizado de un caballo ahogó sus palabras mientras era arrastrada a los brazos de un desconocido.

—¡No! —Con fiereza golpeó el rostro barbudo cercano al suyo—. ¡Bájeme!

Un agarre de hierro se cerró en torno a su muñeca.

—¡Pégeme otra vez y dejaré que se queme viva! —amenazó una voz ronca.

La lluvia golpeó su cara y Charlie tosió, luchando por respirar.

—¡Bájeme! —repitió.

—Démela.

El suave ceceo de la familiar voz de Iris surgió de la oscuridad. Los brazos de la india atraparon a Charlie mientras el hombre la dejaba caer.

—No pasa nada —la tranquilizó Iris.

—¡Squire sigue ahí dentro! —gritó Charlie.

—El hombre barbudo fue a por él —explicó Iris—. No pasa nada. Niña. No hay nada más que pueda hacer.

Alguien le echó una manta sobre los hombros. Se enjugó los ojos llorosos y miró hacia el granero. Las llamas salían disparadas por los aires, perforando el tejado de tejas por varios sitios. La razón inundó su cerebro.

—¿Quién es, Iris? ¿Quién fue tras Squire? —Vagamente distinguió las formas de Peter y Joe entre la multitud cargando cubos de agua—. ¿Quién está en el granero?

Se oyó un grito cuando un hombre corpulento y un caballo asomaron por la puerta. El desconocido iba con el torso desnudo y la camisa enrollada alrededor de la cabeza del semental.

—¿Está bien? —llamó Charlie. Sus ojos recorrieron el valioso caballo de tiro antes de volver a posarse en el hombre. Un ceño frunció su rostro—. ¿Quién es usted? —preguntó, contemplando el rostro manchado de humo.

Sus rasgos escarpados estaban oscurecidos por la suciedad y las cenizas, pero Charlie habría recordado aquellos brazos de herrero y aquel pecho ancho y musculoso de haberlo visto antes.

Peter se adelantó para agarrar el ronzal del semental. El desconocido soltó al caballo y miró con odio a Charlie.

—Le he preguntado quién es —repitió—. ¿Está herido?

—No gracias a usted—. El rebuzno de las tierras altas se aferraba a la voz profunda.

Se frotó la mejilla, evaluándola con audacia.

—¿Qué lugar es éste, donde una moza arriesga su vida mientras los hombres se quedan atrás? —Su insolente mirada se fijó en la raída manta y los ceñidos calzones—. Su marido debería avergonzarse.

Charlie se puso rígida, consciente del espectáculo que debía dar con la cara ennegrecida y el pelo colgando en mechones. Sus labios se blanquearon de ira.

—No tengo marido —declaró—, ni deseo tenerlo—. Se enfrentó a la descarada mirada del hombre con una propia—. Le debo las gracias por salvar al semental; fue un acto valeroso. Una muerte por fuego no es algo que desearía ni para el hombre ni para la bestia.

Asintió.

—Parecía que ninguno de ellos —miró a su alrededor, a los hombres y mujeres que se arremolinaban—, estaba dispuesto a ir a por usted. Usted misma mostró valentía, o al menos más valentía que sentido común. ¿Tiene por costumbre agredir a sus salvadores?

Charlie mordió un juramento creciente.

—Hasta que usted interfirió, forastero, me las estaba arreglando. Podría haber sacado al semental.

—Es una tonta si piensa eso —replicó él, indicando el sangriento tajo donde había sido golpeada por la pezuña de la yegua—. Esa rodilla habría sido su perdición. Usted y el semental habrían muerto.

—Esa es su opinión.

—Una rara muestra de lógica femenina. —Ignorando su incomodidad, arqueó una ceja oscura de forma inquisitiva—. ¿Sería mucho pedir si pudiéramos entrar para salir de esta maldita lluvia? — Señaló con la cabeza hacia el granero—. La lluvia apagará el fuego, y los animales están a salvo. Parece que hay poco que hacer aquí hasta que amanezca.

Charlie luchó contra un creciente antagonismo mientras se daba la vuelta para guiarle de vuelta a la casa. Se detuvo, sus ojos marrones se entrecerraron con suspicacia.

—No ha dicho su nombre. ¿Es un sirviente o un fugitivo? ¿Por eso se avergüenza de decirlo? ¿Tal vez ha desertado de un barco?

Se rió profundamente.

—¿Tengo el aspecto de un marinero? No tengo tiempo para intercambiar palabras con una descarada sirvienta, por muy agradable que sea. Mi negocio es con el amo de La propiedad Palmer. Soy Bruce Keegan, su nuevo capataz.

—¿Usted? ¿Usted es Keegan? —Charlie fue consciente del gorjeo de diversión de Iris detrás de ella.

—Sí, preciosa, lo soy.

—El nuevo capataz de La propiedad Palmer, ¿verdad? —Charlie dejó caer su mirada hacia

las botas embarradas del escocés y afectó una respuesta mansa—. No lo sabía, señor. —Se volvió hacia la india—. Iris, ¿le mostrarías al señor Keegan la casa?

—¿Está enfermo tu amo? —Bruce buscó en el patio a un hombre con autoridad. ¿Estaba en la casa? ¿Por qué no estaba el viejo en el granero? ¿Podría ser un inválido?—. Quiero hablar con él ahora mismo.

—Debe tener tiempo para ponerse ropa seca y que Iris le eche un vistazo a sus quemaduras —insistió Charlie, dolorosamente consciente de su propia mano palpitante y de la rodilla que apenas la sostenía. Forzó la voz para adoptar el tono humilde de una sirvienta—. Estoy segura de que el amo puede reunirse con usted en la biblioteca en… — Vaciló, tentada de aplazar la confrontación hasta la mañana—. En quizás una hora. Todas sus preguntas serán respondidas entonces, se lo aseguro.

Una hora le daría tiempo para serenarse, para preparar el tipo de recibimiento que merecía este arrogante virginiano.

—Por favor, señor, acompañe a Iris.

Con una última mirada a la muchacha, Bruce siguió a la india hacia la casa solariega. Esperaba no haber cometido un grave error. La descarada moza hablaba bien para ser una sirvienta. ¿Podría ser la amante del viejo Charles Palmer? Se preguntó. No era probable; un hombre cuidaría mejor de una moza tan bien formada si calentara su cama por la noche. ¿Quién era entonces? Seguramente no una mujer decente, vestida con ropa de hombre y con el pelo desatado como una vulgar ramera. Bruce supuso que pronto lo averiguaría. ¡Dios, pero le alegraría quitarse esta ropa mojada! Estaba casi muerto de frío.

La tormenta parecía amainar mientras Charlie volvía cojeando hacia la casa. El viento amainaba y la lluvia caía más lentamente. El dolor de su rodilla le hacía llorar a cada paso. Como una niña, sostuvo la mano herida con la palma hacia las gotas refrescantes y se preguntó si sería capaz de subir las escaleras sin ayuda.

Finalmente, en su alcoba, Charlie se dejó caer en una silla de respaldo alto junto al hogar. Terry se acercó para ofrecer su reconfortante presencia y Charlie le acarició la cabeza mientras Beth, la sirvienta, envolvía los hombros de su ama con una manta casera.

—La tormenta está a punto de terminar, señorita —dijo la muchacha. Se arrodilló sobre los ladrillos y empezó a echar virutas de cedro a las brasas adormecidas—. ¿Era el nuevo capataz?

Puso en blanco sus ojos de ojos pesados mirando a su ama.

—Es guapo como Satanás. ¡Oh! —Beth hizo una mueca de dolor al ver la rodilla de Charlie—. Está sangrando. ¿Traigo la caja de medicinas? —Hizo una mueca de preocupación—. Puedo traer a Iris.

Los dientes de Charlie empezaron a castañear mientras un escalofrío se apoderaba de ella.

—No. Quiero agua caliente para un baño. —Echó hacia atrás la manta y se sacó los arruinados calzones—. Quiero jabón y unas tiras de lino limpio para vendar esto. No le digas nada a Iris; está atendiendo al escocés.

Charlie ignoró deliberadamente el comentario de Beth sobre el aspecto del extraño. Beth creía que cualquier hombre que caminara erguido era guapo. Llamar la atención sobre el asunto sólo alentaría sus fantasías.

Charlie frotó la cabeza del perro mientras Beth se apresuraba a buscar agua caliente.

—Debería haberte llevado conmigo, Terry —murmuró—. Odiaría pensar que te hubieras quedado mirando como el resto de esas cabezas de chorlito mientras yo era manoseada por ese zoquete. Le habrías dado un mordisco en los calzones, ¿verdad?

Con el corazón encogido, Charlie recordó la pérdida del granero. Su abuelo lo había construido con sus propias manos. Habría que reemplazar la estructura, y ella no podía permitirse el coste. Aun así, todos los animales estaban a salvo.

Se estremeció al pensar en lo que podría haber sido. Squire, Barón y el nuevo potro de

Scarlet nunca podrían ser reemplazados.

Sería un placer bajarle los humos al nuevo capataz. La picardía iluminó sus ojos castaños cuando Charlie pensó en la entrevista que se avecinaba. Era evidente que Keegan creía que su abuelo estaba vivo y era el amo de La propiedad Palmer. Sin duda era obra de Patrick que él pensara así. Los labios de Charlie se curvaron en una sonrisa socarrona. Bruce Keegan se iba a llevar una sorpresa.

La anticipación mantuvo sus pensamientos ocupados durante el baño y el torpe vendaje de Beth de la rodilla herida. Permitió que la muchacha le cepillara y trenzara el pelo, y luego le hizo un gesto para que se fuera.

—Vete a la cama. Puedo vestirme sola. —Sonrió—. Gracias, Beth, y buenas noches.

—Buenas noches, señorita. —Beth hizo una reverencia y salió de la habitación.

Mordiéndose el labio inferior, Charlie metió a la fuerza la pierna hinchada en un limpio par de calzones grises de piel de becerro. A continuación se puso una camisa de lino de manga completa de hombre y un chaleco de cuero. Era su costumbre vestir atuendos masculinos; no tenía tiempo para el satén y el encaje de las mujeres. Una falda, incluso el hábito de montar de una dama, era incómodo para atender los deberes del amo de una plantación. De niña, había tenido el permiso de su abuelo para vestirse de chico. Ahora que era una mujer adulta, no había nadie que la obligara a ceñirse a las costumbres. Además, se dijo a sí misma, si los trabajadores la veían vestida de hombre y la oían dar órdenes día tras día, con el tiempo podrían llegar a olvidar que sólo era una mujer.

Después de calzarse un par de botas de montar limpias, Charlie hizo una pausa para echarse un vistazo rápido en el pequeño espejo.

—Tienes mejor aspecto —admitió ante su reflejo. Respirando hondo, se encaminó hacia las escaleras.



En la biblioteca, Bruce Keegan esperaba impaciente a que el señorito Charlie Palmer se reuniera con él. La ropa seca y el té caliente que le había ofrecido la india no habían hecho nada por aliviar su creciente sospecha de que algo iba muy mal aquí, en La propiedad Palmer.

Un amigo, el capitán Philip Fraser del *Merry Kate*, le había llevado hasta Chestertown aquella tarde. El sentido común habría aconsejado a Bruce permanecer en la ciudad portuaria hasta la mañana, pero las burlas de Fraser sobre la nueva posición de Bruce habían tocado una fibra sensible. Sumado a las miradas divertidas que había recibido en la posada de Chestertown cuando había dicho que le habían contratado como nuevo capataz de La propiedad Palmer, Bruce estaba seguro de que algo se tramaba.

Intentó recordar las palabras exactas de Fraser cuando le había preguntado si el capitán conocía personalmente a Charlie Palmer.

—El viejo Charles y yo compartimos algunos tragos de ron de vez en cuando. —Había admitido Fraser.

—¿Es un hombre justo?

—Cuando le conocí, Charles Palmer era tan honrado como el que más. Duro como el nogal.

De un hombre como Fraser, eso era un gran elogio. Bruce y Fraser habían luchado codo con codo contra los británicos durante un levantamiento local en Escocia. Ningún hombre más valiente que Philip Fraser había respirado jamás, por mucho que hubiera aceptado el indulto del rey y venido a América, dejando atrás Escocia y sus penas. Pero Fraser había seguido esa declaración con la oferta de llevar a Bruce de vuelta a Virginia si cambiaba de opinión sobre

trabajar para Palmer.

—Mi contrato es por dos años. No necesitaré pasaje hasta entonces. —Había respondido Bruce pacientemente. ¿A qué había aludido Fraser? Había sido incapaz de sacarle otra palabra sobre el tema.

El posadero se había mostrado igualmente hermético.

—Hace falta cierto tipo de hombre para trabajar para Charlie Palmer. —Había comentado —. Claro que, viniendo de Virginia, podría ser de ese tipo.

Una oleada de risas de los hombres reunidos en la sala pública había seguido al comentario.

Había sido suficiente para que Bruce volviera al establo a por su caballo y se pusiera en camino hacia La propiedad Palmer en menos de una hora. El tiempo y unas indicaciones poco precisas le habían enviado a la plantación equivocada. Podría haber pasado allí la noche, reclamando la hospitalidad de un viajero, pero para entonces ya se había mojado y estaba obstinado en llegar a su destino lo antes posible. Había seguido la pobre excusa de sendero hasta que había visto la luz del fuego y oído los gritos de los hombres.

Nada de lo que Bruce había visto u oído le había dado una pista de lo que le ocurría al amo de La propiedad Palmer, ni de por qué no había estado en el patio dirigiendo los esfuerzos de rescate.

Inquieto, Bruce escudriñó las hileras de libros que se alineaban en las paredes.

—Demasiado presuntuosos para mi gusto —murmuró, medio para sí. Un dedo tocó suavemente el lomo de un volumen de cuero rojo—. William Shakespeare.

Bruce no había visto una biblioteca así desde que había abandonado su hogar en Escocia.

Charlie se detuvo en la puerta. El escocés era más grande de lo que había recordado en el granero; no pudo evitar fijarse en cómo sus anchos hombros tensaban las costuras de su abrigo

gris bien cortado. Tragó saliva con dificultad.

—¿Bruce Keegan?

Él se volvió hacia ella, con el sombrero en la mano, y sus miradas se cruzaron. La ira tiñó los altos pómulos del escocés.

—Eres tú, otra vez, ¿Te ha dicho al señorito Palmer que estoy esperando para verle? —exigió Bruce.

—Si está esperando a mi abuelo, tendrá una larga espera. Lleva muerto casi un año. —Charlie cruzó la habitación y con gracia extendió la mano—. Soy la señorita Charlie Palmer, y si trabaja aquí, trabajará para mí.

Capítulo 2

La ira guerreaba con la sorpresa en el rostro rugoso del escocés. El silencio era tan profundo que Charlie podía oír el tic-tac del reloj de caja alta del rellano. Un escalofrío recorrió su espina dorsal mientras se enfrentaba obstinadamente a los feroces ojos grises. Tiene ojos de halcón, pensó, pero es un hombre, como cualquier otro, ni más ni menos.

—Si esto es algún tipo de broma, no estoy de humor para ello — dijo él con frialdad.

—Le aseguro —repitió Charlie con firmeza—, que soy la ama de La propiedad Palmer.

Bruce sacudió su oscura cabeza con incredulidad.

—No, ama Palmer. Se equivoca. Tengo un contrato para trabajar para su abuelo, no para usted. No trabajo para mujeres. No sé a qué juego jugáis, pero no formaré parte de él. La ropa de un monje no hace a un monje. —Mantuvo la voz baja, controlada. Sólo un pequeño músculo se crispó a lo largo de la línea de su mandíbula de granito.

¡Fraser lo había sabido! ¡El bastardo lo había sabido todo el tiempo! El rostro de Bruce enrojeció de ira bajo el bronceado.

—Vine aquí de buena fe a un precio no pequeño. —También había renunciado a una buena oferta de trabajo en Virginia. ¡Maldita sea!—. Espero una explicación de su engaño, señorita Palmer.

—¡No participé en ningún engaño! —Charlie se enfureció.

—¿Niega que su abogado, Patrick Danvers, actuaba en su nombre cuando me ofreció un contrato?

—No, no lo niego, pero no fue idea mía no decirle que soy una mujer.

—Así que sí admite eso, que es una mujer. —Bruce dejó caer su mirada hacia sus calzones y botas de montar—. Es prefecto.

Charlie luchó por controlar su temperamento. Este escocés, a quien Patrick había elogiado con tanta prodigalidad, era tan estrecho de miras como los capitanes que se negaban a llevar su tabaco.

—Lo que yo decida llevar o no llevar no es asunto suyo. Le han contratado como capataz.

Bruce dio un paso amenazador en su dirección. Charlie se mantuvo firme, fulminándole con la mirada.

—¡Me ha engañado, señorita Palmer, y espera que me quede aquí y trabaje para usted! ¿Está loca, mujer?

—Tengo su palabra escrita, atestiguada y registrada —le recordó ella—. Necesito que embarque mi tabaco. Cumplirá su contrato o no volverá a trabajar como capataz en ninguna de las colonias de Su Majestad.

—¡Un contrato falso no vale nada!

—¡Muéstreme el engaño, señor! ¿Quién le dijo que Charlie Palmer era un hombre? ¿Dónde en ese contrato dice que usted debe ser empleado por un hombre?

Las grandes manos de Bruce se cerraron en puños. Se dio la vuelta, forzando a bajar las oleadas de furia que le sacudían. No volvería a ponerse voluntariamente en poder de una mujer.

—Soy un hombre honrado —dijo—, y espero honradez en los demás.

—Tengo tanto honor, quizá más, que la mayoría de los hombres — le espetó Charlie.

La rodilla le dolía tanto que no estaba segura de cuánto tiempo más podría sostenerla. Podía sentir lágrimas de dolor acumulándose en sus ojos, lágrimas que no podía dejar que el arrogante virginiano viera. Una y otra vez había recibido insultos de comerciantes, funcionarios del gobierno y compañeros plantadores, simplemente porque era una mujer que intentaba llevar sola una plantación intentando, según decían, ir en contra del orden natural de Dios. Pero ya había tenido suficiente; no se dejaría intimidar.

No había querido un capataz, pero ahora que estaba aquí, lo utilizaría para embarcar su tabaco.

—¿Puede culparme si saca conclusiones precipitadas? —preguntó con acritud.

Bruce se revolvió contra ella.

—¡Fue un engaño y bien lo sabe! El nombre y la reputación de su abuelo son bien conocidos en Virginia.

—Este enfrentamiento verbal no nos llevará a ninguna parte. — Charlie cruzó penosamente hacia un elegante aparador de caoba y destapó una jarra de brandy francés. Miró hacia el escocés interrogadoramente—. ¿Una copa, o es usted abstemio?

Un ceño fruncido cruzó su frente. Los mechones de pelo dorado rojizo se habían soltado para enmarcar su rostro ovalado, un rostro no marcado por la viruela ni por la pérdida de ningún diente. Su nariz era recta y bien formada, la barbilla un poco demasiado firme para una mujer. Y su boca... Un atisbo de sonrisa cruzó sus labios. La mujer era más atractiva de lo que le importaba admitir. Bruce sacudió la cabeza.

—No, no soy abstemio.

Hábilmente, Charlie vertió el líquido ambarino en una copa y se la ofreció.

—No me gusta tener un capataz en La propiedad Palmer más de lo que a usted le gusta la idea de trabajar para mí —admitió—. Soy una buena plantadora. Mi abuelo fue uno de los

mejores, y él me entrenó.

Bruce cogió la copa y ella se sirvió un segundo trago.

—Pero… —sus ojos se encontraron con los de él—, no tengo intención de dejarle fuera del contrato. Por mucho que odie admitirlo, Patrick tenía razón. Le necesito. —Dio un sorbo al brandy—. Ya que estamos obligados a trabajar juntos, creo que deberíamos aprovecharlo al máximo.

Su sonrisa se extendió, iluminando los ojos almendrados con auténtica calidez.

Los dedos de Bruce se apretaron en el tallo de la copa hasta que el vaso estuvo a punto de romperse. A la luz del fuego, sus ojos eran del color del brandy.

El pensamiento era tan inquietante como la tensión de sus entrañas. El resentimiento y la confusión nublaron su mente. ¿Tenía esta mujer la osadía de creer que podía obligarle a trabajar para ella? ¿Quién era ella para estar allí, tan atrevida como cualquier hombre, bebiendo brandy y diciéndole lo que debía y no debía hacer? Forzó una risa irónica.

—¿Qué le hace pensar que yo sería un buen capataz para La propiedad Palmer, si me obligara a quedarme? —La rebaba se hizo gruesa en sus palabras.

—¿Y arriesgar su propia reputación? Es un hombre demasiado honesto para eso. No fue contratado al azar, lo sabe. Mi abogado le investigó cuidadosamente antes de ofrecerle el puesto. Sabe que no tendría ningún hombre en La propiedad Palmer en el que no pudiera confiar.

La diversión acechaba tras los ojos ambarinos. ¡Por una vez tengo ventaja! Charlie agitó el brandy en su copa y lo apuró.

—Sírvase si quiere otra —ofreció.

El crepitar del fuego era el único sonido de la habitación, eso y el pulso constante de una lluvia ligera contra los cristales de las ventanas.

Los ojos de Bruce se entrecerraron especulativamente.

—¿Y si no acepto trabajar para usted?

Charlie se encogió de hombros.

—Si fuera tonto, nunca habría llegado adonde está hoy. He ganado, y ambos lo sabemos. El resultado nunca estuvo en duda. — Ella se obligó a enfrentarse a aquella mirada acerada, como la de un halcón, sin vacilar.

Un rubor más oscuro de ira tiñó sus rasgos.

—¡Por Dios! No trabajaré para semejante… —El tallo se rompió y el vaso se hizo añicos. El brandy manchó la alfombra a sus pies.

Charlie se giró en el umbral de la puerta.

—Déjelo. Beth lo limpiará por la mañana. ¿Se reunirá pronto su familia con usted?

—No tengo familia.

—Había supuesto que sí. —Charlie intentó ocultar su malestar. ¿Cómo podía Patrick haber elegido a un hombre soltero cuando sabía que el capataz tendría que vivir en la casa solariega? —. Vivirá aquí. La propiedad Palmer nunca ha tenido un capataz antes; no tenemos aposentos adecuados. Espero que la habitación que le han dado sea suficiente. Normalmente empezamos a trabajar al amanecer. No espero menos de mi capataz. Le instruiré en sus deberes durante el desayuno.

—¿Quiere que viva aquí, en la casa solariega? —dijo incrédulo—. ¿Qué hay de su reputación, señorita Palmer? Seguramente un varón soltero no puede...

Charlie cruzó los brazos sobre el pecho.

—Mi abuelo no tuvo hijos varones. Soy la hija de su hija, Milicent. Me llamo Palmer aunque nací bastarda. Según las normas aceptadas de nuestra sociedad, no tengo ninguna

reputación que perder. —Sonrió dulcemente—. Le deseo buenas noches, señor.

Sin saber que decir, Bruce se quedó mirando tras su espalda en retirada. ¡La mujer estaba loca! Recogería sus pertenencias y se iría en el próximo barco. ¡Sus pertenencias!

—¡Maldita sea! —Lo había olvidado. Todo lo que poseía seguía en la posada de esa señorita en Chestertown.

No había forma de llevar su baúl y sus lienzos a caballo.

Bruce maldijo con fiereza, se colocó de nuevo el sombrero ladeado en la cabeza y salió de la habitación. Si fuera el capataz aquí, que le condenaran si no ordenaba a alguien que fuera a buscar sus cosas.

La sensatez se apoderó de Bruce antes de que pudiera despertar a los criados. La mañana sería tiempo suficiente para enviar a alguien a por sus pertenencias. Enviaría un chelín para pagar la custodia nocturna de su baúl y así no tendría ninguna obligación con el posadero.

Dos cuadernos llenos de bocetos estaban a buen recaudo envueltos en hule y embalados en aquel baúl, algunos de sus mejores trabajos, junto con sus pinturas al óleo y sus pinceles. Su ropa podía ser reemplazada, pero no sus pinturas. Los pinceles habían venido de Ámsterdam, los óleos de Venecia. Si se hubiera alterado un solo pincel, tendría la cabeza del posadero en una bandeja.

Cansado, se volvió hacia la escalera; una sola vela de sebo ardía en el atril. Agradecido, Bruce la cogió. Se sentía como si llevara días de pie. En lo alto de la escalera, se dirigió en silencio por el pasillo hacia sus aposentos. Se había encendido un fuego y se habían colocado las mantas de la cama.

Para darle al diablo su merecido, o en este caso, su merecido, tuvo que admitir que sus aposentos eran excelentes, pues consistían en una gran alcoba con ventanas orientadas al sur y al este, y una habitación más pequeña con un escritorio y estanterías para sus libros. La luz del sur

sería perfecta para su pintura.

Metódicamente, Bruce se desnudó y colgó su ropa ordenadamente sobre una silla, luego apagó la vela y se metió en la cama. Su sueño, cuando llegó, fue agitado, lleno de amigos y enemigos que hacía tiempo que habían muerto y de los recuerdos agridulces del brezo de las Tierras Altas en flor.



Charlie se despertó al amanecer. Durante unos minutos, se revolvió en el grueso colchón de plumas de ganso, intentando encontrar una postura que no aumentara la incomodidad de su rodilla herida y su mano quemada. Soñolienta, se frotó los ojos y se incorporó, dejando caer los pies descalzos sobre el suelo helado.

Ignorando el frío, se acercó a la ventana y contempló a través de la bruma matinal el contorno ennegrecido de las vigas del granero. Demasiado para la tonta esperanza de que el fuego no fuera tan malo como ella había pensado la noche anterior.

Torpemente se puso la ropa que se había puesto para reunirse con Keegan.

Le dolía la rodilla, pero soportaría su peso. La quemadura necesitaría una cuidadosa vigilancia para asegurarse de que no se infectara. A Charlie nada le habría gustado más que volver a la cama y dormir durante dos días, pero no había tiempo para mimarse.

Charles Palmer la había hecho dura, no por falta de sentimientos hacia ella, sino porque la amaba profundamente. Su amor inquebrantable la había sostenido muchas veces a lo largo de su vida y la había ayudado a compensar el rechazo de su madre.

Durante un instante, la imagen de la madre de Charlie se presentó ante ella. Incluso a los cuarenta años, Milicent Palmer Randall poseía una delicada belleza que pocas mujeres podrían

aspirar a igualar. Se había derramado sangre por bailar con ella; se habían escrito canciones en su honor. Su pelo de lino, su piel y sus ojos azules como la porcelana habían roto corazones desde Filadelfia hasta las Carolinas.

Charlie se rió por lo bajo. No, madre definitivamente no aprobaría que el nuevo capataz de Charlie viviera en la casa. Pero entonces su madre rara vez aprobaba nada de lo que Charlie hacía, y el sentimiento era mutuo.

Charlie había nacido en la plantación de su padrastro, Rosewood, en el río James, en Virginia, pero Milicent la había enviado con su abuelo a Maryland cuando aún era un bebé. Después de eso, sólo había habido breves visitas con su madre. El marido de Milicent, Nicholas Randall, no había querido ningún recordatorio de que su esposa había estado embarazada de otro hombre cuando se casaron.

Durante aquellas visitas, Charlie había pensado en Milicent como en una bella desconocida, una figura de cuento de hadas. El hecho de que aquella gloriosa criatura le hubiera pedido a Charlie que la llamara mamá era irrelevante. ¿Cómo podía haber alguna conexión entre ella, una niña de rodillas nudosas, cara pecosa y pelo rojo llameante, y esta dama exquisita y de dulce aroma que nunca levantaba la voz enfadada? ¿Que incluso lloraba con delicadeza?

El único error de Milicent en la vida había sido el nacimiento de Charlie y, presumiblemente, las acciones que habían presagiado aquel vergonzoso acontecimiento. El escándalo de una hija ilegítima se había silenciado con un apresurado matrimonio con un pretendiente adinerado, o al menos con uno que vivía como si tuviera seguridad económica. Una vez que Milicent había enviado a la infante Charlie a Maryland, las cotillas del río James habían encontrado otra cantera.

Milicent había pasado los veintitrés años transcurridos desde entonces como la dama ideal del Tidewater de Virginia. En todas las cosas se sometía a su marido, aceptando sus acciones y decisiones sin cuestionarlas, incluso cuando él se jugaba sus tierras y gastaba su considerable

dote en otras mujeres.

A pesar del continuo amor que sentía por su única hija, el abuelo le había dicho a Charlie que Milicent era débil. No quería que Charlie cometiera los mismos errores en la vida; le enseñaría a ser fuerte. La entrenaría para que fuera igual a cualquier hombre en sabiduría y educación. La convertiría en una mujer independiente, tan independiente que nunca tendría que casarse si no lo deseaba. Había demostrado su creencia en la valía de Charlie dejándole todo lo que tenía, pasando por alto a Milicent y a sus dos hijos de Nicholas Randall.

Randall se había puesto tan furioso que había impedido que Milicent acudiera al funeral del anciano. Incluso ahora, estaba intentando romper el testamento del viejo Charles Palmer ante un tribunal, alegando que Milicent debía heredar la propiedad Palmer.

El asunto seguía siendo examinado por el gobernador, pero Patrick le había asegurado a Charlie que había pocas posibilidades de que su padrastro ganara el caso, siempre y cuando la decisión se tomara en Annapolis y no en Williamsburg. Ambas colonias podían estar bajo la ley inglesa, pero la feroz competencia y el antagonismo entre Virginia y Maryland serían un factor definitivo en el resultado del caso. Los funcionarios de Annapolis favorecerían la reclamación de Charlie porque poseía tierras en Maryland. Nicholas Randall era un extraño a pesar de su riqueza y posición, y a pesar del hecho de que era un hombre impugnando los derechos de una mujer.

Charlie salió en silencio por la puerta de la cocina. Terry saltaba detrás de ella, tan juguetón como cualquier cachorro. La bruma desaparecía rápidamente y la luz de la mañana centelleaba sobre la hierba. Es precioso, pensó Charlie, tan verde y recién lavado como debió de estar la tierra el primer día de la creación. Respiró profundamente, inhalando el aire salado y ácido, dejando que desterrara el terror y la desesperación de la noche anterior.

Lucifer trotó hacia la valla de raíles partidos, relinchando, su piel negra tan suave como el satén, sus ojos llenos de picardía. Charlie se detuvo para acariciar el morro aterciopelado.

—Hoy no hay galleta —se disculpó. El caballo tenía un apetito insaciable por las galletas

batidas de Beth, y Charlie contribuyó gustosamente con toda su ración diaria.

Beth cocinaba tan bien como limpiaba la casa. Sus galletas eran más adecuadas para el lastre de un barco que para un paladar agudo.

Los sirvientes que se habían reunido alrededor del granero ennegrecido llamaron la atención de Charlie, que se apresuró hacia ellos.

—Buenos días, ama —llamó un hombre. Se quitó la gorra mientras los demás reconocían rápidamente su presencia.

—Podría haber sido peor. El tejado se derrumbó y la lluvia apagó el fuego —ofreció Joe tímidamente.

—El heno se ha perdido —dijo Peter, y luego escupió un fajo de tabaco en el barro.

Charlie recorrió el granero y luego se dirigió al interior de la esquelética estructura. Los establos donde habían estado los caballos eran cuevas en ruinas. Charlie se estremeció al recordar el olor de los cuerpos quemados de los caballos en la plantación de un vecino hacía varios meses. El establo de Will Johnson había ardido en llamas, llevándose a cuatro de sus caballos de trabajo y a su mejor cazador. Charlie tragó saliva con fuerza, imaginando el brillante pelaje castaño de Scarlet carbonizado hasta quedar irreconocible.

La parte trasera del establo estaba peor, cubierta de maderos ennegrecidos y cenizas. La puerta del guadarnés aún estaba caliente al tacto. Charlie se estremeció y la abrió con la mano buena. Dentro olía fatal, pero las sillas de montar y las bridas parecían intactas. Parpadeó acumulando lágrimas de alivio. No podía ni empezar a ponerle valor al arnés, y estaba a salvo.

Peter esperaba a unos pasos, con la gorra desteñida en la mano.

—Barón tiene un corte en la pata trasera. No deja que nadie se le acerque. Intentó arrancarle la cabeza a Joe esta mañana. —Tomó aire y continuó—. Scarlet tiene quemaduras que deberían ser miradas, y Geordy jura que le mordió el hombro cuándo intentó sujetar a Barón.

John tiene dolor de barriga. Su vieja dice que hoy no puede trabajar.

—¡Ya basta! —Protestó Charlie—. Quiero a cada peón de este lugar, hombre, mujer y niño, aquí en este granero después del desayuno. Quiero que se lleven toda la leña quemada. Todo lo que esté lo bastante entero para volver a usarse irá a un montón, el resto irá para leña. El heno que no esté estropeado se esparcirá sobre la hierba. Los niños pueden voltearlo todos los días hasta que esté seco. Para cuando esté listo, tendremos un tejado que poner encima.

—El balandro de la plantación se hundió; la proa se ha hundido. El bote de fondo plano está varado en el prado de las ovejas. —Peter se rascó el pelo canoso bien recortado. Sus ojos azules desvaídos parecían los de un anciano, aunque apenas tenía cuarenta años—. Las ovejas están desperdigadas, Dios sabe dónde, y las vacas no han dado ni un cubo de leche entre todas esta mañana.

Los dedos de Charlie se curvaron en puños y el dolor de su mano quemada subió por un brazo hasta su hombro.

—Las ovejas pueden encontrar su propio camino a casa. Quiero que limpien este desastre... ¡Ahora!

—Nos faltan clavos y va a hacer falta mucha madera aserrada para construir un granero nuevo, por no hablar de las tejas de cedro para la habitación —indicó Peter—. Algunas de las vigas aún sirven, pero no sé, quizá sea mejor derribarlo todo y construir desde cero.

—Envía un chico a Canterbury. Dígale a Martin Hopkins que puede quedarse con esa yunta de bueyes que quería, a cambio de heno suficiente para pasar el invierno. Heno de primera, ninguno de sus mohosos segundos.

—Sin esos bueyes, tardaremos en sacar la madera en primavera. A menos que quiera empezar con esos medio entrenados en su lugar.

—Sin el heno, no conseguiremos que el resto del ganado pase el invierno. E Iris dice que

va a ser duro. —El más leve rastro de satisfacción se mostró en su voz—. Oh, dile al amo Hopkins que no coja los bueyes hasta que tenga un lugar donde poner el heno.

—No se puede construir sin madera y clavos. Y la madera…

—¡La conseguiré! Transmite mis órdenes. Cualquier hombre libre que rehúya puede recoger su manta y marcharse. En cuanto al resto...—Los ojos de Charlie se entrecerraron y su tono adquirió un hilo de acero—. Todavía no he usado el látigo.

Peter masticó su fajo de tabaco fresco y movió los pies.

—Va a ser lento, señorita Charlie. Mala época del año para que esto ocurra. El carpintero tiene las manos ocupadas trabajando en los cerdos. El tabaco tiene que ser embalado y…

—No necesito que me recuerdes lo que hay que hacer con el tabaco, Peter. Seguramente todos sabéis que el nuevo capataz llegó anoche durante el incendio. Se llama Bruce Keegan, amo Keegan para vosotros. Espero que sus órdenes se cumplan igual que las mías. Pasa la voz al resto. Si hay problemas, responderás ante mí personalmente. —Charlie miró a los demás—. Hay que obedecer al amo Keegan. Pero si hay algo que no entendéis, o si os dice que hagáis algo que yo haya prohibido, debéis acudir a mí. ¿Entendido?

Murmullos de asentimiento surgieron de los sirvientes. Peter asintió.

—Sí. —Charlie se volvió hacia Joe—. ¿Dónde pusiste a Scarlet?

—Dentro con los bueyes, ama. La puse a ella y al potro juntos.

Charlie envió a un mozo a por su ungüento para quemaduras y luego cruzó el corral hasta el viejo granero de troncos. Podría haber ordenado a uno de los mozos que se ocupara de las heridas de Scarlet, pero prefirió ocuparse ella misma. Los criados tenían una forma de olvidar las tareas molestas, y el viejo Charles le había enseñado que los animales debían ser lo primero, incluso por delante de los trabajadores.

—Un hombre con ampollas en las manos se quejará —había explicado pacientemente el

abuelo de Charlie—, pero un caballo no. Antes de que te des cuenta, puede aparecer una infección y puedes perder un animal valioso. Si quieres que algo se haga bien, hazlo tú mismo.

Un mozo de cuadra murmuró un saludo cuando Charlie entró en el sombrío edificio. Dejó caer la pata delantera del buey que estaba cuidando y se frotó las manos en sus toscos calzones.

—Sugar tiene un moratón en el pie. Noté que le favorecía el pie ayer cuando movíamos esos maderos. —Ofreció un poco de hoja de tabaco arrugada al animal y sonrió cuando la ancha lengua lamió limpiamente su palma.

Charlie caminó por el centro del establo, hablando en voz baja a los caballos atados a lo largo de la pared. Un buey manchado volvió su ancha cara hacia ella y berreó.

El sirviente sonrió.

—Esto está seco y limpio, aunque un poco abarrotado. A esos bueyes no les gustan mucho los caballos.

Charlie se detuvo para acariciar la nariz aterciopelada de un caballo desconocido.

—Bonito animal. —El gris moteado se paró sin miedo, dejándose acariciar.

—Pertenece a ese nuevo capataz. También era muy cuidadoso con él. El caballo se llama Halcón. —Dejó caer una carga de heno en el comedero—. Dice mucho de un hombre la forma en que mantiene a su caballo.

El chico entró con la caja de bálsamo de corteza de abedul y se la entregó a su ama con una tímida sonrisa. Charlie le dio las gracias y se acercó lentamente a la yegua y al potro.

—¿Cómo estás, Scarlet? —El animal, muy nervioso, se estremeció, pero permitió que Charlie le pasara la mano por el lomo—. ¿Te sientes mejor? —Con suavidad, empezó a aplicarle el ungüento.

Quizá tener a Keegan en la plantación le quitaría algo de carga, pensó Charlie. Decidió

encargarle el trabajo de reconstrucción del granero. Tenía que cabalgar hasta Chestertown en uno o dos días. Un plantador de allí estaba pensando en comprar algunas ovejas. Si vendía algunas de sus ovejas, no tendría que preocuparse de alimentarlas durante el invierno.

La yegua bailaba nerviosa y Charlie le susurraba cariños.

Keegan se había enfadado como un oso picado por una abeja cuando se había enterado de que trabajaría para una mujer. Se preguntó si había sido prudente tratar con él tan bruscamente como lo había hecho. Exhaló bruscamente. El escocés la había perturbado, la había inquietado, algo que rara vez ocurría cuando trataba con hombres. Era mejor que se enterara desde el principio de quién era el amo en La propiedad Palmer.

Terminó el tratamiento, luego cogió una almohaza y empezó a cepillar la grupa y los cuartos traseros de Scarlet. Anoche había exagerado, y lo sabía. Había culpado a Bruce Keegan de las acciones de otros hombres y le había provocado deliberadamente. No era propio de ella comportarse tan injustamente. El hombre había venido aquí de buena fe, y ella no ganaría nada enemistándose con él. Charlie acarició el cuello del animal; le daría a Scarlet unas semanas de descanso antes de volver a montarla.

El potro empujó bajo el brazo de Charlie, olfateando sus bolsillos en busca de un caramelo.

Charlie le rascó detrás de las orejas.

—Es hora de ponerle un ronzal a este potro, Daniel —dijo.

—No queda ninguno tan pequeño, ama. Hay que hacer uno especial. Llevaría toda la tarde —advirtió—. Hoy estoy bastante ocupado.

—Hazlo hoy, y se suave cuando lo pongas.

La puerta crujió en sus goznes de cuero. Charlie levantó la vista para ver al alto escocés entrar a grandes zancadas en el granero.

—Buenos días —dijo.

Bruce le lanzó una mirada negra.

—Señorita Palmer. He venido a cuidar de mi caballo. —Al captar el olor de Bruce, el castrado gris moteado dio un gruñido de bienvenida.

—Supongo que veré lo del ronzal —refunfuñó Daniel. Con un movimiento de cabeza en dirección a Charlie, se apresuró a salir del establo.

—Mis pertenencias siguen en Chestertown. Envié a uno de los hombres a buscarlas. —Bruce cruzó hacia el castrado y comprobó su cubo de agua—. Al principio no estaba seguro de si debía ir sin hablar antes con usted. Es fácil ver que la disciplina es laxa en la propiedad Palmer.

Charlie se puso rígido.

—¿La disciplina de un hombre, quiere decir?

Se encogió de hombros.

—Tómelo como quiera. El hombre sabía que yo era el nuevo capataz, pero seguía siendo arisco.

Charlie sintió el calor de sus mejillas inflamadas.

—Se forma opiniones muy rápidamente, escocés. —Ella le fulminó con la mirada—. He dirigido esta plantación bastante bien desde que murió mi abuelo. Mis hombres están acostumbrados a recibir órdenes mías. Difícilmente necesito las críticas de un forastero que no lleva aquí ni veinticuatro horas. —La tensión le anudó las entrañas. Lo estaba haciendo de nuevo: reaccionando de forma exagerada ante aquel hombre. ¿Qué tenía él que desataba su mal genio cada vez que le miraba?

—Un forastero que admitió que necesitaba —le recordó él—. No es propio de una mujer dirigir una plantación de tabaco, y bien lo sabéis. No tenéis ni la fuerza ni la autoridad para gobernar a los hombres.

—¿Autoridad o inteligencia? —espetó ella—. Eso es, ¿no? Usted no cree que una mujer posea la mente necesaria para dirigir una plantación de tabaco... O ninguna mente en absoluto, salvo la necesaria para elegir cintas para su bonete. —Las manos de Charlie se apretaron en puños y ella reprimió el impulso de abofetearle la cara insolente—. Permítame asegurarle —su voz bajó hasta convertirse en un ronco susurro—, que esta mujer tiene la inteligencia y la autoridad. Yo dirijo La propiedad Palmer, y no lo olvide nunca.

—Creo que puedo recordarlo, siempre y cuando recuerde no socavar mi autoridad con su gente. —Se acarició la barba pulcramente recortada, pensativo—. Y... Ya que estamos dando ultimátums esta mañana, permítame presentarle unos cuantos. Primero, soy muy bueno en lo que hago, y doy más de lo que se puede esperar por lo que me pagan. Durante mi tiempo personal, espero privacidad. Eso incluye los domingos. Pinto los domingos a menos que haya una emergencia. Nadie debe entrar en mis habitaciones por ningún motivo. Limpio lo que ensucio y cambio mi propia ropa blanca. —Se recostó contra el lomo del castrado.

—Segundo, espero comidas regulares, calientes y bien preparadas. No me van a escatimar la comida. No tiene que ser lujosa, pero no comeré esa bazofia que su chica me puso delante esta mañana. —Hizo una mueca—. Podría haber usado ese pan de maíz como argamasa para construir un granero nuevo.

Charlie miró fijamente sus botas e intentó no sonreír. El único pan de maíz que había en la cocina esta mañana había sido la sartén que Beth había horneado hacía tres días, sin sal, para alimentar a las gallinas. Beth tenía sus propias maneras de tratar a los que estaban por encima de su posición.

—Y por último —continuó Keegan—, usted y yo nos sentaremos juntos muy pronto y haremos una lista de mis deberes y responsabilidades. Así ambos sabremos a qué atenernos. No tengo intención de discutir con usted cada mañana sobre quién da qué órdenes. ¿Está claro, señorita Palmer?

—¿Y si no accedo a sus demandas? —Ella no pudo evitar que la luz del desafío se reflejara en sus ojos.

Él sonrió lobunamente.

—Entonces puede liberarme del contrato.

Y eso haré, en cuanto el tabaco esté a salvo en un barco con destino a Inglaterra. Si ambos estaban de acuerdo en rescindir el contrato, podría hacerse sin que ella tuviera que pagar dos años de salario, y sin que Keegan perdiera su credibilidad.

—Seguro que no espera que vaya a la cocina y le prepare yo misma la comida —le tranquilizó Charlie—. Beth es una chica honesta, aunque no demasiado brillante. Sólo tiene que explicarle lo que quiere que le prepare.

Patrick tendría que encontrarle un sustituto el próximo otoño, pensó. No necesitaría un capataz de nuevo hasta que llegara el momento de vender su tabaco. Tener a ese escocés arrogante en su plantación durante dos años sería intolerable.

—Creo que nos entendemos.

—¡Señora! —Charlie fue interrumpida por la entrada de Joe. Tenía la cara roja de tanto correr—. La necesitan en la casa de premios. ¡Hay una pelea! ¡John y el nuevo sirviente! Dijo que la mujer de John era una…

—¡No importa! —Charlie cogió una silla de montar y una manta y las echó sobre el ancho lomo del semental alazán, apretando la cincha y anudando la correa con la mano practicada de un jinete. Joe estaba listo con la brida, y ella la forzó sobre la cabeza sacudida de Barón.

—¡Espere! —Protestó Bruce—. Yo iré. —Empezó a ensillar a su gris moteado.

—Venga si quiere, sajón —llamó Charlie, saltando a la silla de montar—, pero cállese hasta que se lo pida. —Agachando la cabeza sobre el cuello del bayo, le instó a salir del granero y cruzar el patio al galope.

—¿Cómo encuentro la casa del premio? —preguntó Bruce mientras montaba al castrado.

Joe señaló.

—Sólo tiene que seguir el camino hacia el río. Por ahí.

El moteado gris respondió con entusiasmo a la señal de Bruce. El semental de Charlie ya tenía una buena ventaja, demasiado buena para alcanzarlo a menos que frenara al animal.

Bruce deslizó una mano dentro de su chaleco para comprobar su pistola. ¿Por qué demonios no había esperado?

—Maldita seas, mujer —murmuró.

Una pelea entre rudos trabajadores bien podía acabar en una matanza. No era lugar para las lágrimas o la histeria de una mujer. Se caló el sombrero sobre la frente y empujó a su caballo al galope. El barro y el agua salpicaron las patas, el pecho y el vientre del caballo.

—¡Qué diablos! —murmuró el escocés, y luego soltó una risita—. No puedo mojarme más de lo que estaba anoche.

Más adelante, Charlie sacó el bayo del carril y lo condujo a través de un rodal de pinos blancos. Se inclinó sobre el cuello de Barón mientras se abrían paso entre las ramas bajas. Unas ramas atraparon su capucha y tiraron de ella, dejando que el agua fría le resbalara por la nuca, empapando su camisa y su chaqueta.

—¡Maldita sea esa estúpida zorra! —se dijo. La mujer de John no había dado más que problemas desde el día en que ambos habían llegado a la plantación. Era una holgazana inútil cuyas caderas contoneantes y ojos de venida habían provocado media docena de peleas entre los hombres y casi constantes riñas entre las mujeres.

A John y a su esposa les quedaban tres años y medio más de contrato. Él era un trabajador pasable cuando se veía obligado a ello, pero ya era suficiente. Vendería su vínculo en la próxima oportunidad posible. Era mejor estar sin los trabajadores extra que aguantar peleas y riñas.

Charlie fue arrancada de sus pensamientos cuando la pata delantera derecha de su caballo resbaló en las agujas mojadas. Echó su peso hacia la izquierda y tiró con fuerza de las riendas.

—Tranquilo, muchacho —le advirtió—. Ya casi hemos salido de los árboles.

Tomar el sendero de caza a través del bosque le ahorraría minutos por el camino de tierra. La propiedad Palmer se extendía desde el Chesapeake hasta el río Chester, con dos arroyos principales y varios más pequeños lo suficientemente profundos como para anclar un barco de alta mar zigzagueando por su propiedad. La casa del premio estaba situada cerca de la desembocadura de Maiden's Creek, en una cala protegida. Tenía su propio muelle, varias cabañas y sus dependencias. Dos hombres casados y sus familias vivían allí todo el año.

Barón salió trotando de entre los árboles y se adentró en un prado abierto. La casa del premio estaba justo delante, más allá de una valla de listones partidos. Charlie impulsó al semental al galope mientras recordaba a su nuevo capataz. Bruce Keegan podría ocuparse, ¡con la mujer mujerzuela de John en el futuro! Deje que desentrañe el dilema. Sin duda ayudaría a mantenerlo ocupado y al margen de sus asuntos.

Riendo, Charlie se levantó en la silla mientras el bayo sobrevolaba la valla. Unas cuantas zancadas más allá, y estaba balanceándose fuera de la montura frente a la casa del premio, con los gritos de los hombres furiosos resonando en sus oídos.

Capítulo 3

Una mujer con un bebé en brazos irrumpió por la puerta de la estructura de madera.

—Se están matando entre ellos, ama —gritó—. ¡Tiene que detenerlos!

Charlie se desató el abrigo y lo dejó caer, luego desató el látigo de cuero de su montura.

—Me ocuparé de ello. Este no es lugar para tu bebé. Vuelve a tu cabaña. —Miró hacia el semental—. Envía a alguien para que cuide de Barón. —Agarrando con firmeza el látigo de toro, Charlie entró en la casa de premios.

El interior del gran edificio constaba de espacio desde el suelo hasta las enormes vigas y el alto tejado en pico. Las pequeñas ventanas estaban cerradas para protegerse del tiempo de la noche anterior; la única luz procedía de varias antorchas situadas a lo largo de una pared. En el centro de la sala había una enorme prensa horizontal, o premio, utilizada para envasar las hojas de tabaco curado en barriles.

Más allá de los barriles llenos y del tonel, en la esquina más alejada de la estructura, un nudo de hombres y mujeres rodeaba a los oponentes que luchaban. Los golpes de carne contra carne sonaban por encima de los gritos y las exclamaciones de la multitud. Con la boca seca, Charlie se abrió paso a través del círculo.

—¿Qué está pasando aquí? —exigió.

Un hombre apareció junto a ella, quitándose una gorra desgastada con exagerada

deferencia.

—Gideon llamó sucia zorra a la mujer de John. Será mejor que deje que uno mate al otro y cuelgue al que quede. —Señaló con la cabeza a una mujer de pelo negro que gritaba—. Le dijo a John que Gideon se abalanzó sobre ella e intentó...

Al ver a Charlie, la mujer empezó a chillar más fuerte.

—Intentó salirse con la suya. —Sus sensuales facciones se retorcieron mientras agitaba los puños cerrados. El corpiño de su vestido estaba rasgado, dejando al descubierto unos pechos grandes y turgentes—. ¡Mátalo, Johnny! —urgió—. ¡Mata al bastardo galés!

—¡Basta, los dos! —ordenó Charlie—. ¡Para John! ¡Gideon!

Deliberadamente, desenrolló el látigo.

—¿Me oís? ¡Dejad de luchar de una vez!

El galés era una cabeza más alto que su oponente, con brazos largos y musculosos y puños como jamones. Pero el hombre más pequeño tenía la rapidez y la astucia de un luchador callejero. Con un grito salvaje, John clavó su cabeza en el vientre de Gideon, tirando al hombre grande al suelo y lanzándose encima, con los puños volando.

La turba que los abucheaba se agolpó a su alrededor mientras rodaban una y otra vez sobre el duro suelo empedrado, trabados en un combate mortal. John alcanzó al galés de lleno en la nariz con un golpe bien colocado, y el repugnante crujido del hueso llegó claramente a los espectadores. La sangre voló y un rodillazo en la ingle del hombrecillo le dobló de dolor. El galés maldijo y se puso en pie, sacando de su bota un cuchillo. Los espectadores gritaron de indignación. Un hombre dio un paso adelante, luego se detuvo cuando el hombretón cortó un arco en el aire con la reluciente hoja.

—¡Atrás! ¡Mataré a cualquier hombre que se me acerque! —amenazó.

Con un grito animal, avanzó hacia John.

—Cuando acabe contigo —prometió—, ¡no necesitarás a ninguna mujer, zorra o monja!



Mientras Bruce galopaba por el camino hacia la casa de premios, vio que el semental alazán de Charlie era conducido por un joven negro. Tiró bruscamente del gris moteado y se arrojó de la silla de montar.

—¿Dónde está tu ama? —gritó.

—Ahí dentro, señor. —El chico señaló—. En la casa de los premios. Hay una pelea entre…

—¡Ya lo sé! —Bruce soltó las riendas y corrió por la puerta abierta. Había cruzado la mitad de la distancia entre la entrada y la multitud enardecida cuando el chasquido de un látigo cortó el aire. La multitud se dispersó, aturdida hasta el silencio, y vio a Charlie avanzando lentamente sobre las figuras que luchaban. Por un instante, Bruce se quedó helado. ¿No tenía el suficiente sentido común para darse cuenta del peligro que corría?

Con un sonido tan agudo como el de un disparo de mosquete, el látigo volvió a chasquear. Un hombre gritó de agonía y algo relampagueó en el aire, golpeó el suelo y rodó casi hasta los pies de Bruce. Se agachó y cogió un cuchillo afilado.

Los dos hombres se separaron; el más pequeño, cubierto de sangre, levantó las manos en señal de rendición. El otro se abalanzó hacia Charlie, con los ojos distorsionados por la rabia. El tiempo pareció ralentizarse cuando Bruce gritó una advertencia y sacó su pistola de la funda del hombro.

—¡Alto o eres hombre muerto! —Apuntó con el arma al agresor de Charlie, con el dedo apretando el gatillo.

Charlie se mantuvo firme y el látigo serpenteó alrededor de las piernas del sirviente. Cayó pesadamente, y antes de que pudiera recobrar el juicio, Bruce tenía una rodilla sobre el pecho del hombre. Su mano izquierda estaba en la garganta del galés, la derecha sostenía la pistola a centímetros de su cráneo.

—Ni siquiera respires —le advirtió Bruce. Los ojos grises no tenían piedad.

—Es más fácil acabar con vosotros aquí y ahora, que entregaros al sheriff para que os juzgue.

Charlie se movió para colocarse junto a Bruce.

—¿Te irás en silencio, Gideon? —preguntó.

Gotas de sudor brotaron en la cabeza del hombre mientras gruñía su asentimiento. Charlie se levantó y se volvió hacia los espectadores.

—Este es el nuevo capataz, el amo Bruce Keegan. Obedeceréis su palabra como hacéis con la mía. —Enroscó el látigo y dirigió su atención a John—. Ve a tu cabaña. Tú y tu esposa ya habéis sido advertidos de estas peleas. El amo Keegan se ocupará de vosotros mañana.

—Tú y tú —Bruce señaló a dos hombres—, atarle bien.

Un brazo musculoso puso al sirviente en pie y lo empujó hacia ellos.

—Si escapa, recibiréis vuestro castigo. —Los furiosos ojos de halcón escudriñaron la sala —. El resto de vosotros, ¿no tenéis tareas que atender?

Rápidamente los hombres y las mujeres se dispersaron. Bruce observó a Charlie por el rabillo del ojo, aún conmocionado por lo que había visto. Su compostura le sorprendió. No, admitió para sí, le irritó. Su irritación era tanto más pronunciada por su irracionalidad.

—¿Qué clase de mujer es usted? —le preguntó con los dientes apretados.

—Una autosuficiente. —Ella le devolvió la mirada con arrogancia, sin ningún atisbo de

timidez femenina—. Pero una sensata, espero. Eso fue pensar rápido y actuar con rapidez. Gracias.

—Maneja ese látigo como un pastor —dijo él, ignorando su agradecimiento.

La picardía iluminó los ojos marrones de Charlie.

—Gracias de nuevo. El viejo Charles estaría encantado con el cumplido. Me enseñó a usar un látigo y mandó hacer este más ligero especialmente para mí.

—Una extraña elección de regalo para una dama. —Sin quererlo, una pizca de sarcasmo se coló en las palabras de Bruce. Sabía que se había asustado mucho por ella, y ahora ese miedo se estaba convirtiendo rápidamente en irritación.

Charlie se rió.

—Yo diría que eso depende de la dama. —Señaló con la cabeza a los trabajadores que se marchaban—. Mi abuelo era un hombre pequeño, y en sus últimos años demasiado débil para imponer su autoridad con los puños. Sabía que yo tendría el mismo problema, así que se aseguró de que pudiera cuidar de mí misma. —Arqueó una ceja castaña divertida—. Yo también sé disparar. Confío en que eso no le ofenda, Escocés.

Bruce frunció el ceño.

—Maldita sea, esto no es cosa de broma. Debería haberme dejado este problema a mí. ¡El hombre podría haberle quitado ese látigo y matarla! Una pelea entre hombres no es lugar para una mujer.

Charlie se encogió de hombros.

—Fue una mujer quien empezó. Es justo que lo resuelva una mujer. —No hizo falta decirle que sus hombres habrían acudido a rescatarla si hubieran pensado que estaba en peligro.

—Si un hombre hubiera matado al otro, habría compartido la responsabilidad. —La

expresión de Bruce se suavizó—. Mostráis más valor que sentido común, muchacha.

Charlie luchó por controlar un temblor interior. ¿Quería que admitiera que estaba asustada? Por supuesto que lo estaba. El viejo Charles le había enseñado a no mostrar nunca miedo, a no admitir nunca la duda. Se había convertido en una hábil actriz, pero los miedos seguían ahí, algunos reales, otros infantiles, como su miedo abrumador a las tormentas eléctricas.

—El día que no pueda controlar una pelea entre mis trabajadores, ese día perderé mi autoridad como dueña de La propiedad Palmer — dijo.

—Una mujer es una mujer, y un hombre un hombre. Hay cosas que no puede hacer, y cuanto antes lo aprenda, mejor. —Bruce tanteó con el broche de su abrigo—. Está temblando. Déjeme darle...

—¡No! —Ella le hizo un gesto para que se fuera—. Tengo un abrigo. Está fuera. —Ella no invitaría a la familiaridad de aceptar su ropa—. Ya que está tan ansioso por hacerse cargo, dejaré la resolución de este asunto en sus manos. Ambos hombres son sirvientes contratados. El del cuchillo lleva poco tiempo aquí; es perezoso y alborotador. La mujer de John... Debe hablar con ella y formarse su propia opinión. John tiene buena mano con los bueyes, e incluso sabe leer y escribir un poco. No podemos permitirnos perderlos. Ya no tenemos suficientes trabajadores.

—¿Quiere que me deshaga de todos ellos?

—Eso debe decidirlo usted, señor Keegan. El galés debe ser tratado con severidad. Está prohibido que lleve ese tipo de cuchillo, y mucho menos que me amenace con él. —Charlie se apartó un mechón de pelo de la cara—. No soy tan tonta como usted cree. En Tidewater, sólo un loco mataría a una mujer a la vista de testigos. Yo corría menos peligro del que hubiera corrido usted. Si me hubiera hecho daño, los demás lo habrían hecho pedazos.

Bruce asintió a regañadientes.

—Sí. Es lo mismo en Virginia. —Había un extraño espesor en su voz. Cuando había visto

a aquel hombre avanzar hacia ella con el cuchillo... ¿Qué había en esa mujer que le había afectado tanto? Había sido algo más que el instinto protector natural de un hombre hacia una mujer en peligro; el miedo había tocado una fibra más profunda. Se encogió de hombros, apartando los pensamientos inquietantes.

—Mañana es tiempo suficiente para repartir castigos. Deles una noche para preocuparse. —Hizo una mueca.

—¿Hay alguna posibilidad de una comida decente en este lugar dejado de la mano de Dios? No he estado tan vacío desde que llegué a las Colonias.

Charlie se rió.

—Le hemos mostrado poca hospitalidad, ¿verdad? Venga conmigo. Nos calentaremos en el hogar de Cara y probaremos algo de su cocina. Siempre tiene algo en la tetera, y su pan de maíz es el mejor que he comido nunca. —Se dirigió enérgicamente hacia la puerta, luego se detuvo y miró por encima del hombro—. Bueno, Escocés, ¿tiene hambre o no?

—Mi nombre es Bruce, y yo soy...

Ella asintió.

—Bruce, entonces, y puede llamarme Charlie cuando estemos solos o fuera de la plantación. No oigo más que 'ama, ama' desde el amanecer hasta el anochecer hasta que me canse de la palabra. —Hizo un gesto hacia la puerta—. Vamos. Podría conocer a algunos de los nuestros.

Con un suspiro, Bruce la siguió. Las sobras arrebatadas en la cocina de un sirviente no era lo que había tenido en mente cuando sugirió una comida, pero parecía que era lo único que iba a conseguir.



Por la tarde, Charlie le dio a Bruce una vuelta por la plantación, empezando por la casa de los premios y continuando por los fértiles campos y prados. El maíz se erguía en sacudidas, uniformemente espaciadas, descendiendo hasta las orillas del río Chester. Los conejos y las aves de caza saltaban ante los caballos y el cielo se llenaba de bandadas de patos y gansos. El cielo cubierto de nubes resonaba con sus lúgubres gritos.

Bruce se paró en los estribos y miró a su alrededor. Nunca había visto una tierra tan inquietantemente bella desde que había abandonado las brumosas cañadas de Escocia.

—Es hermoso, este Tidewater —concedió. Los colores otoñales se mezclaban unos con otros hasta que le dolió el anhelo agridulce de un artista por capturar las aguas verdeazuladas del arroyo enmarcadas en marrones de pantano y verdes de cedro.

—Mi abuelo labró cada metro de tierra salvaje. Comerció con los indios por este suelo, a pesar de que lord Baltimore lo reclamaba. Dio tres esposas a este suelo; una por ahogamiento, otra por fiebre y mi abuela por parto. Algunos dicen que ya era viejo cuando nació mi madre. Sus otros hijos murieron todos en la infancia.

Bruce suspiró.

—Conozco su amor por la tierra. Así era en mi Escocia natal. La casa en la que nací había pertenecido a mi familia durante siglos.

—Su familia, ¿todavía están allí?

—No. —Apartó la mirada, parpadeando por la humedad que se acumulaba tras sus párpados—. Están todos muertos; la tierra pertenece a un gordo lord inglés que probablemente nunca ha recorrido la distancia desde Londres para siquiera mirarla. —Inconscientemente sus dedos se tensaron sobre las riendas de cuero—. Los recuerdos son malos, prefiero no hablar de ello.

—Como quiera —Charlie había conocido suficiente dolor como para reconocerlo en otro. Rápidamente buscó un tema más seguro—. Siendo de Virginia, puede que haya conocido a mi madre. Está casada con Nicholas Randall de Rosewood en el James.

—He oído hablar de Randall, pero nunca he visto a su esposa.

—Una lástima. Es toda una belleza. —Charlie clavó los talones en el costado del caballo —. Será mejor que volvamos. El bosque y los campos del norte puede verlos otro día.

—¿Cuántos campos tenéis de tabaco?

—Cuatro. La cosecha fue buena este año. Ahora tenemos que preocuparnos de llevarlo a Inglaterra. —Brevemente Bruce vislumbró la preocupación en sus ojos.

No necesitó preguntarle si estaba endeudada. Todos los plantadores que conocía lo estaban. Una plantación necesitaba cientos de artículos para funcionar; azadas y hachas, palas, hebillas de arnés, cuero, hierro para las ruedas de los carros, anzuelos, barriles, zapatos y botas, telas y vajilla, incluso cristal para los cristales de las ventanas. Todas estas cosas venían de la madre Inglaterra y costaban caras. Cada pieza estaba sujeta a impuestos y se añadían recargos una y otra vez hasta que el coste incluso de un par de botas era inimaginable.

El tabaco era el cultivo comercial de Chesapeake, el cultivo que sostenía el modo de vida de los plantadores. El precio del tabaco fluctuaba. Los granjeros de Maryland vendían según la palabra de sus factores en Inglaterra, a menudo endeudándose durante el año hasta que llegaban las ganancias.

Las cosas empeoraban por la ley que decía que los colonos debían comprar y vender sólo con Inglaterra. Los comerciantes holandeses podían ofrecer mucho más beneficio por un barril de tabaco, incluso el triple que en el mercado legal. Pero un plantador que vendiera a un comerciante de este tipo era tachado de criminal, de contrabandista, y podía perderlo todo, incluso la vida, si le pillaban.

—Entre los piratas y el tiempo, el tabaco es un juego de jugadores —admitió Bruce—. ¿Han sufrido daños sus envíos?

—Ninguno de los nuestros hasta ahora, y eso es casi un milagro. Solían decir que mi abuelo tenía la suerte del diablo. —Charlie enroscó su semental para cabalgar a su lado.

Bruce no pudo evitar admirar la facilidad con la que cabalgaba a horcajadas. Tenía la espalda recta, las manos ligeras sobre las riendas, pero preparadas para mostrar un control firme si el animal se echaba atrás.

—Desde que los barcos de guerra de Su Majestad se han retirado para esa maldita guerra en Europa, dicen que se puede seguir la costa de Carolina caminando sobre el agua. Los barcos piratas son tan gruesos que se puede saltar de barco en barco sin mojarse nunca los pies.

Ella se rió, sonando más joven de lo que él recordaba, luego su ceño se frunció con preocupación y se puso seria.

—Ya no puedo permitirme el seguro de transporte de mi tabaco. Ha subido diez veces en los últimos tres años. Patrick, mi abogado, dice que para el año que viene nadie podrá asegurar sus cargamentos.

—¿No tiene seguro? —Bruce frunció el ceño—. Es un mal negocio. Si el tabaco fuera mío, tendría un seguro, sin importar el coste. Sé de cinco barcos que fueron abordados este verano, cuatro enviados al fondo del mar

—Bueno, no es su decisión. —Ella chasqueó la bahía, instándole a ir al galope. ¿Por qué había estropeado la primera conversación agradable que habían tenido juntos? Tenía el suficiente sentido común para saber que un cargamento de tabaco necesitaba un seguro; también sabía que sencillamente no quedaba dinero para pagarlo.

Bruce maldijo en voz baja y le dio la cabeza al gris moteado. ¿Esperaba pasar los próximos dos años comiendo su polvo?

Cuando llegaron al corral, Charlie estaba satisfecho con los progresos que los obreros habían hecho en la obra del granero. Charlie presentó a Bruce a la gente que aún no conocía y le explicó las órdenes que ya había dado.

—Hay planos del granero en alguna parte de la oficina. Mi abuelo registraba todo lo que hacía —dijo orgullosa—. Quiero que el granero vuelva a ser exactamente como era. Podremos dedicarle toda nuestra atención en cuanto carguemos la cosecha de tabaco.

Bruce caminó alrededor de la estructura en ruinas, deteniéndose de vez en cuando para patear una viga o golpear un montante. Charlie esperó pacientemente, algo que estaba seguro no le resultaba fácil.

—¿Quiere una opinión sincera? —dijo finalmente.

Ella asintió.

—Puede que no esté de acuerdo, pero siempre agradezco los pensamientos de un hombre.

—Derríbenlo todo. Ponga unos nuevos cimientos de ladrillo allí. — Señaló—. A unos 30 metros de ésta. Y construya de abajo hacia arriba; demasiados de sus soportes principales están debilitados. Si parcheáis éste, siempre será sólo eso, un trabajo parcheado.

Una tensión cruzó su rostro.

—Tiene razón, pero un granero nuevo no será barato.

—Podemos leñar y serrar todo lo que necesitemos aquí en la plantación. Sé cómo montar un horno de ladrillos si no tiene uno. Llevará muchas horas, pero el invierno es una época lenta. Creo que merecerá la pena el esfuerzo y el gasto extra.

El sentimiento guerreaba con el sentido común tras la fría fachada de Charlie. Lentamente volvió a asentir.

—No empezamos a plantar semillas de tabaco hasta finales de enero o febrero. Lo haremos

a su manera, señor Keegan. —Ya estaba cambiando las cosas, y a ella le molestaba. El granero de Charles Palmer desaparecería para siempre.

—Hágalo entonces —dijo ella suavemente—. No gaste ni un chelín más de lo necesario, pero construye algo que dure doscientos años y más. —Era lo que su abuelo habría ordenado si hubiera estado vivo para decirlo—. Puede empezar en cuanto se termine con el tabaco. Le haré responsable.

Charlie lanzó las riendas de su caballo a un muchacho y se dirigió hacia la casa

—Tengo algunas cifras sobre el tabaco —llamó por encima del hombro—. Se las enviaré. Es oronoco de primera y lo quiero cargado con cuidado. No quiero que el agua estropee ninguno de los barriles en el viaje.



Bruce estaba tan absorto en su planificación de la nueva estructura que se puso el sol antes de darse cuenta. Cuando la luz empezó a desvanecerse, se dirigió al interior para asearse para la cena, entrando por la cocina. La chica, Beth, le murmuró algo y sacó una sartén humeante del hogar.

Salvo por un sabueso tumbado en el último peldaño de la gran escalera, la casa parecía vacía. Bruce se detuvo al pie de los escalones y miró a su alrededor, frunciendo el ceño. Un candelabro estaba bajo un espejo dorado, la caoba manchada de cera derretida. El polvo yacía espeso en los rincones del vestíbulo y del techo colgaban telarañas.

—Marujas perezosas —murmuró. Sabía lo que diría su madre de una limpieza tan descuidada. La casa solariega de La propiedad Palmer habría encajado perfectamente en un ala de la casa de su padre en Escocia, pero cada superficie, alféizar y tapicería estaban impecables y

perfumados. La señorita Palmer podría recibir unas cuantas lecciones sobre la gestión de un hogar de una mujer como su madre.

Subió los escalones de dos en dos, casi derribando al viejo Ben al salir de la alcoba de Bruce.

—Buenas noches, señor —dijo Ben—. Todas sus cosas han llegado bien de Chestertown. Estaba encendiendo un fuego para quitar el frío de su habitación.

—Gracias, pero la próxima vez me ocuparé yo. Prefiero ocuparme de mis propias necesidades —Bruce frunció el ceño, preguntándose cuánto tiempo pasaría antes de que el personal de la casa se tomara en serio su petición de intimidad. Nunca se había alojado en la casa principal desde que se había convertido en capataz, y desde luego nunca cuando había sido sirviente contratado. En su último puesto, había tenido su propia casita; necesitaba soledad para pintar.

Se detuvo en seco justo delante de la puerta. Acurrucados en el centro de su cama había una gata blanca y negra y su surtido de gatitos. Una maldición se deslizó entre sus dientes apretados.

—¡Fuera! —gritó con fuerza—. ¡Todos! —Bruce dio una palmada y los gatos volaron en todas direcciones. Dos gatitos se lanzaron por la puerta y la gata madre desapareció bajo la cama de láminas.

Charlie vino corriendo.

—¿Qué pasa?

Bruce se dio cuenta de que se había puesto una camisa azul de hombre de algo sedoso, pero seguía llevando pantalones de hombre y botas de montar.

—Hay un gato en mi habitación. Para ser exactos, hay varios. Los quiero fuera. ¡Ya!

Los ojos de Charlie se abrieron de par en par. No había ningún atisbo de sonrisa en sus

labios, pero sus ojos revelaban su diversión

—¿Le tiene miedo a los gatos?

—Por supuesto que no les tengo miedo. Simplemente no los quiero en mi habitación. —Su voz sonó petulante a sus propios oídos—. No me gustan los gatos —repitió torpemente—. Nunca me han gustado.

—A mi abuelo le gustaban —dijo Charlie, mientras se arrodillaba y empezaba a engatusar a la gata madre para que saliera de debajo de la cama—. Son animales independientes y muy inteligentes. Toma, gatito, gatito —llamó.

—No quiero a nadie en mi habitación.

—Eso ha dicho. Hablaré con Ben, pero lleva aquí más de treinta años. Él y mi abuelo eran amigos. Tendría que tener cuidado de no herir sus sentimientos. Ben pensará que tiene miedo de que le robe algo. —Charlie se levantó con tres gatitos en brazos.

—No lo hará, lo sabe. Sus cosas están perfectamente seguras aquí.

—No acuso a nadie de su casa de ser un ladrón, pero soy una persona reservada.

Un hombre que ha compartido una diminuta celda de prisión valora su propio espacio, sus propias posesiones, pensó Bruce. Y cualquier hombre que haya sobrevivido al viaje a América en la bodega de un barco de presidiarios debe vivir para siempre con el recuerdo de cuerpos sucios y enfermos apretados a su alrededor. Fue consciente de que estaba bloqueando la entrada y se apartó rápidamente.

—No atrapó al felino.

—¿La gata? Ella seguirá a sus gatitos. Deje la puerta abierta y no la asuste.

—¿A qué hora es la cena? —Bruce trató de ignorar a la gata madre que se enroscaba en su tobillo, ronroneando.

Charlie se encogió de hombros.

—Cuando Beth lo tenga en la mesa. Gritará.

—No deseo interferir con su personal, pero su esclavo Ben...

—¡Ben no es un esclavo! —Charlie espetó—. ¡No hay esclavos en mi plantación! Ben Weaver nació tan libre como usted.

Bruce levantó una mano.

—Paz, señorita Palmer. No tenía intención de insultar al viejo, libre o esclavo. ¿Me consideráis un ogro por maltratar a vuestros sirvientes?

—Ben no es un sirviente... No exactamente. Esta es su casa tanto como la mía.

Bruce se pasó los dedos por el pelo. ¿Qué clase de lugar era éste, donde gobernaba una mujer y los sirvientes no eran sirvientes? Luchó con su temperamento.

—Sólo quiero que mis habitaciones no sean perturbadas, ni por personas ni por animales.

Ella bajó a los gatitos con seguridad al suelo y los espantó hacia las escaleras, luego se volvió hacia él.

—Si le disgustan los animales, Escocés, se encontrará bastante incómodo en La propiedad Palmer.

—¡Dije que no me gustaban sus malditos animales! —El eructo se hizo más grueso a medida que su temperamento se calentaba—. Me gustan las criaturas de Dios -la mayoría de ellas- pero tienen un lugar, y no es en mi cama.

—¿Preferiría tener ratones corriendo arriba y abajo por las escaleras? ¿Hurgando en sus preciadas posesiones?

Con un bufido de disgusto, Bruce se retiró a su habitación.

—Si no os importa, me vestiré para la cena —dijo sarcásticamente.

Rápidamente se desnudó hasta la cintura, llenó el lavabo con el agua de la jarra y empezó a enjabonarse la cara y el cuello con el jabón suave y perfumado del lavabo. A Bruce le gustaba especialmente bañarse, un rasgo que había adquirido de su madre.

En su casa, en Escocia, había un cuarto de baño especial que su padre había mandado construir para su madre. Contenía una enorme bañera de esteatita, calentada por su propia chimenea de ladrillo y equipada con agua entubada procedente de un manantial situado fuera de los muros del castillo. Muchos días en Virginia, tras una dura jornada de trabajo en el campo, había echado de menos el puro lujo de aquel baño.

Bruce se miró las manos, llenas de cicatrices y callosidades, no por empuñar una bruñida claymore[1], sino la azada y el hacha de un granjero. Extraños eran los caminos de Dios, que un exaltado joven rebelde de las Tierras Altas pudiera alguna vez encontrar la paz en la rica y roja tierra de Virginia, especialmente en tierras que pertenecían a otro.

Bruce suspiró profundamente mientras se enjuagaba la espuma y la mugre con agua fresca y luego se secaba con una toalla limpia. El suelo aquí, en Maryland, iba de marrón arenoso e incluso negro. ¿Llegaría a amar también su olor?

Se sentó en el borde de la cama y se quitó las botas y las medias y los calzones color canela que olían a caballo y a sudor. No estaré aquí el tiempo suficiente para conocer la tierra. ¡No si sigue con sus maneras de kelpie[2]! ¡Maldita sea, pero la muchacha se le metió bajo la piel! Como un puñado de abrojos, en cualquier dirección que él girara y torciera, ella se clavaba más.

¡La arrogancia de la mujer con sus maneras varoniles!

—No. —Habló en voz alta en la habitación vacía—. No son varoniles. —No había duda de las suaves curvas de una muchacha en su atuendo de muchacho. Los ajustados calzones mostraban demasiado bien su redondeado trasero.

—¡Por Dios, es una kelpie! —juró en voz baja mientras su dedo tocaba un punto caliente

de la caldera de hierro que estaba levantando del fuego. Chupó la piel enrojecida y luego utilizó su camisa desechada para agarrar el asa. Llevaba demasiado tiempo sin una mujer: ése era su problema. Debería haber pasado la noche en Chestertown y haber exigido al posadero que le buscara una moza probable para calentarle la cama. Si no podía apartar sus pensamientos de la espinosa amante de La propiedad Palmer, la causa no eran sus encantos sino la falta de atención femenina.

Charlie Palmer definitivamente no era su tipo. A Bruce le gustaban sus mujeres pequeñas y suaves, de modales apacibles y risueñas. Charlie tenía una sonrisa seductora cuando la utilizaba, pero nunca había conocido a una mujer con tan mal genio. Era tan susceptible como un escocés de las tierras bajas en la boda de su hija.

Bruce empezó a silbar una melodía descarada mientras rebuscaba en su baúl ropa limpia. Sus ojos captaron un destello de plata y buscó la fuente, una petaca de excelente whisky escocés. Lentamente quitó el tapón y bebió un largo sorbo. La calidez se filtró a través de él, calmándole y relajándole.

Ahora que sabía que Charlie no sentía ninguna atracción por él, podría bajar y disfrutar de una comida bien merecida.

Sin embargo, su optimismo duró poco; la cena fue un desastre.

Aunque la mesa y los platos estaban limpios, el estofado de cordero de Beth sólo estaba un escalón por encima de la comida de la cárcel, y sus galletas batidas sólo servían para deslizarlas bajo la mesa para Terry.

Bruce comió solo, intentando pacientemente masticar los fibrosos trozos de carne.

Cuando preguntó dónde estaba el ama, Beth se limitó a encogerse de hombros.

—Supongo que está trabajando en esos libros de contabilidad nuevamente, Amo Keegan... Muchas veces no baja a comer por la noche.

Puedo adivinar por qué, pensó Bruce. Intentó ignorar a Beth revoloteando alrededor de su silla. La moza dejaba pocas dudas sobre sus intenciones; le rozaba sugestivamente cada vez que llenaba un plato o retiraba uno sucio.

A pesar de que le faltaba un diente delantero, la chica no carecía de encanto. Pero nunca había jugado con las mujeres que trabajaban para él. Era una regla que había demostrado ser sensata a lo largo de los años y que no iba a romper ahora.

Bruce terminó su ración de estofado, echó un vistazo al antiguo budín de pan, cogió una manzana del aparador y volvió a subir a sus habitaciones.



Charlie oyó su pisada sobre las tablas del vestíbulo y trató de concentrarse en sus discos. Había decidido deliberadamente no bajar a cenar. Aquel oscuro escocés despertaba en ella emociones demasiado perturbadoras.

Sin duda, a él le complacería sobremanera saber que ella no podía desterrar su rostro rugoso de su mente, que no podía olvidar cómo le caía el pelo oscuro sobre el cuello.

Con un juramento cerró de golpe el libro de contabilidad y fue a coger un libro de la repisa de la chimenea. Si no podía dar sentido a sus cifras, leería. Que la condenaran si se sentaba a soñar sobre el magro trasero de un hombre como una ramera de taberna.

Le vino a la mente la imagen de la mano de Bruce sosteniendo la pistola en la cabeza del galés. Aunque sus manos eran grandes, los dedos eran largos y bien formados, las uñas limpias y cortadas rectas. Una tenue mata de pelo negro cubría el dorso de sus manos. Una tentadora posibilidad atormentó su cerebro. ¿Cómo sería ser tocada por esas manos?

—No merece la pena —susurró en la habitación vacía. Podía admirar el físico de Bruce

Keegan, pero no necesitaba que le complicara la vida. En unas semanas, como mucho, se habría ido. Y ya que veía dónde residía su debilidad, se aseguraría de que el próximo capataz fuera canoso, con sobrepeso y felizmente casado. Riéndose entre dientes, abrió su libro mientras una imagen de Bruce Keegan, veinte años mayor y rodeado de una esposa regañona y montones de niños, le recorría la mente.

Al otro lado del pasillo, tras una puerta cerrada, Bruce se acomodó en un cómodo sillón ante el fuego y equilibró su tablero de dibujo sobre el regazo. Rápidamente, sus dedos volaron sobre el papel, creando fantasmagóricos contornos de La propiedad Palmer: la casa solariega de ladrillo de dos plantas, los graneros y dependencias, los caballos. Y casi por voluntad propia, las líneas y manchas de carboncillo empezaron a formar el rostro de una mujer... El rostro inquietantemente bello de Charlie Palmer.

Capítulo 4

Charlie contempló pensativamente el buque mercante mientras el viento llenaba las velas cuadradas y llevaba el alto barco velozmente por las centelleantes aguas del Chesapeake. La mordedura del viento otoñal trajo manchas de color brillante a sus mejillas y llenó de lágrimas sus ojos castaños canela, pero ella no se dio cuenta. Sus pensamientos estaban con el barco y la preciosa carga en su bodega. Si algo le ocurría a la cosecha de tabaco de este año... Charlie se estremeció y apartó el miedo que la acechaba.

El tabaco estaría a salvo. Tenía que estarlo. ¿No era la suerte del viejo Charles Palmer una leyenda en la colonia?

—Si tienes alguna influencia con el Señor, ahora es el momento de usarla —susurró. Si el espíritu de su abuelo estaba en alguna parte, estaría aquí, en La propiedad de Palmer, a la hora de embarcar tabaco. De algún modo, no creía que ni siquiera la muerte pudiera impedir que el duro anciano velara por lo que más había amado en la vida.

Charlie suspiró y volvió hacia su caballo. La suerte de los Palmer les había hecho pasar por tiempos difíciles; la plantación había sobrevivido a la agitación política, a la sequía y a los ataques de los indios. Una vez un incendio forestal había arrasado la casa y los graneros, sólo para ser ahogado en el último momento por un aguacero. El viejo Charles incluso había discutido públicamente con un gobernador real en una ocasión y se había salido con la suya. Hasta el momento, La propiedad Palmer nunca había perdido una cosecha de tabaco a manos de piratas en alta mar o de insectos en los campos. No había razón para que su suerte cambiara ahora.

Charlie asintió al mozo de servicio y tomó las riendas del Barón en sus manos. ¿Por qué me siento tan intranquila? se preguntó. Bruce Keegan era mejor capataz de lo que ella había esperado. Era inteligente y justo con los trabajadores de la plantación. Aunque no le gustaban sus modales arrogantes, el escocés había resuelto su problema más acuciante al encontrar un capitán que llevara su tabaco a Inglaterra. Tuvo que admitir que Bruce era un buen hombre, y si Charles estuviera vivo, probablemente él y Bruce serían amigos.

La tristeza la invadió al darse cuenta de lo mucho que seguía echando de menos a su abuelo. Siempre habían celebrado el día en que zarpaba el tabaco.

Cabalgaban hasta Chestertown y cenaban, y él le compraba algún regalo especial.

—Te echo de menos, Charles —murmuró mientras subía a la silla de montar. El semental bayo sacudió la cabeza y resopló, dando zarpazos a las hojas caídas con sus poderosas pezuñas.

—Es arriesgado navegar con una flota tan pequeña.

Sobresaltada, Charlie giró en la silla de montar para mirar fijamente a la cara de su capataz. Había estado tan concentrada en ver navegar el barco que no había oído al escocés cabalgar detrás de ella.

—No lo sería si tuviéramos la protección que el Rey nos debe, — respondió bruscamente.

—Un hombre de guerra contribuiría mucho a que el viaje del *Isobel* fuera seguro. Sólo lleva ocho cañones, no es mucha defensa contra un corsario español o francés. Es temporada abierta para los barcos tabaqueros.

Los ojos grises de Bruce ardían en los suyos; el suave rebuzno de su voz le hacía estremecer la piel de los brazos y la nuca. ¡Maldito sea! ¿Cómo podía afectarla tanto con sólo estar cerca? Se obligó a escuchar lo que decía.

—Se dice que La propiedad Palmer nunca ha perdido un cargamento de tabaco. Le dije al capitán Dayton que debería cobrar un extra a los otros plantadores por embarcar con él sólo

porque su tabaco estaba a bordo.

—¿Y él estuvo de acuerdo, supongo?

—No. Dijo: 'con la suerte de los Palmer o no, tienes suerte de que lleve la cosecha de tu ama'.

Charlie no pudo evitar notar las ojeras de Bruce. No era la única que había trabajado muchas horas. Había trabajado más duro que los hombres los últimos días.

—Normalmente nos tomamos el día libre... El día del embarque — explicó. Sentía la boca seca. ¿Se estaba enfermando de algo? Intentó sonar normal.

—La gente lo espera. Siéntase libre de hacer lo mismo si quiere cabalgar hasta Chestertown o simplemente dormir un poco.

No había oído hablar de ninguna relación con las mozas de servicio; seguramente un hombre viril como Keegan debía tener necesidades físicas, necesidades que sólo una mujer podía satisfacer. Seguramente le agradaría tener tiempo libre para buscar una compañera de cama dispuesta. Dios sabe que había muchas que acogerían con agrado sus avances, incluso sin pagar.

Bruce asintió.

—Los hombres se merecen un día libre. Se lo han ganado. —La miró intensamente—. Es una buena cosecha, y si llega a Londres, debería obtener un precio de primera por ella.

—No sé, cuando… —La mirada de Charlie se encontró directamente con la suya—. Será mejor que espere que llegue si espera que le paguen. —Sus rasgos se suavizaron—. Aunque tiene razón sobre el precio. Con menos barcos pasando, el tabaco que llega a Inglaterra puede exigir mucho dinero.

Guió a su caballo de vuelta por el camino de tierra y Bruce se colocó a su lado. El hombre no había dicho nada sobre si pensaba tomarse el día libre. ¡Maldito sea! Incluso cuando no decía nada, la molestaba.

El gris moteado se movía con paso suave, ignorando la cabeza ladeada y las orejas echadas hacia atrás del semental de Charlie.

—Ha hecho un buen trabajo —admitió Charlie, rompiendo el silencio—. Antes Dayton se negaba a llevar mi tabaco.

—Me lo dijo. Dijo que no hacía negocios con señoras.

—¿El capitán Dayton me llamó señora? —Los ojos de Charlie brillaron con picardía—. Es la primera vez.

—Bueno —concedió solemnemente el escocés—, quizá ésas no fueron sus palabras exactas. —Sonrió.

—No lo creo.

Las hojas secas, con sus brillantes colores desteñidos a marrón polvoriento, patinaban ante el viento, dando tumbos y rodando por el camino de tierra delante de los caballos.

Charlie mantuvo una rienda firme sobre Barón, tensando los músculos de sus piernas mientras él bailaba de lado.

—Whoa —le tranquilizó—. Nada de eso ahora.

Como para ponerla a prueba, el animal resopló y se encabritó, dando zarpazos al aire con sus poderosas patas delanteras. Charlie echó su peso hacia delante en la silla y lo golpeó bruscamente con su faldón de montar. El semental saltó hacia delante, lanzándose por el camino a todo galope. Charlie dejó que el gran caballo se le echara encima durante casi un cuarto de milla, y luego lo aminoró gradualmente hasta dejarlo al galope y finalmente al trote.

Bruce frunció el ceño mientras acercaba a su gris moteado junto al semental, ambos animales manchados de sudor.

—Monta bien para ser una muchacha —admitió—, pero es demasiado caballo para una

mujer. Perdió el control sobre él en la curva. Tendría más sentido que montara una yegua. Se romperá el cuello con él uno de estos días.

El calor subió a las mejillas de Charlie bajo la mirada feroz del escocés.

—No perdí el control. Le di en la cabeza a propósito. —Se obligó a tragarse el juramento que subió a sus labios—. ¿Monto bien para ser una muchacha? —Ella le miró a través de unas gruesas y oscuras pestañas y sonrió dulcemente—. Gracias, señor —respondió con suavidad—. Usted mismo monta bastante bien, para ser un hombre.

—¡Ay! —Asintió, la ira desapareciendo de su expresión—. Supongo que me lo merecía. —Su voz profunda se suavizó—. Pero el consejo fue dado sinceramente, no para insultarla. No estoy acostumbrado a ver damas cabalgando a horcajadas con semejante… —enarcó una ceja con curiosidad—. Atuendo de caballero. —Bruce alargó la mano para tocar el ala de su sombrero ladeado a modo de saludo—. ¿Podemos hacer una tregua por hoy? Usted me prometió un día de descanso, y no tengo ningún deseo de comenzarlo con una pelea.

—¿Y tiene la costumbre de instruir a sus patrones en equitación? —preguntó Charlie—. ¿A sus empleadores masculinos?

—Me he disculpado y no obtendrá más de mí sobre el tema, señorita. —Los ojos grises le advirtieron que no fuera demasiado lejos—. Aparte del hecho de que el semental es muy fogoso, demasiado para ser un animal de monta fiable. Usted acabará en el suelo, recuerde mis palabras.

Charlie notó que el eructo escocés de Bruce aumentaba con la intensidad de su emoción.

—Acepto las disculpas, pero no el consejo. Nos llevamos bastante bien, Barón y yo. Mi abuelo no me enseñó otra cosa que a montar a caballo. No quiero ningún caballo de tiro pesado. Si lo quisiera, podría montar a Squire.

—Halcón es un caballo castrado y me ha servido bien. Es rápido y sensato. Un monje no puede pedirle más a un caballo. —Se inclinó hacia delante para acariciar el cuello moteado—.

Un semental pierde demasiado tiempo pensando en otros asuntos como para ser una montura estable.

—Me gusta el fuego y la resistencia —explicó suavemente—. He estado en la silla de montar desde el amanecer hasta el anochecer muchos días. ¿Puede su castrado igualar esa resistencia?

—Si se lo pido.

Bruce miró el camino de tierra que tenía por delante. ¿Esta maldita moza siempre tenía que tener la última palabra? Era una arpía testaruda. Un hombre tendría que hacerse examinar la cabeza para trabajar bajo sus órdenes.

—He hecho arreglos para vender la fianza del galés a Martin Hopkins de Canterbury. ¿Tengo su aprobación? —preguntó, cambiando de tema—. Pensé en mantener al hombre y a la esposa y darles una segunda oportunidad. Como dijo, ya está corta de manos, y él tiene habilidad con los bueyes.

—Como mejor le parezca. ¿Hablo con la mujer? —Charlie podía imaginar que la esposa de John pondría todo su empeño en un espécimen tan lujurioso como el nuevo capataz—. Ella ha causado problemas antes.

—Les he advertido a ambos que no habrá más oportunidades. No soy blando, pero soy justo. Yo mismo fui siervo cuando llegué a este país. Sé dónde están parados. —Bruce lanzó una dura mirada a Charlie, luego continuó cuando no vio desprecio en su rostro—. Si podéis conseguir dinero, compraré más esclavos cuando llegue la época de plantar tabaco.

—Nada de esclavos.

—¿Qué ha dicho?

—Estaba bastante claro, escocés. Ya le he dicho que no tenemos esclavos en La propiedad Palmer. Mi abuelo sólo usaba hombres libres y sirvientes. No veo razón para cambiar.

—Usted me trajo desde Virginia para supervisar su plantación. Comprar y vender esclavos siempre ha sido uno de mis deberes. Le falta mano de obra, lo admite. Con los esclavos hay menos problemas del tipo de los que usted rompió en la casa de premios. Son buenos trabajadores del tabaco, fuertes y fáciles de entrenar en el tedioso trabajo diario.

—¿Como animales tontos, quiere decir? —Charlie frenó a Barón y le miró con los ojos entrecerrados.

—No he dicho eso. Un monje es un monje en mi experiencia, algunos rápidos y otros estúpidos. El color de la piel no te dice nada.

—¿Un hombre es un hombre? ¿Y aún así cree que es moralmente correcto mantener a otro humano en esclavitud sin esperanza de libertad? —Los ojos canela se oscurecieron hasta convertirse en ébano —. ¡La esclavitud es una maldición, y no mancillaré La propiedad Palmer con ella!

—Trata a sus trabajadores con justicia, ¿verdad? Les dais a todos comida decente y cobijo ajustado. ¿Qué diferencia hay si os negáis a comprar esclavos? ¿Libera a un solo hombre? ¿Envía a uno de vuelta a África? —Bruce se burló—. No estaba sugiriendo que financiáramos una incursión en la costa africana. Si compráis hombres que ya son esclavos, podríais darles una vida mejor de la que ya tienen.

—Si tuviera el dinero, los compraría y los liberaría —declaró con vehemencia—. Un hombre libre hace el doble de trabajo que un esclavo. ¿Y por qué no debería hacerlo? Tiene esperanzas, sueños, algo por lo que trabajar.

—Los esclavos son más rentables que los sirvientes. Para cuando has entrenado a un sirviente en su oficio, es hora de liberarlo. La mayoría son la escoria de Londres y Bristol… Carteristas, salteadores de caminos y…

—¿Y rebeldes? —se atrevió Charlie—. ¿Traidores al Rey?

Bruce frunció los labios.

—Así que llegamos a eso, ¿no? Sí, soy uno de esos rebeldes de los que habláis... O lo fui. Pero he pagado mi precio, y el por qué y el cómo de mi arresto es asunto mío, Señorita Palmer. Sabíais que era un sirviente antes de contratarme. Si ahora es un problema, sólo tiene que decirlo y empaquetaré mis pertenencias.

—No sea tan susceptible. No pretendía insultar el orgullo de su precioso escocés. Me limitaba a señalar que un hombre como usted, que ha sido siervo de enlace, está en mal lugar para condenarlos.

Bruce se encogió de hombros.

—O en mejor lugar para juzgar que un caballero. He trabajado junto a esclavos y sirvientes, he comido lo mismo que ellos y he dormido sobre la misma paja. La propiedad Palmer tiene problemas económicos. Estaría haciendo menos de mi deber si no os aconsejara traer esclavos.

—Y yo estaría cumpliendo menos de mi deber si se lo permitiera. —Clavó los talones en los costados de Barón y enroscó el animal alrededor de la montura de Bruce—. Nada de esclavos y punto. No discutiremos más.

Cabalgaron de vuelta hacia la casa en fila india con Bruce manteniendo a su gris rucio a unos buenos dos cuerpos por detrás de los cuartos traseros del semental. El temperamento de Charlie era evidente en la línea rígida de su columna, pero cabalgaba como si fuera parte del animal.

—Tiene más agallas que sentido común, —murmuró Bruce al castrado.

El pelo castaño de Charlie estaba recogido en la nuca con un poco de cinta negra. Se derramaba sobre sus hombros en una masa rizada, perversamente tentadora bajo el sombrero de fieltro ladeado.

—Se viste como un muchacho —echó humo Bruce—. No hay mujer en ella. —Pero el cuello esbelto y la cintura entallada desmentían su discurso y él lo sabía. ¡Dios, pero no podía apartar los ojos de ella!

¿Acaso ese pelo rojo dorado olería a madreselva?

Bruce se quitó el sombrero y se secó la frente, sonriendo ante su propia tontería. Si tenía sudor en la frente, se había puesto a sudar pensando en Charlie. El viento de la bahía era cortante. Un anhelo corría por sus venas tan fuerte como el que le había impulsado hacia su primera mujer.

Se rió al recordarlo. Jeannie MacDuff... Una paloma regordeta que había reclamado la inocencia de un chico. Se había vuelto loco por ella: rondaba la taberna donde trabajaba, hacía dibujos de su cara e incluso escribía poesías ensalzando sus virtudes. Jeannie era una pieza dulce, pero la virtud no era uno de sus puntos fuertes.

Jeannie había sido la primera, pero había habido demasiadas desde entonces para nombrarlas.

Había habido una muchacha especial, hacía mucho tiempo, a la que había pedido que fuera su novia, pero la viruela se la había cobrado antes de que hubieran hecho algo más que intercambiar unos cuantos besos castos. Era morena y menuda, no más grande que una niña, de voz suave y modales apacibles. Bruce intentó recordar su rostro, pero no había nada... Sólo el sonido de las gaitas en su funeral.

—Ah, eras demasiado buena para mí con diferencia.

Mejor que muriera de viruela a que la violaran y asesinaran como a sus hermanas. Un escalofrío recorrió a Bruce y apartó los amargos recuerdos.

—Como mis hermanas. —Se mordió la suave cara interna de la mejilla hasta saborear la sal dulce de la sangre.

—Esos tiempos se han ido —dijo en voz baja—. Es mejor olvidarlos. —Un hombre era más sabio llenando su vida con algo nuevo que lamentándose por lo que había terminado. Escocés nació y escocés moriría, pero no mataría más por causas perdidas. Sus manos ya habían conocido suficiente sangre—. ¡Ahora soy un plantador, por Dios!

Cabalgaría hasta Chestertown y encontraría una moza de buen corazón con pechos como melones maduros. Un hombre tenía que estar dolido cuando desarrollaba un deseo por una mujer tan dura y arpía como Charlie Palmer.

—No sería más que hielo en la cama —le aseguró al castrado—. Una manzana agria, dejada demasiado tiempo en el árbol.

El castrado resopló y agitó las orejas, y Bruce rió en lo más profundo de su garganta.

—No soy muy bueno mintiendo, cuando ni siquiera puedo convencerte de mis evasivas.

Un muchacho montado en un caballo de tiro galopó por el camino hacia ellos, sacando a Bruce de su ensueño.

—¡Señora! ¡Señora! ¡Ha llegado un mensaje de Annapolis para usted! —El niño con cabeza de remolque saludó emocionado—. ¡Una carta, señorita Charlie! ¡Con sellos y cosas así en ella! ¡Ben dijo que la trajera enseguida! La tiene en la casa.

Bruce instó a su castrado a subir junto a la montura de Charlie, mirando desde el pálido rostro de ella al de mejillas rojas del muchacho.

—¿Esperaba malas noticias? —preguntó.

—Ben me dijo que cogiera un caballo, ama —insistió el muchacho —. He montado a Dan antes. —Los claros ojos azules se volvieron ansiosos—. ¿Lo hice mal?

—Hiciste exactamente lo correcto —dijo Bruce con entusiasmo. Rebuscó en el bolsillo de su chaleco medio penique y se lo tendió al chico—. Eres un chico listo. —Bruce miró al chico; no tendría más de ocho años, pero montaba bastante bien y parecía tener el ingenio a flor de piel

—. ¿Qué trabajo desempeñas?

—Soy ayudante de cocina, amo Keegan. Doy vuelta al asador y traigo y llevo. Lo que Beth me ordene.

—Eso se acabó. Necesito un muchacho avispado que lleve mensajes por mí. Supongo que no sabes leer ni escribir, pero no importa. Yo…

—Dickon puede hacer ambas cosas —le aseguró Charlie—. Nunca será un erudito, pero es bastante bueno con las sumas.

Sus ojos centellearon ante la expresión incrédula de Bruce.

—Tenemos una especie de escuela, dos tardes a la semana. Ben es el amo de escuela. Todos mis chicos aprenden a leer.

—No sabía, ama, que tuvierais descendencia —dijo Bruce con solemnidad.

Dickon apenas ahogó una risita.

—Me refería a los hijos de La propiedad Palmer —espetó Charlie.

—Un error honesto —tranquilizó Bruce, tocándose la barba—. ¿Tenéis alguna objeción a que utilice a Dickon como corredor, o teníais pensado hacer de él un cocinero?

—¿Dickon? —Charlie miró hacia el muchacho—. ¿Le gustaría?

—Oh, sí, señorita Charlie —Se inclinó hacia delante sobre el cuello del bayo, retorciendo sus finos dedos en las crines del caballo—. Me gustaría mucho. Soy un buen jinete, amo Keegan. Lo haré bien por usted, se lo prometo.

—Mi intención era ofrecer al muchacho una oportunidad mejor que la cocina de Beth —dijo Charlie—. Aprenderá más con usted que fregando ollas. Sólo asegúrese de que sus deberes no le aparten de sus lecciones. —Recogió las riendas de cuero entre sus manos—. Ahora debo ocuparme de mi carta. —Se dirigió al semental y le instó a avanzar al galope.

Bruce la siguió con la mirada durante un largo momento. Había leído incertidumbre en sus ojos. Ella esperaba malas noticias. ¿Qué podía estar por venir que provocara semejante reacción en una muchacha que se había enfrentado a un sirviente furioso con un cuchillo? Había misterios en La propiedad Palmer que él aún no comprendía.

—Señor. —El muchacho habló tímidamente—. ¿Necesitará que haga algo ahora, señor?

—Ahora no. Sí, pensándolo bien puedes… Puedes cabalgar hasta la casa del premio y luego bajar al campamento maderero y decirles a todos que tienen el día libre. —Levantó una mano—. Espera. Primero vuelve al granero y coge un caballo de montar y ponle una silla. La pequeña yegua gris servirá. Asegúrate de no tocar ninguno de los purasangre ni ninguno de los que usa tu ama.

Una sonrisa se dibujó en el rostro del niño.

—Sí, señor —asintió—. Conozco bien al caballo. Le diré al mozo de cuadra que me ha dado permiso para llevarla.

—Es vieja pero estable. Ya veremos con el tiempo una montura decente para ti. Si vas a llevar mis mensajes, debes tener buena carne de caballo debajo de ti. Espérame junto al pozo mañana por la mañana después del desayuno. Tendré una tarea para ti entonces.

—Sí, señor.

Un mozo de cuadra conducía a Barón hacia el granero cuando Bruce llegó al corral. Charlie no aparecía por ninguna parte. Bruce entregó su caballo a un criado que lo esperaba y entró en la casa. Tenía la intención de averiguar de qué se trataba el mensaje, si se trataba de asuntos de la plantación.

Ben bajaba los escalones de la entrada con un brazo cargado de libros.

—Señor —llamó suavemente a modo de saludo.

—Su ama, ¿dónde está?

—En la biblioteca, amo Keegan. Le llegó una carta de Annapolis en barco.

Bruce asintió y se dirigió al vestíbulo. La puerta de la biblioteca estaba cerrada; vaciló, luego golpeó bruscamente.

—¿Señorita Palmer? ¿Puedo pasar?

—Sí.

Charlie estaba sola en la habitación, de pie frente a la chimenea, dándole la espalda.

—¿Malas noticias? —Bruce preguntó. Si lo era, esperaba que ella no empezara a llorar.

Las mujeres que lloraban le angustiaban; nunca sabía qué hacer o decir.

Charlie se volvió hacia él, sus ojos rojizos brillaban con lágrimas no derramadas.

—¡Buenas noticias! —dijo, tendiéndole el pergamino arrugado—. He ganado. —Un resplandor de triunfo iluminó su rostro—. A mi padrastro se le ocurrió impugnar el testamento de mi abuelo. Me llevó a los tribunales, reclamando la propiedad Palmer por el derecho de mi madre como hija, pero su demanda fue desestimada. —Dio un paso hacia él—. ¿No lo ve, Bruce? El testamento se mantiene tal como está escrito. La propiedad Palmer es mía.

Capítulo 5

Bruce miró fijamente los brillantes ojos de Charlie durante un largo momento, plenamente consciente del torrente de emociones que su excitación provocaba en su propia alma. Estaba tan cerca que habría podido estrecharla entre sus brazos; el impulso de hacerlo era casi irresistible. Su mirada se fijó en los labios entreabiertos de ella. Estaban llenos y dulcemente curvados, temblando muy levemente mientras ambos tomaban conciencia del silencio que reinaba en la habitación.

Charlie rompió el hechizo.

—Mi abogado no me dejó ir al proceso —dijo—. Temía que pudiera decir o hacer algo que perjudicara mi caso.

—No me imagino por qué pensaría eso —murmuró Bruce con ironía—. Es la imagen de una dama de Tidewater. —Dejó caer los ojos sobre las embarradas botas de montar y luego miró solemnemente sus calzones. Incluso ellos habían visto días mejores, decidió. Un pequeño desgarrón de tres esquinas había empezado a deshilacharse justo por encima de la rodilla y el material se estaba desgastando. ¿En qué podía estar pensando el viejo Charles Palmer para criar a una muchacha tan salvaje como un potro del bosque? Necesitaba una mano firme, masculina o femenina, que la mantuviera a raya. Pero tal y como era ella, ¿a qué hombre se le ocurriría hacerse cargo de semejante mano dura?

Charlie ignoró su burla.

—El gobernador real en persona ordenó a los abogados de mi padrastro que se apresuraran a regresar a Virginia. Nicholas estará furioso, por supuesto. Me encantaría ver su cara cuando se lo digan.

—¿Y su señora madre?

—Milicent se alegrará en secreto, creo. Nicholas se ha gastado la mayor parte de su dote, tanto tierras como oro. No puedo creer que ella quiera que él se quede también con la herencia del abuelo. —Charlie se quitó el sombrero ladeado y lo paseó por la habitación—. No hay amor perdido entre Nicholas y yo —explicó—, mi padrastro me despreció desde el momento en que nací. —Se rió entre dientes—. Milicent me contó que me llamaba bastarda pelirroja despreciable y amenazaba con ahogarme en el James si no me apartaba de su vista.

Bruce frunció el ceño.

—Es algo cruel, aunque sea verdad.

—Es cierto, sin duda. Nicholas nunca se refería a mí por mi nombre cuando visitaba Rosewood; siempre era 'pequeña bastarda', o si tenía compañía, el más cortés 'tú'.

—¿Su madre intentó protegerla de él?

Charlie apartó la mirada.

—Yo era la prueba de su vergüenza. Por eso me envió aquí para que me criara mi abuelo. Dijo que si hubiera sido un niño, ella podría haber tratado de retenerme, pero como no lo era, estaba mejor en otro hogar.

—¿Por qué no me contó lo del juicio? No habéis dicho nada.

Charlie sonrió.

—¿Y darle más razones para desconfiar de mí? ¿Se habría quedado si hubiera pensado que mi derecho a la plantación estaba en duda? — Ella le clavó una mirada intensa—. No está

seguro, ¿verdad? —Su expresión se volvió seria—. Milicent dijo que Nicholas quería La propiedad Palmer para mis hermanastros, pero eso es una mentira descarada. Robert no está lo suficientemente sobrio como para hacer el viaje a Maryland, y Henry… —Se encogió de hombros—. Henry no es más que un petimetre llorón.

—No parece demasiado cariñosa con sus hermanos —observó Bruce.

—Ellos no han mostrado gran afecto por mí. ¿Tiene hermanos? ¿Padres vivos?

Bruce se dio la vuelta y caminó hacia una ventana.

—No. —Se quedó mirando el balandro que se balanceaba suavemente amarrado al muelle. Las gaviotas descendían en picado hacia la superficie gris del agua; sus gritos estridentes llegaban débilmente a través del cristal.

—Están todos muertos —dijo. Un dolor agudo le atravesó las tripas. ¿Por qué seguía doliendo tanto? El tiempo curaba todas las heridas, ¿no? ¿Por qué no ésta?

—Lo siento. —Ella cruzó la habitación hacia él y su tono sorprendido penetró en su dolor.

—Fue hace mucho tiempo —dijo Bruce.

—¡La comida del mediodía! —gritó Beth, asomando la cabeza en la habitación—. Será mejor que coman mientras esté caliente.

—Ya voy —contestó Charlie. Se volvió a medias hacia Bruce—. No le he dicho —dijo en voz baja—, lo mucho que me ha ayudado. Sé que he sido difícil. No soy... —tomó aire con dificultad y continuó— como otras mujeres, pero... Maldita sea, Keegan, ya sabe lo que quiero decir. Gracias.

Él asintió.

—Sí, está en su derecho, no es como otras muchachas. Pero se me ocurre que puede tener algunas buenas cualidades igualmente. —Le puso una mano ligeramente en el brazo.

Charlie se apartó de un tirón como si la hubieran quemado, luego intentó cubrir su disgusto con una broma apresurada.

—Será mejor que se de prisa y se lave. No quisiera apartarle de su comida. Sé cómo disfruta del delicado sabor de la cocina de Beth.



Bruce ya estaba sentado a la mesa del comedor cuando Charlie se reunió con él unos minutos más tarde. Se dio cuenta de que se había cambiado a una camisa de lino blanco y fresco. Llevaba el pelo pulcramente peinado y recogido con una tanga de cuero limpia, y su chaleco de cuero rojizo estaba impecable.

Se levantó cortésmente cuando ella se acercó a la mesa. A pesar de su tamaño, se movía tan suavemente como un bailarín... O un indio, pensó ella. No había aprendido sus finos modales en los campos de tabaco. Bruce Keegan había nacido como un caballero… Apostaba cien acres limpios en ello. Le permitió que le acercara una silla, secretamente contenta de haberse tomado la molestia de cambiarse de ropa. Incluso su abuelo la había regañado de niña por llegar a la mesa oliendo a caballo. Ella no le daría esa oportunidad al escocés.

No había estado preparada para sus caricias en la biblioteca. Si no se hubiera apartado, ¿qué habría pasado? ¿Habría intentado besarla? ¿Era posible que pensara que era una mujer deseable? ¿O pensaba que ella compartía el código moral de Milicent?

No, admitió honestamente, no fue la acción de Bruce lo que la había conmocionado; fue su propia reacción. No era una niña; había sido abrazada y besada por otros hombres. Pero ninguno de esos besos la había afectado como el mero roce de la mano de Bruce. ¿Qué había en él que la hacía contarle cosas que nunca había contado a nadie, que hacía que sintiera en su interior como si se hubiera tragado una mariposa? Sea cual sea el atractivo de Bruce, tendré que superarlo. No

hay sitio en mi vida para un hombre... Ni siquiera para él.

Miró de reojo bajo las pestañas hacia el extremo de la mesa. El tamaño de Bruce no dejaba de sorprenderla. Incluso sentado, era inmenso, los músculos ondulantes apenas disimulados por los finos pliegues de la camisa. Fingió desplegar su servilleta mientras le observaba. Su atención estaba fija en la sopera cubierta que Beth estaba colocando en el centro de la mesa.

Habría un infierno que pagar, pensó Charlie con diversión cuidadosamente disimulada, si Beth hubiera recalentado la sopa de pescado de ayer. Incluso entonces, la dosis extra de pimienta no había logrado cubrir el sabor a quemado. Bruce había refunfuñado, pero se la había comido. Charlie no creía que la treta de Beth funcionara por segunda vez. El pan de maíz estaba fresco, pero el pan de maíz nunca fue el punto fuerte de Beth. De hecho, lo único que se podía decir con honestidad de la cocina de Beth era que la moza era limpia. La comida podía saber horrible, pero no habría excrementos de roedores flotando en el guiso, como le había señalado una vez a su madre en Rosewood.

Beth levantó la tapa y empezó a servir generosas raciones de la sopa.

Charlie intentó no soltar una risita mientras Bruce probaba con recelo.

—¿Qué demonios es esto? —rugió—. ¡Por el trasero rosado del Rey! ¿Es esta bazofia de cerdo la misma que servisteis anoche?

Beth dejó caer el cucharón de peltre al suelo, ajena a la sopa derramada sobre su falda. Sus ojos se agrandaron en su cara mientras se tapaba la boca con las manos y empezaba a gemir.

—Me esfuerzo al máximo —sollozó—. No soy cocinera. Nunca me entrenaron. —Echándose el delantal por la cara, salió corriendo de la habitación seguida por la niña medio crecida que la ayudaba.

Charlie se disolvió en carcajadas.

—Has asustado a la niña hasta casi matarla. ¡Qué vergüenza! Ahora nos servirá aún peor

hasta que recupere los nervios.

Con el ceño fruncido, Bruce se levantó y volvió a verter su cuenco de sopa en la sopera.

—Mejor muerto de hambre que alimentado con esa porquería — escupió—. ¡Ya basta! Es peor que la comida de la cárcel. ¡Dickon! ¡Dickon, sé que estás ahí fuera! ¡Ven aquí!

El chico se asomó por la puerta.

—¿Señor?

Bruce recogió el plato de pan de maíz y lo tiró sin miramientos en la sopa.

—Toma esto y llévalo donde pertenece… A los cerdos. ¡Ahora!

—Sí, señor.

Los ojos de halcón se clavaron en Charlie.

—¿Supongo que es inútil en la cocina?

Ella asintió, segura de que si intentaba hablar, estallaría en una nueva carcajada.

—Siéntese aquí hasta que traiga algo apto para que coman los humanos. —Los anchos hombros desaparecieron por la puerta.

Charlie oyó crujidos y chillidos asustados en el pasillo, y luego el sonido de pasos apresurados. Sin dejar de reírse, apartó su cuenco y sacó un pequeño libro de poesía del bolsillo de su chaleco. No tenía intención de ir a ninguna parte hasta que probara los frutos de los esfuerzos de su capataz. Incluso una manzana y un poco de queso serían mejores que la sopa quemada.

No se había molestado en decirle al escoces que Iris cocinaba a menudo cuando estaba en la casa. Su amiga había estado fuera desde el incendio, visitando a unos parientes cerca de Assateague. La india era una excelente cocinera si se tenía gusto por la comida india. Sus guisos y mariscos eran deliciosos, por no hablar de los pasteles de miel que había preparado para

Charlie desde que era una niña.

Iris se había ofrecido a enseñar a Charlie una y otra vez, pero Charlie no tenía ganas ni tiempo para aprender. Siempre había demasiadas cosas que hacer fuera: un caballo cojo o un balandro con goteras al que atender. Tampoco era muy buena ama de casa, tenía que admitirlo. La casa había estado descuidada desde la muerte de su abuelo. Pero su sustento dependía de la tierra, y la tierra ocupaba cada minuto de su tiempo.

Con un suspiro, Charlie abrió el pequeño libro encuadernado en piel. Bruce se alegraría más cuando Iris regresara. Y ella tendría que encontrar a alguien que sustituyera a Beth. El problema era que Beth le caía bien. La muchacha era honesta y tenía buen corazón. Ponerla a trabajar fuera causaría aún más problemas, por no hablar de la vergüenza que Beth sentiría al ser degradada.

A medida que pasaban los minutos sin que el escocés regresara, la curiosidad de Charlie pudo con ella. Volvió a guardarse el libro en el bolsillo y se dirigió en silencio por el pasillo hacia la cocina. Pudo oír a Bruce dando órdenes antes de llegar a la puerta.

—Corta esas manzanas en rodajas finas. No quiero semillas ni piel en los buñuelos. —La respuesta de Beth fue amortiguada.

Con cautela, Charlie empujó la pesada puerta. Para su sorpresa, Bruce estaba de pie junto a la mesa de la cocina, con las mangas arremangadas, dando golpecitos a la masa para hacer pequeños y ordenados buñuelos. La miró.

—Está tardando un poco más de lo que pensaba. Siéntese y mire si quiere. ¿Ya están peladas las ostras, Ben?

—Sí, señor. —El viejo guiñó un ojo en dirección a Charlie—. Están frescas, como usted dijo, cogidas esta misma mañana.

—Deja unos pocos en las conchas para comerlos crudos y corta los demás para el estofado

—Bruce se enrolló un trozo de cuero en la mano y sacó una araña de tres patas del fogón. Hábilmente engrasó el fondo de la sartén con manteca de cerdo y colocó dentro las pequeñas galletas planas, luego la cubrió con una tapa pesada.

Volviendo a colocar la sartén en la chimenea, utilizó un gancho de hierro para tirar carbones calientes sobre la tapa.

En menos de una hora, Bruce y Charlie estaban sentados de nuevo a la elegante mesa y una Beth de ojos rojos servía cuencos de guiso de ostras humeante. Había filete de pescado de roca a la parrilla, compota de manzana con una espolvoreada de preciosa canela, y las diminutas galletas hechas a un dorado marrón. Un puré de patatas cocidas con nabos completó el plato principal. De postre, Ben trajo una bandeja de plata con buñuelos de manzana.

—Con tiempo y los ingredientes adecuados, podría haberlo hecho mejor —presumió Bruce —. Es una comida sencilla, pero adecuada para un caballero o una dama. ¿Está de acuerdo?

Charlie tragó lo que quedaba de su galleta y asintió.

—Si alguna vez decide buscar otro oficio, puede trabajar para mí como cocinero. Pero unas semanas sentada a su mesa y pesaría más que un barril de tabaco. —Ella le sonrió—. Hay más en usted de lo que parece, Bruce Keegan.

Bruce levantó la servilleta para limpiarse el labio inferior.

—Debería sonreír más a menudo; le sienta bien.

—Y a usted. —Charlie levantó su copa de vino en señal de saludo —. Por una buena cena y por el hombre que la preparó. Mi estómago se lo agradece, señor.

—Para Navidad, prepararé un haggis[3]. Ninguna celebración de Yuletide[4] está completa sin él. Tendrá que desprenderse de una o dos ovejas. —Sus ojos grises se entrecerraron—. Celebráis la Navidad aquí en Maryland, ¿verdad? ¿No hay reglas religiosas en contra?

—Hay mucha alegría y se levantan mucho las copas —le aseguró ella—. De hecho, hemos

recibido una invitación para un baile de Navidad en Canterbury. Martin Hopkins le mencionó por su nombre. Yo no iré, pero usted es bienvenido.

Bruce rechazó el ofrecimiento de Beth de rellenar su copa de vino con un ligero movimiento de sus dedos largos y bien formados. Eran excesivamente limpios para un hombre de la tierra, decidió Charlie. Sus dos manos habrían encajado perfectamente en una de las de él, pero las de Bruce distaban mucho de ser torpes. Nunca había conocido a un artista, pero se preguntó si-Su ensoñación se vio interrumpida por la insistente pregunta de Bruce, repetida, estaba segura por la expresión divertida de su rostro, más de una vez.

—Espero que sea en mi cocina en lo que está absorta —dijo—. No quisiera aburrirla en su propia mesa, señorita.

Los ojos grises centellearon cuando ella se esforzó por recordar lo que él le había preguntado.

—Lo siento —titubeó ella—. Estaba pensando en el cargamento de tabaco. —Se apartó de la mesa y se levantó—. He disfrutado de su comida y de su compañía, pero no le impondré más en su día libre. El Señor sabe que tiene pocos. Es usted libre de cabalgar hasta Chestertown si le place. Tengo cuentas que hacer. Si me disculpa.

—Sí, seguro que sí. Pero me hará el favor de responder a mi última pregunta, o me dirá que no es asunto mío. Pregunté por qué no iríais a la reunión de Navidad en Canterbury. ¿Hay mala sangre entre ustedes y sus vecinos?

—¿Es usted siempre tan directo? —preguntó ella. Sentía las mejillas sonrojadas y sabía que el calor no procedía del vino. Su mirada era desconcertante—. Me llevo bien con mis vecinos, si quiere saberlo. En cuanto a por qué no voy a sus fiestas, es asunto mío. —Su voz se suavizó—. Ellos le darían la bienvenida. Un soltero elegible es un bien muy codiciado.

—¿Incluso un capataz?

—Martin Hopkins fue una vez un sirviente contratado. Fue transportado a Annapolis como ladrón de caballos hace treinta años. Dudo que mirara por encima del hombro a usted o a cualquier otro. Usted tiene una ocupación respetable y Martin tiene dos hijas solteras. —Se rió entre dientes—. Créame, sería usted bien recibido.

—Hermosas flores, ¿son las señoritas Hopkins? —Su voz estaba extrañamente entrecortada—. ¿Tan hermosas como los acres que su cariñoso padre añadirá a su porción matrimonial?

—En cuanto a eso, señor, usted debe tomar su propia decisión. Pero esto sí le diré. Un rostro lleno de viruelas a menudo oculta una naturaleza dulce y gentil, mientras que la belleza puede cubrir mucho de lo indeseable.

—Ahora sé que dice la verdad, señorita Palmer. Es bien sabido que una boca sensual y unos ojos que se acercan a menudo ocultan un mal carácter. Me parece que debo ver a estas muchachas por mí mismo. ¿Qué mejor momento y lugar que una fiesta de Yuletide? —Se acarició su cuidada barba—. Pero me sentiría más cómodo si usted me acompañara. Podrías señalarme a las damas solteras y contarme todos sus defectos antes de que pierda el tiempo en conversaciones ociosas con la mujer equivocada. Como tan sabiamente ha señalado, mi tiempo libre es limitado. —Sonrió con maldad—. Recuerde que aquí soy un forastero. ¿Me dejaríais a merced de madres intrigantes?

—No sería más que un cordero entre lobos, estoy segura —replicó Charlie más bruscamente de lo que pretendía. Sabía que su capataz contratado se estaba burlando de ella y no estaba segura de que le gustara—. Gracias de nuevo por la comida. Si no le veo al atardecer, nos reuniremos durante el desayuno para discutir las tareas de mañana.

Bruce hizo una reverencia cortés y dio un paso atrás para dejar pasar a Charlie.

—¿Está segura de que no reconsiderará lo del baile? —Sus hombros temblaron ligeramente con alegría apenas reprimida—. ¿Por el bien de la estación y de las buenas

relaciones con sus vecinos? —Hizo una pausa—. O, si no quiere ir, al menos deme el nombre de la joven doncella más codiciada.

Charlie se detuvo en seco en el umbral de la puerta y se volvió para fulminarle con la mirada.

—Eso no será ningún problema. Usted querrá cortejar a la señorita Honor Horsey. Es la única heredera de unos padres cariñosos. Tiene todos los dientes y está sana de cuerpo y de mente.

Bruce rió entre dientes.

—¿Por qué sospecho que la muchacha tiene cara de sapo?

—Si cree eso, señor, está muy equivocado —protestó Charlie.

—Puede que haya pocas doncellas elegibles en Chestertown, pero le aseguro que sería considerada una belleza incluso en Virginia.

—¿Una arpía, entonces?

Charlie sacudió la cabeza.

—De voz y modales amables... Aunque un poco tímida.

—Hermosa y buena, una paradoja —Bruce cruzó los brazos sobre el pecho y frunció los labios con fingida perplejidad—. Hmmm —musitó—. ¿Puede ser sencilla la muchacha?

—Brillante como un penique nuevo —rebatió Charlie.

—¿Demasiado rellenita?

—No. —Los ojos de Charlie brillaron con picardía—. Y tampoco es una solterona.

—¿Cuándo ha dicho que se celebrará este baile? ¿Habrá tiempo para gritar las amonestaciones antes de Navidad? Si la señorita Horsey es como usted dice, bien podría bailar en nuestra boda.

—Con mucho gusto, Keegan. Porque entonces tendría tantas tierras de su suegro que atender, que no tendría tiempo para las mías. Podríamos separarnos como amigos.

—Podemos separarnos cuando quiera, si tan sólo me paga el contrato completo —replicó.

—Un frío día en el infierno —respondió ella dulcemente—. Hasta mañana, señor.



Bruce sabía que su cabeza apenas había tocado la almohada cuando oyó que alguien le llamaba por su nombre. Gimió y abrió los ojos; estaba oscuro como la boca de un lobo. Bostezó y buscó a tientas la pistola en el candelabro junto a su cama.

—¿Qué pasa? —respondió somnoliento—. ¿Pasa algo? —Incluso en su estado de semiconsciencia, sabía que si le estaban llamando desde su cama, algo debía andar mal.

El pomo de la puerta giró con un suave chasquido.

—¿Escocés? ¿Está despierto?

—Estoy despierto —dijo con voz pesada—. ¿Charlie? —Bruce se levantó de la cama y se agarró los calzones. El aire húmedo era frío contra su piel desnuda y se estremeció—. ¿Qué...? —Apretó los dientes sobre la última palabra—. ¿Pasa algo? —repitió—. Un momento, encenderé una vela. —Caminó descalzo por el suelo helado para remover las brasas del fuego moribundo, luego se arrodilló para acercar el candelabro a una brasa parpadeante.

Un pálido círculo de luz iluminó la habitación. Charlie estaba de pie junto a la puerta, completamente vestida.

—Duermes como un muerto.

—¿Por qué, en nombre del hijo de María, me habéis despertado de la cama? No puede

haber pasado mucho la hora de las brujas. —Se pasó una mano por su espesa y despeinada cabellera—. ¿Han huido todos los sirvientes? ¿Hay otro fuego? —preguntó dubitativo. La casa estaba en silencio. Fuera lo que fuese lo que había traído a su ama a su alcoba a estas horas, no parecía implicar al resto de la casa. Bruce la miró con suspicacia. Si había venido a seducirle, había perdido el tiempo en vestirse.

—En realidad, son más cerca de las cuatro. —Ella dio unos pasos hacia su caballete.

El lienzo parcialmente terminado estaba oculto en las sombras.

—Estuvo despierto hasta casi medianoche. ¿Estuvo pintando? ¿Puedo verlo?

—No. —Bruce se movió para cubrir el retrato de Charlie con una sábana de lino.

—¿Sois tan ahorrativa con las velas que le importa hasta qué hora trabajo? —refunfuñó, dándose la espalda para ponerse la camisa—. Esto no es decente. Si me queríais, deberíais haber enviado a Ben.

Charlie se rió.

—No soy una de sus frágiles damas inglesas a las que el pecho desnudo de un hombre me haga entrar en vapores, o en éxtasis para el caso. Hay niebla fuera.

Bruce inhaló bruscamente. Si ella le había despertado de un sueño profundo para decirle que había niebla... Le picaban los dedos por apretarle la garganta. Ningún jurado le condenaría por asesinato con semejante provocación, ni siquiera un jurado de Maryland.

—Mujer… —amenazó.

—Fuera hay niebla, así que es una mañana perfecta para cazar gansos. Podemos usar un ganso para la casa y tantos como podamos disparar para los trabajadores. Pensé que tal vez le gustaría venir. Le hemos enseñado poco más que el trabajo duro desde que llego a La propiedad Palmer. —Extendió la mano con indiferencia para levantar la esquina de la cubierta sobre el cuadro.

—No lo toque —ordenó. El casi susurro no suavizó la autoridad en el eructo del escocés. Asintió, señalando la puerta abierta—. Iré con usted con mucho gusto, si me da unos minutos para ponerme las botas y lavarme el sueño de los ojos. Estoy a favor de una buena caza siempre que no se desperdicie. Dios sabe que suficientes gansos han pasado por encima de esta casa en las últimas semanas.

—Tomaremos una taza de té y algunas de sus galletas en la cocina, pero no habrá tiempo para un desayuno en condiciones —advirtió Charlie—. Y si no está espabilado, me iré sin usted. —Salió a toda prisa de la habitación y bajó la oscura escalera. No había necesidad de luz, ella conocía cada centímetro de la propiedad Palmer.

Terry empujó su frío hocico contra su mano y ella acarició la desgreñada cabeza del perro.

—Sí, ya viene —prometió—. ¿Creías que iba a nadar yo sola tras los gansos muertos?

La cocina estaba quieta y oscura. Sólo un débil resplandor procedente de las brasas de la esquina de la amplia chimenea desprendía algo de luz. Charlie se arrodilló y empezó a preparar el fuego, añadiendo astillas de cedro y soplando suavemente para encenderlas.

No había más sonido en la habitación que el crepitar del nuevo fuego y la respiración del perro. Hábilmente, Charlie colgó la tetera de hierro sobre las llamas y se levantó, cepillando las cenizas de las rodillas de sus calzones de cuero.

Tarde o temprano vería qué era lo que estaba pintando el escocés. Se preguntó si sería bueno. La mayoría de los artistas itinerantes de los que había oído hablar no se parecían en nada a Bruce Keegan. Había más de soldado que de pintor en él. Era un hombre educado y sensible, alguien a quien le hubiera gustado tener como amigo. ¿Por qué entonces la enfurecía constantemente? Ni siquiera tenía que decir nada: ¡bastaba una mirada para que su temperamento se disparara! Sería mejor para ella y para la propiedad Palmer que él se fuera.

—¿Tiene por costumbre levantarse en la peor de las noches y cazar para su gente? —La pregunta de Bruce surgió de las sombras junto a la puerta. Levantó un candelabro de la mesa de

caballete y lo acercó al fuego—. No dejáis de sorprenderme, señorita Palmer. —Se frotó enérgicamente los brazos y bostezó mientras Terry se retorcía sobre sus tobillos, empujando su enorme cabeza contra el hombre para que lo acariciara.

—Terry —regañó Charlie—. Ven aquí.

—Déjalo. —Bruce acarició el peludo pelaje multicolor—. Buen perro, buen Terry. —La pesada cola del animal golpeó vigorosamente contra las tablas del suelo.

Traidor, pensó Charlie. ¡Hasta a mi propio perro le gusta el pícaro!

—Debe recordar —dijo—, que mi educación fue inusual. A todos los efectos, me criaron como a un varón. ¿Su abuelo no le llevaba a cazar?

—De hecho, lo hizo. Disparé a mi primer ciervo cuando tenía nueve años. Le habría adorado. Tenía una barba que le llegaba a la mitad de la cintura. Era tan roja como sus propios mechones en sus mejores tiempos, pero cuando le conocí, era blanca como la nieve. Vestía un kilt con cinturón, con sus viejas piernas desnudas en verano y en invierno, y un gran broche pagano de plata batida. ¡Era todo un hombre! Hasta el día de su muerte, pocos podían ganarle en una pulseada. Se llevó a su novia a la fuerza, cabalgando cincuenta millas por territorio inglés con ella en brazos.

—¿Un secuestrador? ¿Y usted se jacta de él? Debería haberle cortado el cuello con su propia espada.

—¿Y dejar huérfano a mi propio padre? No, mi abuela no era reacia. Ya llevaba cinco meses con su hijo. Eran novios, aunque enemigos de nacimiento. —Bruce cogió dos tazas del tocador y las llevó a la mesa—. Fue una unión amorosa, que duró medio siglo.

Charlie parecía poco convencida.

—Creo que hila sus cuentos con la misma facilidad con la que traga la comida, escocés. —Espolvoreó un puñado de té suelto en la tetera de porcelana—. Nunca estoy muy segura de lo

que es verdad y lo que es encanto fingido. —¡Estaba ocurriendo otra vez! ¡Maldita sea! Estaba convirtiendo una agradable mañana de caza en un combate. Forzó una sonrisa—. Espero que tenga buena puntería. Me gustaría traer algunos pájaros esta mañana. Con la niebla, debería ser una buena cacería.

—Sí, así lo he comprobado. —Desenvolvió las galletas y se metió una en la boca—. Deberíais haberme despertado un poco antes, así habría tenido tiempo de prepararnos una comida decente. Será duro fuera esta mañana, recuerde mis palabras.

—Al menos no llueve. Mi abuelo siempre me llevaba a cazar patos bajo la lluvia —dijo Charlie con un escalofrío.

—Y apreciará el esfuerzo cuando esté sentada ante una fuente de ganso asado con aliño de bayas.

—Si Beth toca siquiera una pluma de uno de mis gansos, la venderé en régimen de servidumbre al norte, a los puritanos.

Capítulo 6

El sonido de los cascos de los caballos golpeando el sendero estaba amortiguado por la espesa niebla. Incluso el crujido del cuero de las monturas y la pesada respiración de los animales parecían distorsionados y lejanos. La niebla se arremolinaba en torno a los jinetes, haciendo imposible ver más allá de dos brazos de distancia por delante. La forma fantasmal de un gran búho cornudo revoloteó ante ellos, y el caballo de Charlie resopló alarmado y se echó hacia un lado, chocando con la montura de Bruce.

—Alto, alto —tranquilizó Charlie. Apretó las riendas, tirando de la nerviosa cabeza de la yegua hacia abajo, y acarició el cuello del animal —. Tranquila, chica. No tendrás miedo de un pájaro, ¿verdad?

—Menos mal que me hizo caso y dejo a ese diablo que suele montar en el establo. La habría tirado al suelo —dijo Bruce.

Charlie se rió entre dientes.

—Por una vez probablemente tenga razón. —Le miró de reojo. Sus rasgos se perdían en la niebla y la oscuridad, pero el suave rebuzno de su voz profunda era tranquilizador. No hacía falta decirle que el búho la había asustado o que tenía miedo a la oscuridad.

Si Iris estuviera en casa, Charlie se habría llevado a la india de caza con ella. No habría venido sola. A la luz del día, no tenía miedo de ir a ninguna parte ni de enfrentarse a nada. Pero con la llegada de la noche, la asaltaban los miedos infantiles a lo desconocido.

Su abuelo había despreciado la cobardía; nada vivo o muerto le había asustado. Era imposible que Charlie admitiera tener miedo a la oscuridad. La había criado como a un hijo y esperaba de ella el mismo valor que de un hombre.

—¿Está segura de que sabe a dónde va? —La pregunta de Bruce la devolvió al carril envuelto en niebla—. Odiaría levantarme a estas horas de la noche y no conseguir disparar a algunos gansos.

—Vamos cerca del rio. Ataremos los caballos un poco lejos del camino y caminaremos hasta él. En cuanto salga el sol, tendrá su ración de tiro.

A Charlie le gustaba la emoción de la caza, pero no matar. Cazaba ciervos y caza menor, disparaba a lobos y a otras criaturas que depredaban el corral y el ganado. Mataba para comer y para proteger lo que era suyo, pero nunca superaba la sensación de pérdida... El dolor de acabar con algo salvaje y libre.

—Supongo que será una buena tiradora, para ser una muchacha —dijo Bruce.

—Tendrá que ser usted quien lo juzgue. —Ella esperaba poder disparar más recto que él; nunca la dejaría oír el final si no podía.

—Así es.

—No cogeremos más de lo que podamos llevar a casa. Asegúrese de matar a lo que apunta. Iris dice que un pájaro lisiado es un insulto al Viento del Sur. —Charlie miró a Bruce, esperando oír su divertida reacción.

—Sabía que era un insulto desperdiciar una de las bestias de Dios, pero nunca supe de qué viento se trataba —dijo solemnemente.

—Los indios afirman que el viento está vivo. Dicen que pueden verlo.

—Sí, yo también he oído esa historia. Pero si pueden verlo, debe tener un color. ¿Dijo de qué color era el viento?

—Rojo.

—Ya veo.

—No me cree.

—Sé poco de los hombres rojos, o de las mujeres rojas en realidad. Iris parece una mujer extraña.

—Sólo si no la conoce. Para mí no es extraña. Ha sido mitad madre, mitad amiga para mí toda mi vida. —Charlie acercó inconscientemente la yegua al caballo de Bruce—. Ella tiene sus propias maneras. Eso lo admito. Todos los años que ha vivido en La propiedad Palmer no han cambiado un ápice sus creencias indias.

—Dijo que no era una sirvienta. ¿Qué es ella exactamente?

—Era la mujer de mi abuelo.

—¿No era su esposa legal? —Bruce no pudo evitar el shock de su voz.

—Una compañera mejor que mi señora madre—. Charlie golpeó las riendas contra el cuello de la yegua, instándola a trotar—. Él la habría hecho su esposa, pero ella no quiso. Decía que los hombres blancos hacían esclavas a sus esposas. Charles fue bueno con ella, pero si se hubiera casado con él, tal vez habría cambiado como todos los demás. Ella prefirió conservar su libertad y su propia casa. Él le construyó una cabaña y le cedió cien acres de tierra a ella. Aún sigue en pie, justo en el centro de la plantación.

—¿Y no le envidió nada de su preciada tierra?

—¿No lo entiende, verdad? —La voz de Charlie se quebró. —Le daría a Iris mil acres si los quisiera. Es la persona más cercana a una madre de verdad que he tenido.

Un cedro inclinado sobre el sendero le rozó la pierna.

—Pare —le instó—. Dejemos los animales aquí.

Ataron los caballos a una rama y Charlie les guió por un tenue sendero, tanteando el terreno paso a paso.

—No hable más —advirtió—. Y tenga cuidado con su mosquete. No me gustaría que me disparase por la espalda o a mi perro.

—¿Me cree tan tonto? —replicó él—. Cuide su arma y yo cuidaré la mía.

—Silencio, asustará a los gansos —susurró ella—. Habla más que cualquier hombre que haya conocido.

Caminaron en silencio durante varios cientos de metros hasta que Charlie sintió que el suelo empezaba a ablandarse. Palpó un tronco caído, advirtiendo a Bruce cuando su pie derecho lo tocó.

—Cuidado por donde pisa.

El rio no estaba lejos ahora. No necesitaba luz para encontrarlo; había estado aquí demasiadas veces. Movió el pesado mosquete para que descansara en el pliegue de su brazo izquierdo y estiró el brazo para coger la mano de Bruce. Éste se cerró sobre la suya con un apretón confiado que hizo que se le acelerara el pulso.

Tragó con fuerza y rezó para que su voz no traicionara nada de la extrañeza que sentía.

—Cuidado. Hay que cruzar un puente de troncos. Es estrecho y el río demasiado frío para nadar en esta época del año. —Forzó una risa—. Lo sé porque una mañana me caí y arruiné la cacería de patos de mi abuelo. Tuvieron que traerme a casa para descongelarme.

—Con lo problemática que debió ser para él, es una maravilla que no la dejara ahogarse.

—Aquí está el principio. —Charlie liberó su mano, cálida y hormigueante por su tacto.

La primera promesa del amanecer empezaba a iluminar el horizonte oriental. El escondite para patos era un contorno tenue contra la sombra más oscura del agua que tenía delante. La

estructura se había construido sobre postes de cedro enclavados en el lecho del río, a los que se accedía por una pasarela de troncos sobre el agua. Nerviosa, Charlie pisó el tronco, colocando cada pie con cuidado. Normalmente podría haber corrido a través del puente improvisado con los ojos vendados, pero la presencia de Bruce detrás de ella la hizo extrañamente inestable sobre sus pies.

—Terry —susurró—. Vamos, muchacho. —Podía oír el suave acolchado de las patas del perro y el ritmo de la respiración constante de Bruce detrás de ella.

Agradecida, Charlie se agarró al robusto soporte de la esquina de la caseta y entró. La estructura de postes de cedro y juncos medía unos ocho pies cuadrados con un tejado de juncos tejidos sobre los dos tercios traseros. La pared frontal de la caseta, que daba al río, era sólo de la altura de la cintura para dar espacio a los ocupantes para disparar. Había sido recién reparada justo ese otoño y el suelo estaba cubierto de heno fresco hasta los tobillos. Charlie apoyó su mosquete contra la pared del fondo y se sentó en el banco. Terry se acurrucó a sus pies. Absurdamente le acarició la cabeza.

—Nos traerá los gansos —indicó.

Bruce bajó el arma y se agachó al otro lado de la caseta.

—Bonito —le ofreció.

—El heno es para que no se congelen los pies. La caza del ganso es un deporte frío.

—Sí. —Sacó un trozo de heno del suelo y lo chupó—. Permito que una muchacha piense eso.

Charlie se mordió una réplica mordaz y se volvió para mirar el río cubierto de niebla. Incluso en invierno, el río rebosaba de vida animal y de aves. Se obligó a apartar al escoces de sus pensamientos y dejó que la paz de este tranquilo lugar se filtrara a través de ella. El ondular de la marea bajo la persiana era curiosamente tranquilizador. Incluso el eco del chapoteo de una

rata almizclera se mezclaba con el grito lastimero de los gansos que planeaban sobre ella para interpretar una sinfonía salvaje.

Ahora Charlie recordaba por qué le gustaba levantarse en la negrura de la noche y venir aquí. Había algo casi místico en el río en invierno, algo indefinible. Un vistazo rápido podría dar a un extraño razones para creer que el escenario era frío y yermo. Pero ella no lo veía así. Para ella, había una sensación de espera, una promesa del pleno estallido de vida que volvería en primavera.

Sentada aquí en la oscuridad, esperando a que el sol saliera por encima de los árboles, era como esperar la creación. Charlie sabía que la luz llegaría, pero aun así observaba con la respiración contenida cada rayo de luz resplandeciente. La magia nunca había fallado. El sol siempre salía.

Esta mañana no fue una excepción. Corales y dorados iridiscentes se derramaban por el cielo cubierto de nubes, tan hermosos que Charlie se quedó sin aliento, maravillada.

Por grados casi imperceptibles, la caseta y el río se hicieron más visibles. La orilla más alejada seguía envuelta en la niebla, pero pudo distinguir las cabezas hinchadas en blanco y negro de un par de cabezas de bufeo que nadaban a unos metros del escondite y un grupo más numeroso de gansos negros que se alimentaban justo más allá.

—Charlie.

Tardó un segundo en recordar que no estaba sola en el puesto ciego. Ella exhaló bruscamente. Bruce estaba de pie apenas un brazo de distancia, sus ojos fijos en su cara. Una nota extraña en su voz hizo que una oleada de excitación la recorriera.

—Es usted una monada, con la luz jugando con todo ese pelo.

A Charlie se le cortó la respiración mientras le miraba fijamente. La luz era tenue en la parte trasera de la caseta, y el rostro de Bruce estaba ensombrecido. Va a besarme, pensó. Y yo

se lo voy a permitir. Con la paciencia de Eva, esperó... Sabiendo, anticipando la sensación de aquella boca masculina apretada cálida y firme contra sus labios.

—Quiero besarla —murmuró él—. Sólo besarla... Nada más.

Temblorosa, se levantó y dio un paso en dirección a Bruce. Una debilidad desconocida fluyó por sus miembros mientras miraba fijamente al gran hombre. *¡Corre!* gritó su voz interior. *Detente antes de que sea demasiado tarde.* Sus brazos la rodearon mientras bajaba la cabeza para rozar suavemente sus labios con los de ella.

Charlie deslizó los brazos alrededor del cuello de Bruce, saboreando la cálida presión de su boca contra la suya, deleitándose con el fuerte aroma masculino de su cuerpo de músculos duros y la exquisita sensación de su ancha mano apretada contra la parte baja de su espalda. Un dolor agridulce creció en sus pechos al presionarlos contra el de él, y sus labios se separaron por voluntad propia, permitiendo que su tierno y explorador beso se hiciera más profundo.

El tiempo se detuvo mientras ella se tensaba contra él, casi vencida por el deseo caliente y hormigueante que corría por sus venas. Sus dedos se tensaron en su pelo, tirando de él aún más cerca, hasta que de repente, con una respiración estremecedora, Bruce la soltó y dio un paso atrás.

—Charlie —murmuró con voz ronca. Se rió en lo más profundo de su garganta—. Por todo lo sagrado, muchachita, era parar ahora o nunca.

Agitada, Charlie se tocó los labios hinchados por la pasión mientras las sensaciones desconocidas retrocedían lentamente, dejándola sin aliento y débil de rodillas. Lentamente bajó al banco y sonrió.

—Gracias —susurró.

—¿Por parar o por el beso? —Se pasó una mano por el pelo—. No te haría daño. No pretendía...

—Por el beso. —Se humedeció los labios con la punta de la lengua—. Toda mujer debería ser besada así al menos una vez en su vida.

—¿Y tú no lo has hecho?

Charlie negó con la cabeza.

—Nunca. —Suspiró profundamente y sonrió tímidamente—. Para ser un Highlander salvaje, tienes un toque suave.

Bruce alargó la mano para tocar un rizado mechón de pelo castaño que le caía por la frente.

—No soy un ladrón. No tomaré lo que no se me ofrezca libremente o sea mío por derecho.

Ella asintió solemnemente.

—Eres un hombre peligroso, Bruce Keegan. —¿Qué poder tenía él sobre ella que podía provocar estas nuevas y perturbadoras emociones con un beso? ¿Era Bruce o su propia debilidad? No importa cuál, ella necesitaba tiempo para pensar y no podía pensar con claridad con él tan cerca.

Charlie forzó su voz a una apariencia de normalidad.

—Ven, Terry. —Hizo un gesto al perro—. Los gansos han tenido un indulto —dijo roncamente—. Me parece que no estoy de humor para matar esta mañana.

—Yo tampoco —Bruce estuvo de acuerdo de buena gana. Le entregó el mosquete de Charlie—. Los sirvientes pueden arreglárselas con carne de cerdo y pan de maíz durante unos días más.

Charlie asintió.

—Mientras no cocine Beth.

Le puso una gran mano en el hombro.

—No puedo prometer que lo que pasó aquí no volverá a ocurrir.

Se apartó y le indicó el camino desde la caseta. Si ocurre, debo encontrar la forma de afrontarlo, pensó.

Volvieron a los caballos atados y regresaron a la casa solariega en mutuo silencio.



Charlie recorrió el armazón del nuevo granero con orgullo. Con el tabaco embarcado, Bruce había tenido libertad para utilizar los peones del campo así como los artesanos de la plantación para trabajar en la construcción estas últimas semanas. Se había ahorrado un tiempo precioso cuando pudieron cambiar las ovejas y algunas vacas a un vecino por madera curtida. Bruce había pedido prestados diez hombres a Martin Hopkins en Canterbury para ayudar a levantar los muros y las vigas transversales. Bruce le había asegurado que sabía algo de construcción, y estaba muy satisfecho con los resultados. Cuando clavaran las últimas tejas, podrían empezar a trasladar los caballos a los amplios establos.

Pasaría mucho tiempo antes de que dejara de buscar desde la ventana de su dormitorio el viejo granero de Charles Palmer. ¿Pensaría siempre en este nuevo como el de Bruce Keegan? Los hombres lo llamaban así.

—El granero del escocés —decían. Para ser justos, tenía que admitir que era más grande y seguro que el que habían perdido por el fuego; cada establo tenía ahora una puerta exterior, así como una puerta al pasillo central. El plan había requerido bisagras adicionales en una época en la que el hierro era precioso, pero el escocés había convencido al carpintero de que merecía la pena el gasto.

—El coste de un purasangre sería más que suficiente para pagar los herrajes —había insistido.

De mala gana, Charlie había rebuscado en la pequeña caja de monedas que guardaba en la biblioteca, bajo el ladrillo suelto del hogar. Bruce tenía razón. El ganado era el sustento de La propiedad Palmer. No podían permitirse perder ni un solo animal.

—¿Estás satisfecha? —Bruce entregó el puñado de tejas de cedro a un obrero y se quitó el polvo de las manos—. Pensé en guardar a las bestias aquí esta noche.

—¿Con sólo la mitad del tejado hecho? —Charlie miró sus intensos ojos grises sin inmutarse. En realidad no le había evitado desde aquella mañana en el escondite para patos, pero había querido mantener las distancias; habría sido mucho más fácil. Pero no podía darle la satisfacción de hacerle saber lo profundamente que la había sacudido un solo beso.

—Mira ese cielo. —Hizo un gesto hacia el oeste—. Tendremos nieve antes de la mañana. Ha hecho más frío en la última hora.

—Me parecería bien que nevara medio metro y se congelara la bahía. Tendríamos menos que temer de los asaltantes si hubiera hielo para retener los barcos.

—Sí. Hay mucho de lo que deberíamos hablar, Charlie. —Su ceño se arrugó en genuina preocupación—. Dicen en Chestertown que se ha cometido un asesinato en la Costa Este. Una casa fue incendiada y el ganado masacrado.

—¿Cuántos muertos?

—Dos hombres y un niño. Cuatro esclavos y una mujer han desaparecido —dijo—. Piratas, se cree. Vinieron por agua y se fueron por ahí.

—¿Están seguros de que no fue un levantamiento de esclavos? — Mentalmente, Charlie empezó a contar los pedernales, candados de rueda y otras armas pertenecientes a La propiedad Palmer. Quebrantaría la ley y armaría a sus sirvientes si fuera necesario.

—No. —El escocés sacudió la cabeza—. Las pruebas eran bastante claras.

—Vinieron a robar esclavos y cualquier otra cosa que pudieran llevarse. —No hizo falta

mencionar que la mujer desaparecida sólo tenía diecinueve años y estaba embarazada, ni que a su marido casi le habían cortado la cabeza con un alfanje.

El rostro de Charlie palideció y sus labios se apretaron.

—Menudos hombres valientes para asesinan a un niño —Empujó hacia atrás el carámbano de miedo que se formó en su interior—. Sabandijas humanas —murmuró—. ¿Cómo murió el niño?

Bruce exhaló y se dio la vuelta.

—Déjalo, muchacha. Muerto es muerto.

—¿Crees que soy un niño que debe mantener las cosas de mí? He visto la muerte antes. Es fea y sin sentido, pero no lo será menos por mi conocimiento de la verdad. —Los ojos de Charlie se oscurecieron con ira creciente—. ¿Quién fue? ¿En qué plantación? —Bruce negó obstinadamente con la cabeza. Charlie se giró hacia el hombre que estaba de pie más allá de Keegan.

—¿Peter? ¿Quién fue asesinado?

Peter se rascó la barbilla y murmuró en voz baja.

—¿Quién? No le oigo.

—Martin Briggs y su hermano John de Swan Point. —Miró tímidamente a Bruce—. No puedo ir contra la ama, señor.

—¿El niño? —Charlie preguntó en voz baja.

—El hijo de Martin Briggs. No sé bien su nombre, pero es un niño.

—Vinieron a comprarme una vaca lechera la primavera pasada. — Charlie apretó sus temblorosas manos en puños, cerrándolas contra sus costados—. Era un bebé en brazos.

—Estaba en la cuna cuando prendieron fuego a la casa —dijo Peter—. El pobrecito nunca

tuvo una oportunidad.

—¡Maldito seas, hombre! —maldijo Bruce—. ¿No tienes más sentido común que un...?

—Yo se lo pedí, Keegan —espetó Charlie—. ¿Crees que soy demasiado frágil para oír la verdad? —El estómago se le revolvió al recordar al bebé de pelo rubio que había tenido en sus brazos. Quienquiera que fueran los asaltantes, no podía ser ninguno de los hombres del caballero Jim. Podría ser un pirata, pero era honorable con las mujeres. Nunca se le había visto hacer daño a una—. Maldición. —La mujer desaparecida tenía que ser la esposa de Martin, Jane. Charlie se dio la vuelta y caminó rápidamente hacia donde un mozo de cuadra esperaba con su caballo. Necesitaba estar sola, tener tiempo para pensar. Una imagen de la cara regordeta del bebé revoloteó justo detrás de sus ojos. Se detuvo y fulminó con la mirada a Bruce.

—¿Cuándo fue el ataque?

—Hace dos días. —Dio un paso hacia ella—. Deberíamos hacer planes para montar una guardia alrededor de la plantación. Y… —La mandíbula de Bruce estaba fija como tallada en granito—. Creo que deberías quedarte cerca de la casa durante unos días.

—Estoy segura de que sí, señor Keegan. —Charlie puso el pie en el estribo y se subió al semental bayo—. Ésta es mi tierra y mi gente — dijo acaloradamente—. No me escabulliré como una cobarde por culpa de unos pocos carroñeros humanos. Que pongan un pie en La propiedad Palmer y puede que obtengan más de lo que esperaban. — Con una mano firme en las riendas, tiró de la cabeza del caballo y le clavó los talones en los ijares—. ¡Ja! —instó.

Caballo y jinete cruzaron el corral y se dirigieron hacia la casa del premio.

Maldiciendo a las mujeres Bruce montó en su gris rucio y galopó tras ella, dejando a los trabajadores murmurando entre ellos detrás de él.

Peter miró en dirección a John y escupió en el suelo de tierra dura.

—Esos dos… —aventuró—. Esos dos son otra cosa.

John hizo un gesto obsceno y dejó caer el martillo. De un bolsillo bajo su delantal de cuero sacó una petaca de hojalata y dio un largo trago. Chasqueándose los labios, se limpió la boca con el dorso de la manga y le ofreció la petaca a Peter.

El hombre mayor se rascó la barba y frunció el ceño.

—El escocés lo olerá en tu aliento, y querrá tu pellejo. —Sacudió la cabeza—. Además, yo no bebo cuando trabajo. Conocí a un tipo una vez, se cayó de un tejado. —Peter hizo una pausa para causar efecto y se sonó la nariz entre los dedos—. Se rompió todos los huesos del cuerpo. Era como una medusa. Vivió quince años así. Tuvo que ser llevado en un saco como un bebé imdio. Es la verdad de Dios. Lo vi con mis propios ojos.

—Mentira.

Joe se rió mientras bajaba la escalera.

—Pensé que habías dicho que ese tipo enterró tanto las piernas que tuvieron que cortárselas. —Cogió la petaca d John y le dio un sorbo—. Tienes que mantener tus historias claras, Peter. ¿Qué hay del pequeño carro en el que dijiste que su mujer le llevaba?

—Ese era otro tipo, en Londres, cerca del puente. Este tipo era galés, se cayó de una iglesia. Se rompió todos los huesos del cuerpo. Lo juro por Dios.

Joe se apoyó en la escalera y miró al sol.

—Mi barriga golpea contra mi espina dorsal.

—Tu barriga siempre está clamando —protestó Peter—. Aún no es la hora de dejarlo. Volverá aquí queriendo saber por qué no se ha hecho, y te dará una paliza. Te queda otra hora antes de cenar, Joe, y bien que lo sabes.

—Bueno, no sé el resto de vosotros, pero mi mujer me está esperando. Tengo en mente conseguir algo de lo que ese capataz está consiguiendo antes de mi cena. —John miró sugestivamente.

—Cállate —amenazó Peter—. No hay motivo para hablar sucio de la señora. —Cogió su martillo y lo lanzó significativamente de una mano a otra—. Es diferente, lo reconozco, pero no es una zorra. La señorita Charlie es una dama. No te hagas ilusiones.

John se burló.

—¿Una dama? A mi modo de ver, una manzana no cae lejos del árbol. —Le guiñó un ojo a Joe—. Una dama no es lo que tú llamarías su madre, ¿verdad? —Volvió a dar un sorbo al ron—. Si pones una cerda en seda, sigue siendo lo que es.

Peter dio un paso en dirección a John y sus ojos se entrecerraron en señal de advertencia.

—Basta ya. Volved al trabajo, ahora.

—Si es una dama, ¿cómo es que tiene el mismo nombre que la gente de su madre? ¿Y cómo es que el nuevo capataz duerme bajo su techo? —John se rió y se encogió de hombros—. Golpea las tejas de cedro si quieres. Yo me voy a tomar algo dulce entre los muslos de mi mujer.



Bruce maldijo en voz baja mientras observaba cómo Charlie sacaba de la carretera al gran caballo alazán. Ella estaba tomando de nuevo ese maldito atajo, pero él estaba seguro de que cabalgaba hacia la casa del premio. Había tenido la intención de advertir a las familias de allí del peligro de los piratas. Una casa de premio era demasiado tentadora para los asaltantes.

El tabaco era tan bueno como el oro en cualquier puerto, y los piratas no tendrían forma de saber que Charlie había enviado todo el suyo a Inglaterra.

—Que sus almas ardan por toda la eternidad. —Tendría que sacar hombres de otros trabajos y montar una guardia en la casa del premio, así como en los ríos y en el muelle principal, cerca de la casa solariega.

Bruce gruñó. Dios sabía que probablemente estaba mejor preparado para ser militar que granjero. Pocos de su familia habían muerto en sus camas; él había surgido de un lote de guerreros sedientos de sangre.

Necesitaría una lista completa de armas y municiones, así como información sobre quién era de confianza y sabía disparar. Los chicos podrían servir de jinetes o, mejor aún, vigilar las señales de humo. Charlie podría haberles ahorrado tiempo y esfuerzo si no se hubiera marchado cabalgando enfadada. Ella tendría la información que él necesitaba, probablemente sin siquiera acudir a sus libros de cuentas.

—Diablos, ella probablemente sabe cuántas piedras tiene cada chico en su bolsa de hondas —murmuró al caballo—. ¡Maldita mujer!

Había dormido muy poco desde aquella mañana en la caseta para patos hacía varias semanas. Charlie había acudido a sus brazos de buena gana, tan apasionada como cualquier moza a la que hubiera tumbado, más aún por la inocencia que había habido detrás. La quería en su cama, claro que sí, pero lo que le preocupaba aún más era que sabía que hacer el amor con ella no sería suficiente. Con Charlie, no sería sólo el gozo de su cuerpo -y el suyo estaba hecho para dar gozo a un hombre si el de cualquier mujer lo estaba. Sería algo que nunca antes había sentido. Algo que había dejado de buscar...

Sus entrañas se tensaron de deseo al recordar el tacto de su piel suave y satinada contra la suya... El tenue aroma a lavanda de su pelo y su ropa... Y el sabor limpio y dulce de sus labios maduros. Todos sus instintos le habían instado a empujarla hacia el heno y sentir su placer. Ella no se habría resistido. Pero al ganar, él habría perdido. Habría podido disponer de aquel cuerpo encantador, pero Charlie Palmer se le habría escurrido entre los dedos como la niebla de un río. Era como una criatura salvaje del bosque. Tendría que domarla antes de que él pusiera su marca en ella. Y el temor era que si lo hacía, podría convertirse en la presa capturada.

¿Por qué no tuve el suficiente sentido común para buscar una prostituta en Chestertown, o

aceptar la invitación abierta de Beth? En lugar de eso, paso las noches con un pincel y un lienzo. Pobre consuelo para un hombre.

El retrato era otra espina clavada. La imagen que llevaba de Charlie en su mente y la que sudaba al óleo no eran la misma. Tenía el color de los ojos y del pelo, las líneas de su barbilla, la boca obstinada, pero la esencia que era Charlie Palmer se le escapaba.

Bruce fue sacudido de su ensoñación por la visión de Charlie cruzando el prado a todo galope. Una alta valla de travesaños se extendía entre el caballo y el recinto de la casa de premios. Inconscientemente cogió aire al verla tensarse para el salto, inclinándose hacia delante sobre el cuello del semental, mezclándose con el magnífico animal.

El bayo se elevó. Durante un latido, caballo y jinete parecieron casi uno y el alma de artista de Bruce anheló plasmar el momento en un lienzo. Entonces, de repente, Charlie cayó hacia la derecha, se agarró frenéticamente a las crines del semental, perdió el agarre y cayó al suelo.

Para cuando Bruce llegó a la valla y se arrojó de la silla, el bayo había vuelto cojeando hasta donde yacía Charlie y olfateaba su forma inmóvil. Bruce se dejó caer de rodillas junto a ella. Tenía la cara blanca como el sebo y los ojos cerrados. Sobre su ojo izquierdo un moratón morado rezumaba sangre oscura.

—¡Charlie! ¡Charlie! —la llamó. Le acercó la mejilla a los labios; su respiración era tan superficial que casi no existía.

—Charlie. Charlie. Estás sangrando, maldita sea. —La voz de Bruce bajó a un áspero susurro—. Si estás sangrando, tienes que estar viva. ¿Lo sabes, muchacha? Tienes que estar viva.

Capítulo 7

Bruce la estrechó entre sus brazos, acunando su forma inerte contra su pecho.

Las gruesas pestañas yacían inmóviles contra sus mejillas cenicientas, sin atisbo de conciencia. Era más pesada de lo que él hubiera creído; el músculo y los tendones de un atleta yacían ocultos bajo sus curvas de mujer. Aun así la levantó con facilidad y la llevó con pasos seguros hacia la cabaña más cercana.

La herida de su frente seguía sangrando. El hilillo de sangre corría hasta su pelo, enmarañando los mechones rojo-dorados con un tono más feo de carmesí.

—Aguanta —dijo entre dientes apretados—. Sigue respirando, muchacha.

No notaba ningún hueso roto, pero su cabeza debía de haber golpeado la barandilla de una valla al caer, o bien aquel semental bastardo la había atrapado con una pezuña. Bruce se mordió un juramento. Había sabido que el animal era demasiado para una mujer... Sabía que sufriría. Pero no había sabido cuánto le importaría.

Un grueso dolor le subió a la garganta. No sentía miedo, sólo un vacío en la boca del estómago. Había visto morir a hombres por un golpe menos fuerte que éste. Si Charlie moría... Apartó el pensamiento. Ahora estaba viva y él la mantendría así. ¿Dónde, en nombre de Dios, estaba el médico más cercano? Y si lo encontraban, ¿sabría algo sobre heridas en la cabeza? Bruce no toleraría ninguna sangría sin sentido. Lo que necesitaba era tranquilidad y calor para dar a su cuerpo la oportunidad de curarse.

La silla de montar de Charlie yacía sobre la hierba, no lejos de donde había caído.

Cuando Bruce descubriera quién había ensillado al semental, aquel hombre lamentaría el día en que había abandonado las faldas de su madre. Había sabido desde el primer momento que era la silla la que había fallado, no el caballo ni el jinete. La forma del bayo había sido perfecta al iniciar el salto. Cuando la cincha se soltó, Charlie había perdido el equilibrio y se había ido con ella.

—¿Charlie? —Podría haber llevado una muñeca de trapo en brazos. Sus labios estaban ligeramente entreabiertos; el inferior se hinchaba rápidamente. Su respiración seguía siendo débil, pero fue el color de su cara lo que le asustó. Salvo por el labio herido y el moratón de la frente, podría haber sido tallada en mármol.

—¡Iris! —gritó mientras se acercaba a la cabaña—. ¡Tu ama está herida! ¡Prepara una cama!

La sirvienta abrió la puerta de golpe; detrás de ella estaba Iris. Se alejaron mientras Bruce llevaba a Charlie a la cabaña. La india apartó la colcha de la cama y vio cómo el escocés la tumbaba sobre las sábanas de lino limpio.

—Se cayó del caballo —dijo Bruce bruscamente. Sus ojos se encontraron con los de Iris y quedó atónito por la compasión y la paz que irradiaba—. No puedo despertarla —Su voz se apagó y retrocedió para dejar que Iris examinara la herida de la cabeza de Charlie. Detrás de él, una niña gimoteó y Cara la acalló con un agudo susurro—. Creo que se golpeó la cabeza con la valla —explicó Bruce.

Rápidamente, la mujer de piel cobriza pasó las yemas de los dedos por los labios de Charlie y luego bajó hasta posarse en la curva de su garganta.

—Traed agua —ordenó con un suave ceceo. Volvió unos fieros ojos de obsidiana hacia un niño pequeño—. Fría, del pozo. Rápido —Ella señaló Bruce a un taburete de tres patas—. Siéntate ahí, o vete si quieres. Yo la atenderé.

Para su sorpresa, Bruce obedeció. No había escozor en la crujiente orden. Las manos de la mujer eran expertas; Charlie no sufriría ningún daño con su ministración, de eso estaba seguro.

Se quitó el sombrero y tanteó con la corbata. La habitación era de techo bajo y demasiado cálida, pero estaba impecable. La pulcritud de la cabaña le había llamado la atención cuando había comido aquí con Charlie en una ocasión anterior. Según su experiencia, la mayoría de las habitaciones de los sirvientes eran apenas habitables. Una pequeña niña tiró tímidamente de su manga.

—Su chaqueta, señor —Ella movió la cabeza y se la alcanzó—. Ahh… — Su rostro se sonrojó de color carmesí y bajó la mirada hacia sus mocasines de cuero desgastados.

Cara se aclaró la garganta en voz alta, acudiendo al rescate de la niña.

—¿Tomará algo fresco, amo Keegan? ¿Algo de beber?

Él sacudió la cabeza.

—No.

Iris humedeció los labios de Charlie con un paño mojado y luego le limpió suavemente la sangre de la frente. La hemorragia casi se había detenido, pero el moratón era ahora de un morado más feo.

Los ojos de Bruce siguieron a Iris mientras seguía atendiendo a su paciente. Sus manos estaban escrupulosamente limpias, su pelo pulcramente trenzado en trenzas hasta la cintura. La decente bata se aumentaba con un chaleco y una diadema de cuentas brillantes. De sus orejas colgaban cuentas de cristal azul. Se preguntó cuántos años tendría.

No había ni rastro de canas en su pelo negro como el cuervo; ni arrugas delineaban su rostro. Y cuando hablaba, vislumbró unos dientes blancos y uniformes. Podría haber pasado por una mujer de veinte años, pero él sabía que eso debía de ser imposible si había ejercido de madre para Charlie cuando ésta crecía.

—¿Por qué no se despierta? —preguntó. El calor de la habitación pareció cerrarse sobre él —. ¿Sabe si hay algún médico en Chestertown?

Iris sacudió suavemente la cabeza y se puso un dedo en los labios para pedir silencio.

—Su alma ha abandonado su cuerpo —Suspiró y las oscuras pestañas cayeron como alas de pájaro sobre los altos pómulos—. No debemos moverla. Sólo esperar un tiempo. Volverá. Su fuerza vital es fuerte —Una débil sonrisa iluminó los ojos de ébano—. Te preocupas por ella más de lo que crees, Bruce Keegan. Es bueno.

Durante una hora, Bruce estuvo esperando. Otros se apretujaron en la cabaña, hicieron preguntas, y fueron espantados por las mujeres. El fuerte olor a sopa cocida llenaba la habitación. Los niños alborotaban y eran alimentados. Un bebé arrullaba. Alguien puso una jarra de cerveza en la mano de Bruce; se la llevó a los labios pero no pudo tragar. Creo que la amo, pensó con repentina claridad. Dios, ayúdame, creo que la amo, y nunca tendré la oportunidad de decírselo.

De repente se sobresaltó cuando la india le llamó por su nombre.

—Ahora, Bruce Keegan. Llámala. !Ahora!

Con sorprendente fuerza, Iris le cogió del brazo y tiró de él hacia la cabecera.

Su respiración llegaba a tragos irregulares. Charlie no tenía un aspecto diferente al que había tenido desde la caída. Su respiración podría ser un poco más fuerte, pero él no podía estar seguro. Había contemplado largo y tendido su pálido rostro sin ver ningún atisbo de consciencia. Aun así, no se le ocurrió dudar de la orden urgente.

—Charlie —susurró.

—¡No! —Los dedos bronceados de Iris le mordieron el antebrazo.

—¡Llámala! Tráela ahora o la perderá para siempre.

—¡Charlie! —Se inclinó sobre la forma inmóvil y la agarró por los hombros.

—¡Charlie! —le ordenó—. ¡Vuelve!

Un destello de color tiñó sus mejillas y respiró largamente. Los dedos de su mano derecha se movieron.

—Charlie —Los huesos de Bruce se sintieron como si se hubieran convertido en leche. Le ahuecó la cara entre sus manos callosas—. Charlie, muchacha —suplicó—. Despierta. Ya has dormido bastante.

Sus pestañas aletearon, luego se abrieron. Durante una fracción de segundo, Bruce contempló la chispa familiar. Luego, tan rápido como había llegado, la luz se desvaneció; los ojos que le devolvían la mirada estaban vacíos. Sus párpados se cerraron y cesó la débil respiración.

—*¡Dah-hai-tha!* —gritó Iris. Con un gemido que le heló la sangre, la india cayó de rodillas y empezó a llorar.

—¡Charlie! —Bruce la sacudió bruscamente—. ¡Maldita seas, Charlie, no puedes morirte! —Instintivamente se inclinó y apretó sus labios contra los de ella en un agridulce beso de anhelo no reprimido. Las lágrimas nublaron sus ojos mientras la acunaba contra sí, besando suavemente la curva de su frente, el moretón hinchado y las comisuras de sus labios.

—No, muchacha —le suplicó—. La tumba no te tendrá... Todavía no.

Charlie emitió un pequeño gemido en lo más profundo de su garganta y se agitó entre sus brazos. La horrible palidez de su piel se tornó rosa y suspiró, abriendo los ojos.

—¿Bruce? —Sus labios se movieron en una pregunta silenciosa.

El suspiro de alivio de Bruce se oyó por encima de los susurros. Temblando, la recostó contra la almohada, respondiendo a su débil sonrisa con una mueca torcida.

Charlie volvió a respirar hondo y se llevó una mano a la frente.

—¿Qué ha pasado? —susurró roncamente.

—Te caíste del caballo —la regañó Iris—. ¿Qué pensaría tu abuelo? —Trajo un vaso de agua y se lo ofreció a Charlie mientras sus ojos indicaban a Bruce que todo iba bien—. ¿Tengo que atarte a una cuna como a un bebé? Nos has dado un susto de muerte.

—Sí —asintió Bruce. Carraspeó y se pasó una mano por el pelo despeinado—. Te dije que ese semental era demasiado para una muchacha.

Charlie soltó una risita y luego hizo una mueca de dolor.

—Vete y déjame en paz. No deseo tenerte riéndote de mí, y yo tan débil como un gatito.

Bruce murmuró una respuesta y salió rígidamente de la cabaña. Una multitud de hombres le rodeó inmediatamente.

—¿Está muerta? —preguntó Peter—. ¿Está la señora muerta?… Iris dijo...

—Fue un golpe en la cabeza, nada más —dijo Bruce—. Ella está despierta y dando órdenes. —El aire frío se sentía bien en su piel, pero quería estar solo. ¿Qué, en nombre de todo lo sagrado, había pasado allí? La había creído muerta... ¿O no?

—¡Volved todos a vuestro trabajo! —Se volvió hacia Peter—. Encuéntrame al hombre que ensilló a Barón esta mañana. —La ira estaba reemplazando lentamente la confusión que Bruce sentía, y se alegró. Podía lidiar con la ira.

Peter tiró de su copete, sin dejarse engañar ni un segundo por el suave eructo del capataz.

—Sí, señor. Lo haré, amo Keegan. Ahora mismo.

Un criado sostuvo el caballo castrado gris moteado de Bruce para que lo montara. El escocés puso un pie calzado en el estribo.

—¿Estaba herido el semental? —preguntó.

—No, señor. Está por allí.

Bruce les hizo un gesto con la mano y cabalgó hasta donde estaba atado el bayo.

Desmontando, pasó las manos por las patas del semental, buscando tendones hinchados o cortes.

—El diablo cuida de los suyos, por lo que veo —murmuró Bruce al caballo—. Parece que estás de una pieza.

El semental dio un respingo y volvió la cabeza para mirar más allá del hombre. Bruce levantó la vista y vio a Iris de pie, envuelta en una manta de lana roja.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —preguntó.

La india se encogió de hombros y miró hacia el cielo gris de Tidewater, haciendo un ligero movimiento con la mano derecha.

—*Mesawmi* —dijo. El acento algonquino de sus palabras lo convirtió casi en una plegaria. Dando un paso adelante, le tocó el brazo: Wishemenetoo te ha bendecido. No cuestiones el poder.

—Estaba muerta.

Iris lo favoreció con una sonrisa esquiva.

—¿Qué es la muerte, Bruce Keegan? —Ella retiró la mano y la tensión se drenó de sus músculos—. *Lenawawe*... Ella vive. Acéptalo, y acepta esto. —Los ojos entrecerrados de la india brillaban con ardiente fervor—. A partir de este momento, vuestras vidas están unidas. No encontrarás la felicidad sin ella... Ni ella sin ti.

Bruce sacudió la cabeza.

—No conozco tus costumbres y me resultan difíciles de conciliar con la lógica. —Dejó escapar un largo suspiro y frunció el ceño—. Me pides que crea lo que sé que es imposible, mujer. Debo pensarlo. Pero... —Los ojos grises se encontraron con los negros—. Si alguien le

salvó la vida, fuiste tú —Se coloreó—. No he tenido la mejor opinión de ti, pero me equivoqué. Puedo ver por qué un hombre elegiría a una mujer como tú. Y me gustaría contarte como mi amiga, si aún es posible.

—Un hombre o una mujer no pueden tener demasiados amigos, capataz. Charlie ha sido la niña de mi corazón. Te querría por ella, sin importar lo que pensaras de mí.

—No —protestó Bruce—. Ahora eres tú quien no entiende. No puede haber nada entre Charlie y yo. No soy más que su asalariado.

La risa de Iris fue rápida y tintineante.

—¿Nada entre Charlie y tú? ¿Nada entre la señorita Palmer y tú? —Se rió de nuevo, tapándose la boca como una niña—. Porque yo no uso los títulos tontos que os dais los ingleses, no creáis que no los conozco. Se recogió la manta escarlata sobre el pelo—. Protesta todo lo que quieras, Bruce Keegan. Lo que tenga que ser, será.

—Sí, hay bastante sentido en eso, supongo —concedió él—. ¿Estás segura de que se pondrá bien?

Ella asintió.

—Ella es fuerte. Todo lo que necesita ahora es dormir y tiempo para que su cabeza se cure.

Bruce parecía poco convencido.

—El corte parecía lo suficientemente profundo como para necesitar puntos. Tal vez deberíamos buscar a un médico.

—Coser la herida causaría una cicatriz. La uniré y la vendaré con hierbas. —Iris esbozó otra sonrisa—. Cuando el maíz vuelva a estar verde, sólo la verás cuando esté enfadada. —Le hizo un gesto de despedida con la cabeza y se volvió hacia la cabaña.

—Te tomo la palabra… —le sonrió— Y no soy inglés.

—¿Quiere que le llame iroqués?

La risa de Iris resonó en el patio desierto.



Las lágrimas rodaron por el rostro de Dickon mientras el muchacho luchaba por no llorar.

—Ensillé a Barón, amo Keegan. ¡Pero lo hice bien! Lo juro! —Se frotó la cara con una manga sucia—. La cincha estaba apretada. ¡Lo comprobé antes de sacarlo!

Bruce cerró el libro de cuentas sobre el escritorio que tenía delante y consideró al niño que protestaba. Los ojos azules estaban llenos de desesperación, pero no había culpabilidad.

Dickon era inocente; Bruce estaba seguro de ello.

—Muy bien, entonces. No diremos nada más al respecto. Fue un accidente, y tu ama está en vías de recuperación.

—¿Está seguro, señor? —Dickon resopló y se limpió la nariz—. ¿No se está muriendo?

—La señorita Palmer se ocupará de sus asuntos en unos días. — Era cierto. Incluso ahora, Charlie estaba instalada en su alcoba de arriba. La había oído discutir con Beth hacía sólo unos minutos. Estaba seguro que para el fin de semana, ella estaría de nuevo sobre ese maldito diablo saltando vallas.

—Señor. —El chico se movió nerviosamente de un pie a otro—. ¿Me van a regañar? —La pequeña barbilla se puso rígida—. No me importa, Amo Keegan. Pero si lo soy, ¿podría hacerlo aquí? —El niño enrojeció aún más—. No quiero llorar delante de ellos. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el corral—. No soy un cobarde, pero no estoy seguro de no gritar si usas una correa.

Bruce se puso en pie.

—No, no vas a ser azotado. Te tomo la palabra. Sólo quería asegurarme de que habías apretado bien la cincha.

—Oh, gracias, señor —Las lágrimas brotaron con más fuerza—. Gracias.

—Ahora vete. Y querré un caballo después de la cena. Quiero revisar los puestos de guardia yo mismo. Puedes venir conmigo si quieres.

—Sí, señor. Tendré a Falcon listo en la puerta para usted. Justo después de cenar. —Dickon se tiró del pelo que le caía sobre la frente y salió de la habitación.

Bruce cerró la puerta de la biblioteca y se dirigió a la chimenea. Arrodillado ante ella, echó un tronco de cedro al fuego. La caída de Charlie no había sido un accidente. Él mismo había examinado la silla de montar. La correa de la cincha había sido cortada casi por completo; sólo una pequeña fracción se había desgarrado por el peso de Charlie en el salto. El culpable era astuto. Había cubierto el corte con melaza, frotándola en el cuero para que la persona que ensillara al caballo no notara el punto cortado debajo. El problema era. ¿Quién intentaba matar a Charlie y por qué?

Hasta el momento no le había contado a nadie su sospecha, ni siquiera a Charlie. Había cogido la correa cortada y la había escondido en su habitación hasta que pudiera decidir qué hacer al respecto. Mientras el culpable no supiera que iban tras él, sería más fácil atraparlo. Una furia renovada recorrió a Bruce al recordar los segundos en que creyó muerta a Charlie. Encontraría al responsable y lo pagaría caro. ¡Era una promesa!

No había estado ocioso en los dos días transcurridos desde el accidente. Con la ayuda de Peter, había puesto guardias armados a patrullar la orilla de La propiedad Palmer. Charlie le había dado la llave de su armería y él había repartido armas a todos los hombres adultos y a los niños mayores de doce años. No todos habían recibido pistolas; había una ballesta e incluso dos viejos candados de rueda, así como hachas de comercio indio y unas cuantas pistolas de pedernal. Ésas fueron para las mujeres que habían demostrado saber disparar. Si los asaltantes se

acercaban a las tierras de Charlie, pensaba darles una cálida bienvenida.

Arriba, en el pasillo, Iris se detuvo junto a la puerta abierta para dejar las últimas instrucciones a su paciente.

—No debes salir de casa durante tantos días —ordenó, levantando dos dedos—. Vendré todas las mañanas a cambiarte el vendaje de la cabeza. Nada de montar a caballo hasta que yo lo diga, y si tiene dolor, mandarás a un chico a buscarme. ¿Lo entiendes?

Charlie metió las rodillas bajo la manta y las rodeó con los brazos.

—Eres una tirana, Iris. No me pasa nada. Me siento bien excepto por esto. —Se tocó la venda de lino—. Moriré de aburrimiento encerrada aquí. Lo menos que puedes hacer es quedarte conmigo y contarme todos los cotilleos de tu familia. ¿Ha tenido ya Kitate a su bebé? ¿Parece blanco o indio?

—Las noticias sabrán mejor si te las cuento poco a poco en las largas tardes de invierno. —Los ojos oscuros de Iris centellearon—. Sí, mi prima ha dado a luz sana y salva a una niña. Su pelo es del color apropiado para los humanos, pero… —Iris suspiró— Me temo que sus ojos seguirán siendo azul holandés.

—¿Pero la madre de Hans los ha aceptado?

—Para esa parte de la historia debes esperar. —Iris se envolvió los hombros con su manta roja—. Mi cabaña se llenará de ratones y ardillas. Me voy a casa.

—No te vayas. Quédate otros dos días. O nos moriremos de hambre —dijo Charlie—. Piensa en lo agradecido que estaba Bruce por tu sopa de cangrejo y la calabaza al horno. ¿Dejarías a un inválido el pan de maíz y el estofado de cordero de Beth?

—Te he dicho qué hacer con Beth. Envíala a ella y a su pan de maíz a tu padrastro en Virginia. Entonces morirá por su comida y tu madre se librará de él.

—Iris… —Al darse cuenta de que se había ido, Charlie se recostó contra la almohada y se

quedó mirando el techo.

El dolor de cabeza había remitido hasta convertirse en un sordo latido. Lo peor del accidente había sido que Bruce la viera caer del caballo. Había sentido que la silla resbalaba; diez contra uno a que la cincha se había roto. Se había sentido lo bastante ajustada cuando montaba. Se había caído antes; todos los jinetes lo hacían. Si no se hubiera golpeado la cabeza, también se habría librado de esta caída.

—Señorita Charlie. —La suave voz de Ben penetró en su autocompasión—. ¿Puedo pasar? —En sus manos llevaba una correa de cuero—. Hay algo que creo que debe saber.

Charlie se sentó erguida y le indicó que entrara en la habitación.

—¿De qué se trata?

El viejo cerró la puerta tras de sí y se llevó un dedo a los labios.

—Estaba revisando el armario del amo Keegan para ver si Beth mantenía sus habitaciones decentes y encontré esto dentro del orinal. —Levantó la cincha rota—. Esto es de su montura. Y fue cortada en dos antes de romperse. —Le entregó la prueba.

Charlie palideció.

—Tienes razón, Ben. Fue cortada. —Durante un largo minuto contempló en silencio el cuero alterado de la silla de montar. No cabía duda de que la habían cortado, pero ¿por qué querría alguien que se cayera de Barón? Y la idea de que Bruce lo hubiera hecho, o lo hubiera ordenado, era inconcebible.

—¿Qué quiere que haga al respecto? —El rostro delineado era severo—. Lo mataré por usted, si lo pide.

—¡No! —Charlie sacudió la cabeza—. No. No sé qué está pasando aquí, pero apostaría la cosecha de tabaco del año que viene a que no lo harías. No podrías… —Exhaló bruscamente—. Si juzgo tan mal a los hombres, merezco que acaben conmigo. Envíemelo. Y, Ben, déjanos solos.

—Ese golpe en la cabeza seguro que le ha sacudido el cerebro. ¿Cree que voy a dejarte a solas con un hombre que tal vez intentó matarla? —Ben la fulminó con la mirada—. Si no tiene el suficiente sentido común para cuidar de si misma, tendremos que cuidar de usted.

Ella volvió a sacudir la cabeza, haciendo una mueca de dolor cuando se movía demasiado deprisa.

—Si quisiera matarme, ha tenido muchas oportunidades. Sería más probable que me rompiera un brazo o una pierna cayendo de un caballo que el cuello. Mucha gente podría haber puesto esa correa en su recámara. Quiero hablar con él sobre eso. No le digas nada a nadie.

Ben se limpió las manos nudosas en los calzones.

—Haré lo que dice, señorita Charlie. Pero no me gusta. Y si le ocurre algo malo... Es hombre muerto. Puede que sea viejo, pero sigo siendo un tirador de primera.

—Estaré bien, de verdad. Que suba. Y nada de merodear por el pasillo escuchando. Espera abajo. Si intenta asfixiarme con mi propia almohada de plumas, te prometo que gritaré. Entonces puedes subir y dispararle.

—Hmmmp. —Frunciendo el ceño, salió de la habitación.

Charlie se pasó un cepillo apresurado por el pelo sin atar, se subió la manta hasta el cuello y esperó.

Bruce irrumpió sin llamar.

—Maldita sea, mujer. ¿No te dije que no quería a nadie en mi habitación? —Cruzó furioso la habitación y se paró amenazadoramente sobre su cama—. ¿Qué demonios hacían Beth y Ben ahí?

Los ojos de Charlie se abrieron de par en par.

—¿Qué te ha dicho Ben?

—¡Han violado mi intimidad! Beth está gimiendo algo sobre un orinal y Ben me detuvo en las escaleras amenazando con dispararme. ¿Esto es una plantación de tabaco o un manicomio?

Charlie intentó mantener la cara seria.

—Acerca una silla —dijo—. No, primero cierra la maldita puerta. Beth y Ben se caerán encima intentando oír lo que decimos.

Bruce cerró la puerta con un sonoro portazo, echó el cerrojo y volvió a la cama.

—Me quedaré de pie. ¿He dejado claro o no que nadie debe entrar en mis aposentos?

—Si pudieras verte a ti mismo, Escocés. Has sido llamado aquí para responder a graves acusaciones. En lugar de mostrar el debido respeto o preocupación, parloteas sobre criadas y orinales. Quizá esto sea un manicomio y todos seamos reclusos. —Se sentó, metiéndose la colcha alrededor de la cintura. El amplio camisón de lino la cubría desde los pies hasta la barbilla. Incluso Ben la consideraría decente ante su capataz—. A esto se debe todo el alboroto. —Sacó las correas de cuero de debajo de la funda—. Me cortaron la cincha.

—Sí. —Bruce puso los labios en una línea dura y la fulminó con la mirada—. Lo sabía.

—Obviamente lo sabías. Se encontró en tú habitación.

—¡En mi armario, por el amor de Dios! —Unos brillantes puntos de color se encendieron en sus pómulos—. ¿Qué hacía Beth en mi habitación? ¡No he usado un orinal desde que tenía tres años!

Charlie se mordió la risa que aumentaba su enfado.

—Me sorprende que admitas haber usado uno —aventuró. Se enjugó los ojos—. Bueno, es culpa mía. Me quejaba de que esto era demasiado aburrido. ¿Podemos solucionar esto, Bruce? —Su voz se volvió seria—. Si sabías que mi caída no fue un accidente, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Y por qué escondiste la cincha?

Bruce soltó un juramento que hizo vibrar los cristales de la ventana.

—¿Ahora se me acusa de intentar asesinarte? ¡Por la dulce sangre de María, te lo habría dicho! No quería hacerlo público, no sea que espantemos a la comadreja. —Acercó peligrosamente su cara a la de ella, tanto que ella pudo ver dónde se había hecho un rasguño recortándose la barba—. ¿Lo crees de mí?

—No. —Ella le cogió la mano—. Deja de gritarme. Siento la cabeza como si hubiera estado bebiendo sin parar durante una semana. Siéntate. En la cama, por el amor de Dios. Apuesto a que mi virtud está a salvo.

—¡Sí, tan segura como si fueras una monja! —Bajó rígidamente hasta el borde de la cama —. Y no has respondido a mi pregunta. ¿Qué hacía Beth en mi habitación?

Charlie suspiró.

—Estamos dando vueltas. Beth entró para ocuparse de tu orinal. Ben sólo entró para asegurarse de que ella lo había hecho.

—Ya te he dicho que no lo uso, y si lo hiciera, no le pediría a otro que lo llevara por mí. —Cruzó los brazos sobre el pecho y sus ojos grises se entrecerraron—. No me moveré de este punto. Mi habitación es mía. No quiero que nadie se meta con mis pinturas.

—Beth me ha dicho que cree que pintas mujeres desnudas —se burló Charlie—. Creo que espera que te ofrezcas a retratarla.

—¡Pintaré clérigos desnudos si me place, pero manten a tus sirvientes fuera de mi habitación!

—Lo haré —le tranquilizó—. No me frunzas tanto el ceño. Sería una tonta si te creyera un asesino y luego te llamara a mi habitación para preguntarte si lo eres. Un asesino no se rebajaría a mentir, ¿verdad?

—Sí, ¿entonces cómo puedes estar segura de que digo la verdad? Con tus propios labios

has dicho que un asesino no admitiría la verdad. —La severa mandíbula se suavizó—. Podrías correr un gran peligro, incluso ahora.

Charlie se humedeció el labio superior con la punta de la lengua.

—No besas como un asesino —murmuró. La cercanía de Bruce era vagamente inquietante. Bandas invisibles parecían tensarse alrededor de su pecho cuando su mirada se fijó en el rizado cabello oscuro que asomaba por encima de su impecable camisa de lino. Olió el dulce y rico aroma del tabaco y supo que él había estado fumando su pipa.

—Beth afirma que me resucitaste de entre los muertos con un beso —dijo Charlie con descaro.

—También dice que pinto mujeres desnudas en mi habitación por la noche.

Los dedos de Charlie se posaron ligeramente en la muñeca de Bruce.

—No recuerdo nada desde que empecé a caerme hasta que me desperté en la cabaña de Iris en tus brazos.

Bruce se puso de pie de repente.

—Estabas herida. Yo estaba preocupado...

—¿Pero me besaste? —Charlie se inclinó hacia delante, de repente muy vulnerable—. No estaba segura de si era un sueño o…

—Sí, lo hice.

—Beth, dice...

—¡Al diablo con lo que dice Beth, o cualquier otra persona! —Bruce anudó las manos en puños a los lados—. ¿Crees que estoy hecho de piedra, mujer? No seré un juguete. Ni tuyo... Ni de ninguna mujer. —Se dirigió hacia la puerta, luego se detuvo y volvió a mirarla—. Hablaremos más del accidente cuando estés bien. Hasta entonces, no digas nada a nadie.

Charlie le siguió con la mirada mientras aumentaba la opresión en su pecho.

Furiosa, parpadeó para disimular la humedad que amenazaba con nublarle la vista y volvió la cara hacia la pared.

—Yo tampoco soy de piedra —susurró contra la almohada. Una única lágrima de cristal se deslizó por debajo de sus pestañas y rodó por su mejilla.

Capítulo 8

17 de diciembre de 1743

Charlie y Bruce atravesaron el huerto en dirección al muelle. Un ligero manto de nieve cubría el suelo, adornaba los manzanos deshojados por el invierno con guirnaldas de reluciente polvo de hadas y amortiguaba los estridentes gritos de los cisnes que planeaban sobre sus cabezas. El sol de media mañana era brillante, a pesar del descenso de la temperatura, y un ligero viento procedente del Chesapeake traía el fuerte y penetrante olor a sal.

Bruce miró de reojo a la mujer que caminaba enérgicamente a su lado.

El humor de Charlie era ligero y sus mejillas brillaban como rosas. Se había quitado las vendas y, salvo por el moratón que le cruzaba la frente y la mancha morada bajo el ojo, parecía la viva imagen de la salud. La muchacha de pelo castaño rojizo se había recuperado de la caída incluso más rápido de lo que él hubiera imaginado. Aún así... Algo era diferente en ella desde el accidente.

Ella le sonrió interrogante.

—¿Tengo hollín en la nariz, Escocés?

—Me preguntaba qué dirías cuando te contara lo que hice esta mañana —mintió. Aceleró el paso, apartando la mirada para evitar que ella leyera sus pensamientos. Me gustaría pintarte tal

y como eres ahora... Con la capucha de lana verde de tu capa enmarcándote la cara y la nieve detrás de ti.

Charlie se detuvo en seco, cruzó los brazos sobre el pecho y esperó.

—¿Y bien? —preguntó cuando él no se explicó—. ¿Qué hiciste exactamente?

—Acepté la invitación de Martin Hopkins a la fiesta de Navidad... Para los dos.

—¿Hiciste qué?

Bruce se encogió de hombros y sonrió.

—Hopkins vino a caballo y me invitó él mismo.

¿Qué otra cosa podía hacer?

—Podrías haber aceptado por ti mismo. —Charlie frunció los labios en un ceño fruncido —. Me toleran, a pesar de toda mi idiosincrasia, pero en realidad no encajo. —La duda parpadeó tras los ojos color canela—. Ahora no hay forma de que pueda librarme de ir sin ofrecer un insulto.

—Es Navidad. Seguro que puedes permitirte un pequeño placer. La vida no es todo trabajo, Charlie.

Pasó junto a él y se apresuró hacia el muelle, con sus mocasines indios que le llegaban hasta las rodillas casi sin hacer ruido sobre la corteza de la nieve centelleante.

—Espera, muchacha —la llamó él, alcanzándola con unas pocas zancadas fáciles—. Pensé que estarías contenta. Nunca conocí a una mujer a la que no le gustaran las fiestas. —Le puso una mano enguantada en la manga—. ¿Es que no tienes nada apropiado que ponerte?

—No es eso. —Ella apartó su mano y siguió caminando.

—¿Entonces qué es? —preguntó él—. ¿Eres demasiado orgullosa para ir a una aventura así con tu jornalero? ¿Crees que daría que hablar entre la gente gentil de Chestertown? —El

sarcasmo en su voz apenas se disimulaba.

—¡No es ninguna de las dos cosas, gran buey escocés! —replicó Charlie. Bajó la voz y caminó más deprisa—. No sé bailar.

Una risita brotó de lo más profundo de la garganta de Bruce mientras la cogía por la cintura y la hacía girar en medio círculo.

—¿Qué has dicho? —exigió—. ¿La dueña de La propiedad Palmer no sabe bailar? No me lo creo.

Los ojos de Charlie se entrecerraron peligrosamente y ella se puso rígida entre sus manos.

—Bájame —le ordenó. Cuando él obedeció, ella dio un paso atrás, el tinte de sus mejillas revelando la profundidad de su ira—. ¿Crees que un solo beso te da permiso para tomarte libertades?

—Dos besos —le recordó él. Y tengo la mitad de ganas de que sean tres.

—No niego que seas un hombre atractivo, Keegan, ni que no haya pensado en… —Charlie hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas. Se encogió de hombros—. Quizá mi abuelo me enseñó demasiado bien. Mi franqueza de pensamiento y de palabra sería más apropiada para un hombre. —Le tembló el labio inferior mientras lo miraba con fijeza—. No soy una prustituta, y te digo sin rodeos que no tengo intención de casarme... ¡Nunca! Así que lo mejor será que dirijas tus encantos hacia una de los vástagos de Martin.

—¿Matrimonio? No te hagas ilusiones, bruja. —Bruce echó la cabeza hacia atrás y la miró con arrogancia, apoyando ligeramente los puños en sus delgadas caderas—. ¡Cuando y si tomo una esposa, no será por sus tierras y su fortuna! Dios sabe que no habría otra razón por la que un hombre quisiera a una arpía tan malhumorada como tú. —Sus ojos grises se nublaron de ira—. ¿Crees que los ingleses me han despojado de mi orgullo, mujer?

La pregunta quedó flotando en el aire fresco entre ellos. Por un instante, las venas

resaltaron en la frente de Bruce y Charlie fue plenamente consciente de los tensos tendones que amenazaban con rasgar las costuras del pesado chaleco de cuero. Asustada por la intensidad de su furia apenas controlada, fue todo lo que pudo hacer para mantenerse firme y no retroceder.

—A un hombre le corresponde mantener a su mujer y a sus hijos, no al revés. —Bruce relajó lentamente sus tensos músculos—. Los soldados del rey Jorge se llevaron mucho... Pero no se llevaron mi orgullo. —Se quitó el sombrero ladeado y se pasó una mano por el pelo oscuro —. No quise insultarte con mis besos... Ni con mis caricias. Pero no dije ni una palabra de matrimonio. Y cuando yo elija, seré yo quien lo pida.

—Bien —respondió Charlie—. Entonces ambos sabemos a qué atenernos. Tampoco pretendía insultar tu maldito orgullo escocés. No serías el primer hombre que se fija en los campos anchos y los muelles de aguas profundas. Incluso en las Tierras Altas, la propiedad debe ser una consideración a la hora de decidir con quién casarse.

—Sí, te concedo eso. Pero es diferente. En Escocia tengo...— Sacudió su enorme cabeza y rió irónicamente—. Nada. —La palabra fue apenas un susurro—. No, muchacha. He desatado mi mal genio sobre ti sin motivo. —Se recolocó el sombrero y se lo caló sobre la frente—. Lo siento doblemente. Puedes ser una arpía, pero no una bruja Es mi propia bilis la que me envenena. — Los ojos grises se suavizaron—. He visto a demasiados hacer fortuna en este nuevo mundo a través de un lecho matrimonial y luego traicionar a la muchacha que lo trajo. Yo no soy esa clase de hombre, y me temo que tengo fuertes opiniones al respecto.

—De acuerdo. —Charlie le dedicó una leve sonrisa—. Mi madre recibió un trato muy parecido de mi padrastro, Nicholas Randall, y se suponía que era un caballero de alcurnia de Virginia. —Inclinó ligeramente la cabeza para mirarle a los ojos—. ¿Qué ocurrió en Escocia, Bruce? ¿Por qué te transportaron a las Colonias?

Durante varios segundos no contestó, luego suspiró y sacudió la cabeza.

—Ya pasó. Mejor no hablar de ello.

Charlie cogió su mano rugosa por el trabajo y la agarró.

—Te conozco, Bruce. No eres un criminal.

—Eso decía siempre mi madre.

Llegaron al borde del muelle y se sentaron en un bote de remos volcado. El suave batir del agua contra la orilla resultó extrañamente reconfortante para Bruce.

—Creo que le habrías caído bien a mi madre —murmuró finalmente.

Charlie se rió.

—Si así fuera, sería la primera vez que le caigo bien a la madre de alguien.

—Ella admiraba el espíritu en los demás, y era firme en su convicción de que ninguna de mis hermanas se casara con hombres que no les gustaran.

La picardía centelleó en los ojos de Charlie mientras le soltaba la mano y cruzaba las piernas bajo ella.

—Y yo que pensaba que ibas a decirme que era una criatura gentil y dulce sin más pensamiento que los deseos de tu padre.

Bruce sonrió irónicamente.

—Lo era, y se escandalizaría de tus normas de limpieza, pero mi madre tenía un maravilloso sentido del humor. —Se inclinó hacia delante, apoyando las manos en las rodillas, y se quedó mirando el agua—. Aunque mi padre no tenía ningún título, éramos ricos, poseíamos fincas en Inglaterra e Irlanda, así como en Escocia. Los dos hermanos menores de mi padre fueron declarados jacobitas. Ambos fueron asesinados en 1719 en la batalla de Glenshiel.

—Tú debía ser un niño entonces —dijo Charlie.

—Sí, pero la rebelión fue nuestra perdición igualmente. Mi padre era el hijo mayor, el heredero; aunque no tomó parte directa en la rebelión, sus enemigos intentaron que lo arrestaran

como traidor jacobita. Mi padre no amaba al rey Jorge, pero no era un rebelde. Le importaban más su tierra y su familia que la política.

—¿Y tú?

Bruce sonrió lobunamente.

—Los hombres jóvenes siempre están dispuestos a luchar por alguna gran causa. Era fácil odiar a los soldados británicos; quemaban granjas, asesinaban a familias enteras, se llevaban a chicas jóvenes para servir de prostitutas en sus campamentos. Vimos poca justicia inglesa en Escocia.

Charlie asintió.

—He oído lo mismo de otros.

—Un oficial inglés, el hijo menor de un conde, vio a mi hermana Mili en un baile en Edimburgo y la quiso como novia. Mili estaba prometida a mi primo Parian. El hijo del conde, Patrick Humphry, acudió a la boda de Mili sin invitación. Bebió demasiado e insultó a Mili. Él y Parian se pelearon y Parian lo mató en defensa propia. Cuando Parian fue arrestado por el asesinato de Humphry, yo testifiqué a su favor, pero fue declarado culpable igualmente. Me quedé en Edimburgo para intentar organizar un nuevo juicio mientras mis hermanos llevaban a Mili a casa. —Los ojos de Bruce se vidriaron—. Soldados ingleses fueron al castillo de mi padre una semana después. Llevaba meses inválido, pero le acusaron de atacarles y de perpetrar alta traición contra el Rey. Mis padres, mis hermanas y hermanos y sus hijos fueron masacrados, junto con los criados de nuestra familia. Yo escapé del arresto y fui declarado proscrito.

—¿Y tú primo?

—Ahorcado. Fui a los aposentos de Humphry esa noche y lo maté. Los británicos tardaron casi dos años en atraparme. Fui condenado por asesinato y traición, y sentenciado a morir de una manera particularmente desagradable.

—¿Pero te perdonaron la vida?

—Sí. Después de pasar mucho tiempo en prisión, alguien en el poder, un verdadero jacobita, sospecho, hizo arreglos para que me perdonaran el cargo de traición. Como vulgar asesino, valía más vivo que muerto, así que me enviaron a Annapolis para venderme como sirviente contratado.

—¿Maryland? Pero yo creía...

—Mi contrato de servidumbre se compró en Maryland, pero mi primer amo tenía una plantación cerca de Santa María. Sólo estuve allí unas semanas cuando se trasladó al sur, a Virginia. Serví nueve años como esclavo de servidumbre antes de conseguir mi libertad.

Charlie parpadeó para contener las lágrimas que amenazaban con derramarse por sus mejillas.

—Siento lo de tu madre... Lo de tu familia. Tienes razones para odiar.

—No, no más —dijo suavemente—. El odio carcome a un monje hasta destruirlo. El odio no los traerá de vuelta.

—Pero tú no olvidas.

—No, tú no olvidas.

Se sentaron en silencio durante un rato, luego Bruce se volvió hacia ella inquisitivamente.

—He satisfecho tu curiosidad, ahora puedes hacer lo mismo conmigo. ¿Cómo es que una dama como tú no puede bailar? Debes admitir que es algo difícil de saber. —Él sonrió ante su incomodidad—. No importa, muchacha, sucede que soy un bailarin maravilloso. Tenemos una semana antes de la fiesta. Te enseñaré a bailar.

—No puedo esperar —Charlie hizo una mueca—. Pero te advierto que eché a mi último profesor de baile delirando como un loco.

—¿Qué le hiciste a la pobre mujer?

—Era un hombre y le eché miel en la peluca y hormigas en la cama. —Charlie se puso en pie—. A menos que lo hayas olvidado, vinimos a comprobar las reparaciones del balandro. —Su habilidad para el baile, o la falta de ella, no era algo que quisiera discutir con él. Que no supiera bailar era culpa suya. Dios sabía que su abuelo se había esforzado bastante en darle lecciones de las artes más finas.

Caminó con cautela por el muelle hacia el balandro amarrado. Las tablas de madera estaban heladas bajo sus mocasines y no tenía ningún deseo de caerse de culo y dar a Bruce aún más motivos para reírse de ella. La tormenta que había provocado la pérdida del granero había causado daños considerables al balandro de la plantación. Las reparaciones habían sido realizadas en Chestertown por John Saloway, amo constructor de barcos; incluso ahora, su considerable factura yacía sobre su escritorio. Había que pagarle de inmediato, pero ella sería una tonta si pagara sin examinar antes el trabajo.

Charlie se arrodilló junto al balandro y pasó los dedos por las costuras de la madera nueva. Las tablas viejas y las nuevas estaban unidas con tanta firmeza que era casi imposible saber dónde había estado el agujero del casco. El constructor de barcos se había ganado sus honorarios... Si tan sólo ella pudiera averiguar cómo reunir la plata para pagar las reparaciones.

Las burlas de Bruce le trajeron recuerdos en los que no había pensado en años.

Se había escondido de su amo de baile la primera vez que conoció al caballero Jim. No soportaba a Roger de Ives, con su peluca empolvada y sus modales afectados. Había pisado accidentalmente su zapatilla de raso y los otros niños se habían reído de ella. Se había enfadado tanto que había cogido su caballo del granero y había cabalgado hasta el extremo más alejado de la plantación.

Había oído voces procedentes del bosque, había atado su caballo y se había arrastrado sobre manos y rodillas para mirar a través de los arbustos un barco desconocido anclado en el

arroyo. Hasta un niño sabía que una goleta de cien toneladas con ocho cañones giratorios no era un barco mercante honesto. Eran piratas. Tenían que serlo. ¡Piratas en el La propiedad Palmer! Tan concentrada estaba en su espionaje que el primer indicio de que la habían visto fue cuando una mano poderosa la agarró por el tobillo y la levantó en el aire como a un conejo capturado...

—¡Charlie!

Ella parpadeó y miró a Bruce de pie junto a ella.

—¿Qué?

—Dije que iba a Chestertown a por plomo y pólvora. ¿Quieres que llegue a un acuerdo con el constructor de barcos? Su aprendiz insistía en que le pagara inmediatamente. Ni siquiera querían dejar que Peter lo sacara del astillero. —Bruce pasó la mano por el casco con aprobación —. Hicieron un buen trabajo con esto. —Su ceño se frunció—. Necesitaré más cabezas de hacha para el maderamen. Los arneses se pueden hacer aquí en la plantación, pero debo tener hierro para los ganchos y el latón...

—Lo sé —interrumpió ella—. No cuestiono tú necesidad. —Apartó los vívidos recuerdos de la infancia y fijó su atención en los problemas que causarían las peticiones de Bruce—. Francamente, me faltan monedas. —Ella suspiró—. Hasta que lleguen noticias de Londres con el total de nuestra cosecha, no obtendremos ningún crédito de los mercaderes. —Maldijo en voz baja—. ¡Como si la colonia no viviera y respirara a base de dinero prestado! Martin tiene la mitad de tierras que yo y los comerciantes llevarán sus cuentas durante años. Es porque soy mujer. Temen que no pague.

—Bueno, difícilmente podrían hacer que te metieran en el cepo si no lo hicieras. ¿Cómo se vería?

—No eres mejor que el resto de ellos. Es costumbre que las deudas no puedan cobrarse antes de que se hayan completado las ventas de tabaco; sin embargo, a mí ni siquiera me dan el beneficio de esa consideración. —Charlie comenzó a caminar rápidamente de vuelta por el

muelle.

—No tomo partido, mujer. Sólo expongo los hechos. —Bruce alargó la zancada para alcanzarla—. ¿Y lo has olvidado? Siete hombres terminan sus contratos el mes que viene. Debemos darles el dinero de su liberación y encontrar otros hombres para reemplazarlos. Para empezar, estamos cortos de personal; no podemos funcionar sin mano de obra cualificada. Creo que debería comprar esclavos.

Ella se giró hacia él.

—Te lo he dicho una y otra vez, ¡nada de esclavos! Sirvientes si es necesario, pero esclavos no.

—No son prácticos. La mayoría no son más que muchachos u hombres pasados de moda. Ser leñador es trabajo de hombres. Requiere una espalda fuerte y una constitución de hierro. Hay un rodal de roble blanco cerca del río que pienso nivelar antes de la época de arar. Podemos llevar los troncos a Chestertown para venderlos como mástiles. La marina ha vuelto a subir el precio de la madera de primera calidad. Eso resolverá algunos de tus problemas de dinero, pero no puedo cortar árboles sin músculo.

—Entonces tendrás que elegir con cuidado a los nuevos sirvientes. Preferiría perder La propiedad Palmer antes que cultivar tus cosechas con el sudor de los esclavos. —Resbaló en la nieve y Bruce la cogió del brazo—. Estoy bien —dijo ella, apartando su mano—. Puedo caminar sin ayuda.

—Eso parece —murmuró él—. Pero eso no resuelve el problema. ¿De dónde saldrá el dinero?

—Venderé algunos de los libros del abuelo. —Charlie tragó con fuerza mientras un nudo apretado subía por su garganta—. Hay un ejemplar de Píndaro que lord Miles ha estado detrás de mí para que lo venda y… —suspiró— Puede quedarse también con el Virgilio grabado. Deberían pagar las reparaciones y todo lo demás, incluyendo algunos sirvientes nuevos.

—Los libros son preciosos —dijo Bruce—. ¿No hay otra manera? — Sabía que Charlie valoraba la extensa biblioteca de su abuelo más allá del precio.

—Ninguna que se me ocurra. —Se encogió de hombros—. Me cambiaré y cabalgaré contigo hasta Chestertown. Puedo ver a lord Miles por el camino y luego ayudar con el otro trato. Si hay hombres decentes, él lo sabrá. —Charlie pateó una ininterrumpida brizna de nieve —. Si he de engatusar a lord Miles para que saque su acaparada plata, debo vestirme como corresponde a una gentil doncella. Sin duda le agradará mucho verme vestida de mujer.

—Sí. Para ver tal espectáculo vale la pena un largo viaje en invierno —estuvo de acuerdo —. Pero debo verlo para creerlo.



A la tarde siguiente, Charlie se detuvo en la amplia escalera para recoger a un gatito callejero y luego descendió al vestíbulo. La gata madre se frotó contra su bota, ronroneando ruidosamente.

—Deberías vigilar más de cerca a tus gatitos —reprendió Charlie a la gata—. Ese maldito escocés ha estado buscando todos los ingredientes de cosas para mezclar en un haggis.

—Aún no he llegado a comer gato —dijo Bruce desde la puerta abierta—. Y si lo hiciera, no arruinaría un buen haggis con eso.

Se rió y abrió paso al gran salón. Varios candelabros proyectaban charcos de luz sobre el suelo pulido de la sala elegantemente amueblada. Temblando, Charlie miró hacia el frío hogar.

—Hace frío —dijo—. Podrías haber encendido un fuego aquí.

—No creía que encender fuego formara parte de mis responsabilidades —respondió él, dejándose caer suavemente sobre una rodilla para encender la leña con una vela parpadeante—. Además, poco saldrá de la lección. Nunca he enseñado a bailar a una muchacha en calzones.

Deberías haberte puesto un vestido —acusó Bruce, observando el ajuste ceñido de los calzones de piel de becerro de Charlie.

—Si yo debo fingir la música, entonces tú debes imaginar el vestido—replicó ella—. Sí, hay algo de verdad en eso. Puedo decirte que es más fácil para un hombre imaginar faldas de una muchacha que puestas. —Galantemente le cogió la mano y la condujo al centro de la sala—. Bailar es sencillo. Piensa en el baile como un ejercicio de matemáticas: tantos pasos en un sentido, reverencia y reverencia, punta de los pies. Una vez que memorizas el patrón, es lo mismo una y otra vez. Empezaremos con el minué; es en tres cuartos.

—Me siento tonta. —Los dedos de Charlie hormigueaban donde Bruce los agarraba firmemente con los suyos y su corazón latía mucho más deprisa de lo normal. ¿Por qué me siento como una niña de catorce años? Se obligó a seguir sus indicaciones en voz baja.

—Relájate —le ordenó—. Haz como si fueras a caballo. Allí no tendrás problemas. —Bruce le puso la mano en la cintura y posicionó su cuerpo—. Ponte así, con la barbilla alta y sonríe: esto no es un ahorcamiento.

¿Podía sentirla temblar? De pronto sintió calor en la gélida habitación mientras oleadas de emoción la recorrían. No soy mejor que una yegua en celo, se castigó Charlie. Sus pies dejaron de moverse y se soltó.

—¿Tienes que sujetarme tan fuerte? No he visto compañeros tan cerca en un minué.

—San Esteban dame paciencia —murmuró Bruce—. Durante el baile propiamente dicho, mi mano no estaría en tu cintura. Debo dirigir para enseñarte los pasos. ¿Cómo puedo guiar si tú no me sigues? —Le agarró la mano—. Paso. Paso. Ahora, equilibrio, reverencia... Apunta con el dedo del pie. Su dedo del pie, no el… —Bruce mordió una maldición—. Las botas de montar no son para bailar. Debes tener zapatillas. Cámbiate u olvídate de todo.

Con un mohín fingido, Charlie salió de la habitación y corrió escaleras arriba a rebuscar en el baúl de cerezas de su bisabuela un par de zapatillas de baile. La primera que desenterró era de

satén rojo y pertenecía a Milicent. Se las echó al hombro; no había podido calzarse las zapatillas de su madre desde que tenía once años. Los pies de Milicent eran tan pequeños que incluso sus botas de montar probablemente eran adecuadas para bailar.

—¿Qué está buscando? —Beth llamó desde el vestíbulo.

—Mis viejas zapatillas, las negras de piel de cabritilla.

—Las tiro el año pasado —le dijo Beth—. Sus pares buenos son todos...

—No quiero mis buenos. Sólo necesito algo para… ¡Aquí! Este debería servir. —Charlie se encaramó al borde de la cama y se quitó las botas de cuero, luego las sustituyó por un par de zapatillas verde oliva desgastadas.

—Ése es el par que deberíamos haber tirado, señorita —dijo Beth. Se apoyó en la jamba de la puerta y se rascó la cabeza—. Algo hice — admitió—. No fue culpa mía. Simplemente ocurrió.

Charlie metió las botas debajo de la cama alta.

—¿Qué no fue culpa suya?

—Esa cosa como que se cayó.

—¿Qué cosa?

—En su habitación. Esa cosa sobre la que se colocan sus jarras. —Beth levantó una mano —. No me acerqué a ella, lo juro por Dios, señorita Charlie. Sólo estaba persiguiendo al gato y la maldita cosa empezó a temblar y se cayó. ¿Esa habitación está embrujada?

—La puerta del amo Keegan se mantiene cerrada. ¿Cómo entró el gato para que lo persiguieras?

—Oí un ruido. Un ruidito muy gracioso. Ben dijo que había fantasmas en esa habitación, que solía ser la habitación de su abuela y que murió allí.

—Continúa, Beth —insistió Charlie, intentando mantener la cara seria—. ¿Oíste un ruido?

—Sí, lo oí. Oí un crujido y bajé al gran salón donde usted estaba haciendo algo con el amo Keegan.

—Estaba bailando.

—Bailando con su brazo alrededor suyo y sin violinista.

Charlie miró amenazadoramente a Beth y dio un paso en su dirección.

—¡Sabías que el amo Keegan no estaba en su habitación, así que abriste la puerta y esa vieja gata entró!

—Supuse que era mejor atraparla por lo mucho que él odia a los gatos en su habitación. Así que… —Hizo una pausa para respirar—Simplemente me lancé a por ella y bang, cayó esa cosa. No moví la sábana. Sólo cogí el gato y corrí a decírselo. —Beth se quedó mirando el charco de luz de las velas en el suelo y dibujó un pequeño círculo con el dedo del pie—. Se va a enfadar.

Charlie se encogió de hombros-

—No se lo digas al amo Keegan. Pero… —Su voz bajó hasta casi un susurro—. Yo que tú no entraría más ahí. Ni siquiera abriría la puerta. Los fantasmas no pueden salir de una habitación en la que murieron. Si no entras no puede perseguirte.

—¿No puede?

Charlie negó lentamente con la cabeza.

—Te arriesgaste mucho cuando abriste esa puerta. Fuiste valiente, pero… una persona Oí hablar de una chica una vez...

—¿Qué? —Los ojos de Beth se agrandaron en su rostro pálido.

—No importa. No quiera saberlo. —Charlie fingió un escalofrío—. Pero tuvieron que

enterrarla en una caja cerrada.

—¡Señorita Palmer!

El grito de Bruce desde el fondo de la escalera recordó a Charlie las clases de baile.

—Vamos. —Ella hizo un gesto de impaciencia—. No le diré nada al señoro Keegan de tú intrusión. Pero a menos que quieras algo sobrenatural arrastrándote por su garganta por la noche, yo me mantendría alejada de esa habitación encantada.

—¿Vamos a hacer esto o no? —Bruce exigió.

—Ya voy.

Capítulo 9

24 de diciembre de 1743

Bruce estaba de pie junto a la ventana del gran salón de Canterbury, contemplando la nieve que caía suavemente. A lo lejos, más allá de los grandes robles que rodeaban la casa solariega, podía ver el resplandor de las luces de las cabañas de los trabajadores. Es sólo una corta distancia, pensó, entre la mansión de Hopkins y las cabañas de los sirvientes, y sin embargo son océanos aparte.

Charlie le había contado que su anfitrión, Martin Hopkins, había llegado a las Colonias como ladrón de caballos convicto. En Escocia, un hombre así, con la suerte de escapar de la horca, llevaría el estigma de la prisión durante el resto de su vida. ¿Qué había aquí, en esta nueva tierra, que hiciera irrelevante el pasado de un hombre?

¿Cómo podía un convicto ascender en la sociedad hasta ser el amo de una finca tan vasta y ganarse el respeto de los hombres importantes de la colonia?

—¡Señor Keegan! —Martin Hopkins se abrió paso a través de la abarrotada sala hacia Bruce—. ¿No se unirá al baile? —Hizo un gesto a una criada—. Annie, una copa para nuestro nuevo vecino.

Bruce aceptó la rebosante copa de ponche, ofreció a la muchacha de mejillas rojas un gesto de agradecimiento y se inclinó cerca de Hopkins para oírle por encima de la música.

—Un tiempo impropio de la estación, ¿no le parece? No se ve mucha nieve en Virginia, ¿verdad? —Hopkins era un hombre alto y corpulento, de ojos pálidos y rostro picado—. En febrero y marzo es cuando suele nevar. Sacar los trineos en diciembre no es natural. Claro que a los jóvenes les gusta.

—Sí, a mí también me resultó bastante agradable —dijo Bruce. Había cabalgado con Charlie y su chófer hasta Canterbury en un trineo de dos caballos. Había nevado hacía dos días, y esa nevada había proporcionado una costra dura para la nieve de hoy, haciendo una superficie perfecta para los corredores de trineo.

—Me preguntaba si el tiempo causaría problemas a su reunión.

Hopkins se rió.

—No es probable. He visto a gente de la Costa Este ir a una boda en medio de un huracán. No se perderían el baile y la buena comida a menos que los franceses estuvieran marchando sobre Chestertown... ¡Y puede que entonces lo hicieran! —Le dio una palmada en la espalda a Bruce—. No sé cómo llego aquí Charlie, pero estoy contento de que lo hiciera. La chica es un poco rara, pero viene de buena cepa. No había mejor vecino que el viejo Charles Palmer.

Bruce no perdía de vista a Charlie mientras escuchaba a medias la charla de Hopkins. Ella había estado extrañamente silenciosa durante el viaje, le había presentado a su anfitrión y a algunos otros hombres y mujeres, y luego se había esfumado. Él la había buscado en vano entre las bailarinas. Había mujeres de todas las edades, desde abuelas de pelo blanco hasta niñas pequeñas. A ninguna parecía faltarle pareja de baile.

Hopkins le dio un codazo.

—Sí, señor —aceptó Bruce y esperó no haber consentido en casarse con la hogareña hija de aquel hombre. ¿Dónde demonios estaba Charlie?

Hopkins movió la cabeza de arriba abajo y se terminó otra copa.

—Tiene razón, escocés. Si pudiéramos comerciar libremente con los holandeses, el precio no tardaría en subir en Londres; puede apostar su alma a ello. —Saludó a un caballero calvo—. ¡Nathaniel! Ven a conocer al nuevo capataz de la señorita Palmer. Sajón, Nathaniel Godwin. Nathaniel procede de los condados bajos del Delaware.

El hombre ofreció su mano y Bruce la estrechó. Nathaniel Godwin se identificó como plantador y constructor de barcos. En pocos minutos, Godwin y Hopkins se enzarzaron en una discusión amistosa sobre los méritos del cultivo del trigo frente al del tabaco. Bruce empezaba a preguntarse qué excusa podría dar para ir en busca de Charlie cuando ésta se acercó por detrás y tiró de su manga.

—Caballeros. —Sonrió a su anfitrión—. Si me permiten al señorito Keegan un momento, hay alguien que me gustaría que conociera.

Bruce se volvió hacia Charlie con alivio.

—Ama.

Sus ojos oscuros se encontraron con los suyos y un temblor de deseo lo recorrió. Había bebido varias tazas del fuerte ponche y un vaso de vino, pero el creciente calor bajo su piel no procedía de la bebida.

Charlie le cogió de la mano y le condujo a través de la habitación hasta el vestíbulo. Se detuvo en un círculo de luz de velas y lo miró. Por un instante, él captó un destello de picardía en su mirada.

—Señor Keegan —dijo ella formalmente—, ésta es la joven de la que tanto le hablé: la señorita Honor Horsey.

Bruce murmuró algo y ofreció una leve reverencia a la sonrojada niña que salió de las sombras, pero su atención permaneció claramente fijada en la curva de la cremosa garganta de Charlie por encima del escote cuadrado de su magnífico vestido de terciopelo verde bosque.

—Éste es el primer baile de la señorita Horsey —murmuró Charlie.

El dolor de piernas se extendió cuando Bruce dejó que sus ojos recorrieran con descaro el exuberante pecho de Charlie y su pulcra cintura por encima de la falda con enagua de seda verde con aros. Le pregunté si tenía algo adecuado que ponerse, pensó. El vestido verde de Charlie serviría para la corte del mismísimo rey Jorge... El vestido y la mujer que lo llevaba. ¿De dónde, en nombre de todo lo sagrado, lo había sacado? No era un vestido prestado, eso apostaría él. Había sido confeccionado para ella, hecho a la medida de cada línea y curva. Sintió la boca repentinamente seca y la cabeza como si hubiera estado bebiendo cerveza de cebada en lugar de ponche.

—¿Me haría el honor de este baile, señorita Palmer? —preguntó bruscamente—. Si nos disculpa, señorita Horsey. —Sin esperar su respuesta, cogió a Charlie de la mano y tiró de ella hacia la pista donde las parejas hacían cola para una danza de Sire Roger de Coverley[5].

—¿Esa niña es la que quieres que corteje? —preguntó roncamente—. No puede tener más de doce años.

—Shhh. —Charlie sonrió a Martin Hopkins y a su esposa—. La señorita Horsey es todo lo que te he dicho —susurró—. Tiene catorce años, es heredera y libre para contraer matrimonio.

—¿Con la leche materna aún en los labios? —susurró Bruce.

El baile los separó, luego los volvió a unir cuando Bruce la hizo girar.

—Pensé que no sabías bailar —acusó—. Esta no la hemos practicado.

Charlie se rió y el color subió a sus mejillas.

—Esto es diferente. Es una danza campestre. —Las manos de Bruce eran fuertes y cálidas en su espalda, tan cálidas que parecían quemar a través de su vestido cuando la tocaba. De repente se dio cuenta de que se lo estaba pasando de maravilla. ¿Era su imaginación o las otras parejas le sonreían con auténtico afecto?

—No mientes, pero le das a la verdad tú propio estilo —susurró Bruce mientras la guiaba por los escalones. Dios, pero es una belleza poco común, pensó.

La música alta, las risas de la multitud reunida, se desvanecieron mientras Bruce luchaba contra un deseo creciente. ¿Se burlaba la muchacha de él con sus miradas provocativas... ¿Con su boca madura y risueña? Usted es su capataz, nada más, gritó su voz de la razón. ¿No lo ha dejado claro? No sería la primera señora que se entretiene con un hombre contratado, si es que se entretiene. El sentido común le decía que la olvidara y buscara un objetivo más adecuado para su creciente necesidad, pero era a Charlie a quien quería, a Charlie a quien debía tener.

El baile terminó entre risas y aplausos atronadores. La señorita Hopkins se dirigió al centro de la sala y aplaudió.

—Vengan todos a comer —gritó—. Compartan nuestra generosidad navideña y bienvenidos.

Los sirvientes abrieron las puertas dobles a un comedor festivamente engalanado con fragantes ramas de cedro, acebo, pino y muérdago. Bruce quedó asombrado ante la generosidad que se extendía ante ellos: carne y jamón asados, pato salvaje y ganso asado, venado, cochinillo y todo tipo de mariscos. Brillantes poncheras de plata sostenían ponche de huevo y humeante wassail. Los sirvientes llevaban bandejas de galletas calientes para añadir a la profusa variedad de verduras y pasteles, tartas, gelatinas y natillas. Las desbordantes mesas habían sido apartadas contra las paredes y la sala brillaba con la luz de docenas de velas de bayas de laurel de dulce aroma.

—Aquí debería haber comida suficiente para saciarte —susurró Charlie—. Y te prometo que Beth no ha cocinado ni un solo plato.

—¡Vengan! Sírvanse, sírvanse —insistió la ama Hopkins—. Por favor, tomen un plato. —Ansiosos, los invitados empezaron a formar filas para probar la comida de delicioso olor.

Una bonita mujer rubia dio unos golpecitos en el brazo de Bruce con su abanico plegado.

—Buenas noches, señor —ceceó—, usted debe de ser Bruce Keegan. Yo soy Thible Hopkins. —Ella golpeó Bruce de nuevo con el abanico—. Es agradable tenerlo aquí con nosotros. Debe ser aburrido para usted estar en La propiedad Palmer.

Charlie puso los ojos en blanco mientras Sibyl seguía parloteando. Normalmente Sibyl Hopkins la evitaba como si tuviera la peste. Sin duda, la muy tonta pretendía añadir a Bruce a su lista de devotos admiradores. Charlie estaba a punto de apartar a Bruce a la fuerza cuando el padre de Sibyl acudió en su rescate.

—¡Keegan, ahí está! Ha conocido a mi pequeña Sibyl, ¿verdad? — Las mejillas de Hopkins habían adquirido un color puce y sus ojos centelleaban de buen humor—. Tengo algo en la sala de música para quitarle el frío, si le apetece.

—No rechazaría ni una gota, señor —respondió Bruce agradecido. No estaba seguro de lo que le haría a la señorita Hopkins si le golpeaba una vez más con ese maldito abanico.

—Siendo Nochebuena, —comentó Hopkins—. No le negará a su capataz una copa de buen whisky escocés por Navidad, ¿verdad, Charlie?

—Lo haría —respondió ella con acritud—. ¿A menos que estuviera planeando ofrecerme un vaso a mí también? —Le guiñó un ojo a Martin.

—¡Dios Santo! —Sibyl jadeó.

—¡Atchh, Charlie, es un caso! —Hopkins empezó a reírse y la cogió del brazo con un gran gesto—. Tu abuelo te ha arruinado. Nunca encontrarás marido, de eso estoy seguro. —Sacudió la cabeza—. ¿Qué diría la señora si ofreciera whisky escocés a una dama bajo su techo?

—Nada, si no se lo dice —respondió Charlie. Le guiñó un ojo a Sibyl—. No querrás meter a tu padre en problemas, ¿verdad, Sibyl?

La chica resopló.

—Bueno, yo...

—Si lo hace, le contaré lo tuyo con el hijo del ministro en Chestertown.

—¿Qué es esto? —preguntó Hopkins—. Charlie Palmer, ¡es mentira! Yo nunca...

Charlie se rió.

—Claro que no lo hizo, pero ¿tu madre se lo creería?

—¡Oh, oh! —La boca de Sibyl se frunció y sus ojos empezaron a humedecerse—. Eres horrible, simplemente horrible. —Levantando las manos, se dio la vuelta y huyó tan rápido como se lo permitieron sus amplias faldas.

—¿Qué es eso del hijo del ministro? —repitió Hopkins.

—Conoce a Sibyl mejor que eso, Martin —le aseguró Charlie—. Sólo estaba tomándole el pelo.

—Hmmmp —gruñó Hopkins. Lentamente empezó a sonreír—. Pero ella no contará lo de la bebida, ¿verdad?

—No, no lo hará —asintió Charlie.

Riendo, los tres abandonaron la abarrotada sala y bajaron por un pasillo hasta una pequeña habitación. Allí estaban sentados dos caballeros, que se levantaron para saludar a Charlie, a su anfitrión y a nuevo capataz de Charlie. Jovialmente, Hopkins sirvió generosas raciones de whisky escocés de una jarra de cristal tallado que había sobre un aparador.

Para sorpresa de Bruce, los hombres no mostraron desagrado alguno cuando Charlie se unió a su embriaguez y conversación.

Le incluyeron con naturalidad y le hicieron preguntas sobre los métodos de plantación en la colonia de Virginia. Tras varias copas alrededor, Charlie sugirió que volvieran para cenar.

—Al señor Keegan le gusta mucho comer —bromeó—. Le he dado una mala impresión de la cocina de Tidewater, y me gustaría que viera lo que la señorita Hopkins puede ofrecerle.

Los caballeros se echaron a reír, y uno de ellos dijo:

—La última vez que comí en La propiedad Palmer, me fui directo a casa y besé a mi mujer y a mi cocinero, ¡y tiene cincuenta años!

Charlie y Bruce salieron al vestíbulo y Charlie le cogió del brazo.

—Antes de que volvamos —dijo suavemente—, hay algo que he estado deseando hacer. —Temblorosa, tiró de su mano hasta que llegaron a un lugar bajo una bola de muérdago. Miró hacia arriba y hacia abajo por el sombrío pasillo para asegurarse de que estaban solos. Luego le rodeó el cuello con los brazos y tiró de su cabeza hacia abajo para rozar sus labios con los de ella —. Feliz Navidad, Bruce — susurró sin aliento.

Por un instante él vaciló, luego le devolvió el beso, envolviéndola en sus brazos y levantándola hasta que sólo los dedos de los pies tocaron el suelo. Sus labios estaban duros contra los suyos, y ella sintió que su pulso se aceleraba mientras el dulce deseo se derramaba por sus venas. Cuando él la soltó, ella retrocedió, incapaz de hablar, con la mente nublada por el fuerte whisky escocés y el estímulo aún más fuerte de aquel hombre.

—Qué comportamiento más atrevido —declaró él y luego se echó a reír—. ¿Un beso de Navidad? —preguntó—. En Escocia, eso no se consideraría un beso decente. —Extendió la mano—. Ven y te...

Se separaron de un salto cuando la puerta de la sala de música se abrió y Martin Hopkins salió al pasillo.

—¿Por qué os quedáis ahí? —preguntó— Aún no habéis probado bocado. Vengan, rápido, antes de que empiece de nuevo el baile.

—Sí —respondió Bruce—. Tengo un hueco dentro de mí que necesita llenarse. —Cogió a Charlie del brazo—. Más tarde, muchacha —murmuró—, tendré ese beso de Navidad.

Como Hopkins había prometido, los músicos empezaron a tocar en cuanto hubieron

comido. Bruce condujo a Charlie a una danza campestre y luego a un minué. Martin Hopkins la sacó a bailar y luego volvió a bailar con Bruce. Hubo juegos, y cantos, y aún más juegos. Y cada vez que Bruce le tocaba la mano, Charlie se embargaba de la misma alegría sin aliento.

Era mucho más de medianoche cuando los invitados empezaron a pedir caballos y trineos. Seguía nevando y el aire era frío y fresco.

Hombres y mujeres intercambiaban buenos deseos, abrazos y apretones de manos mientras sirvientes se apresuraban a buscar capas y mitones y a traer mantas de la cocina donde se habían estado calentando ante la chimenea.

Bruce envió a un muchacho a los establos en busca del trineo de Charlie y, cuando éste no llegó, se puso su pesado abrigo y caminó él mismo por la nieve que caía hasta el granero. Los grises emparejados, atados a un poste, estaban comiendo heno; el trineo estaba debidamente cubierto para evitar que se llenara de nieve, pero el conductor no aparecía por ninguna parte. Tras unos minutos de búsqueda infructuosa, Bruce y el mozo enjaezaron los caballos y los engancharon al trineo.

—Apuesto a que está borracho en alguna parte —juró Bruce—. Cuando lo veas, dile que tengo asuntos pendientes con él en casa.

Bruce se subió al asiento acolchado y tomó las riendas de cuero en sus manos, chasqueando a los animales. ¿Pondrá en peligro la reputación de Charlie que su capataz la lleve a casa a altas horas de la noche? se preguntó. Si así fuera, no conocía otra alternativa, salvo pedir prestado un cochero o una criada al amo Hopkins. Y sería una mala suerte para la sirvienta reclutada que la sacaran de casa para un paseo frío en Nochebuena.

Charlie se rió de la sugerencia mientras se colocaba la capucha ribeteada de piel sobre la cabeza.

—Como puede atestiguar señorita Hopkins —dijo—, no tengo reputación entre las damas de Chestertown, así que obviamente no tengo nada que perder.

—Qué manera de hablar —reprendió la señorita Hopkins—. Puedo enviar a Grace con usted para que le haga compañía. La chica puede pasar la noche y volver por la mañana.

La negra miró al suelo, un gesto que no pasó desapercibido para Charlie.

—Estaremos a salvo. Le agradezco su preocupación y Feliz Navidad a todos —dijo sinceramente—. Al menos no temeremos a los piratas esta noche.

—Yo diría que no les temen ni esta noche ni ninguna otra —dijo una mujer elegantemente vestida—. Mi John dice que la suerte de los Palmer huele a brujería.

Charlie sonrió dulcemente a la mujer delgada como un rayo.

—Me alegro de corazón, señora Anne, porque significa que a John se le permite opinar en casa. Temía lo contrario, ya que usted vigila tan de cerca su discurso en público.

—Ahora, Anne, Charlie —La señorita Hopkins se interpuso entre ellos y empujó a Charlie hacia la puerta—. Todos estamos cansados de la celebración. No digamos cosas que no queremos decir.

—¿Por qué los barcos de su abuelo nunca fueron molestados por piratas? ¿O su casa de premios y su ganado? Él estaba aliado con ellos, digo yo. Y ella podría estarlo también, intercambiando sus favores por.. .—La diatriba de la señorita Anne fue interrumpida por un empujón de la señorita Hopkins.

—Buenas noches y Feliz Navidad. Buen viaje —llamó su anfitriona.

La mano de Bruce se apretó al brazo de Charlie y su brazo izquierdo rodeó su cintura.

—Cuidado con la entrada, señorita Palmer —dijo—. Está resbaladizo.

—Gracias— dijo Charlie mientras él la guiaba por los escalones y la subía fácilmente al trineo.

Una criada le puso una piel de oso alrededor del regazo y le entregó otra manta de lana

gruesa.

—Hay ladrillos calientes bajo sus pies, señorita, y una botella de sidra de manzana caliente. —Se inclinó cerca para susurrar—. Gracias por no necesitarme esta noche. Ahora puedo estar con mis hijos.

—Feliz Navidad —le dijo Charlie. Saludó a Martin Hopkins y a su hija en el escalón—. Feliz Navidad a todos.

Bruce pasó las riendas sobre el lomo de los grises y se alejó de las luces de la casa solariega adentrándose en la fría noche.

—¿No puedes cuidar tus modales, muchacha? —exigió, cuando estuvieron fuera del alcance del oído de su anfitrión—. Un minuto más y habríais estado gritándoos como arpías. No es forma de actuar para una dama, no importa la provocación.

—Otro minuto y la señorita Anne habría lucido un ojo morado.

—No es un día para albergar mala voluntad con tus vecinos.

Una opción de respuesta surgió en los labios de Charlie, pero se la mordió. Respiró profundamente el aire frío y limpio y se abrigó con la gruesa piel de oso. Bruce tenía razón. Se lo había pasado de maravilla y era una noche demasiado hermosa para dejar que Anne Moore se la arruinara. Extendió una mano enguantada para dejar que los arremolinados copos de nieve cristalina se posaran en ella. Una burbuja de felicidad brilló en lo más profundo de su ser. Había bailado y bailado, la habían besado y se había sentido parte de la celebración como nunca antes lo había hecho. Levantó la mano derecha para lamer un copo de nieve y movió las zapatillas hasta que se apoyaron en los cálidos ladrillos.

—Así está mejor —dijo Bruce—. Eres una buena muchacha cuando tienes los labios sellados. Bonita como un campo de brezo en primavera.

Para asombro de Charlie, empezó a cantar la letra de un villancico francés con una voz rica

y profunda. Arrullada por el calor, el canto y el tintineo de las campanillas del arnés, Charlie se sumió en un sueño lleno de ensueño.

Capítulo 10

Una repentina sacudida arrancó a Charlie de su sueño. Fue vagamente consciente del grito de advertencia de Bruce y del frenético relincho de un caballo, luego salió dando tumbos de su cálido nido de pieles y fue arrojada bruscamente a la nieve. Durante largos segundos permaneció allí aturdida, sin aliento. Con cautela movió los brazos y las piernas. No parecía tener nada roto, pero estaba inmovilizada en el suelo por un gran peso que la oprimía la espalda.

—¡Charlie! —Bruce llamó desde la oscuridad—. ¿Estás herida?

—Yo… Creo que estoy bien —se las arregló—. ¿Qué pasó?

—Golpeamos algo en la nieve y el trineo se volcó. —La voz ansiosa de Bruce llegó desde sólo unos pocos metros de distancia—. Creo que puedo volver atrás, pero no hasta que consiga desenganchar a los caballos. Sólo tardaré uno o dos minutos.

—¡Espera! —llamó ella. La nieve fría contra su cara y su cuello había despejado su cerebro del shock—. Creo que tal vez pueda… — Una mano firme tanteó en la oscuridad y le tocó la cabeza. Ella movió un brazo libre para agarrar los fuertes dedos—. Si puedes levantarla un poco, creo que...

—No. —El calor de su mano la tranquilizó—. Los caballos podrían asustarse y arrastrar el trineo sobre nosotros. Confía en mí, muchacha. No te fallaré.

Ahogando la espiral de miedo helado en la boca del estómago, Charlie soltó la mano de

Bruce.

—Pero no te lleves toda la noche —dijo con fingida bravuconería—. He dormido en camas más calientes.

—Sí, me atrevería a decir que sí. —Su voz profunda estaba más lejos ahora.

Charlie podía oír las palabras tranquilizadoras de Bruce a los animales resoplando, divagando de vez en cuando en su gaélico nativo mientras los desenganchaba.

—Whoa, muchacho. Despacio... Eso es. Bien y fácil.

Se oyó un tintineo de arreos y cascabeles mientras Bruce se llevaba a los caballos de uno en uno. Charlie volvió la cabeza hacia un lado y escarbó la nieve con la mano libre. Le empezaban a castañear los dientes; ni siquiera la gruesa capa podía calmar los escalofríos de su cuerpo helado. Deprisa, instó en silencio. Lo peor era estar atrapada. El frío ella podía soportarlo. Si se hubiera quedado sola con el trineo volcado... Si el trineo le hubiera roto la espalda... Ella apartó los pensamientos aterradores de su cabeza. Si hubiera estado sola, habría hecho todo lo posible por salir. Ahora debía confiar en Bruce.

Suaves pisadas en la nieve le dijeron que había vuelto.

—Te liberaré en un santiamén, muchacha —prometió. Se paró a pocos metros de su cabeza —. Ahora levantaré el trineo y saldrás corriendo. ¿Puedes hacerlo?

—Deja de hablar y quítame esta cosa de encima —exigió Charlie.

El peso sobre ella se estremeció y luego se aflojó. El gruñido de esfuerzo de Bruce señaló la mancha de luz ahora visible bajo el borde del trineo. Charlie salió de debajo y rodó libre mientras Bruce bajaba el trineo volcado al suelo.

Unos brazos fuertes la ayudaron a ponerse en pie y empezaron a quitarle la nieve de la cara y el cuello.

—¿Estás segura de que no estás herida, muchacha?

Lágrimas de frío se derramaron por sus mejillas.

—Estoy bien —insistió, medio riendo y medio llorando de alivio—. Sólo muerta de frío.

—¿Estás lo suficientemente bien como para ayudarme a enderezar el trineo? Si podemos volver a meterte en él y bajo la piel de oso, te calentarías enseguida. Me temo que la corredera izquierda se partió cuando volcamos.

—Deberíamos haber traído a la criada. —A Charlie le castañeteaban los dientes de frío.

Bruce frunció el ceño.

—Es un momento extraño para preocuparse por tú reputación. Podrían haberte matado.

Sacudió la cabeza, rodeándose con los brazos y dando un pisotón.

—No estaba pensando en eso. Estaba deseando un par de brazos extra para ayudarnos a girar el trineo.

—Lo intentaremos —Le puso una mano enguantada en el hombro—. No te preocupes. Si es demasiado pesado, puedo usar el equipo para enderezarlo. Sería más rápido si pudiéramos hacerlo nosotros mismos.

El trineo giró sobre sus ruedas al segundo intento. Bruce recogió la nieve suelta y sacudió la piel de oso.

—Entra —dijo, ayudando a Charlie a sentarse en el amplio asiento acolchado y envolviéndola en la parte de piel de la túnica. Con ternura le subió la capucha por el pelo y la cubrió con la manta de lana—. Esas zapatillas no fueron hechas para la nieve. —Se sentó en el asiento enfrentado y se quitó los guantes, luego metió la mano bajo el vestido para coger uno de sus pies helados y empezó a frotarlo enérgicamente.

—Supongo que debería haberme puesto mis botas de montar —se burló—. Ni siquiera se

habrían visto bajo el vestido. —El entumecimiento de su pie se estaba convirtiendo en dolores punzantes—. Lo haces como si tuvieras experiencia.

—Sí, las Tierras Altas son frías en invierno.

—Y sin duda has rescatado a docenas de doncellas en apuros. — La conmoción del accidente había dejado a Charlie con una sensibilidad exacerbada, ya que el miedo que había sentido antes se había transformado en excitación. Los sonidos y los olores parecían magnificados, y la cercanía de Bruce, su tacto, la estremecían. Las caricias constantes eran a la vez tranquilizadoras e inquietantes. Inconscientemente, sus ojos se abrieron de par en par al contemplarle en el crepúsculo; la nieve que caía suavemente espolvoreaba su pelo oscuro y su barba con una escarcha de blanco, perfilaban su forma robusta con una luz tenuemente luminiscente.

—Docenas —convino—. Pero ninguna tan desagradecida. —Se rió profundamente y le alcanzó el otro pie—. Te salvo de una tumba helada y mi recompensa no es más que una lengua descarada.

—¿Preferirías a la melos Sibyl Hopkins? — Charlie ladeó la cabeza y agitó las pestañas en exagerada burla—. Querido Bruce Keegan —arrulló—. Qué maravilloso es tener como vecino a un caballero como usted. Todos nos sentiremos más seguros, sabiendo que La propiedad Palmer está de nuevo en las capaces manos de un hombre del pueblo.

—No me había dado cuenta de que el ceceo de la señorita Hopkins era tan pronunciado.

—¿Te fijaste en sus rasgos impecables? ¿El cabello dorado? ¿Los ojos tan azules como huevos de petirrojo?

—Si no te conociera, diría que tienes celos.

—¿Celosa? ¿Y de qué, por favor, dime? ¿Su habilidad para hacer conservas de mora o golpear una olla blanca? —Charlie se burló—. No sabe montar a caballo, ni disparar, ni contar

más allá de once. El único libro que puede leer es la Biblia, y eso es porque ha memorizado los Salmos.

—Celosa como un gato —murmuró Bruce—. Muchacha, nunca dejas de sorprenderme. —Se rió entre dientes—. En realidad, si hubiera sabido que la señorita Sibyl era conocida por su forma de cocinar, le habría pedido unas cuantas recetas. Yo mismo sé algunas bastante buenas y...

—¡Maldita sean tus recetas! —Charlie le quitó la mano de su pie—. ¿Tienes que estar siempre parloteando sobre ellas? No es de hombres.

—¿No es de hombres saborear una buena comida? —La miró fijamente como si fuera lerda—. Nunca pensé que hablar de la comida de una d…

—¡Basta! —gritó Charlie—. ¿Qué vas a hacer para llevarnos a casa? ¿Vamos a quedarnos aquí sentados en este trineo hasta que nos congelemos? —Exhaló ruidosamente—. Si no estuviera vestida con esto—. Señaló hacia el vestido de terciopelo bajo el manto de piel—, podríamos simplemente montar en los caballos hasta casa.

—Sí. —Bruce se puso sobrio—. Lo que dices es cierto. —Pensó un momento y luego se puso en pie—. Te encenderé un fuego para alejar a los lobos y te dejaré mi pistola. Si me llevo los dos caballos, estarás suficientemente a salvo hasta que regrese con ropa adecuada para nosotros. A menos, claro, que prefieras que te lleve delante de mí en el caballo.

—No. Hace demasiado frío para eso —protestó ella—. Con este vestido, me congelaría antes de recorrer tres kilómetros. ¿Estás seguro de que puedes encontrar el camino en la oscuridad? El sendero está cubierto de nieve y no se ve dónde están marcados los árboles. —Estoy poniendo excusas, pensó. No quiero que se vaya. Quiero que se quede aquí conmigo.

—Sí, encontraré La propiedad Palmer. Tengo un sentido de la orientación inquebrantable. Nunca me falla. —Sonrió y tanteó dentro de su capa—. Además —Sacó un maletín de metal—, nunca voy a ninguna parte sin mi brújula.

Charlie se mordisqueó el labio inferior. Él iría en busca de ayuda y ella se quedaría sola aquí, en la oscuridad. Un hilo de frío miedo la recorrió.

—No podrás encender un fuego —dijo—. La nieve habrá dejado la madera húmeda. Es mejor que esperes hasta el amanecer y luego cabalgues hacia la plantación. No pueden faltar tantas horas para que amanezca.

Bruce vaciló. Había querido estar a solas con ella toda la noche. Si cabalgaban hasta la casa solariega, los criados estarían allí, y la magia que habían conocido antes se desvanecería. Se frotó la barbilla.

—Eso tiene sentido. —Antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo, se movió hacia su lado del trineo, le quitó la piel de oso y la manta, y se deslizó junto a ella.

—¿Qué haces...? —Sus protestas se vieron cortadas por la sorpresa de su brazo rodeándole el hombro. —No puedes… —El toque de Bruce trajo de vuelta las sensaciones incómodas—. No creo que…

—¿Crees que soy un completo tonto, muchacha? —preguntó—. ¿Para sentarme allí y congelarme cuando tú estás calentita bajo las mantas? —Le acercó los labios a la oreja—. Recuerda que fue idea tuya que me quedara. No puedes esperar que dé mi vida sin motivo.

La longitud de su cuerpo apretado contra ella calentó a Charlie como nunca podrían hacerlo las pieles. El calor se instaló en sus pechos y estómago, provocando un intenso temblor y una creciente necesidad en su interior. Su respiración se aceleró y su corazón empezó a latir tan fuerte que estaba segura de que el hombre que estaba a su lado debía oírlo.

—Atchh, muchachita, estás temblando —murmuró Bruce. Su mano se movió bajo la capa de ella para palpar el dobladillo de su falda—. No me extraña. Tu vestido está empapado. ¿Por qué no lo has dicho? —Sus dedos escrutadores le tocaron la rodilla y Charlie dio un respingo cuando un fuego líquido pareció subirle por la pierna y el muslo para fundirse con el ardiente dolor del centro de su ser.

Volvió la cara hacia arriba hasta que pudo sentir el calor de su aliento contra sus labios.

—Bruce —susurró.

—Sí, muchacha.

Ella no pasó por alto la falta de aliento en el profundo eructo. Charlie parpadeó para disimular la humedad que nublaba sus ojos mientras deslizaba un brazo por detrás de su cuello.

—Quiero que me beses.

—¿Estás segura? —preguntó él con voz ronca.

Ella se estiró hacia él y sus labios se encontraron en una suave caricia que rápidamente se convirtió en una de ardiente pasión. Charlie se aferró a él mientras las brasas humeantes que había guardado durante tanto tiempo ardían sin control.

Bruce gimió en lo más profundo de su garganta y dio un largo y estremecedor suspiro.

—Ah, muchachita… He querido besarte así... Tocarte… —Tiernamente, le cogió la cara entre las palmas de las manos y le besó las comisuras de la boca y el tembloroso labio inferior—. Eres tan dulce —respiró—. Tan dulce... —La punta de su lengua separó los labios de ella, enviando oleadas de sensaciones agitadas a través de sus venas.

Instintivamente, Charlie amoldó su cuerpo al de él, abriendo la boca para recibir el terciopelo meloso de su lengua penetrante. Enredó los dedos en su pelo, deseando sólo estar más cerca, deseando que el sabor y el olor de él enfriaran este ardor en sus venas.

—Muchacha… Muchacha —murmuró él, mirarla fijamente a los ojos—. No habrá quien nos pare si nosotros...

Charlie detuvo sus protestas con un beso, dejando que sus dedos se deslizaran por la nuca de él para acercarlo aún más.

—Calla —pidió ella—. Calla.

Con un grito la empujó suavemente hacia atrás contra el asiento, separando la capa de lana para acariciarle el cuello y los hombros y luego rozar la parte superior de un pecho dolorido. Charlie gimió de placer cuando él trazó un camino de ardientes besos por su cuello hasta burlarse de la hendidura entre sus pechos. Ella se levantó a medias, ayudándole a apartar la manta. La piel de oso cayó, pero ella no sintió el frío.

—*Ulaidh…* —susurró Bruce mientras tanteaba los lazos de su vestido.

Tembloroso, liberó un pecho y besó el pezón hinchado por el amor, luego lo tomó entre los labios y succionó suavemente. Charlie se estremeció bajo él, incitándole con pequeños gritos de alegría.

—Querida... Querida.

Su respiración llegaba en jadeos entrecortados. Ella deseaba su tacto... Lo necesitaba... Necesitaba tocarlo.

—Bruce —susurró—. Ámame, Bruce. Por favor... Ámame.

Ella fue vagamente consciente cuando él se deslizó fuera de su vestido y luego su turno. Rápidamente se despojó de su propia ropa, la atrajo hacia su regazo y los envolvió a ambos en la cálida oscuridad bajo la piel de oso.

Ella enterró la cara en su pecho y Bruce le inclinó la barbilla y la besó por completo en los labios, luego le acarició con el hocico un pecho lleno.

—Estás hecha para el amor, muchacha —murmuró suavemente.

El suave tirón de su pezón provocó una exquisita humedad entre sus muslos, y su mano se deslizó hacia abajo para trazar los duros músculos del estómago y la cadera de Bruce. Su mano capturó la de ella y la movió más abajo. Charlie jadeó mientras exploraba con delicadeza la prueba de su plena excitación masculina hasta que Bruce gimió y se arqueó hacia ella. Con manos temblorosas acunó su cuerpo y la recostó contra el asiento.

—No puedo esperar más, cariño —susurró. Su boca cubrió la de ella y la longitud de su cuerpo caliente y desnudo abrasó su carne inflamada.

Durante largos latidos, saborearon el profundo beso mientras las manos de él se movían sobre su piel ardiente, tocándola, acariciándola, arrancándole roncos gritos de pasión que todo lo consumía mientras acariciaba los lugares secretos de su cuerpo. Su peso se movía por encima de ella, presionándola. Sin vacilar, ella se abrió a él, acogiendo el poderoso empuje masculino, acogiendo incluso el ligero dolor que rápidamente dio paso a un placer creciente.

Con el conocimiento innato de Eva, envolvió sus piernas alrededor de los muslos delgados y musculosos de él, ondulando sus caderas, encontrándose con la gloria de su pasión masculina con la suya propia. La tierra se desvaneció y quedaron atrapados en el ámbar helado del éxtasis intemporal, encerrados juntos como uno solo, hasta que el éxtasis estalló en un millón de estrellas cristalinas y volvió a la deriva lentamente para unirse con el silencio del bosque cubierto de nieve.

Los ligeros besos de Bruce en los párpados y la nariz devolvieron a Charlie a la realidad. Abrió los ojos y los miró fijamente. Él susurró su nombre, moviendo el brazo para acunar su cabeza, y rozó sus labios con ternura.

—No lo sabía —murmuró—. Dulce ulaidh, me has dado lo que una muchacha sólo puede dar a un hombre. —La atrajo hacia sí y suspiró, enterrando la cara en su pelo—. Deberías habérmelo dicho —le reprochó—. Si hubiera sabido que eras una doncella, habría sido más gentil. Siento si te he hecho daño.

Ella se acurrucó más entre sus brazos, saboreando su labio inferior con la punta de la lengua y luego frotando su mejilla contra su barba.

—El daño no fue nada comparado con el resto —susurró—. No sabía que pudiera ser así... Entre un hombre y una mujer. —Tragó saliva y cerró los ojos, no queriendo perder las gloriosas sensaciones que aún corrían por sus venas—. ¿Es siempre tan maravilloso? —preguntó

tímidamente.

Bruce rió entre dientes y le besó la punta de la nariz.

—No, muchacha, no siempre es así.

—Gracias, entonces. —Suspiró somnolienta mientras los pensamientos sobre su madre se agolpaban en su mente. Desde que era una niña, la había condenado, incluso odiado por haber tenido una lujuria fuera de lugar. Ahora... Quizás había más de Milicent en ella de lo que quería admitir.

—No. Es algo especial lo que hemos compartido esta noche, cariño. Un hombre obtiene más placer cuando una mujer lo comparte. —Los pechos desnudos de Charlie se apretaron contra su pecho y el trasero de ella contra sus piernas que volvían a despertar—. Sería prudente —sugirió él, acariciando con el hocico el hueco de su cuello y mordisqueando suavemente el lóbulo de su oreja—, si continuamos este largo viaje. —Se rió entre dientes y acarició el pezón hinchado de Charlie con un pulgar sensible—. ¿Qué dices, muchacha?

Ella se retorció contra él mientras el delicioso calor empezaba a extenderse hacia arriba desde su húmedo núcleo.

—Debe guiarme, señor —se burló ella—. Porque éste es un territorio desconocido. —Sus labios se encontraron y ella acarició su lengua empujadora con la suya.

Bruce gimió en lo más profundo de su garganta, dejando que sus manos y su boca empezaran a hacer su magia.

—Kelpie —susurró—. No necesitas guía en esto. Tienes tu propia brujería para volver loco de deseo a un hombre cuerdo.

Los sonidos del canto de los pájaros matutinos sacaron a Charlie de su cálido nido de oscuridad al reluciente mundo blanco. Parpadeó y luego inhaló profundamente la fragancia fría y especiada del bosque virgen. La nieve había dejado de caer; ya el sol cubría las ramas nevadas con auras de oro y plata resplandeciente.

En un cedro situado justo encima de su cabeza, Charlie vislumbró un destello de rojo brillante mientras un cardenal macho proclamaba el amanecer con silbidos claros y agudos. Charlie se frotó los ojos y se incorporó, estirándose bajo la túnica de piel de oso, aliviando su dolor de espalda. Un dolor en sus lomos le recordó lo que había pasado en la oscuridad, y sintió el rubor del calor subir a sus mejillas.

—¿Bruce? —llamó vacilante. Un escalofrío de aprensión despejó su cerebro y se puso rígida, palpando bajo la manta en busca de él.

—Sí, muchachita, estoy aquí —respondió él, saliendo de detrás del trineo—. Pensaba hacer un fuego, pero parece que pasarás frío además de hambre esta mañana de Navidad. Como has dicho, la leña está demasiado húmeda para arder. —Dejó caer la leña que había recogido y vino a colocarse a su lado—. Estás muy guapa —le dijo suavemente, acercándose para tocarle la mejilla —. Si me culpas por lo de anoche...

Charlie sacudió la cabeza.

—No hay culpa. Lo deseaba. —Se ruborizó con más fuerza y se le secó la boca. Ella ya no podía cumplir con los ojos grises claros—. ¿Te escandaliza, Bruce?

—No. En verdad… —El color subió a sus mejillas bronceadas—. En verdad, es un alivio. Pero me siento como un ladrón.

—Tomaste sólo lo que te ofrecieron.

La preocupación arrugó su frente.

—La cuestión es, muchacha, ¿qué hacer al respecto?

—¿Qué podemos hacer? —Los ojos de Charlie se entrecerraron, el color oscureciéndose hasta casi el ébano. No se arrepentía de su noche de pasión juntos, pero no estaba dispuesta a admitirse a sí misma que fuera algo más que la culminación de una intensa atracción física. La palabra *amor* correteó por su conciencia, pero la apartó sin contemplaciones.

—Puedo hacerte mi legítima esposa.

—¿Me lo estás pidiendo?

Bruce suspiró.

—Sí, así es. Sé que siento una gran ternura por ti.

La cabeza de Charlie se levantó de golpe y una llama pura salió disparada de lo más profundo de su alma.

—¿Por acostarte conmigo crees que tienes que casarte conmigo?

—¡No! —rugió— ¡Me vas a escuchar! —Apartó la piel de oso y recorrió con la mirada su cuerpo impávido—. Eres hermosa, mujer. Un monje no podría encontrar ningún defecto en tu rostro ni en tu forma. —Dejó caer la manta—. Pero no tomaría a una muchacha como esposa por una noche de placer. He tenido placer con muchas y tú no eres más que la… —Se detuvo y se pasó una mano por el pelo—. ¡Maldita sea! ¿Por qué insistes en hacer esto tan difícil? ¡Deja de mirarme como si hubiera faltado a tu honor! Te he pedido que seas mi esposa.

—¿Por amor? —le espetó ella.

—Sí, podrías llamarlo así.

—¿Por amor a mí o a La propiedad Palmer?

El rostro de Bruce se palideció y se dio la vuelta.

Temblorosa, Charlie se echó el cambio por encima de la cabeza y se envolvió en la manta de lana. Las lágrimas brotaron de sus ojos y se derramaron por sus mejillas.

—Lo siento —susurró—. Bruce, no era mi intención. No lo hice...

Lentamente se volvió hacia ella.

—Sí, lo decías en serio —dijo—. Maldita seas. —Sacudió la cabeza.

—Por favor, Bruce. No eres tú... Soy yo. —Se secó la cara con el dorso de la mano—. Te lo dije —grito—. Te advertí que no podía casarme, ni ahora ni nunca.

—Entonces nos has llevado a este punto sin razón.

—Yo no lo planeé, Bruce. Simplemente... Sucedió.

—Sí, esas cosas pasan entre hombres y mujeres. Pero cuando lo hacen, la gente no se apartan unos de otros. —En dos zancadas estaba en el trineo y saltando dentro para agarrarla por los hombros y tirar de ella contra él. Con dureza, su boca descendió sobre la de ella en un beso de ardiente posesión.

Con un grito ahogado, Charlie le golpeó con los puños.

Tan rápido como había empezado, el asalto terminó. Bruce la soltó y se apartó. Se llevó una mano a la mejilla.

—Sí, eres una kelpie —pronunció en voz baja—. Porque te has metido en mis propios huesos y tendones. No puedo herirte sin desgarrar mi propio corazón. —Se agachó para recoger el arrugado vesido de terciopelo—. Ponte esto —ordenó—. No te haré daño.

Charlie se limpió los labios magullados.

—Ya lo has hecho —exhaló—. Más de lo que puedas imaginar. — Se dejó caer en el asiento y se enterró las manos en la cara.

—No —susurró—. Nos hemos hecho daño—. Las lágrimas se convirtieron en un torrente mientras volvía la cara hacia el vestido, con los hombros destrozados por un sollozo incontrolado.

Las manos de Bruce eran suaves sobre sus hombros mientras la atraía contra su pecho.

—No llores, muchachita —la calmó—. No llores. Porque si nos hemos hecho mal, puede que hayamos encontrado un lugar donde empezar de nuevo y hacerlo bien.

Capítulo 11

Era cerca del mediodía cuando Charlie, Iris y Bruce llegaron a La propiedad Palmer.

Los ansiosos criados salían de la entrada de la cocina para recibirlos.

El viejo Ben se adelantó cojeando, con el rostro moreno delineado por la preocupación.

—Estábamos preocupados por usted, señorita Charlie —dijo—. Ese chofer bueno para nada llegó a casa cerca del amanecer, y dijo que usted se fue mucho antes que él.

—Sí, y así fue. Tuvimos un accidente con el trineo. Tuve que llevar a la señorita Palmer a la cabaña de Marti.

—Enviamos un grupo de búsqueda en cuanto llegó, pero a nadie se le ocurrió mirar en su casa. —Ben miró significativamente a Beth.

—Bueno, ya estamos aquí —dijo Charlie—. Y de una pieza. ¿Se ha puesto a asar el novillo, como ordené? ¿Y los cerdos?

—Sí, ama —llamó una mujer—. Las mesas están puestas y la mayor parte de la comida lista. Sólo esperábamos su regreso.

Charlie les sonrió amablemente y se volvió hacia Bruce.

—Perfecto. Todo debe estar listo para la cena que se organiza para los trabajadores de La propiedad Palmer. —Encabezó la entrada a la casa, dando órdenes a Beth y a las mujeres a

medida que avanzaba.

Las habitaciones olían a acebo y pino. En el gran salón se habían colocado largas mesas repletas de comida. La plata relucía y Ben había puesto la vajilla más fina sobre un lino blanco y crujiente.

—Cualquiera diría que esperabas al magistrado jefe para la cena de Navidad en lugar de a tus trabajadores —comentó Bruce.

Charlie se rió.

—La Navidad es su día. Siempre fue así en tiempos de mi abuelo, y no puedo defraudarles. Permiteme que me cambie de ropa. —Miró las zapatillas irremediablemente estropeadas y el vestido de terciopelo marcado por el agua—. Y les mostraremos un tiempo para recordar. — Sus ojos brillaron—. Habrá música, juegos y baile. Elegimos un tono de Navidad como en los días de antaño, y hay un gran pastel. —Volvió a reír ante la expresión de dolor de Bruce—. No, éste fue horneado por Iris y algunas de las otras mujeres, no Beth. Se esconde un haba en el pastel antes de hornearlo. Todos, hasta el niño más pequeño, deben probarlo, y el que encuentre el haba tendrá buena suerte todo el año que viene.

Charlie apoyó la mano en la barandilla de nogal y, por un segundo, Bruce la cubrió con la suya.

—Hay muchas cosas que debemos arreglar entre nosotros, muchacha —dijo en voz baja.

—Hoy no —respondió ella—. Por ahora, recordemos el día. —Ella esbozó una brillante sonrisa—. Tengo una pequeña muestra de Navidad para ti, pero no debes esperar mucho. Ya has tenido tu gran regalo.

—Maldita moza —susurró él—. ¿No tienes vergüenza?

—Ninguna. —Riendo, se subió las faldas y corrió escaleras arriba de dos en dos.



Como Charlie había prometido, los festejos se prolongaron hasta bien entrada la noche de Navidad. Los juerguistas vaciaron barriles de cerveza y vino, devoraron cestas de cangrejos y almejas y disfrutaron de trozos de ternera cocinados a cielo abierto.

Charlie hizo regalos de zapatos y ropa a los trabajadores, junto con agujas y botones de acero, y nuevos peniques de cobre para todos.

Por fin las habitaciones quedaron en silencio. Los criados que no estaban dispuestos a cesar en sus celebraciones habían trasladado la fiesta al granero. Ben había apagado los fuegos de las habitaciones de abajo y se había ido a la cama. Sólo quedaba Charlie para guardar bajo llave lo que quedaba de la vajilla de plata. Terry yacía a sus pies, golpeando con su enorme cola el suelo de madera.

—Una bonita escena, muchacha —dijo Bruce. Estaba apoyado en la jamba de la puerta y sorbía lentamente un sorbo de espumoso ponche de huevo. En la otra mano acunaba el libro encuadernado en cuero de bocetos del cuerpo humano que ella le había dado como regalo de Navidad.

—No puedo aceptarlo, ¿sabes? Es griego y muy antiguo. Es más valioso de lo que crees.

Charlie cerró el armario y atrancó la puerta con una pequeña llave de latón.

—Mi abuelo lo compró en un viaje a Creta cuando tenía diecisiete años. Decía que los dibujos eran lo más parecido a ver las estatuas reales. —Metió la llave en una bolsa de terciopelo que llevaba a la cintura y se volvió hacia él—. Eres un artista. Pensé que te gustaría.

—¿Gustarme? Claro que me gusta. ¿Estás tonta? Pero no puedo aceptarlo. Hay un nombre para los hombres que aceptan tales regalos de las mujeres.

Charlie le miró con pura diversión.

—Eres un tonto si tu orgullo masculino no te deja disfrutar de un regalo tan hermoso al preocuparte por lo que piensen los demás. —Ella se encogió de hombros—. Es un regalo de Navidad. Es tuyo para que hagas con él lo que quieras. Véndelo o quédatelo o regálalo, si quieres, pero no me insultes rechazándolo.

—Maldita sea, mujer. ¿Por qué tienes que tergiversar todo lo que digo? —Su ceño se arrugó en una mueca—. Con el precio de este libro se podría comprar una yunta de bueyes adiestrada y los hombres para conducirla. ¿Por qué no lo vendiste con los demás?

Charlie cruzó la habitación y le miró a los ojos.

—¿Crees que te estoy recompensando por tus servicios de anoche?

Los ojos de Bruce se nublaron de dolor.

—No, muchacha. Ahora me avergüenzas.

Tomó su mano entre las suyas y le dio la vuelta, trazando las líneas con un dedo. Había esperado a que él le sugiriera que estuvieran juntos, pero cuando no lo hizo, tuvo que hablar. No podía soportar la idea de irse sola a la cama.

—No quería pelearme contigo esta noche. —Ella levantó su mano y depositó suavemente un beso en el pulso de su muñeca—. Pensé que quizás… —Ella se ruborizó bellamente—. Pensé que podríamos estar juntos esta noche... Mientras Beth está ocupada en otra parte.

Bruce la cogió por la cintura y la levantó a la altura de su cara.

Charlie lo abrazó con fuerza mientras sus labios se encontraban. ¿Alguna vez se hartaría de él? La idea de que él podría cambiar su vida para siempre cruzó por su mente y la acalló. No estaba preparada para semejante compromiso. Quería sentir lo mismo que la noche anterior, no sólo el placer físico, sino la seguridad de estar entre aquellos poderosos brazos.

—Tengo un regalo para ti —susurró él entre besos. No era el que él había pretendido darle. El retrato de Charlie no estaba quedando como él lo veía en su mente. El color de su pelo y su

piel eran perfectos, el fondo adecuado. Pero el cuadro parecía sólo óleo sobre lienzo. Le faltaba la intensa chispa que Charlie irradiaba en vida. Dos veces había destruido lo que había pintado y vuelto a empezar. Nadie lo vería hasta que hubiera trasladado al lienzo la imagen exacta que tenía en su mente.

En lugar del retrato, le regalaría un boceto al carboncillo de la casa solariega que había hecho un domingo por la tarde. Le había hecho un marco en la carpintería de la plantación.

—¿Te llevo el regalo de Navidad a tu habitación? —le preguntó Bruce.

—No. —Ella negó con la cabeza—. Ves a la alcoba del fondo. Hay un pasadizo secreto entre mi habitación y aquélla. Nadie lo conoce, ni siquiera Ben. Nos encontraremos allí dentro de media hora. —Eso le daría tiempo para cambiar la mohosa ropa de cama y encender un fuego en el hogar, pensó, y para ponerse algo femenino. Le rozó los labios una vez más y le apartó—. Y Feliz Navidad para usted, señor Keegan —bromeó—. Coge la vela cuando subas. No queremos incendios accidentales.

Se obligó a subir las escaleras como una dama, caminando con elegancia por el pasillo hasta su alcoba y cerrando y atrancando la puerta tras de sí. Terry la siguió obedientemente, dándole un codazo en la parte posterior de la rodilla con su húmeda nariz.

—Te quedarás en tu lugar habitual —advirtió Charlie, echando un vistazo a la desgastada alfombra ante la chimenea. Había pocas posibilidades de que Beth o Ben la buscaran, pero si lo hacían, esperarían oír el ladrido habitual de Terry procedente de detrás de la puerta de su dormitorio.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una risita, dejando que la deliciosa alegría se extendiera por su cuerpo. Envolviéndose con los brazos, Charlie se arrojó riendo sobre la cama. ¡Ya venía! No la había culpado por lo que había pasado en el trineo. Y en unos minutos, volverían a compartir aquellas maravillosas sensaciones.

Rodando hasta quedar sentada, Charlie empezó a desenredarse el pelo. Se lo había lavado

justo antes de partir hacia Canterbury en Nochebuena; unas cuantas docenas de pasadas con su cepillo pusieron los rizados mechones en cierta apariencia de orden. Un rastro de la pintura tribal roja de Iris en sus labios y mejillas añadió un poco de color.

Unas cálidas burbujas de excitación surgieron en su interior cuando Charlie se despojó de sus ropas, las arrojó sobre una silla y se colocó sobre la cabeza una espumosa bata color crema de encaje irlandés y lino transparente. Se detuvo el tiempo suficiente para mirarse en el espejo, preguntándose si a Bruce le gustaría lo que veía.

No importaba. La hermosa prenda había reposado demasiado tiempo en su pecho, y ella la había sacado y sostenido ante sí demasiadas veces en noches solitarias. Al menos una vez en la vida de una mujer, debería ponerse algo así para hacer el amor con un hombre. Esta noche sería esa noche.

Charlie respiró hondo y se apresuró a recoger sábanas y almohadas limpias para la cama de la habitación del fondo. Giró el pomo casi invisible y un panel de madera se deslizó para abrirse. No importaba que el pasadizo estuviera oscuro. Había jugado aquí de niña y conocía cada paso. Por suerte, el suelo y las ventanas de la habitación de invitados habían sido fregados y las colchas limpiadas justo antes de Navidad. Con lo exigente que era Bruce con la limpieza, no tendría motivo de queja.

Entró en la habitación en penumbra, dejó caer las sábanas sobre la cama y se acercó al hogar. La luz de la luna se colaba por las ventanas, inundando el espacio entre la cama y la chimenea con un charco de luz dorada. Charlie se detuvo y extendió la mano, con la palma hacia arriba, dejando que la suave luz de la luna iluminara sus dedos. Cuando era niña, Iris le había dicho que la luz de la luna era mágica. Si te parabas bajo su resplandor, te otorgaba poderes místicos.

Un torrente de deseos llenó el cerebro de Charlie y los acalló con un movimiento de cabeza, cerrando los labios con tanta fuerza que sus dientes crujieron. Ella no pediría nada. Lo

que ocurriera entre ella y el escocés esta noche sería un regalo. Ella daría de sí misma y tomaría lo que él le ofreciera. Pero no se permitiría desear más.

Bruce Keegan no tenía cabida en su futuro ni en el de La propiedad Palmer. Ella no lo permitiría. Si se casaba, corría el riesgo de perder su independencia y su plantación. No importaban las promesas que Bruce pudiera hacerle, si se casaban, todo lo que ella poseía pasaría a ser suyo por ley. Podía golpearla, encerrarla en una habitación o incluso enviarla lejos de La propiedad Palmer. Los hombres cambiaban después del matrimonio; su padrastro era un ejemplo perfecto. Si quería conservar su libertad, debía vivir sola y soltera.

La fría razón la tranquilizó mientras encendía el fuego y hacía la cama con sábanas limpias. Metió las sábanas viejas debajo de la cama y encendió la vela, colocándola sobre la mesa. El pomo de la puerta chirrió y Charlie se volvió con un grito ahogado. Bruce llenaba el umbrío umbral con sus anchos hombros y sus poderosas piernas.

—No pretendía sobresaltarte, muchacha —dijo, entrando y cerrando la puerta tras de sí. Cerró el cerrojo de hierro y luego se volvió hacia ella. Una sonrisa jugueteó en sus labios.

—Sí —dijo—. Sí.

—¿Qué? —Charlie puso las manos en las caderas.

—¿Te divierto? —Se mordisqueó el labio inferior e intentó que no se le notara el temblor. Si se estaba riendo de ella...

Bruce cruzó el espacio vacío que había entre ellos y la tomó en sus brazos, besándola sonoramente.

—Sí. —murmuró mientras la estrechaba entre sus brazos y la llevaba hasta la cama de láminas—. No hacía más que pensar que había muerto y me había ido al cielo. —Besó el hueco de su cuello y el cálido lugar detrás de su oreja—. Y cuando te vi allí de pie a la luz de la luna, supe que eras un ángel. —Charlie soltó una risita y él acalló su risa con otro beso mientras la

recostaba contra las almohadas—. Calla, mujer, esto es serio —le dijo roncamente—. Si eres un ángel, esto debe ser el cielo. —Se pasó la camisa de lino blanco por encima de la cabeza y luego tanteó con los lazos de los calzones.

Los ojos de Charlie se entornaron de pasión al verle desnudarse. Se humedeció el labio inferior con la punta de la lengua y le tendió una mano.

—Nunca pensé que un hombre pudiera ser tan hermoso —dijo.

Bruce gimió en lo más profundo de su garganta y se deslizó bajo las sábanas.

—Nunca pensé oír hablar así a una muchacha —murmuró con voz ronca. Pasó un brazo por detrás de ella y la acercó para que se acurrucara contra él—. Debes de ser una kelpie... O al menos una bruja. —Sus labios rozaron los de ella mientras su mano ahuecaba su pecho lleno—. Porque yo estoy embrujado si alguna vez un hombre lo estuvo. —Torpemente tiró de las cintas de su corpiño—. ¿Cómo te metes en esta cosa? —preguntó.

Charlie rió suavemente, pasando la mano por su muslo delgado.

—Eres tan peludo como un mono —se burló ella.

—¿Cómo vas a saberlo? ¿Te has acostado alguna vez con uno? — Suspiró cuando el nudo se aflojó, liberando montículos de carne suave para su caricia.

—Umm-mmm —murmuró ella—. Un escocés es suficientemente salvaje. —Sus dedos exploradores encontraron la hinchazón de un pezón masculino. El jadeo de placer de Bruce la hizo atreverse y tanteó el sedoso nudo con la uña.

—Para ser un ángel, conoces muchos trucos diabólicos—, dijo él, agarrándola por las muñecas e inmovilizándola contra las almohadas en fingida acusación.

Charlie se rió de él, sin dejar de frotar sugerentemente una rodilla contra la cara interna de su muslo.

—Me prometiste un regalo de Navidad —susurró ella guturalmente.

—Sí. —respondió él, acariciándole el cuello y la curva de su pecho —. Y tendrás uno, dulzura...



Charlie dio rienda suelta al semental y se detuvo a contemplar las nubes bajas, preguntándose si volvería a nevar aquel día. Esperaba que no. Apenas tenían heno almacenado para pasar el invierno, y había contado con que el ganado podría forrajear en los campos parte del tiempo. Si hacía calor y la nieve se derretía, incluso podrían sacar a los caballos a pastar un rato. Tenía varias yeguas demasiado cerca del parto como para arriesgarse, pero la mayor parte del ganado estaría lo bastante a salvo si ponía a unos cuantos muchachos a vigilarlos.

Charlie sabía que los caballos serían lo último que los piratas querrían molestar. Podrían descuartizar su ganado para alimentarse y vender a sus trabajadores negros libres al sur como esclavos. Los asaltantes venían a por botines fáciles de llevar. Ella tenía pocas monedas en La propiedad Palmer, pero había platos de plata y armas, así como barriles de vino y brandy.

Punzadas de inquietud recorrieron su espina dorsal cuando Charlie recordó a la joven que se habían llevado. Probablemente habían arrojado a Jane Briggs al mar cuando acabaron con ella, que en paz descanse.

Charlie no podía desear ese destino a ninguna mujer. Inconscientemente, su mano se dirigió a la pistola que llevaba atada a la cintura. Había advertido a sus mujeres que no se alejaran de la casa. Muchas de las sirvientas llevaban armas consigo. Charlie sabía que era contrario a la ley permitirles llevar armas, pero prefería ver a una mujer capaz de protegerse a sí misma que a merced de la despiadada escoria del mar.

Bruce había salido de casa para comenzar sus tareas del día antes de que ella se hubiera levantado aquella mañana. Ella había encontrado el hermoso boceto que era su regalo de Navidad para ella cuando se levantó. Se había sentido decepcionada por no ver a Bruce, pero quizá fuera lo más sensato. Lo que pasó entre ellos anoche fue privado… Mejor dejarlo en la alcoba. No estaba segura de poder lidiar con su pasión por Bruce a plena luz del día.

Ella chasqueó a Barón y le dio un codazo suavemente con el talón. Obedientemente, él rompió a trotar de forma uniforme y kilométrica. Bruce se equivocaba con Barón; era un animal brioso, pero no había un hueso malo en su cuerpo. No tenía intención de cambiar a una montura más tranquila para complacer a Bruce.

Se preguntó si él se habría equivocado al cortarle la cincha de la silla. Sus dudas no le habían impedido ensillar ella misma a Barón y salir sola esa mañana.

Las orejas de Barón se crisparon y levantó la cabeza. Charlie se giró en la silla de montar y vio a John galopando por el campo montado en un caballo de tiro marrón.

—¡Señorita Charlie! ¡Señorita Charlie! —llamó.

Ella hizo girar al semental en un círculo cerrado y cabalgó ansiosamente a su encuentro.

—¿Qué ocurre, John? ¿Qué ocurre?

Sin aliento comenzó a balbucear sobre el ganado sacrificado descubierto cerca del arroyo.

—Los indios están acechando, señorita Charlie. Huellas de mocasín por todas partes. Ni siquiera se llevaron la carne. Simplemente las degollaron y las dejaron tiradas. Dos vacas y una vaquilla de un año.

—Tres cuartas partes de la gente de Maryland lleva mocasines —le dijo ella—. ¿Estás seguro de que no fueron masacradas? —Ella sabía que no podían ser indios, ni nadie hambriento para el caso. Los indios se habrían llevado la carne una vez que hubieran matado a las vacas—. ¿Ni siquiera se llevaron el hígado?

—Difícil de decir. Los lobos han estado con ellas. —Sacudió la cabeza—. No lo creo. Muy extraño si me pregunta. Será mejor que venga a echar un vistazo, señorita Charlie.

Ella asintió.

—Lo haré.

—Iré con usted. Puedo mostrarle dónde están.

—No, busca al amo Keegan. Debería estar con el equipo de leñadores esta mañana. Dile que yo misma cabalgaré hasta el arroyo y que quiero que me acompañe allí. —Lo más probable era que este incidente fuera otro de los cuentos chinos de John para librarse del trabajo. O eso o simplemente era demasiado estúpido para leer las señales. Ni siquiera los piratas dejarían buena carne en el suelo para que se pudriera. Lo más probable era que las huellas de mocasín de John fueran en realidad huellas de lobo o incluso de perros salvajes.

—¿Seguro que no quiere que la acompañe? No es seguro para una mujer, ¡con estos piratas sueltos!

—No, quédate con la cuadrilla de leñadores una vez que le hayas dado mi mensaje al amo Keegan. Puedes conducir los bueyes. —Odiaba apartar a Bruce de los leñadores; sabía lo apremiado que estaba por el tiempo. Habría un deshielo en enero y tendrían que sacar los árboles del bosque mientras el suelo aún estuviera helado.

—El amo Keegan, se enfadará conmigo si la dejo ir sola —protestó John.

—Haz lo que te digo. Trae al amo Keegan. ¡Ahora!

Sacudiendo la cabeza, el hombre se alejó cabalgando hacia el sur. Charlie sacó su pistola, comprobó el cebado y luego instó a Barón a dirigirse al arroyo al galope. Si los lobos habían matado al ganado, ya estarían a kilómetros de distancia. No suponían ningún peligro durante el día, al menos no mientras ella estuviera armada y a caballo. La mayoría de los lobos eran tímidos, evitaban el olor del hombre como la peste.

Charlie llegó a la orilla del arroyo y se detuvo lo suficiente para dejar beber a su semental. Aparte de un par de patos negros que salían del agua, todo estaba tranquilo. Giró el gran caballo hacia el sol y cabalgó por el borde del bosque.

Los buitres en círculo la condujeron al lugar donde yacían los animales sacrificados.

Dos de los carroñeros estaban en el suelo desgarrando el vientre de una vaca roja y blanca. Agitaron las alas torpemente y salieron volando cuando Charlie se acercó.

Barón resopló, agitando las fosas nasales ante el fuerte hedor a sangre, y bailó de lado, sacudiendo la cabeza y las crines.

—Tranquilo, tranquilo, muchacho —le tranquilizó. Los músculos ondularon bajo la piel color nogal y el semental se encabritó, manoteando el aire nerviosamente—. Tranquilo —ordenó Charlie—. Tranquilo, muchacho. Es sólo una vaca muerta.

Barón volvió a encabritarse y Charlie echó su peso hacia delante, apoyándose en el poderoso cuello. De repente rugió un mosquete y Barón gritó y salió disparado, precipitándose de cabeza por la orilla del arroyo y elevándose sobre un tronco caído en su pánico por escapar.

Charlie se aferró a su espalda, sin hacer ningún esfuerzo por refrenarlo. Quienquiera que le hubiera disparado había quedado muy atrás. No había animal en la Costa Este que pudiera igualar a Barón en velocidad, sobre todo cuando se le metía en la gruesa cabeza correr.

Había sucedido tan rápido que no había tenido tiempo de pensar. Si Barón no se hubiera lanzado hacia delante... Charlie aplicó lentamente presión sobre las riendas, sin permitirse pensar en lo que acababa de ocurrir.

—Whoa, whoa —murmuró. Sentía las manos entumecidas. ¿Hasta dónde había llegado? ¿Un kilómetro y medio? ¿Más?

El bayo aflojó el paso al galope y luego al trote. Charlie tiró de él hasta detenerlo y se deslizó de la silla; mientras se apoyaba en el caballo, sus rodillas se convirtieron de repente en

melaza. *Alguien había intentado matarme.* El disparo no había sido un error, ni un accidente. *Alguien me quiere muerta.*

Apretó la cara contra el cuello del semental, dejando que el miedo siguiera su curso, dejando que se convirtiera en ira. ¡El hijo de una cucaracha! Quienquiera que hubiera intentado matarla había sacrificado deliberadamente su ganado para atraerla hasta allí. Habían sabido que ella vendría a investigar. Pero, ¿por qué? ¿Por qué, en nombre de todo lo sagrado, querría alguien matarla?

Fortalecida por su ira, Charlie volvió a girar sobre la silla de montar y apartó a Barón del arroyo para adentrarse en el bosque. Sola, no podía esperar atrapar a quienquiera que fuera. Cabalgaría de vuelta a la casa y reuniría a algunos hombres, luego iría a por Iris. Si había huellas que encontrar, Iris sería capaz de leerlas.

Charlie cabalgó de vuelta por el espeso bosque, atenta a cualquier sonido que pudiera ser humano. ¿Cómo había podido ser tan estúpida? Se dejaría la piel por Jhon si no tenía las respuestas correctas sobre cómo había encontrado las vacas. ¡Maldita sea! Bruce le había advertido. Había dicho que alguien intentaba matarla. Ella podía imaginar lo que tendría que decir acerca de este incidente.

Los árboles ralearon y dieron paso a una pradera abierta; era terreno bajo, buen pasto para ovejas y ganado en una estación seca pero demasiado húmedo para el tabaco o el maíz. Charlie captó un destello de movimiento en el linde del bosque justo cuando Barón relinchaba. Le echó la rienda corta y sacó su pistola mientras un caballo y un jinete se acercaban a ellos.

—¿Charlie? ¿Qué estás haciendo aquí?

Ella clavó sus talones en los costados del bayo.

—¡Bruce! —¡Acababa de salir cabalgando del mismo bosque en el que ella había estado! — ¿Qué estás...? —Ella rió irónicamente y jaló a Barón junto a su gris moteado.

—No aconsejaría cabalgar por ahí ahora. Alguien me disparó junto al arroyo.

Bruce maldijo en voz baja.

—¡Que Dios pudra sus voraces entrañas! Me pareció oír un disparo. Estaba cazando por aquí. ¿Estás segura de que alguien te estaba disparando?

—Tan segura como puedo estarlo y no tener un agujero en la cabeza para probar mi historia. —Rápidamente Charlie explicó sobre su investigación del ganado muerto—. Pensé que estabas a kilómetros de aquí, con el equipo de madereros —continuó—. Con lo nerviosa que estoy, tienes suerte de que no te disparara cuando saliste del bosque.

—El plan para asesinarte era bueno. —Sus rasgos se endurecieron—. Debemos encontrar al culpable lo antes posible. —Su mirada se posó un momento en el rostro de ella—. Sobre anoche, muchacha —empezó suavemente—. No quiero que pienses...

—Te pedí que vinieras a mi habitación. —Sus ojos se encontraron con los de él sin vacilar —. No juguemos entre nosotros, Bruce. Si crees que es lo que espero, no me conoces muy bien. —Una sonrisa jugó en sus labios—. Gracias por el boceto de la casa. Es precioso. Lo colgaré en el vestíbulo. Tienes mucho talento.

—Charlie, yo...

Ella sacudió la cabeza.

—No, ahora no, Bruce. —Ella miró hacia atrás por encima del hombro hacia el bosque—. Este tiroteo tiene que ser resuelto. Tengo que saber quién está tratando de matarme ... Y por qué.

—Sí, es justo —convino él—. Pero tarde o temprano deberás enfrentarte a nuestra implicación.

Ella asintió solemnemente.

—Lo sé.

Capítulo 12

Chestertown, Maryland 11 de enero de 1744

—Le aseguro, señorita Palmer, que utilizaré todos los medios a mi alcance para llevar a los culpables ante la justicia. —El sheriff dejó su pluma y miró a Charlie con franqueza—. Aunque debo admitir que mis posibilidades de resolver este crimen son tan probables como que me nombren miembro de la Cámara de los Lores. —Extendió las manos en un gesto de impotencia—. Hay literalmente miles de millas cuadradas de tierras salvajes al oeste de nosotros, en las que pululan salvajes, sirvientes fugitivos, ladrones, asesinos: los desechos de las prisiones de Inglaterra, por no mencionar a los comerciantes de pieles franceses y a los desertores del ejército.

Charlie se levantó y le ofreció la mano.

—No hace falta que me lo diga, señor —respondió ella suavemente —. Nadie podría ser más diligente en su deber que usted. Simplemente deseábamos hacer un informe oficial del asunto para que...

—Para que cuando lo atrapemos y lo ahorquemos —dijo Bruce—, no haya problemas con la ley.

El sheriff les acompañó hasta la puerta.

—¿Queréis que miré por allí? Tengo asuntos oficiales que me mantendrán en Chestertown

hasta la semana que viene, pero después de eso...

Charlie negó con la cabeza.

—Me temo que sería una pérdida de su tiempo, señor. Como hemos dicho, nuestros hombres han peinado la zona a fondo. Nuestro explorador encontró el lugar desde donde disparó el hombre, así como las huellas de su caballo, pero las perdió en el bosque...

—Siempre nos queda la esperanza de que fuera un loco. Con suerte, se habrá desvanecido en el bosque.

—O se ha ido al sur, a Virginia —añadió Charlie.

El sheriff se rió.

—Me alegra ver que la señora Palmer ha encontrado un hombre tan responsable para dirigir su plantación. Conocí bien al señor Charles Palmer durante muchos años y me he preocupado por el bienestar de la señorita Palmer.

—Gracias por recibirnos con tan poca antelación, señor —dijo Charlie—. Por favor, déle recuerdos a su esposa y a su familia.

Con una última ronda de cumplidos, Charlie y Bruce abandonaron la elegante casa de ladrillo del sheriff y salieron a la calle embarrada.

—Eso fue una total pérdida de tiempo —dijo Charlie agriamente—. Sabía que sería así.

—Sí, pero no quiero cargos de asesinato cuando cuelgue al granuja del árbol más cercano. Ya he tenido tanta justicia de Su Majestad como necesito para una vida, gracias.

—Lo que dice el sheriff es cierto. No hay posibilidad de que atrape al hombre.

—O a los hombres. No tenemos forma de saber si hay más de uno implicado.

Charlie se levantó la falda de su traje de montar y se abrió paso con cuidado entre los charcos de agua, dando vueltas alrededor de un cerdo que se revolcaba junto al camino.

—Tú y tus complots. Probablemente sea algún loco, como sugirió el sheriff, o —sonrió—, un pretendiente descontento.

—Sí, eso puedo creerlo. Debes haber rechazado a docenas.

—¿Y crees que no lo he hecho? —Ella resopló—. Si quisiera casarme, podría elegir entre una veintena. La propiedad Palmer compensa con creces mi falta de virtudes como dama.

—Algún día tendrás que elegir marido. —La cogió del brazo para evitar que resbalara, luego lo soltó cuando captó una mirada altiva de un caballero que pasaba en una silla de manos —. Has hecho un buen intento llevando la plantación sola, muchacha, pero necesitas un hombre que gestione tus asuntos.

Ella se detuvo en seco y le dirigió una mirada dura.

—¿Tú, por ejemplo?

—No hablaba de nosotros —dijo él pacientemente—. Hablaba de tu futuro. Una mujer necesita un marido.

—Ésta no lo necesita. —Sus hombros se pusieron rígidos mientras continuaba hacia la posada—. Ni ahora, ni nunca.

—¿Eres tan poco femenina que renunciarías a la posibilidad de tener hijos? ¿O es que quieres tener hijos sin marido?

—Un bastardo —susurró ella. Era la única pregunta para la que no tenía respuesta—. No tienes necesidad de… —La airada diatriba de Charlie fue interrumpida por la visión de Peter que se dirigía hacia ellos a toda prisa por la calle.

—¡Señora! Debe venir al muelle de inmediato. Allí hay un capitán de barco, el capitán Fraser. Lleva un mensaje para usted de su señora madre. Dice que es urgente.

—¿De mi madre? —Los ojos de Charlie se abrieron de par en par con incredulidad—.

¿Estás seguro? —Milicent nunca escribía. Su hermosa letra se reservaba para las invitaciones y para firmar los documentos que Nicholas le ponía delante—. ¿Por qué iba a escribirme mi madre?

—Conozco a Philip Fraser —dijo Bruce—. Es un viejo amigo y no es probable que cometa semejante error. Sugiero que vayamos al *Merry Kate* y averigüemos de qué va todo esto.



Una colina descendía suavemente desde la ciudad hasta el puerto. En los muelles, Bruce pudo encontrar a un pescador dispuesto a llevarlos remando hasta donde estaba anclado el *Merry* Kate.

—El barco del capitán Fraser parece fuertemente armado para ser un barco mercante honrado —observó Charlie mientras se acercaban al balandro—. Tu amigo no estaría haciendo un poco de contrabando aparte, ¿verdad?

—¿Philip Fraser? Dios no lo quiera —exclamó piadosamente Bruce.

El pescador pelirrojo sonrió a Bruce y descargó su peso sobre los remos.

Charlie frunció los labios y emitió un sonido de incredulidad.

—Tiene al menos ochenta toneladas y lleva cañones suficientes para rechazar a la armada española.

—Noventa toneladas, señorita —dijo el pelirrojo—. Y hay muchos en Chestertown que se alegran de verla anclada en el río Chester. Puede que mantenga alejados a los franceses. —Escupió por encima de la borda—. Viendo cómo el buen rey Jorge se ha olvidado de que hay ingleses temerosos de Dios a este lado del Atlántico. —Hundió un remo y acercó el pequeño bote al costado del *Merry Kate*—. ¡Ah, ahí! —gritó—. ¡Caballeros a bordo! —El hombre miró a Bruce—. ¿Le espero, señor?

Bruce negó con la cabeza y se llevó la mano a la bolsa que llevaba en la cintura.

—No. Philip nos llevará a salvo a tierra. Déjeme pagarle por su…

—¡No! —El pescador agarró un cabo lanzado por un marinero y lo sujetó—. No quiero ninguna moneda de un amigo de Philip Fraser. Encantado de ayudarle.

—Gracias —dijo Charlie amablemente.

Bruce añadió su agradecimiento mientras agarraba el extremo de una escalera de cuerda y ayudaba a Charlie a sujetarse firmemente.

—Cuidado, muchacha —le advirtió—. No quisiera que acabases empapada

—Ni tú tampoco—replicó ella con acritud.

El capitán Fraser cruzó la cubierta hacia ellos.

—Charlie. —Sonrió ampliamente y la tomó en sus brazos, plantándole un beso en la mejilla—. Me alegra ver que este escocés no ha sacado lo mejor de ti.

—¡Así que os conocéis! —dijo Bruce—. Podría haberlo adivinado. —Ofreció su mano a Philip y se la estrecharon vigorosamente—. Malditos sean tus ojos mentirosos, sabías cuando me trajiste aquí desde Virginia que el viejo Charles estaba muerto.

El capitán Fraser se dirigió hacia su camarote.

—Conozco a Charlie desde hace años. Su abuelo era un buen amigo.

—¿Y yo no? Podrías haberme advertido en qué me estaba metiendo —refunfuñó Bruce con buen humor.

—¿Y costarle a la muchacha el mejor capataz de Virginia? No es probable. —Les hizo pasar a su camarote y se volvió hacia Charlie, sus facciones mostraron de pronto tensión—. Son malas noticias las que te traigo, niña, de tu hermano Robert.

—¿Robert? —Charlie se hundió en una silla de respaldo recto—. Pero me han dicho que

mi madre...

—Madre, hermano, es lo mismo —interrumpió Fraser—. La señora Randall yace en su lecho de muerte con fiebre. Te llama, muchachita, y ese... Caballero que se proclama su marido no la deja escribirte,

Charlie sacudió la cabeza con incredulidad.

—Pero Robert… Robert me odia. Él no...

—Tenéis la misma sangre —dijo Fraser—. Y él sin duda ama a tu madre. No sé si es demasiado tarde, muchacha, pero yo iría a verla de inmediato.

—Por supuesto. —El rostro de Charlie se blanqueó—. Por supuesto, iré. —Intentó recomponerse. ¿Milicent se está muriendo? Era demasiado joven para morir, ¿no?— ¿Vas a volver al James, Philip?

—No. Ojalá pudiera llevarte, pero debo esperar un cargamento especial. He firmado un contrato. —Hizo un gesto hacia la izquierda—. El *Snow Princess* zarpa en la próxima marea. El capitán Webb es un capitán capaz y te llevará con seguridad. Puedo organizar el pasaje si quieres.

—Para dos —dijo Bruce—. Me voy con ella.

—No. —Charlie sacudió la cabeza—. Te necesito en la propiedad Palmer. Puedo ir sola.

—Para dos —repitió Bruce—. No tienes otra opción, señorita Palmer. Con la gente disparando contra ti desde cada matorral, no tengo intención de perderte de vista,

El capitán Fraser sacó una garrafa de brandy de un cofre y vertió una pequeña cantidad en una boquilla de peltre para Charlie.

—Hay otras noticias que quizá te resulten más fáciles, muchacha. Me encontré con un bergantín de Land's End en la desembocadura del Chesapeake. Pasó junto a tu flota tabaquera a

su salida, a menos de diez días de Bristol.

—¿Están a salvo? ¿Lograron pasar? —gritó Charlie. Si su cosecha de tabaco estaba a salvo...

—Cuatro barcos piratas los atacaron frente a la costa de Delaware. La flota tabacalera sufrió graves pérdidas. Tres barcos perdieron y otro tuvo que regresar a Nueva Jersey, pero el *Isobel* de Dayton salió sin un rasguño. —Fraser sirvió una segunda copa de brandy para Bruce —. Aún más milagroso, uno de los barcos piratas se acercó a ella para abordarla y luego viró a un lado, casi como si dejaran marchar al *Isobel.* Se volvieron contra el *Lady* Anne y lo atacaron en su lugar. Dios sabe lo que le pasó a la tripulación. El señor John está arruinado y no dudo de que se perderá más de una plantación por ese mal día de trabajo.

—¿Pero el *Isobel* está a salvo?

—Sí, muchacha. El capitán del bergantín habló con el propio capitán Dayton. Si los franceses o los españoles no los atraparon en el camino, tu cosecha ya está a salvo en los almacenes de Londres.

Charlie intentó mantener la naturalidad de su voz y fijó su mirada en la puntera de la bota del capitán Fraser.

—¿Cómo… Cómo supiste que mi tabaco estaba en el *Isobel?*

—No lo sabía, hasta que atraqué aquí y hablé con el caballero para el que llevo la carga. Conocía los barcos de memoria. —Fraser frunció el ceño—. No, aquí no hay trabajo del diablo. Mi cliente es un honrado plantador. Su cosecha de tabaco se fue al fondo, cada barril de ella. 'Cinco años de trabajo están perdidos', dijo. Con el precio del tabaco en Londres, harás una fortuna en la subasta. Tienes la suerte de los ángeles, muchacha.

—La suerte de los Palmer —dijo ella en voz baja, sintiéndose entumecida. Las voces de Bruce y del capitán Fraser parecían venir de muy lejos. Debería sentirme feliz, pensó. Debería

estar riendo de alegría. ¡Mi tabaco ha pasado! ¿Por qué entonces sentía el pecho tan apretado, la respiración agitada? ¿Por qué se sentía tan condenadamente culpable?



El *Snow Princess* era más grande que la *Merry Kate* del capitán Fraser y sólo llevaba una fracción de su erizado arsenal. Iba muy cargada de carga mientras luchaba contra el viento y las olas que azotaban la bahía abierta, arrastrando aguanieve y lluvia torrencial.

—Un viento del suroeste —observó Bruce—. Estarás mejor bajo cubierta. —Hizo un gesto hacia las puertas de popa—. El capitán Webb ha ofrecido el uso de su camarote.

Charlie se apretó más la capa.

—Odio estar bajo cubierta —gritó por encima del viento. No hacía falta decirle que el mar agitado le revolvía el estómago. En cubierta, con el viento frío en la cara, estaba bien, pero abajo, en aquel camarote oscuro... Se estremecía sólo de pensarlo. No soportaba estar encerrada.

Bruce seguía hablando, insistiendo en que bajara. Se suponía que los escoceses eran adustos y melancólicos, pero Bruce era tan malo como Iris por preocuparse por ella. Charlie se apoyó en el mástil y cerró los ojos, aislándolo.

Era difícil imaginar a Milicent mortalmente enferma. Había estado radiante la última vez que Charlie la había visto en Williamsburg. Habían pasado juntas la mayor parte de una hora mientras Nicholas había estado ocupado en otra parte, su conversación tensa como siempre. Aquello había sido... Charlie suspiró. Había sido en abril. Hacía casi un año que no veía a su madre.

En Navidad, había enviado regalos para su madre y sus hermanastros y había recibido a cambio una muestra de Milicent. Las comisuras de la boca de Charlie se torcieron divertidas.

Milicent había enviado un par de delicados guantes de prímula tejidos de seda tan fina que las manos ásperas para el trabajo de Charlie habrían enganchado los hilos y los habrían estropeado al primer uso. Los guantes yacían en el fondo de su baúl con los demás regalos de Milicent.

Nunca se habían entendido; nunca podían estar en la misma habitación más de una hora sin discutir. Destellos de pesar pasaron por la mente de Charlie. Si Milicent moría, nunca tendrían tiempo de reparar la brecha. Tal vez no hubiera nada que reparar.

Intentó alejar la amargura, los recuerdos de las noches en que se había quedado despierta llorando, preguntándose por qué su madre no la había querido.

Iris había calmado el dolor, riéndose de la fea palabra *bastardo* cuando Charlie se había atrevido a pronunciarla.

—Es más de la tontería inglesa —le había asegurado Iris—. Cada niño es un regalo de Wishemenetoo, el Gran Espíritu Bueno, el creador de todas las cosas. Un hombre y una mujer se unen y si Wishemenetoo lo desea, habrá un niño. ¿Cómo puede haber vergüenza en un niño? Avergonzar al niño es avergonzar al creador. Si hay culpa, que la carguen el hombre y la mujer, nunca el niño.

Las palabras de Iris habían detenido las lágrimas, pero nunca pudieron quitar la duda. ¿Qué clase de mujer negaría a su propia hija?

Bruce tiró del brazo de Charlie.

—Te estás empapando —insistió.

Charlie abrió la boca para protestar cuando, de repente, sus oídos se ensordecieron con el estampido de un cañón, seguido del estruendo de la madera al partirse y el grito de un hombre. Bruce la empujó y se lanzó sobre ella, protegiéndola con su cuerpo. Una segunda bala de cañón siguió a la primera, astillando la barandilla de estribor.

Gritos y sonidos de hombres corriendo resonaron por la cubierta mientras la tripulación se

apresuraba a defender el barco.

—¡Nos están atacando! —gritó Bruce.

—Ve abajo.

El agudo gemido del herido hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Charlie mientras bajaba por la escalerilla y avanzaba por el pasillo hasta el compartimento donde habían guardado sus pertenencias. Un marinero pasó a su lado empuñando un alfanje en una mano y una pistola en la otra.

El rugido de los cañones era más fuerte abajo. Adormecida por el miedo, Charlie empujó la puerta y buscó a tientas en la oscuridad sus alforjas. Un estruendo directamente sobre su cabeza le indicó que el *Snow Princess* estaba devolviendo el fuego. Tras recoger ambas pistolas y las bolsas de pólvora y perdigones, corrió de nuevo hacia la escalera.

La cubierta era un amasijo de lona retorcida y madera rota. El fuego humeaba cerca de la proa y un hombre muerto yacía bloqueando la puerta. Charlie pasó por encima del cadáver y se quedó mirando sin habla a la goleta pirata que se les echaba encima. El otro barco estaba tan cerca que pudo distinguir el rostro lascivo de un bucanero barbudo que colgaba de un sudario y blandía un hacha de abordaje.

—Por el amor de Dios, muchacha, ¿no tienes sentido común? — Bruce la agarró del brazo y la empujó hacia la puerta—. Te dije…

Sus palabras se perdieron en el estruendo de otra bala de cañón. Golpeó el costado del *Snow Princess* con tal fuerza que hizo que Charlie cayera de rodillas. Tontamente le entregó una pistola.

—¡Este no es lugar para ti! —gritó—. ¡Baja y enciérrate en el camarote del capitán!

—¡No! Yo cargaré por ti. —Levantó el cuerno de pólvora—. No me quedaré atrapada ahí abajo como una rata. ¿Y si se hunde?

Maldiciendo, abrió la puerta y la empujó dentro.

—Manten la cabeza agachada —ordenó, metiéndose la pistola en el cinturón.

Una antorcha encendida cayó sobre la cubierta y Bruce corrió a patearla por la borda. Por primera vez, Charlie vio que llevaba un mosquete y un alfanje. ¿De dónde los había sacado? Se volvió y se arrodilló, apuntando al hombre del sudario. Nubes de humo negro envolvieron la cubierta, haciendo casi imposible ver. El mosquete restalló y el pirata cayó hacia atrás, deslizándose por la cuerda como un muñeco sin vida.

Bruce corrió hacia la puerta y le lanzó el mosquete.

—¡Si vas a cargar, hazlo rápido!

Las balas de mosquete volaban como piedras de granizo. Una voz profunda desde la popa entonaba un himno entre maldiciones y gritos de dolor. El capitán Webb corrió hacia la proa, con una pistola humeante en cada mano. Charlie se estremeció cuando la madera se astilló sobre su cabeza y algo le hizo una muesca en la frente.

Le devolvió el mosquete cargado a Bruce y se rozó la frente con el dorso de la mano. Para su sorpresa, su mano salió manchada de sangre.

—¡Baja la cabeza! —gritó Bruce.

Un hombre sin rostro pasó tambaleándose y luego cayó de espaldas sobre la barandilla hacia la bahía. Charlie luchó por no vomitar.

Una tremenda sacudida sacudió la cubierta cuando el navío pirata chocó con el *Snow Princess.* Charlie alcanzó a ver el bauprés de la goleta asomándose por el borde de la cubierta. Durante uno o dos minutos hubo casi silencio mientras el cañón dejaba de disparar, luego una oleada de voces humanas les abrumó mientras los piratas se arremolinaban a bordo de la balandra mercante.

Bruce disparó el mosquete hacia el humo, luego sacó la pistola y disparó también. Antes de

que Charlie pudiera poner las manos en el mosquete para recargarlo, un moro saltó sobre la lona caída y acuchilló a Bruce con un alfanje. El acero chocó contra el acero cuando Bruce se enfrentó a la hoja arqueada con la suya. Otro pirata se precipitó hacia Bruce y Charlie niveló el mosquete y disparó, atravesando el pecho del hombre con la baqueta.

El moro asestó un hachazo en la cadera de Bruce y el escocés se apartó girando, dejando vía libre a Charlie. Sin dudarlo un segundo, disparó a bocajarro, abriendo un agujero en la garganta del hombre. Puntos negros y rojos se arremolinaron en su cerebro y ella luchó por conservar la consciencia, mordiéndose el interior de la mejilla. El dolor le devolvió la cordura y empezó a recargar la pistola.

Una bala de mosquete atravesó la manga de la camisa de Bruce, convirtiendo el blanco sucio en rojo. Charlie reprimió un grito de terror, tapándose la boca con la mano. Bruce dio vueltas a la izquierda, desviando los golpes del alfanje de un pirata y esquivando las estocadas de un cuchillo de aspecto malvado. De repente, su pie resbaló en un charco de sangre y cayó sobre una rodilla. Charlie levantó su pistola, pero antes de que pudiera disparar, Bruce sacó un *sgian-dubh*[6] de su bota derecha. La hoja destelló plateada bajo la lluvia y el pirata cayó, agarrándose el pecho.

—¡Charlie! —gritó y ella le lanzó su pistola. Disparó por encima de su cabeza y un cuerpo cayó casi encima de ella.

El hedor de la sangre y la carne sin lavar la golpeó con toda su fuerza mientras Charlie arrancaba instintivamente de la mano el alfanje del hombre herido y luego corría por la cubierta para recuperar la pistola caída de Bruce. Bruce retrocedió hacia la puerta mientras dos bucaneros se acercaban a él.

—Detrás de mí —gritó Bruce.

Charlie no necesitó una segunda advertencia. La lucha iba claramente en contra de la tripulación del *Snow Princess.* A su alrededor, los hombres arrojaban sus armas y pedían

clemencia.

Durante agonizantes minutos, Bruce mantuvo a raya a sus dos antagonistas, bloqueando primero un tajo y luego otro. Su rostro ennegrecido por el humo mostraba la tensión de estar casi agotado. Cuando se produjo una abertura, Charlie apuntó con su pistola a uno de los piratas, sólo para ser detenido por la orden imperativa de Bruce.

—¡No! ¡Alto el fuego!

Sus ojos chorreaban agua mientras nubes de humo espeso ondeaban a su alrededor y ella luchaba por respirar.

El choque del acero llenaba su cerebro y se estremecía con cada golpe recurrente. Su mente se tambaleó cuando la forma deforme de un enano jorobado que blandía un hacha de abordaje se materializó entre el humo.

—¡Alto! —gritó ella, levantando la pistola—. ¡Muévete un paso más y te vuelo en pedazos!

El enano se quedó inmóvil, bajó lentamente el hacha manchada de sangre a la cubierta y empezó a reírse con chillidos agudos e inhumanos. Girando sobre sí mismo, se desvaneció entre el humo mientras las carcajadas resonaban en la cubierta ensangrentada.

Charlie encontró su voz.

—¡Bruce! —gritó—. Yo…

Sus palabras se perdieron en el grito del bucanero tuerto cuando el alfanje de Bruce le atravesó el muslo hasta el hueso. Gimiendo, el pirata soltó su arma y se aferró a la pierna herida. Un segundo hombre saltó fuera del alcance de la espada centelleante de Bruce. Temblando de cansancio, Bruce aspiró grandes bocanadas de aire, conteniendo a la apremiante multitud durante unos segundos con la fuerza de su feroz mirada.

Entonces, con una maldición soez, un hombre se abrió paso entre los curiosos y apuntó un

antiguo trabuco directamente al pecho de Bruce.

Charlie gritó y se lanzó delante del escocés.

—¡No! ¡No dispare! —suplicó—. Está...

—¡Basta! —Los tonos cultos de un caballero inglés cortaron la súplica de Charlie.

—¿Qué demonios? —Los brazos de Bruce se cerraron en torno a ella mientras se movía para protegerla con su cuerpo, levantando el alfanje en un último acto de desafío.

—Basta —repitió el hombre. Los gemelos de pedernal en sus manos reforzaban su tranquila autoridad. Refunfuñando, los piratas se apartaron para dejarle pasar.

—Gavin. —El hombre de la chaqueta militar roja bajó lentamente el trabuco.

Bruce miró con incredulidad al capitán pirata. El hombre llevaba un elegante sombrero ladeado adornado con una trenza dorada sobre una peluca de bolsa blanca como la nieve. Su chaleco de raso azul estaba ornamentado con flores bordadas y su chaleco y calzones a juego eran de la mejor tela y sastrería. Aparte de un desgarrón de tres esquinas en la manga de su abrigo y una mancha negra en la barbilla, el capitán podría haber salido directamente de una audiencia con Su Majestad, el rey Jorge II.

Sacando un pañuelo de seda del bolsillo de su chaleco, el caballero se dio unas palmaditas en la frente empolvada y sonrió disculpándose.

—No esperaba encontrarte a bordo, querida. —Los ojos marrones centellearon.

—Y supongo que yo podría decir lo mismo de usted.

Los tacones de sus botas negras españolas chasquearon y se inclinó ligeramente ante Bruce.

—Señor. —Se rió entre dientes—. ¿No va a presentarnos? —le exigió a Charlie, y luego volvió a reírse ante su silencio atónito—. Entonces usted debe permitir que me presente. Capitán

Quincy James McCade de la *Bruja Escarlata*. El caballero Jim McCade, a su servicio, señor. Parece que Charlie no ha considerado oportuno informarle de nuestra conexión anterior. Soy su padre.

Capítulo 13

—¿Qué locura es esta? —Bruce exigió—. ¿Charlie? —La miró, leyendo la verdad en sus ojos —. No. No puede ser.

—¿No puede ser? —El capitán Quincy McCade se encogió de hombros—. Encuentra tu lengua, muchacha, o me veré obligado a enviar a tu hábil protector a su recompensa final. Parece que habrá algunos de mis buenos hombres esperando en el infierno para darle una calurosa recepción. —Indicó los cuerpos esparcidos con un desdeñoso barrido de su mano—. Encuentro tu silencio poco natural, Charlie. Normalmente no te cuesta encontrar palabras.

Bruce maldijo en voz baja cuando Charlie se puso rígido y se liberó.

—¿Estás compinchada con este... este pirata asesino?

Ella se encogió de hombros.

—Es cierto que es mi padre, pero no asumo ninguna responsabilidad por sus acciones. Cree lo que quieras. —Miró a su padre. —Este es mi capataz. Se llama Bruce Keegan y te agradecería que dejaras de apuntarle con esa pistola.

McCade se rió.

—Así me gusta. Suelte el alfanje, Keegan. Con cuidado. No te lo pediré dos veces.

—Hazlo, Bruce, —instó Charlie—. Te matará si no lo haces.

—¿Y si lo hago?

—¿Tienes una opción? —El dedo de McCade apretó el gatillo de la escopeta de pedernal.

Con una maldición, Bruce arrojó el alfanje.

—Ahora tus pistolas, Charlie, —insistió McCade. Ella se las entregó, con la culata por delante—. Bien. —Hizo un gesto al hombre musculoso del abrigo rojo—. Gavin, ponlos a salvo a bordo de la *Bruja Escarlata.* Ponle grilletes al caballero hasta que haya tenido tiempo de enfriar ese temperamento escocés. —Cruzando los brazos sobre el pecho, McCade se volvió ferozmente hacia su tripulación. —Bueno, ¿a qué estáis esperando? ¿Vais a quedaros aquí parados mientras el balandro se hunde? Trasladar los objetos de valor.

Dos fornidos marineros agarraron los brazos de Bruce y se los retorcieron por detrás.

El enano se adelantó para sujetar las esposas en las muñecas del escocés. Los ojos grises de Bruce se clavaron acusadoramente en los de Charlie. Sus rasgos estaban inmóviles.

Avergonzada, apartó la mirada, incapaz de ver cómo empujaban a Bruce hacia la borda.

—tú también, Charlie —ordenó Gavin. —Ya lo has oído. No des problemas y no tendré que ponerte grilletes.

—Bien, Gavin—. Charlie sonrió dulcemente al apuesto gigante rubio—. He oído que te ahorcaron en Lewes, en el Delaware.

—¿Y derramaste alguna lágrima por mí? —preguntó cáusticamente.

—Lo hice—. Gavin le puso una mano manchada de sangre en el brazo y ella la apartó despectivamente—. Estaba desolada, —continuó en voz baja—. Temía que Lucifer hubiera venido a recoger tu alma negra y yo no hubiera estado allí para verlo.

Bruce desplazó su peso, intentando aliviar los calambres de sus brazos, y se asomó a la negrura estigia de la bodega. El hedor acre del agua de sentina agria, el azufre y el alquitrán era lo bastante espeso como para asfixiar a un hombre. Movió los dedos, provocándole un dolor atroz en las manos y los codos.

Había perdido toda noción de ellos. Los sonidos que se filtraban desde la cubierta superior quedaban amortiguados por el chapoteo del agua y el crujido de la madera. Sólo el pesado trasiego de la carga eran audibles por encima del chirrido y crujido de las ratas y ratones que compartían su prisión.

Lo he vuelto a hacer, pensó. He confiado en una mujer y ella me ha traicionado. Nunca habría sido capturado por los soldados del rey Jorge en Edimburgo si no hubiera sido por una putita mentirosa con cara de ángel. Había pasado la noche en sus brazos y luego ella se había reído cuando los soldados lo capturaron aún en su cama. La puta le había traicionado por oro inglés; se preguntó qué excusa daría Charlie.

Un animal le pasó por la pierna y Bruce maldijo, dándole una patada. Gracias a Dios que no le habían encadenado los tobillos. Los pensamientos de alimañas caminando sobre él... o algo peor... hacían que se le erizara el vello de la nuca.

Todavía estaba en estado de shock. No era de extrañar que los cargamentos de tabaco de Charlie siempre llegaran a Inglaterra. ¡Su padre era un pirata fanfarrón! Y no un pirata cualquiera, sino el infame Jim McCade. La ira le subió a la garganta tan espesa que lo amordazó. ¿Charlize Palmer cómplice de piratería? Era increíble. ¿Cómo podía un hombre intimar tanto con una mujer como lo había hecho con Charlie sin sospechar?

Bruce había conocido a contrabandistas -bueno, su amigo Fraser era contrabandista- pero ¿piratería? A pesar de la reputación del caballero Jim por sus refinados modales con las damas, seguía siendo nada más que un ladrón y un asesino. ¿A cuántos hombres había matado sólo en el ataque al Snow Princess?

Cerró los ojos y ralentizó forzosamente su respiración. No ganaría nada enfureciéndose como un toro impotente. Si pretendían matarle, era probable que lo hubieran hecho inmediatamente, razonó. Que fuera un prisionero era un punto a su favor. ¿Le estaban impresionando como tripulante? No sería el primer hombre que navega bajo una calavera contra su voluntad.

El chirrido de la tapa de una escotilla al ser apartada dio el aviso segundos antes de que un rayo de luz iluminara la prisión de Bruce.

—El capitán quiere verte, —llamó una voz áspera—. Date prisa, granjero, y no me des problemas o te enviaré al fondo del mar sin tu cabeza.

Bruce subió con dificultad la escalera hasta la cubierta, parpadeando a la luz. Unas manos fuertes y el frío acero le presionaban la nuca. Seguía lloviendo, pero una espesa niebla rodeaba la goleta. No había rastro del Snow Princess ni de ningún otro prisionero y sólo el fresco tajo hecho por una bala de cañón en la cubierta para demostrar que había habido una batalla.

Murmullos airados siguieron el avance de Bruce hacia la popa del barco. Contó más de treinta piratas en cubierta, algunos remendando heridas y limpiando armas, otros izando una vela bajo la dirección de un contramaestre de mirada dura. Le empujaron a través de otra escotilla y bajaron por una escalerilla. Al final de un estrecho pasillo, la escotilla del camarote del capitán estaba abierta.

Bruce agachó la cabeza para entrar.

La pequeña estancia estaba iluminada por un elegante farol de latón y una portilla de vidrieras. Charlie estaba sentado en una mesa redonda de caoba frente a McCade, y el hombre de pelo rubio, Gavin, estaba de pie junto a la pared del fondo examinando una carta.

—¡Bruce! —Charlie se puso en pie—. ¿Estás bien?

—Te dije que lo estaría —aseguró McCade—. Ten un poco de fe en tu padre.

Hizo un gesto al marinero.

—Quítele las esposas. —El hombre hizo lo que se le dijo y el capitán le indicó la silla vacía que había a su lado—. Toma asiento, escocés. En cuanto terminemos de jugar, podremos decidir qué hacer contigo.

Bruce se acercó a la silla, frotándose las muñecas para recuperar la sensibilidad.

Por un instante su mirada se encontró con la de Charlie. No había duda de la advertencia en sus ojos. Su rostro estaba pálido, pero se había bañado y arreglado el pelo y llevaba un elegante vestido azul ribeteado con hilos de plata.

Un tablero de ajedrez yacía sobre la mesa, las piezas intrincadamente talladas en marfil y jade. McCade hizo rodar un caballo de marfil entre los dedos de su mano izquierda. Su mano derecha permanecía oculta bajo la mesa. Bruce apostaría el sueldo de un año a que sostenía una pistola cargada.

—¿Juegas, Escocés? —preguntó McCade. Había cambiado su abrigo azur desgarrado por uno de color púrpura intenso. Su calzón de seda blanca estaba anudado y prendido en la garganta con un broche de filigrana de oro, y los puños de encaje de su camisa estaban almidonados, planchados e impecables—. Gavin es un jugador de ajedrez abominable —declaró, sonriendo a Bruce con simpatía—. Podría perdonarle la vida si me ofreciera una partida decente.

Al ver juntos a McCade y Charlie, Bruce quedó impresionado por el parecido. Un extraño que se los encontrara en las calles de Chestertown los tomaría por padre e hija, si no por hermano y hermana. Los rasgos de McCade eran fuertes y bien definidos, su boca tenía una forma similar a la de Charlie, pero eran los ojos los que los delataban. Los irresistibles ojos dorado óxido de Charlize Palmer eran la imagen especular de los de McCade.

Bruce había visto antes a hombres risueños como Quincy McCade. Podía ser un dandi, pero no por ello dejaba de ser peligroso. El hombre era delgado y elegante, y se movía con gracia y propósito. Sí, Bruce estaba seguro de que el capitán sostenía una pistola en el regazo, y aún

más seguro de que una palabra equivocada o un movimiento brusco traerían una respuesta instantánea e irrevocable.

—¿Qué pasó con Snow Princess y su tripulación? —preguntó Bruce. —¿La hundieron?

McCade estudió pensativamente al caballo blanco y luego alargó la mano para derribar un alfil de jade.

—¿Cuántas veces te lo he dicho, Charlie? Tienes que planificar con antelación.

—Todavía estaba a flote cuando lo dejamos, —dijo Charlie—. Los fuegos estaban apagados y el capitán Webb en pie. Llegará a la orilla.

—¿Nos toman por bárbaros? —preguntó McCade—. No le quito la vida a un hombre sin motivo. Tenemos la carga. ¿Por qué debería hundir el balandro?

—Para silenciar a los testigos.

—¡Ah, Gavin, un hombre que se guía por su propio corazón! —McCade miró a su teniente —. ¿Has oído eso? Puede que tenga madera de corsario.

Charlie movió el alfil que le quedaba en diagonal por el tablero para capturar el castillo de marfil.

—Te estás distrayendo, Quincy.

—¿Tú crees? —Él barrió su alfil victorioso con la dama blanca. —Juegas bien para ser mujer. Gracias a Dios que heredaste mi cerebro en vez del de tu madre. Pero las mujeres no tienen intelecto para el ajedrez. ¿No estás de acuerdo, escocés?

Bruce dio un asentimiento a regañadientes.

—Nunca he conocido a una que lo tuviera. —Charlie le lanzó una mirada de frío desdén—. El ajedrez es un juego de monos, —continuó Bruce—, y pocos tienen la mente para ello.

—Tienes el acento de la tierra natal de mi abuelo, —dijo McCade—. Pero, ¿quién ha oído

hablar de un escocés con un nombre tan extravagante como Bruce Keegan? —Sonrió perezosamente—. Pero quizás no sea tu nombre de pila. ¿Has adoptado, como muchos en nuestra hermandad, otro nombre?

—No. —Bruce apoyó ambas manos sobre la mesa y se inclinó hacia atrás para aliviar los músculos acalambrados de su columna vertebral—. Es el nombre con el que me bautizaron.

—Jaque. —La sonrisa de McCade se ensanchó.

Bruce miró el tablero y frunció el ceño. Señaló el caballero de jade restante.

—Muévelo hacia atrás y a través para defender a tu rey, —sugirió.

El labio inferior de Charlie se tensó. Se inclinó hacia delante y mordisqueó un nudillo.

—Está enferma, Quincy. Quizá moribunda. —Le miró a los ojos—. Quiero verla.

—¿Y crees que yo no? —respondió él suavemente.

—Es mi madre, maldita sea.

—Ah, sí. Milicent, la madre cariñosa. Es buena manteniendo el afecto de los más cercanos a ella. Es su intensa devoción, su lealtad, lo mejor de ellos, ¿no crees?

Charlie coloreó.

—Mira, no me gusta mucho; ni siquiera sé si la quiero. Pero, maldita sea, Quincy, tengo que ir con ella, ¿no lo ves? No tengo tiempo para tus estúpidos juegos. —Su mano temblaba mientras movía un peón verde.

—Cálmate, Charlie, —McCade se rió mientras recogía su peón—. Siempre te descuidas cuando estás enfadada.

—¿Qué voy a decir cuando el capitán Webb informe de que nos han capturado unos piratas? —Ella agarró el borde de la mesa—. No permitiré que vuelvas a destrozarme la vida.

—¿Otra vez? —McCade sacudió la cabeza con fingido pesar—. Ya se te ocurrirá algo.

Quizá tu cariñoso padrastro te pidió un rescate. —Miró significativamente de ella a Bruce y viceversa—. Tu historia sería más fácil de creer si me lo quedara.

—No le metas en esto, —espetó Charlie—. Bruce no es asunto tuyo.

—¿No? Él mató a uno de mis mejores hombres ayer. Un amigo .

—Tú no tienes amigos, Gavin.

—Basta, —dijo McCade.

—Yo le disparé al bastardo, —se jactó Charlie—. Lástima que no te cruzaras en mi punto de mira.

—Jaque.

—Prometiste ponerme en tierra, —le recordó a su padre mientras movía otra pieza para defender a su rey.

—¿Cuándo te he mentido? —Él suspiró—. Yo no te haría daño, Charlie. Deberías saberlo.

—Si no quieres hacerme daño, entonces mantén tus manos fuera de lo que es mío. Es un buen Capataz. La propiedad Palmer lo necesita.

—Es la primera vez que lo oigo, —dijo Bruce. Charlie lo fulminó con la mirada.

—La cuestión es si este escocés es más valioso para ti vivo... que para nosotros muerto. —McCade movió un alfil de marfil.

Charlie movió su reina.

—Jaque mate. —Se rió suavemente—. Mi juego, Quincy.

Bruce y Charlie permanecieron inmóviles en la orilla fangosa del río mientras el débil chapoteo de los remos señalaba la partida de la pequeña embarcación. La lluvia había cesado, pero el cielo encapotado no permitía que se filtrara la luz de la luna. La noche era tan negra que resultaba imposible ver más allá de unos metros por delante. El barco pirata no era ni siquiera una sombra contra el James.

Charlie rompió su silencio autoimpuesto.

—Debería amanecer en unas horas. No estamos lejos de un lugar que conozco donde podemos resguardarnos del frío. Rosewood está río arriba, por ahí. —Señaló—. Podemos caminar hasta allí fácilmente una vez que amanezca.

—¿Vamos a continuar hacia la casa de tu madre, entonces, como si nada hubiera pasado? ¡Maldita seas, mujer! Me has engañado.

—¡Idiota! —le espetó ella—. ¿Cómo te atreves a quedarte ahí y acusarme? Te saqué de ese lío entero, ¿no? —Ignorándole, Charlie empezó a caminar rápidamente más allá de los contornos sombríos de los árboles.

—¿Me sacaste de él? Fue tu padre quien me liberó, no tú, —protestó Bruce mientras cogía el pequeño cofre marino de madera y la seguía—. No sé por qué lo hizo, pero dicen que el caballero Jim es conocido por su retorcido sentido del honor.

Charlie caminó más deprisa cuando sintió que el suelo se hundía y sus pies encontraron el duro sendero empedrado. Se agachó bajo una rama baja, secretamente contenta cuando oyó a Bruce detenerse y maldecirla.

—Espérame, maldita sea, —le gritó.

Una forma sólida se asomaba en la negrura por delante. Charlie extendió la mano, palpando el revestimiento desgastado del granero, y avanzó a tientas por la esquina hasta llegar a una puerta. Sus dedos encontraron el pestillo de madera. Giró con facilidad y ella abrió la puerta.

El aroma del heno fresco y de los caballos llenó sus fosas nasales.

—Hola —llamó—. ¿Hay alguien aquí? —Un bufido y un pisotón nervioso fueron la única respuesta.

—¿Charlie? —La voz de Bruce llegó débilmente a través de las paredes— ¿Dónde estás? No veo nada.

Hubo un golpe suave y un profanidad incomprensible desde la puerta. Riéndose entre dientes, Charlie tanteó a lo largo de la pared en busca de una linterna y el yesquero en el nicho de abajo. Unos cuantos intentos torpes produjeron una chispa y pudo encender la vela y volver a colocarla en el farol.

Un resplandor de luz blanca amarillenta iluminó el pequeño establo. El edificio estaba dominado por un robusto establo de troncos; un caballo alazán inclinaba curiosamente la cabeza sobre la barandilla superior. En el otro extremo de la habitación había una litera empotrada en una pared y un rudimentario armario que contenía jarras de vajilla y un cubo de madera. El tejado era bajo, inclinado hasta menos de metro y medio en la parte trasera.

—¿Qué lugar es éste? —gruñó Bruce, dejando caer el cofre marino. —¿El nido de amor de un pirata?

Ella soltó una risa irónica.

—tu suposición no está muy alejada. Estamos en Bantree. Pertenece a James Pade, un vecino de mi madre. —Charlie apoyó ligeramente las manos en las caderas—. Lord Pade acostumbra a hacer visitas nocturnas a ciertas damas. Siempre solía guardar aquí un caballo y ciertas cosas necesarias para poder pasar la noche si era demasiado tarde para volver a casa. Yo solía jugar aquí de niña. Quincy me dijo que los hábitos de Pade no han cambiado.

—¿Y este Pade está aliado con tu padre y sus amigos piratas?

—¿James Pade? —Ella se rió—. ¡Dios santo, no! ¿Un hombre de cuarenta y cinco que

tiene tanto miedo de su madre que no admite tener impulsos naturales estar involucrado con los piratas?

Bruce cruzó el espacio que los separaba y la agarró bruscamente del brazo.

—¡Esto no es un juego! He presenciado lo suficiente como para colgaros a todos.

—¿No es un juego? —Ella intentó soltarse, pero los dedos de él mordieron cruelmente su carne—. Suéltame, maldito seas.

Ella le dio una patada y él la esquivó, atrayéndola contra su pecho. Charlie dobló un puño e intentó golpearle en la cabeza.

—No, no tendremos nada de eso, —dijo él, cogiéndole la muñeca con la otra mano—. Tendrás que dar algunas respuestas si no quieres que te entregue a la justicia de Su Majestad. No seré parte de la piratería.

—¡Suéltame! Te mataré. ¡Juro que te mataré si no me sueltas!

—¿Por qué, Charlie? ¿Por qué me soltó? Tu padre podría haberme cortado el cuello.

La ira bañó a Charlie en olas carmesí. Las lágrimas le quemaban los ojos mientras luchaba inútilmente contra él.

—Debería haberles dejado, —gritó—. Me habría librado bien de ti.

Sujetándole ambas muñecas con una mano, Bruce la mantuvo a distancia y le ahuecó la barbilla con la otra.

—¿Eres partícipe de su arte negro? ¿Fue por tu culpa que murieron aquellos hombres a bordo del Snow Princess?

Charlie le maldijo hasta que hubo agotado todas las expresiones que había oído e inventado unas cuantas originales además. Poco a poco su rabia se desvaneció y empezó a temblar en la fría noche. Su voz bajó hasta convertirse en un susurro ronco.

—Era un juego, bobo estúpido. Una partida de ajedrez. —Ella se balanceó y se habría caído si él no la hubiera agarrado—. La partida, —repitió ella inexpresivamente—. Jugué por tu vida, Bruce.

Él sacudió la cabeza con incredulidad.

—No, no era más que para pasar el rato.

—¿Por qué debería decir nada? Cuando te digo la verdad, dices que miento. ¿Quieres que te diga mentiras? ¡Puedo! —gritó ella.

—Pero el vestido... el cofre allí... la forma en que te trató. Era evidente que eras...

—¿Su invitada? —Charlie soltó un resoplido amargo—. ¿Hubiera sido más feliz si me hubiera entregado a la tripulación para su placer? —Ella se retorció libre y retrocedió hasta que sintió los raíles del tronco de la caseta contra su hombro—. ¿En qué otro lugar de ese barco habría estado a salvo? —preguntó sarcástica—. Mis ropas estaban empapadas de sangre. ¿Tenía que dejármelas puestas, renunciar a lavarlas para no ofender tu fino sentido del honor?

Temblando de rabia, dio un paso hacia ella, con los puños apretados a los lados.

—¿Fuiste parte de ello?

—¡No! No lo fui... al menos no de la forma que tú quieres decir. Piensa, hombre, ¡si tienes cerebro! ¿Derribaría yo a los propios tripulantes de mi padre si formara parte de ello? Ni siquiera sabía que era él hasta que vi a ese enano engendrado por el diablo. Mi padre pensó en mantenerte a bordo para reemplazar algunas de sus pérdidas. Gavin quería tu cabeza, pero Quincy dijo que eras demasiado bueno con un alfanje para desperdiciarlo.

—¿Y si me hubiera negado?

—Te habría entregado a Gavin.

Sus manos estaban de nuevo sobre sus hombros, pero no había lugar para que Charlie

huyera.

—Le pides que crea en tus palabras, muchacha. Pero no naci ayer para poder ver...

—¡No te estoy pidiendo nada! —le espetó ella—. Discutimos por ti y le hice una apuesta. Le divirtió lo suficiente como para aceptar.

—¿Decías la verdad sobre la *Snow Princess?* ¿La dejaron a la deriva?

—Eso será bastante fácil de probar, ¿no?

Bruce dejó caer las manos para ahuecar su rostro y se encontró con su mirada penetrante.

—¿Desde cuándo sabes de él?

Los ojos de Charlie se vidriaron de dolor.

—Desde que era pequeña, —se atragantó—. Solía venir a la plantación. Mi abuelo nunca lo supo. Quincy dijo que si lo contaba, quizá tendría que matarle. —Vergonzosamente, las lágrimas volvieron a brotar cuando los primeros recuerdos de su padre se agolparon en su memoria—. Fue a mi abuelo a quien engañé, —susurró con voz ronca—. Nunca le hablé de Quincy. Jamás. Nunca se lo dije a nadie más que a Milicent.

—Calla, calla —la tranquilizó Bruce, atrayéndola contra él y rodeándola con sus brazos protectores—, Te enfermarás de llorar, muchacha.

—Le odiaba, —sollozó ella—. Lo hacía... pero era mi padre. No podía dejar que él y mi abuelo se mataran. No por mi culpa. No podía.

—Calla, calla, —murmuró él en su pelo—. Te creo. —Y, Dios le ayudara, quería creerla. Quería creer en su inocencia.

—No erais más que una chiquilla. Es fácil ver cómo caísteis en su trampa. Ninguna niña traicionaría a su propio padre.

—¿Ni aunque fuera un pirata... un asesino?

—No, muchacha. Ni siquiera entonces.

Bruce agachó la cabeza y apretó los labios contra la boca temblorosa de ella. Ella se aferró a él, amoldando su cuerpo al suyo.

—¿De verdad jugabas por mi vida? —le preguntó mientras la estrechaba fácilmente entre sus brazos.

—Sí.

Ella emitió un pequeño sonido de placer mientras él enterraba la cara en su cuello. Él era tan cálido... tan cálido... y ella necesitaba ese calor, necesitaba su fuerza y su consuelo.

—No podía dejar que te tuviera, —susurró mientras los rápidos dedos de él encontraban los cordones de su vesido. Hubo un crujido de satén cuando la prenda cayó al suelo. Entonces él estaba besando sus hombros desnudos y la elevación de sus pechos. Ella gimió y levantó los labios. Bruce apagaría la pesadilla, aunque sólo fuera por esta noche. Le necesitaba como nunca había necesitado a nadie.

Se inclinó sobre ella, hundiendo la lengua profundamente en su boca, reclamándola con sus poderosas manos y sus labios acariciadores.

De algún modo, estaban en la estrecha litera, sin su vestido y con el pecho desnudo de él presionado contra sus pechos turgentes. Sus piernas envolvían las de ella mientras sus dedos la tocaban y se burlaban, llevándola al estremecedor precipicio del doloroso deseo. No había nada más que Bruce, su tacto, sus suaves palabras de amor.

—Te deseo, —murmuró entrecortadamente—. ¡Te deseo ahora!

Con un grito de pasión tiró de él hacia ella, elevándose para encontrarse con los empujes viriles de su cuerpo, llegando a unir su alma con la de él, hasta que ambos se perdieron en un éxtasis unido.

Lloró de nuevo en sus brazos, pero las lágrimas no eran de pena sino de alegría.

La agonía del engaño de una niña, la llaga supurante de la culpa habían desaparecido.

En algún momento de las horas previas al amanecer, la vela chisporroteó y se apagó.

—Mira eso, —susurró Charlie—, es hora de dormir.

—No, mujer, no habrá sueño para ti esta noche, —se burló él, atrapando su brazo desnudo entre los dientes y mordisqueando tiernamente la suave carne—. Qué necesidad tiene un monje de luz cuando puede sentir esto... y esto...

Ella jadeó, contraatacando con dedos burlones.

—Me alegro de haber ganado, —murmuró—. No habría sido lo mismo pasar la noche aquí sola.

Con un gruñido fingido, él la empujó hacia atrás y se acurrucó contra su pecho, tomando la punta de su pezón entre los labios.

—¿Y siempre ganas? —le preguntó cuando salió a tomar aire.

—Esta ha sido la primera vez, —respondió ella suavemente.

—¡Qué diablos dices!

—Bueno, —concedió ella, moviendo las piernas para tomarle entre sus muslos—. Sabía que tendría que vencerle tarde o temprano. Llevo diez años dejando que me gane.

Capítulo 14

Los párpados de Charlie parpadearon y se acurrucó más en el plumón, arropándose más con las mantas de lana contra el frío de la mañana de Virginia. Los deliciosos olores invadieron sus sueños una vez más y ella gimió somnolienta, estirando la mano para asegurarse de que el hombre que había compartido su pasión era real y no un capricho imaginario. Su mano sólo sintió el espacio vacío a su lado y sus ojos se abrieron de par en par. Durante unos segundos miró fijamente alrededor del granero, dejando que todo lo que había sucedido en los dos últimos días cayera en su sitio. Finalmente se dio cuenta de que, salvo por el caballo alazán, estaba sola en el establo.

—¡Bruce! —Se incorporó, tirando de la capa sobre sus pechos desnudos—. Bruce, ¿dónde estás?

Su voz llegó tranquilizadoramente a través de la puerta abierta con la luz del sol de la mañana.

—Tranquila, muchacha, estoy aquí. ¿Vas a dormir todo el día? —Sus anchos hombros llenaban la abertura; su rostro estaba ensombrecido, pero ella podía imaginar su sonrisa autosatisfecha.

Una vez más la envolvió el maravilloso aroma de la comida. Para su vergüenza, su estómago gruñó.

—No hace falta que parezcas tan satisfecho de ti mismo, —dijo Charlie con pereza.

Bruce rió cálidamente mientras se sentaba en el borde de la litera y le plantaba un beso en la punta de la barbilla.

—No es una barbilla para una mujer, —se burló—. Es demasiado firme. Una mujer con una barbilla así está destinada a tener problemas, diría mi abuela. Una mujer así probablemente silba.

Ella le cogió la mano y se llevó los dedos a la boca, besando suavemente el lugar entre las uñas y los nudillos.

—¿Y qué hay de malo en una mujer que silba? —preguntó con voz gutural.

—Las chicas que silban y las gallinas que cacarean siempre acaban mal. Es un hecho conocido, —declaró él con suavidad, y luego le besó los labios de la forma más satisfactoria.

Charlie le rodeó el cuello con los brazos, inhalando su fuerte aroma masculino. Se había bañado, Dios sabía dónde, y su pelo y su barba aún estaban húmedos. Sintió que el rubor subía a sus mejillas al recordar la sensación de aquella barba contra ella.

—Bruce. —Ella lo apartó—. ¿Qué es ese olor? —Ella olfateó. Era imposible, pero olía a salchicha, a salchicha recién hecha.

—Hmmmp. Eso demuestra que eres un kelpie si puedes hacer que un escocés olvide su desayuno. —La golpeó juguetonamente en un muslo desnudo—. Como no has dado muestras de atender a nuestras necesidades corporales, nos he preparado el desayuno.

—¿Desayunar? ¿Con qué? —Se apretó más la manta y se levantó de la litera, buscando su vestido desechado. Bruce se lo lanzó—. ¿No vas a darte la vuelta al menos?

—No.

Riendo, Charlie dejó caer la manta y se puso el arrugado vestido rápidamente, zapateando y frotándose los brazos contra el frío. Él la cogió por la cintura, le levantó la barbilla y la besó los labios.

Una excitación ardiente recorrió las venas de Charlie. ¿Qué tenía este hombre que su más leve contacto podía hacerla temblar como una hoja de sauce en una tormenta? Cada hora, cada día, él se convertía más en parte de ella, hasta que pensar en la vida sin él era como mirar al vacío. Los dedos de ella se apretaron en la nuca de él y se humedeció los labios para encontrarse de nuevo con los de él.

Ambos estaban sin aliento cuando el beso terminó. Con áspera impulsividad, Bruce la empujó hasta dejarla a un brazo de distancia y la miró a los ojos bañados en oro.

—Hay una cosa que me gustaría decirte, muchacha—, dijo roncamente.

Ella parpadeó, y durante un latido Bruce miró fijamente la agitación del alma desnuda de Charlie.

—No, dulzura, —la tranquilizó—, no es nada malo. —Le ahuecó la cara entre las manos —. En el barco, cuando los piratas vinieron hacia nosotros… —Se aclaró la garganta—. Tienes una forma, mujer, de hacerme sentir tan incómodo como un muchacho—, admitió con una sonrisa—. Lo que intento decir es que he luchado al lado de muchos hombres, pero ninguno con tanto valor. Puedes guardarme las espaldas cuando quieras y donde quieras.

La alegría sustituyó al miedo en sus ojos y se arrojó a sus brazos.

—Tú tampoco lo haces mal, para ser un virginiano, —se burló, moldeando su cálido cuerpo contra el de él.

—Eres una mala costumbre, moza—, murmuró él entre sus cabellos. —Un hombre no puede hacer nada para no amarte.

Ella rió y se soltó.

—¿Dijiste desayuno?

Él la condujo a una pequeña hoguera fuera del granero. Charlie parpadeó. Sobre una tabla de leña limpia había salchichas y trozos de pan de maíz con mantequilla. Cuatro huevos, aún en

sus cáscaras, estaban apoyados contra la losa, y el fuerte olor a té salía de una tetera en equilibrio sobre el fuego.

—¿Dónde has...? —Ella le miró con suspicacia—. ¿No habrás cocinado esto?

—Mi señora. —Hizo un gesto galante hacia un tronco caído—. ¿Tomará miel con su té esta mañana?

—¡Bruce!

—¿Sí, muchacha? —Eficientemente colocó dos de las salchichas y una rebanada de pan de maíz sobre el plato improvisado. Añadió un huevo y depositó la ofrenda en el regazo de ella, luego empezó a verter el té en una taza de hojalata.

—El té puede haber venido del granero, pero no el resto. ¿De dónde has sacado esta comida, Bruce? —preguntó ella.

—Cuidado con el té, está caliente—, advirtió. Con suficiencia, se sirvió y empezó a devorar el resto de la comida.

Charlie mordisqueó tentativamente una salchicha y la encontró deliciosa. Sin dudarlo, empezó a comer, terminando cada bocado y sorbiendo el té celestial.

—No me lo vas a decir, ¿verdad? —le dijo cuando hubo terminado.

Él sonrió.

—Puede que tú hayas compartido el pan con tu ilustre padre, pero yo no. Necesitaba comer algo antes de morir de hambre. —Señaló hacia el oeste, donde una fina columna de humo se elevaba por encima de los árboles—. Cogí unas monedas del cofre y me acerqué a los vecinos. La señora de la casa estuvo encantada de venderme los ingredientes para una comida adecuada.

—¿Y no molestó a tu sentido del honor usar la moneda de un pirata para comprar tu desayuno?

—No. —Los ojos de Bruce centellearon bajo el mechón caído de pelo oscuro—. Un hombre debe ser práctico.

Charlie se quitó las migas de las manos y la camisa.

—Si has llenado el estómago, quiero que lleves un mensaje a Lady Pade. Debes tener una muda de ropa decente. —Charlie puso los ojos en blanco ante sus prendas rotas y sucias—. Y necesitaremos que nos presten un carruaje o incluso un carro.

—Dijiste que estábamos a poca distancia de Rosewood. Si tu madre puede estar muriendo, ¿por qué el retraso?

—Anoche no pensaba con claridad. Ya conoces a estos virginianos, tan altaneros como el mismísimo Lucifer. Mi padrastro está entre los peores. Si llegamos pareciendo gitanos, podría negarse a admitirnos. —Ella sacudió la cabeza—. No, debemos planearlo con cuidado. Lady Pade es amiga de mi madre y sabe que no soy ningún peligro para su precioso hijo. Ella nos ayudará por el bien de Milicent. Puedes llevarte el alazán. La mansión de los Pade está sólo a una milla más o menos al sur.

—¿Y si llegamos demasiado tarde para ver a tu madre?

El castaño de Charlie se arrugó de preocupación.

—Si lo hacemos, lo lamentaré. Pero no seré avergonzada por Nicholas Randall. No otra vez... nunca.



Las ruedas del carro amarillo giraban sobre la tierra empedrada mientras Bruce guiaba a la yegua negra por el carril arbolado y atravesaba las enormes puertas de Rosewood. Charlie se agarró al lateral del carro con una mano; la otra estaba cerrada en un puño a su lado. Ninguno de los dos

había hablado en los últimos tres kilómetros.

Cuando Bruce había regresado de la plantación Pade con el caballo y el carro, también había traído la noticia de que habían llegado demasiado tarde.

—El funeral fue ayer, —había dicho suavemente—. Lo siento, muchacha. Habrías llegado a tiempo si...

—Si nuestra nave no hubiera sido capturada por la *Bruja Escarlata.*

Milicent estaba muerta. Charlie aún no podía creerlo. ¿Había estado hermosa en su ataúd, o la fiebre se había llevado hasta su hermosura? Temblaba en el aire de la mañana. ¿Por qué la habían enterrado tan rápido? ¿Tanto la odiaba Nicholas que negaría la presencia de Charlie en el funeral de su propia madre?

El camino de tierra se curvó alrededor de un muro, lo que les permitió ver con claridad la magnífica casa de ladrillo. El edificio original, una casa solariega de un piso y medio, había sido aumentado con una estructura central cuadrada que se elevaba tres pisos completos, y luego duplicada en el lado más alejado de la nueva adición. Era una casa impresionante, incluso para la aristocracia del río James, y la vista no dejaba de encender el temperamento de Charlie.

Bruce refrenó el caballo.

—A tu padrastro no parece faltarle nada de lo necesario para vivir, —dijo secamente.

—¿Te gusta? —Los ojos de Charlie se oscurecieron—. El dinero de mi madre lo pagó todo. Dos de sus plantaciones fueron sacrificadas para construir esto: mil ochocientos acres de tierra de tabaco de primera. —Frunció los labios como si hubiera probado algo amargo—. Nicholas tendrá lo mejor, —continuó—. Los caballos más rápidos, las mujeres más bellas. Una vez cambió a la doncella favorita de Milicent por un sabueso, y luego disparó al perro cuando perdió el rastro de un zorro durante una persecución.

—Suena como un hombre con falta de sentido común.

—Es peor que eso. Me aterrorizaba cuando era niña. Una vez me pegó con una fusta por romper un platillo. —Algo frío parpadeó en el fondo de los ojos oscuros de Charlie—. Tenía cuatro años. Mi madre miraba sin decir una palabra. —Inhaló profundamente, dejando caer su mirada hacia una hilera de césped pulcramente cuidado—. Siempre quise preguntarle por qué. Supongo que ahora nunca lo sabré.

—¿Ha pensado que quizá ella también le tenía miedo? —Charlie asintió—. Ella es... era. —Juntó las manos, agarrándolas con fuerza—. Solía pegarle siempre que se enfadaba... y Nicholas se enfada con frecuencia.

—Sin embargo, ella se quedó con él todos estos años.

—Creo que la culpé más por eso. Ella podría haber vuelto a casa a La propiedad Palmer. Después de la muerte de mi abuelo, le escribí y le rogué que viniera. Con gusto le habría dado refugio.

Bruce echó las riendas sobre el lomo de la yegua y el carro rodó hasta la puerta. Un criado corrió a coger la cabeza del caballo. Bruce bajó del carro, caminó detrás y ayudó a Charlie a bajar. Ninguno de los dos había pasado por alto la corona negra de la puerta principal.

Una criada desconocida les hizo pasar al vestíbulo.

—¿La esperan, señora? —preguntó tímidamente—. El amo Randall está de luto.

—Dígale a su amo que La señorita Charlize Palmer de La propiedad Palmer deseo verlo inmediatamente, —dijo Bruce.

—Sí, señor.

La muchacha se alejó apresuradamente y Bruce guiñó un ojo a Charlie.

—Levanta la barbilla, muchacha, —dijo en voz baja—. Nicholas Randall no usará una fusta contigo hoy.

El pomo de una puerta giró detrás de ellos y Charlie se volvió para mirar fijamente a la mujer que había en el umbral.

—¿Milicent? —Su rostro se blanqueó y dio un paso atrás—. ¿Milicent?

—Charlie.

Incluso vestida de negro de luto, la mujer era impresionante. Los sorprendentes ojos azules brillaban como gemas contra el lienzo del perfil clásico y la impecable tez inglesa.

Bruce se inclinó.

—Señora Randall. —Fuera cual fuera la explicación, aquella mujer tenía que ser la madre de Charlie. No podía haber dos bellezas semejantes en el James—. Su servidor, señora.

Chispas de colores circularon ante los ojos de Charlie y se clavó las uñas en la palma de la mano.

—Creí que habías muerto, —dijo lentamente.

Una expresión de pena pasó por su bello rostro.

—El funeral fue por tu... —Se le trabó la voz en la garganta—. Por tu hermano Robert. Lo mataron... hace tres días.

Charlie miró a su madre con incredulidad.

—¿Robert? ¿Pero cómo? ¿Un accidente de equitación?

Milicent se llevó un pañuelo a los labios, sacudiendo la cabeza.

—Lo siento, —dijo—. Es... es muy difícil. —Rozó la mejilla de su hija con un beso frío—. Sé que esto es un shock para ti. —Ella suspiró. —Lo fue para todos nosotros. Le dispararon en un duelo por una mujer. Nicholas se lo está tomando muy mal.

—No lo entiendo. Robert me envió el mensaje de que te estabas muriendo. Por eso hemos venido. —Charlie miró de su madre a Bruce confundida—. Disculpa, Milicent. Este es el señor

Bruce Keegan, mi capataz.

—Encantado de conocerlo, señor, —dijo Milicent—. Debe haber habido algún error. Tuve un poco de fiebre después de Navidad, pero nada grave. No me imagino a Robert escribiéndote algo así.

—No fue una carta. El capitán Philip Fraser del *Merry* Kate trajo la noticia. Insistió en que era de Robert.

—¿Qué está haciendo aquí? No recuerdo haberte invitado a Rosewood, Charlie. —Un caballero de mediana edad con bata y turbante entró en el vestíbulo.

Charlie se giró para mirar a su padrastro.

—Nicholas, no montes un escándalo, —le tranquilizó Milicent—. Es natural que Charlie venga. Robert también era su hermano.

—Su medio hermano —rectificó Nicholas con frialdad.

Charlie enrojeció de ira. Se lo había esperado. ¿Cuándo aprendería a ignorar el veneno de la lengua de su padrastro?

—He venido a ver a mi madre, —replicó—. No me impondré por mucho tiempo a su preciosa hospitalidad.

—Has elegido un mal momento para venir de visita, —Nicholas miró a Bruce—. ¿Y quién es usted?

—Este es el capataz de Charlie, —explicó Milicent—. El señor Keegan.

—¿Desde cuándo empezamos a recibir ayuda contratada en el salón de Rosewood? —preguntó desdeñosamente—. Espere fuera a su ama, Keegan. Ella no tardará, se lo aseguro.

—Usted no es mi dueño para decirme lo que debo o no debo hacer. —Bruce se erizó.

Sus ojos grises se entrecerraron ominosamente y se movió para interponerse entre Charlie

y su padrastro.

Nicholas se sonrojó cuando la arrogante mirada del escocés lo recorrió, deteniéndose en su cintura cada vez más gruesa bajo el baniano de seda a rayas, y subiendo luego insolentemente hasta la pálida y carnosa papada y los ojos inyectados en sangre.

—Te di una orden, —espetó Nicholas.

—Está bien, —concedió Charlie—. Puedes esperarme en el carro—. Se volvió hacia su madre—.Si no somos bienvenidos aquí…

—Pero lo sois, —insistió Milicent—. Nicholas, por favor... —Ella puso una mano sobre su bata—. Quiero que se quede. Hace meses que no nos vemos.

—Venga, señora, —dijo Bruce.

Charlie no se dejó engañar por el suave rebuzno. Un minuto más y tendría al amo de Rosewood agarrado por el cuello... o por otra parte infinitamente más sensible de su anatomía. Sacudió la cabeza.

—No, estaré bien, Bruce. Espérame fuera. —Ella le lanzó una mirada suplicante. Con el ceño fruncido se volvió hacia la puerta. Charlie contuvo la respiración hasta que la puerta se cerró tras él, luego miró de nuevo a su madre—. Me gustaría hablar contigo antes de irme.

—No hay lugar para el vástago ilegítimo de mi esposa en mi casa, —dijo Nicholas con dureza—. ¡Acabo de enterrar a mi heredero! ¿O lo has olvidado?

—¡Bastardo rencoroso! —gritó Charlie—. ¡Debería haber dejado que Bruce te pateara!

Sus manos se anudaron en puños apretados a su lado, y luchó contra las olas de odio demasiado familiares. Se le revolvió el estómago mientras el malestar le subía a la garganta. Había matado a hombres cuando estaba junto a Bruce en la cubierta manchada de sangre de la *Snow Princess,* pero había tomado esas vidas para proteger la suya. Había tenido miedo de los bucaneros, pero no les había guardado ningún odio. A este hombre lo odiaba, y el odio era tan

profundo que la aterrorizaba.

Lágrimas de rabia se formaron en los ojos de Charlie y ella las apartó.

—Me iré, Milicent, —susurró—. Siento lo de Robert.

—¡No irás! —Milicent se volvió ferozmente contra su marido—. Olvidas de quién es el dinero que compró esta casa, Nicholas. Charlie se quedará hasta que esté lista para irse y tú la tratarás con respeto mientras esté aquí. Si no lo haces...

—¿Si no lo hago? ¿Entonces qué? —Nicholas se encogió de hombros—. Tenla aquí si quieres, pero la quiero fuera de mi camino. —Hizo girar inconscientemente el pesado anillo de oro de su mano derecha—. Y, por supuesto, no tendré a su amante en Rosewood. Puede tener todos los hombres que quiera en su propia plantación, pero no permitiré que el nombre de Randall se mancille por sus celotipias indiscriminadas.

Charlie emitió un sonido estrangulado cuando Nicholas la despidió con una mirada maligna y salió rígidamente de la habitación.

—No puedo quedarme aquí, —susurró Charlie—. No puedo.

—Tonterías, —replicó Milicent con firmeza—. Si te vas, sólo conseguirás que empeore. —Hizo un gesto a su hija para que la siguiera—. Sube a mis aposentos. Haré que Mona prepare una tetera y hablaremos en privado. —Se detuvo con un delicado pie resbaladizo en el peldaño inferior de la ornamentada escalera colgante y sonrió—. Pero tal vez sea mejor que primero despidas a tu escocés. Puede pensar que te hemos encerrado en un calabozo y venir a la carga a rescatarte. —Milicent suspiró profundamente—. Cuánto te pareces a tu padre cuando frunces tanto el ceño. Los ojos de Quincy siempre se oscurecían hasta ese tono exacto cuando estaba furioso.

Charlie miró con entumecida incredulidad a su madre.

—¿Cómo puedes hablar de él tan abiertamente? ¿En esta casa? Con sus espías... —Indicó

el ala de la cocina—. Sabes que le transmiten cada palabra que pronuncias.

Milicent soltó una risa quebradiza.

—Digo lo que me da la gana. No importa. Si no tienen nada que informar, se inventan algo. Él cree lo que quiere creer. Según Nicholas, me reúno en secreto con tu padre todo el tiempo. —Una ondulación de pesar pasó por su semblante impecable—. Ojalá fuera verdad, —musitó. La humedad brilló en los ojos azules como la porcelana y ella sonrió—. No te preocupes por mí, Charlie. Ven y cuéntame todas tus aventuras. Quién sabe cuándo tendremos ocasión de volver a visitarnos.

Charlie tardó en contestar.

—De acuerdo, —dijo finalmente—. Déjame decirle a Bruce que vuelva a por mí dentro de unas horas.

Lanzó a su madre una mirada suplicante.

—No puedo dormir bajo su techo, pero tal vez pueda imponerme a la hospitalidad de Lady Pade durante unos días.

Charlie se dirigió a la puerta y luego se volvió para mirar a Milicent. Bajo las joyas y el satén, bajo la impecable fachada de una dama de Virginia, ¿era posible que encontrara algún rastro de la testaruda Milicent que lo había arriesgado todo por amor?

—¿Por qué? —preguntó Charlie—. ¿Por qué lo soportas? ¿Por qué te quedas con Nicholas?

—A veces me hago esa misma pregunta.

Charlie echó un vistazo a los aposentos privados de su madre. Aparte de la cómoda alta de cerezo de la ebanistería de un nuevo artesano de Filadelfia y una alfombra oriental de ricos colores ante la chimenea, poco había cambiado desde la última vez que había estado en esta habitación. Con sus hermosos muebles, sus encantadores efectos personales y sus raras telas importadas, los aposentos de Milicent seguían siendo un santuario de discreta elegancia.

Charlie cruzó hasta el familiar escritorio de caoba y se agachó para juguetear ociosamente con el tintero de plata. Desde donde estaba, tenía una magnífica vista de los ondulantes prados que descendían hasta el río James. Los caballos pastaban en el prado más lejano y aquí y allá se veía una nube de ovejas blancas.

—Precioso, ¿verdad? —dijo Milicent desde su longue junto a la chimenea. Extendió las manos para atrapar el calor del fuego crepitante—. A veces permanezco allí durante horas y nunca he visto la misma vista dos veces. Mucho más bonito que un cuadro. Los cuadros son tan aburridos. Siempre lo mismo.

—Milicent... Madre. —Charlie se volvió hacia ella—. No quiero hablar de la vista desde tu ventana. Tenemos que hablar de nosotras... de lo que está mal entre nosotras. Y... —Se retorció las manos nerviosamente—. Necesito saber sobre Robert. ¿Por qué me habría mandado venir aquí? Sabes que me odiaba.

—Tonterías. Robert era demasiado vago para odiar a nadie. —Milicent suspiró profundamente e hizo un gesto a su hija—. Ven aquí y siéntate donde pueda verte. Sabes que todo lo que está a más de tres metros es borroso. ¿Por qué tienes que estar siempre tan enfadada? —Una sonrisa genuina se dibujó en su rostro, iluminando sus brillantes ojos azules—. Es la primera vez que me llamas madre en años.

Obedientemente, Charlie se trasladó a una silla de respaldo recto frente a su madre.

—Alguien ha estado intentando matarme.

—Ahora sé que tienes demasiado de tu padre, —replicó Milicent con calma—. ¿Por qué

querría alguien acabar contigo, a menos que sea por tu horrible cocina? Y eso no es una ofensa para matar. —Sacudió la cabeza—. Te estás imaginando cosas. Lo que necesitas es encontrar un buen caballero y casarte con él. Podría presentarte a varios hombres elegibles.

—Nada de buscarme pareja, Milicent, —espetó Charlie—. Creía que tú serías la última en recomendarme el matrimonio. No voy a aceptar un marido, nunca. Puedo gastar mi propio dinero, gracias.

—Y puedo manejar mi propia vida sin las constantes críticas de mis hijos. —Una terquedad se instaló en los ojos de Milicent—. Puede que no sea la mejor de las madres, pero no creo que lo haya hecho tan mal contigo.

Charlie se inclinó hacia delante.

—Tú me echaste—, acusó en voz baja.

—¡Claro que te eché, tonta! ¿Hubieras preferido vivir con Nicholas? —Milicent cogió su aro de bordar y empezó a dar puntadas al delicado dibujo—. Sabía que tu abuelo te mimaría, y allá arriba —hizo un gesto con la mano en dirección general a la parte alta de Chesapeake—. a quién le importaría que tu nacimiento fuera algo... —Hizo una pausa, mordisqueándose el labio inferior—. Si, tu nacimiento fue irregular.

—¡Irregular, demonios! ¡Soy una bastarda!

—No hay necesidad de usar un lenguaje tan vulgar, Charlie. Es una mejora que habría hecho si estuvieras bajo mi tutela. —Ella levantó la vista suavemente—. Nunca te he considerado ilegítima. Simplemente he considerado a Quincy mi primer marido. Es el único hombre al que he amado. Teníamos la intención de casarnos; intercambiamos votos privados. No puedo creer que Dios me lo eche en cara porque circunstancias desafortunadas nos separaran antes de la ceremonia legal real.

—¿Intercambiasteis votos? —Charlie se puso en pie—. Nunca me lo habías dicho. ¿Hubo

testigos?

—¡Ay! —Milicent se metió el dedo en la boca—. No grites como una loca. Has hecho que me pinche. —Dejó el bordado sobre el cojín a su lado—. Sí, hubo testigos: mi criada y el amigo de Quincy, Harrison Knight.

—Entonces te casaste según la ley, —dijo Charlie—. No soy ilegítima.

—Probablemente no, pero Harrison navegó con Quincy. Se ahogó frente a las Carolinas, y mi doncella murió hace diez años. —Se encogió de hombros—. Nadie me creería entonces y desde luego no me creerán ahora.

—Pero Quincy sabe la verdad.

Milicent se rió.

—Eres tan inocente, Charlie. Si tu padre compareciera ante un tribunal, las autoridades le pondrían grilletes y le colgarían antes de la puesta del sol —Los ojos azules centellearon—. Además, si tú eres legítima, tus medio hermanos Patrick y Henry no lo son. ¿Quieres que lleven a tu madre a juicio por bigamia?

Charlie se dejó caer de nuevo en la silla, dejando caer las manos sin fuerza sobre su regazo.

—¿Por qué me dejaste creer que era una bastarda toda mi vida?

Milicent se removió inquieta.

—Yo misma tenía dieciséis años, Charlie, no era más que una niña. Tu abuelo estaba tan enfadado que quería matar a Quincy. Creo que él también lo habría hecho si hubiera regresado entonces. El viejo Charles tenía un carácter terrible. Me dijo que me arruinaría si persistía en mi historia de que habíamos intercambiado votos; sabía que mi criada habría mentido por mí si se lo hubiera pedido. Nicholas prometió que daría a mi hijo nonato su nombre y su protección. —Ella arqueó una ceja—. ¿Debí decírselo después de casarnos? ¿Después de que naciera su hijo y heredero? —Sacudió la cabeza con firmeza—. No. Creí que Quincy estaba muerto. Saqué lo

mejor de una mala situación. Y para cuando regresó a Tidewater, tenía a los niños y una vida aquí. ¿Debería haber renunciado a esto —hizo un gesto de barrido—, para ser la consorte de un pirata?

—Pero todos estos años... nunca me lo dijiste. ¿Por qué, madre? ¿Por qué no pudiste decírmelo? —suplicó Charlie.

Milicent bufó y cogió un pañuelo de encaje.

—Si repites lo que he dicho, lo negaré. Mi vida con Nicholas ya es bastante difícil. No quiero que descubra que ha estado viviendo en pecado todos estos años y que sus preciosos hijos son bastardos.

—No tienes que quedarte con él. Puedes venir a casa a La propiedad Palmer conmigo.

—¿Otra vez con eso? —Milicent frunció los labios y cogió el aro de bordar, inclinándose sobre él durante largo rato antes de hablar. Finalmente dijo—: He hecho mi cama, muchacha, y me acostaré en ella. Sola, y eso es una bendición. Hace años que Nicolás no exige sus derechos. Prefiere a las mujeres más terrenales, cuanto más jóvenes mejor. Rara vez veo a mi estimado marido, excepto en la cena. —Sus ojos buscaron los de Charlie—. Lo que debes entender es que estoy haciendo lo mejor que puedo. Disfruto siendo la señora de Rosewood, por si sirve de algo, y no tengo intención de irme a vivir contigo al desierto de Maryland y ser la abuela de alguien.

Charlie se acercó a la ventana.

—Sólo recuerda, —dijo—, si cambias de opinión, siempre serás bienvenida.

—Dime que no estás secretamente aliviada.

—Supongo que no, —dijo Charlie con franqueza. Un rubor tiñó sus mejillas—. Yo…

—Nicholas tenía razón, ¿verdad? —la interrumpió su madre—. Ese musculoso escocés es tu amante.

Charlie se quedó mirando el río fangoso.

—He visto a Quincy, —replicó—. No parece ni un día más viejo. Tomó el *Snow* Princess en el alto Chesapeake.

—¿Preguntó por mí? —La boca de Milicent tembló.

—¿No lo hace siempre?

Capítulo 15

—Es usted muy amable al ofrecer su hospitalidad, Lady Pade, —dijo Charlie. Salvo por los criados que revoloteaban, Charlie, lady Pade y su hijo, lord Pade, estaban solos en la amplia mesa del comedor formal de Bantree—. Como usted sabe, la relación entre mi padrastro y…

—Tut tut, —interrumpió Lady Pade—. No hay necesidad de que digas ni una sola palabra. James y yo estamos solos en esta gran casa. Es tan agradable tener visitas y escuchar las noticias de la Colonia de Maryland. El invierno es tan aburrido.

Lady Pade, una mujer alta y parca, de ojos grises y nariz demasiado larga, era conocida en todo el río James por su generosa hospitalidad, su franqueza al hablar y su falta de voluntad para permitir que su único hijo y heredero viviera su propia vida.

—Nuestro más sincero pesar por la prematura muerte de su hermano, —ofreció James entre bocado y bocado del excelente plato de codorniz y arroz—. Que Dios lo tenga en su gloria.

Charlie murmuró algo apropiado y miró a James furtivamente por debajo de las pestañas bajas. Los años habían sido buenos con él, decidió.

Su aspecto era el de siempre: un hombre delgado, calvo y erudito, con los rasgos de su madre y una sonrisa agridulce.

—James me ha dicho que ha oído hablar maravillas de su plantación, —dijo Lady Pade—. Un vecino nuestro compró uno de sus caballos. Un animal de trabajo, ¿no?

—Sí. Espero tener varios más a la venta para el verano. Tengo un semental maravilloso...

Charlie siguió charlando, hablando con facilidad con los Pade sobre caballos y cultivos. Lady Pade compartía su interés por los detalles de la vida en las plantaciones. A diferencia de aquellos que vivían de la tierra sin amarla, estos dos formaban parte tan activa del país del río James como los primeros colonos. Lady Pade estaba demasiado dispuesta a discutir la teoría radical de la rotación de cultivos y de plantar maíz y judías en el mismo lugar a la manera india.

La gran sala estaba iluminada ahora por velas y calentada por una chimenea y braseros de carbón bajo la mesa. Cuando hacía buen tiempo, las amplias ventanas se abrían de par en par para captar la brisa del río.

Una lástima que Bruce no hubiera sido invitado a compartir su comida, pensó Charlie. Habría apreciado la pesada mesa y las sillas a juego, las copas de cristal irlandés y los candelabros, por no mencionar la amplia variedad de comida deliciosamente preparada.

Bruce estaba cenando con el capataz de Bantree. En la mesa de lady Pade, no se cenaba con el empleado contratado, aunque éste fuera a todos los efectos un caballero.

Lady Pade se aclaró la garganta. ¿Qué era lo que había dicho? Charlie no tenía ni idea, pero para no comprometerse negó con la cabeza.

—Pero debes hacerlo, —insistió la mujer mayor—. Acabas de llegar. No escucharé otra negativa.

—Madre, —amonestó James—. Estoy seguro de que Charlie siente que tiene un deber con su gente. Su capataz está aquí. ¿Quién queda en La propiedad Palmer con autoridad? —Sus pálidos ojos se posaron en Charlie, dejando clara su admiración—. No es como si tuviera un marido para compartir la responsabilidad.

—Exacto—, Charlie sonrió agradecida a James. —Me gustaría visitar la tumba de mi hermano y volver a ver a mi madre mañana. Pero debemos encontrar un barco que nos lleve al norte lo antes posible. No debo estar fuera de la plantación ni un día más de lo necesario—. Sorbió el delicado vino francés. —Si pudiera imponerte que hicieras los arreglos... —Charlie

miró suplicante a James—. Debe ser un barco armado. No podría soportar que se repitiera...

—James se ocupará de ello, —le aseguró Lady Pade—. No debes preocuparte por ello ni un momento más. Has pasado por una experiencia terrible. Gracias a Dios que pudiste persuadir a los piratas para que te dejaran desembarcar.

—Nos robaron el dinero. Creo que el capitán quería pedirme un rescate pero se lo pensó mejor. El asesinato de pasajeros inocentes del barco en la bahía superior habría traído un castigo rápido y seguro—. Charlie forzó su voz a un débil temblor—. Fue una experiencia que me llevaré a la tumba.

Había hecho un relato completo del ataque a Lady Pade y de nuevo al sheriff ese mismo día, omitiendo el nombre del barco y de su capitán. Aún no había llegado ninguna noticia sobre el destino de la *Snow Princess.* Había temido utilizar la coartada de Quincy. Nadie que conociera a su padrastro habría creído que hubiera cambiado un penique de cobre por su liberación.

—¿Está segura de que no oyó a los piratas llamar a su líder por su nombre? ¿Podría haber sido el caballero Jim? Es conocido por su caballerosidad con las damas.

Charlie negó con la cabeza.

—Fue todo tan terrible que recuerdo muy poco. Creo que me desmayé. El señor Keegan me salvó la vida—, añadió suavemente, mezclando la verdad con la mentira. A pesar de lo que era su padre, no podía condenarlo con su propio testimonio. Si alguna vez llegaba a juicio por la captura de la *Snow Princess,* ella dejaría que el capitán Webb le acusara.

Levantándose en su sitio, dejó una servilleta arrugada junto a su plato.

—Si me disculpa, —le suplicó—, estoy muy cansada. Me gustaría subir a mi habitación.

—Por supuesto, por supuesto. Qué desconsiderados hemos sido al hacerte hablar, —dijo Lady Pade—. Te admiro, niña. Una mujer menor se habría derrumbado. Primero el ataque de los piratas, luego enterarse de la trágica muerte de Robert. Deberías estar en la cama.

Hizo un gesto a una criada.

—Ruthie, acompaña a la señorita Palmer a su alcoba. —Sonrió a Charlie—. El desayuno es a las ocho. Si lo prefiere, puede llamar al timbre y Ruthie hará que le suban una bandeja. Que duerma bien.

—Gracias, Lady Pade. Estoy segura de que lo haré. Señor.

Charlie asintió a James y siguió a la muchacha negra fuera de la habitación y hacia la amplia escalera central.



Era más de medianoche cuando Charlie fue despertada por unos golpecitos en la ventana. Con un sobresalto, se incorporó de golpe, intentando orientarse. Los golpecitos se repitieron y ella apartó las pesadas colgaduras de la cama.

—¿Quién es? —llamó vacilante. Se le cortó la respiración al ver la silueta de un hombre al otro lado de la ventana.

—¡Charlie! —llegó el áspero susurro—. Abre esta maldita ventana.

No había forma de confundir esa voz. Levantándose de la cama, corrió descalza por el suelo helado para abrir la cerradura y empujar la ventana. Bruce entró en la habitación, aterrizando como un gato sobre las puntas de los pies. Sus manos se cerraron en torno a sus hombros y la besó de lleno en los labios.

El asombro de Charlie se perdió en el deleite de su presencia.

—¿Estás loco? —se burló cuando se separaron para tomar aire—. ¿Y si alguien te viera?

¿No te importa mi reputación?

—Si alguien nos viera, podrías verte obligada a casarte conmigo por vergüenza, —dijo él. Una mano se deslizó hacia abajo para agarrarle la parte baja de la espalda—. Me sentía solo.

—¿Así que trepaste por el lateral de la casa?

—Me subí a un árbol. Duermes como una roca. He estado ahí fuera golpeando tu ventana como un colegial.

—¿Y cómo supiste cuál era mi habitación?

—Estaba vigilando la casa. Te vi a la luz de las velas. Deberías ser más modesta al desnudarte, mujer. Es una vista que hace que un hombre tenga pensamientos lujuriosos.

—¿Me estabas espiando?

—Sí, lo admito, —dijo contrito. Su mano bajó para acariciar la curva de una nalga firme —. Me has convertido en un sátiro. —Con una risa perversa, se inclinó para mordisquearle el cuello y la oreja.

—Tengo los pies helados, —protestó Charlie.

—Que no se diga que no he mostrado el debido respeto por los deseos de una dama. —Levantándola, la llevó hasta la cama y la arrojó en el centro—. Dame sólo un segundo, cariño, y veré qué puedo hacer para calentar el resto de ti.

Charlie se recostó contra la almohada, observando cómo se despojaba del abrigo y el chaleco. Dios, pero es hermoso, pensó. El resplandor dorado del hogar formaba un aura brumosa alrededor de la cabeza y los hombros de Bruce. Se dio media vuelta, tirando de la camisa por encima de la cabeza, y Charlie vislumbró su pecho nervudo y su vientre tenso y plano. Deliciosas sensaciones se extendieron por ella mientras Bruce tanteaba los lazos de sus calzones. Su pulso se aceleró y tendió la mano hacia él.

—Todavía tengo frío, —dijo entrecortadamente.

Él se acercó a ella y se acurrucaron bajo los edredones, entrelazando brazos y piernas hasta que quedaron pecho con pecho y labios con labios. El dulce dolor familiar volvió a atormentarla mientras los dedos de Bruce acariciaban su cuerpo, y su lengua se encontró con la de él en un largo y persistente beso de abrasador embeleso.

—No he podido dormir por pensar en ti, —murmuró entre sus cabellos—. Y por querer abrazarte así.

Atrevidamente, Charlie dejó que sus propios dedos recorrieran el espeso y rizado vello de su pecho, moviéndose en círculos burlones alrededor de las duras protuberancias de sus pezones y subiendo por los músculos duros como rocas de su hombro y parte superior del brazo. El gemido de placer de Bruce la estremeció y trazó el recorrido de sus dedos con la boca, mordisqueando y pellizcando, saboreando el almizcle salado de su carne, respirando el abrumador aroma masculino de su boca y su cuerpo.

—Kelpie, —acusó él.

La evidencia de su creciente deseo presionó su pierna y Charlie se movió para explorar la aterciopelada longitud de su tumescente hombría. Él respiró su nombre en su oído y ella sintió una oleada de fuego líquido derramarse por sus venas. Levantó la boca para unirse a la de él, estremeciéndose ante el húmedo y caliente empuje de su lengua y la sensación de sus manos sobre sus pechos.

Él la había empujado hacia atrás sobre las almohadas y se movía para cubrirla con su cuerpo cuando, sin previo aviso, llegó el claro sonido de pasos y el giro del pomo de la puerta. Charlie se apartó, cubriéndose con una sábana.

—Ama Palmer, debo hablar con usted de inmediato, —llegó el susurro urgente desde la puerta—. Por favor.

Charlie se tapó la boca con la mano para reprimir una risita naciente.

Deslizándose desde la cama alta, buscó a tientas en el suelo su camisón. La mano de Bruce se cerró sobre su brazo y sacudió la cabeza con firmeza.

—Es Lord Pade. Tengo que ver lo que quiere, —susurró Charlie.

—Que se vaya.

Los gruesos pliegues de la bata cayeron sobre sus caderas y ella empezó a abrocharse los botones.

—Shhh, —advirtió—. Te oirá.

—Maldita sea, Charlie, no abras la puerta. Hazte la dormida.

—Ya voy, —llamó ella—. Cállate, —ordenó a Bruce. En un movimiento practicado ella tiró de las colgaduras de la cama cerrada—. No digas nada. Si haces un ruido, te mataré —amenazó dulcemente.

—¡Señorita Palmer!

Charlie se apresuró hacia la puerta.

—¿Sí? ¿Qué ocurre, Lord Pade? ¿Ocurre algo?

—Debo hablar con usted de un asunto privado y urgente. Abra la puerta.

Bruce hizo un sonido audible de disgusto desde detrás de las cortinas de la cama.

—Shhh. —Charlie se acercó a la puerta. —Esto no me parece bien, Lord Pade, —insinuó —. ¿Qué diría su madre?

—Madre está durmiendo los efectos de una poción fuerte. Tengo información sobre su hermano. Debe dejarme entrar.

—De acuerdo, —aceptó Charlie—. Sólo un momento.

Retiró el cerrojo y abrió la puerta.

James Pade se metió dentro y cerró la puerta tras de sí. Llevaba una larga bata de seda y un gorro.

—Mi querida Charlie, —empezó—, no debes dejar que mi visita nocturna te alarme. Permíteme asegurarte que estás bajo mi protección.

Charlie forzó una conducta modesta y esperó. James olía a brandy y a algún espantoso aroma dulce. Dio un paso vacilante hacia ella y ella retrocedió un paso igual.

—Lord Pade... James... dijiste que tenías algo que contarme sobre mi hermano. —Charlie se apartó un mechón de pelo de la cara e intentó no pensar en Bruce tras las colgaduras—. Por favor, expón tu asunto. Temo que mi reputación se arruine si te encuentran aquí.

—Mi querida Charlie, —repitió, aclarándose la garganta—. debes saber en qué alta estima te tenemos madre y yo... siempre te hemos tenido... a pesar de…

—¿A pesar de mi nacimiento? Qué amable de tu parte, James, —replicó Charlie—. Ciertamente debéis saber que siempre os he considerado a ambos entre mis amigos más queridos.

—No deseo ser tu amigo, Charlie, —gritó James, cogiéndole las manos y llevándose los dedos a los labios—. Quiero ser más. —Le cubrió la mano de besos húmedos—. ¡Charlie, di que serás mi esposa!

—¡James, por favor! —La voz de Charlie estaba entrecortada—. ¿Qué tiene que ver esto con mi hermano? ¿Le disparaste?

—¿Yo? —James le soltó la mano—. ¿Por qué pensarías tal cosa? No albergaba ninguna mala voluntad hacia Robert, ni tampoco hacia Henry.

—Pero dijiste...

—Una mentira nacida de la desesperación. ¿Me habrías abierto la puerta a estas horas si hubiera dicho la verdad? —James se acercó más y Charlie retrocedió hacia la cama—. ¡Te

adoro! —le confió—. Tu pelo... tus ojos... —Exhaló con fuerza—. ¿Puedo compararte con un día de verano?

—James, por favor. Me siento profundamente honrada, pero éste es un asunto demasiado serio para decidirlo de improviso. Debes darme tiempo para considerar tu demanda. —La espalda de Charlie rozó la cortina de la cama y algo duro la golpeó entre los omóplatos.

—Conozco mis propios defectos, —dijo—. Soy algo mayor que tú, pero mucha gente considera que eso es una ventaja en un marido. Y ciertas... ah... damas me han felicitado por mis proezas como... —Se detuvo en seco, tropezando con las palabras—. Serías la señora de Bantree después de Madre, por supuesto. También tengo otras propiedades. No recibirás una oferta mejor, Charlie.

—Estoy segura de ello, —aceptó ella, esquivando la repentina embestida de James y dando vueltas hacia la puerta—. Consideraré tu oferta. Pero debes irte. Soy una doncella, y tu repentina embestida me ha asustado.

—Un beso, dulce Charlie. Un beso, y te prometo que partiré caballerosamente.

—¡James! —La voz de Charlie adquirió un tono autoritario—. ¡Fuera! —Ella cruzó los brazos sobre el pecho en una imitación lo más parecida posible a Lady Pade.

—Pero, querida, —tartamudeó él—, todo lo que he pedido es un solo...

—Muchas doncellas se han deshecho por un solo beso casto, —le recordó ella con severidad—. Y —su voz se suavizó un poco—, como tú mismo has dicho, tu reputación con las damas es tal que tengo motivos para temer tu contacto. —Charlie indicó la puerta—. Me honra tu propuesta, pero no sería digna de ese honor si te permitiera permanecer un segundo más en mis aposentos. Buenas noches.

—Muy bien. —Suspiró tristemente—. Hasta mañana.

Abrió la puerta, miró nerviosamente hacia arriba y hacia abajo por el pasillo y luego se

apresuró a salir, desapareciendo en las sombras.

Charlie cerró la puerta y se lanzó por la habitación a los brazos de Bruce, estallando en carcajadas ahogadas.

—Desalmado, —acusó mientras lágrimas de alegría corrían por sus mejillas—. Casi me empujas a sus brazos con ese golpecito de amor.

—¿Dulce doncella? —Bruce gruñó y la arrojó de espaldas contra las almohadas con fingido enfado—. ¿Un casto beso? —Burlonamente le acarició el cuello y los pechos, inmovilizándola con su peso y repitiendo los fingidos gruñidos animales.

—Suéltame, bestia, —jadeó ella, demasiado débil por la risa para defenderse—. Suéltame, te digo. —En defensa propia empezó a hacerle cosquillas en las costillas—. ¡Villano! ¡Despojador de inocentes! —acusó. Riendo, Bruce rodó lejos, tirando de Charlie encima de él.

—¿Ahora quién es el expoliador de inocentes? —dijo roncamente mientras le pasaba una mano posesivamente por la cadera y el muslo desnudo.

Riendo, se movió provocativamente contra él, rozándole los labios con besos suaves y plumosos, pasándole los dedos por el pecho y por la garganta.

A Bruce le pareció como si el tacto de ella convirtiera su sangre en palpitantes ríos de calor incandescente. Con un gemido, se arqueó bajo ella, uniendo su boca a la de ella, dando rienda suelta a la pasión contenida que brotaba en su interior y tirando de ella a horcajadas sobre su congestionada hombría.

Los gritos ahogados de deseo de Charlie coincidieron con los suyos mientras se fundían en carne y alma en la danza milenaria del amor, aislándose del mundo y perdiéndose en la dulce alegría del éxtasis compartido.

Charlie permaneció en silencio junto a la tumba de su hermano. Más allá del bosquecillo de cedros, Bruce esperaba con el caballo y el carro. Había querido pasar aquí unos momentos a solas antes de despedirse de su madre.

Sólo un fresco montículo de tierra cubierto con una corona de acebo daba testimonio del fallecimiento del heredero de Rosewood. La lápida no estaba terminada y la estación era mala para las flores. A pesar del sol de la mañana, el pequeño cementerio parecía tan desolado como los pensamientos de Charlie.

¿Por qué no podía sentir remordimiento, ni pena? Robert había sido su hermano.

Aunque habían discutido con frecuencia, compartían un padre común. Robert era el nieto de Charles. ¿Qué le pasaba que no podía pensar en otra cosa que en recitar en silencio una oración de memoria por su alma difunta?

—Un bonito cuadro, hermana.

Charlie se volvió para mirar al joven de aspecto petulante que entraba por la puerta detrás de ella.

—¡Henry! Me has asustado.

El parecido con su padre era cada día más fuerte. Tanto Henry como Robert habían favorecido a Nicholas, pero nadie había confundido nunca a los dos hermanos. Henry era bajito, casi dos centímetros más bajo que ella, y tenía una cara redonda con las mejillas demasiado rojas y una boca de niña que hacía pucheros. Sus ojos eran azules, como los de Milicent, pero en el rostro hosco y aniñado de Henry parecían demasiado femeninos. Una lástima, pensó Charlie, que su hermano no hubiera heredado nada de la belleza de su madre.

Charlie se dio cuenta de que a Henry le había crecido un bigote ralo desde la última vez que lo había visto. Iba vestido, como siempre, a la última moda londinense y llevaba una peluca

sobre su pelo rubio corto.

—Tu hombre me dijo que estabas aquí abajo. —Miró hacia el carril—. Me resulta vagamente familiar.

—Bruce es mi nuevo capataz en La propiedad Palmer. Es posible que lo haya visto antes en alguna parte. Viene de Virginia.

Henry se acercó a metro y medio de la tumba de Robert, luego se detuvo, apoyando una mano en la cadera.

—Una pena lo de Robert, ¿verdad? Se lo advertí. No importa lo buen tirador que creas que eres, siempre hay alguien mejor. —Sacudió la cabeza—. Sé que debes estar desolada. Tú y Robert siempre estuvisteis tan unidos.

—No más unidos que vosotros dos, —dijo Charlie.

—Ah, tan aguda como siempre. —Los ojos de Henry se entrecerraron—. Eso es lo que siempre admiré de ti. Podías dar réplicas tan mordaces. Volvías loco a Robert. Por eso siempre te gastaba bromas tan desagradables. Y ahora —-se aclaró la garganta—. Padre está atascado conmigo como su heredero. Un ajuste... —Empezó a toser y se sacó un pañuelo de encaje de la manga, tapándose la boca. Henry se dio la vuelta, agitado por violentos espasmos. Cuando se calmó y se volvió, Charlie observó motas de color escarlata en el pañuelo hecho bola.

—¿Estás bien?

—¿Qué? ¿También esperas librarte de mí? —Henry carraspeó de nuevo y la miró fijamente con sus intensos ojos azules—. No finjamos nada entre nosotros, Charlie. Lo único que compartimos es el cariño por mamá y —sonrió con maldad—. y nuestro odio por Nicholas. —Bajó la voz y su expresión se volvió seria—. Debido a ese odio, voy a compartir algo contigo. Nicholas contrató a alguien para matarte.

—¿Qué? ¡No me lo creo!

—¡Cállate, tonta! —Susurró Henry—. ¿Quieres que todos se enteren? Robert me lo dijo la mañana en que lo mataron. Padre está tan empeñado en tener tus propiedades que ha dispuesto que te asesinen.

Charlie dio un paso atrás, mirando a su hermanastro con entumecida incredulidad.

—Alguien ha estado intentando matarme, —admitió—. pero nunca pensé...

—¿Pensó qué? ¿Que no te odiaba lo suficiente? ¿Que Nicholas era demasiado noble para hacer algo así? —se burló Henry—. Por tu culpa, padre nunca ha podido olvidar que nuestra madre se acostó primero con otro. Se imagina que los hombres se ríen de él a sus espaldas. Ya sabes cómo es con el dinero. Cree sinceramente que La propiedad Palmer debería haber ido a parar a madre en vez de a ti.

—¿Y luego a ti y a Robert?

Henry se encogió de hombros.

—Probablemente a mí, ya que Robert se quedaría con Rosewood y lo demás. Sólo Dios sabe por qué Padre imaginó que yo iría a vivir tan lejos.

Charlie respiró entrecortadamente.

—¿Lo sabe Milicent?

—Por supuesto que no lo sabe. Ni siquiera yo lo sabía hasta que Robert me lo dijo. Me confesó que te había enviado un mensaje diciéndote que mamá se estaba muriendo. Como el plan iba tan mal en Maryland, pretendían atraerte aquí.

—¿Y dispararme en casa de mi madre?

—Nada tan burdo. Un accidente de equitación. Una caída por la borda del barco, tal vez. Nadie esperaba que el caballero Jim interfiriera o... —Henry se rió entre dientes—. Nadie esperaba que el hermano Robert fuera tiroteado por un marido celoso antes de que la trama

pudiera realizarse.

—Sé que Nicholas siempre me ha odiado, —dijo Charlie en voz baja—, pero ¿asesinarme? —Se tapó la boca con la mano y negó con la cabeza—. ¿Sabes a quién contrató?

—No por su nombre. Pero si tu nuevo capataz es de Virginia, yo sospecharía de él. El precio que padre puso a tu cabeza es suficiente para tentar a cualquier hombre.

No Bruce, gritó su voz interior. *¡No puede ser!*

Temblando, levantó los ojos hacia los de Henry.

Cualquier hombre, pero no tú.

Un oscuro rubor subió por su cuello y su cara.

—Puede que no me gustes, hermana mayor, pero trazo la línea en el homicidio. —Le lanzó una mirada de advertencia—. No se te ocurra ir al sheriff con esta información. Olvidaré que hemos tenido esta conversación.

—Me parece justo, y... gracias, Henry. —La boca le sabía a ceniza. Tenía que pensar. ¡No Bruce! No podía ser el hombre con el que había hecho el amor esta misma mañana. Tal vez Henry estaba mintiendo. Le había mentido en el pasado. Sería una tonta si dudara de Bruce por la palabra de un...

La fría razón inundó su cerebro. Bruce había aparecido la noche del incendio en el granero. Había estado cerca cuando ella había caído, cuando le habían disparado. ¿Podría él haber estado detrás del falso mensaje de que Milicent se estaba muriendo, el mensaje que llevaba su amigo, Philip Fraser?

—Vuelve a tu plantación, —le aconsejó Henry—. Y deshazte del escocés.

—Podría decírselo a Milicent, —dijo—. Madre nunca...

—Madre nunca creería ni una palabra. Ya sabes cómo es. Vive en su propio mundo de

sueños. —Sacudió la cabeza—. No, dile algo a ella y también pondrás su vida en peligro. Vete a casa, hermana... y quédate allí. Y ruega a Dios que sobrevivas a papá.

Capítulo 16

La mirada de Bruce se posó en Charlie mientras se apoyaba en la barandilla del barco.

La capucha de su capa de lana color óxido estaba echada hacia atrás y la brisa del agua jugaba con los rizos castaños que se desprendían de la cinta de terciopelo en la base de su cuello. El rojo dorado de su cabello brillaba bajo el sol poniente, enviando agudos torrentes de excitación a su alma de artista. Si tuviera un pincel y óleos, la pintaría así, con el cielo revuelto de Tidewater y las olas centelleantes como telón de fondo. Ella habría sido un tema excelente; apenas se había movido desde que habían zarpado de la desembocadura del río James.

Acarició cariñosamente con la mirada el orgulloso contorno de Charlie: la caída de su cabello, las líneas de sus brazos y hombros, la curva de su espalda. Era una mujer como nunca antes había conocido. Tan fogosa e intrépida como cualquier guerrera de las Tierras Altas, había luchado hombro con hombro con él en la cubierta del *Snow Princess.* Ella le había salvado la vida, no una sino varias veces. Había conocido a pocos hombres con el valor de ella. Sin embargo, bajo ese fuego se escondía una mujer cariñosa, una mujer capaz de más pasión de la que él había creído posible.

Bruce respiró larga y entrecortadamente. Los sentimientos que tanto había intentado reprimir eran innegables. La amaba. Amaba a Charlize Palmer como nunca había amado a otro ser humano. Una sonrisa pesarosa torció sus labios mientras el dolor le atravesaba. En otras circunstancias, en otro tiempo y lugar, habría cambiado su alma inmortal por la oportunidad de

convertir a Charlie en su esposa. Pero ahora... Desvió la mirada hacia el resplandeciente coral y rosa del cielo occidental mientras el amargo sabor de la realidad le llenaba la boca.

Charlie era una mujer rica, un buen partido para cualquier caballero. Incluso con la sombra de su nacimiento ilegítimo, las amplias tierras de Charlie y sus evidentes atributos físicos la hacían deseable como esposa. Era joven y sana, apta para tener hijos. Y más de un hombre consideraría su inteligencia una ventaja a pesar de su temperamento espinoso.

Quien ganara su mano se lo llevaría todo. La propiedad Palmer pasaría a ser suya por derecho de ese matrimonio. La tierra, los criados, el ganado y el dinero pasarían a manos de su marido. El problema era el dinero.

¿Por qué, en nombre de Dios, no podía haber sido una lechera? ¿O por qué no podía haber nacido con menos orgullo? La mayoría de los hombres buscaban riqueza en una mujer. En Escocia, él habría aceptado la dote de su futura esposa como parte normal de la unión de dos grandes casas. Habría esperado que ella aumentara su patrimonio. Pero ahora no tenía nada. Nada más que un caballo y las pocas pertenencias personales de su cofre. Con los ahorros de diez años en las Colonias no podría comprar ni un trabajador del campo. Incluso si lograba convencerla de que lo aceptara, si tomaba a Charlie por esposa, los hombres lo mirarían con recelo y lo llamarían cazador de fortunas a sus espaldas. Sería algo duro con lo que vivir; más aún porque no tenía forma de negarlo.

Los británicos le habían arrebatado su tierra, su nombre y su familia. Le habían exiliado del país donde había nacido. Le habían encarcelado y sometido a tortura. Pero nunca le habían quitado su orgullo. Si ahora cambiaba ese orgullo por una mujer...

Su propia reticencia a casarse no era el único obstáculo para su felicidad.

—No, —murmuró en silencio—. Hay algo más. —Ella ocultaba algo, él estaba seguro de ello.

La preocupación de Charlie por el lejano horizonte le inquietaba. No le cabía duda de que

ella buscaba el estandarte con la calavera y las tibias cruzadas de la *Bruja Escarlata.* Pero si ella miraba con anticipación o con temor a otro ataque, él no tenía forma de saberlo.

Ella había estado antinaturalmente silenciosa desde que había visitado la tumba de su hermano. Al principio no había pensado en ello. El dolor por la repentina muerte de su hermanastro era fácil de entender. Pero cuando el encuentro con su madre y su regreso a Bantree no habían conseguido reanimar su habitual buen humor, empezó a preocuparse.

Habían embarcado en Bantree en el buque mercante que se dirigía al norte y Lady Pade había bajado en persona al muelle para desearles buen viaje. Su hijo, James Pade, había estado notablemente ausente.

—Le llamaron por un asunto urgente, —les había informado Lady Pade, explicándoles amablemente que ella misma había hecho los preparativos para su pasaje. La goleta estaba cargada de mercancías y se dirigía a Chestertown. No sólo llevaba una tripulación más numerosa de lo normal, sino que también estaba bien protegida con cañones—. No deben temer por su seguridad, —les había dicho Lady Pade—. Te llevará directamente al muelle de La propiedad Palmer.

El propio Bruce no podría haber elegido un barco mejor. Si Charlie vigilaba la calavera y las tibias cruzadas, ¿sabía algo que los demás no sabían?

Por enésima vez se maldijo por sus sospechas. En los meses transcurridos desde que había llegado a La propiedad Palmer, nada le había dado motivos para dudar de su honestidad. Había llegado a respetar y luego a admirar su fuerte carácter y su sagaz sentido de los negocios. Él mismo había estudiado los libros de contabilidad de Charlie y había visto el estado de sus finanzas. Si se beneficiaba de actividades ilícitas, lo había ocultado bien. La infamia de Gentleman Jim no era prueba de que Charlie formara parte de la hermandad oscura. Incluso la suerte de sus envíos de tabaco podía haber sido puramente eso: una suerte increíble. Sonrió irónicamente. ¿Estaba excusando a Charlie por lo que sentía por ella? ¿Era inocente, como ella

decía, o una cómplice muy astuta?

Increíble. La palabra resonó en su mente. Si estaba involucrada con su padre y sus incursiones piratas, estaba coqueteando con la soga del verdugo... y él también. Su sexo no la protegería de una acusación de piratería. En cuanto a un hombre que ya había recibido la misericordia del rey... Bruce se acarició con los dedos la vieja cicatriz de la manilla en su muñeca izquierda. Había sido prisionero de la corona una vez, un prisionero acusado de alta traición y asesinato. Había cumplido condena en prisión antes de ser transportado como sirviente contratado. Otra acusación, por endebles que fueran las pruebas, le haría colgar de una horca.

Bruce se levantó y se estiró, apoyando las piernas en el balanceo del barco. Al oeste, el cielo se tiñó de naranja y dorado a medida que el crepúsculo empezaba a asentarse sobre la amplia extensión de agua. Hacia el este, la costa se desvanecía. Sólo una vaga mancha oscura dejaba entrever la espesa arboleda de la costa. Un olor a pescado frito penetraba en el fuerte aroma a alquitrán y tabaco. Un marinero de cara roja pasó deambulando cargado con un cubo de agua. Bruce le siguió con la mirada, secretamente divertido por el andar ondulante del hombre. Cuando su mirada se desvió, él y Charlie estaban solos en cubierta.

—Charlie, —llamó. Su voz sonó extraña a sus oídos. Ella pareció no oír, y él repitió su nombre—. Charlize Palmer.

Ella se volvió para mirarle por encima del hombro y él leyó la duda en sus ojos tan claramente como una página escrita.

—Bruce.

—Sí. —Él se movió para colocarse a su lado—. Debemos hablar, muchacha.

Ella suspiró, se ciñó más la capa de lana y asintió.

—Creo que debemos hacerlo—, murmuró ella, con el rostro impasible.

Una gaviota rodeó el barco, descendiendo en picado ante ellos y llorando en un tono

estridente y chillón. Charlie miró fijamente al ave mientras se sumergía para rozar el agua azul verdosa, y luego bruscamente, volando hacia el este, hacia la orilla lejana.

—¿Qué te preocupa tanto?

Sus dedos se tensaron en la barandilla y se humedeció los labios, ladeando la cara para encontrarse con su mirada inquebrantable. Los enormes ojos canela parecían moteados de esmeralda mientras buscaban los suyos atentamente.

—Vi a mi hermano Henry en el cementerio, —dijo ella.

—¿Y?

—Me dijo que mi padrastro ha contratado a alguien para matarme. —Su mano izquierda se enroscó en un nudo—. Quiere la propiedad Palmer. Si muero, mi madre lo heredará... y a través de ella, él obtendrá el control.

Bruce lanzó un juramento soez mientras unas bandas de opresión le comprimían el pecho y una neblina de ira le nublaba el cerebro.

—¿Por qué demonios me miras así? —espetó—. ¿Crees que soy el asesino?

Charlie no parpadeó.

—Henry cree que sí. Apareciste en mi plantación la noche del incendio y has estado cerca siempre que han atentado contra mi vida.

—¿Tú lo crees?

Ella tragó saliva y dejó caer la mirada a la cubierta a sus pies mientras unos puntos brillantes teñían sus mejillas.

—No... no, no lo creo, —respondió—. Pero sería una tonta si no lo considerara. Con lo que Nicholas ofrece por mi vida, no tendrías que volver a trabajar para nadie. Podrías administrar tu propia casa. Sería una gran tentación para un hombre sin tierra.

—¡Por Dios, mujer! —Una furia al rojo vivo le azotó y apretó los dientes hasta que el dolor le subió por la cabeza. —¿Tan mala opinión tienes de mí? —exigió—. Crees que dormiría en tu cama y luego…

Ella levantó una mano para callarle.

—¡Deja de ser tan condenadamente santurrón! —Los ojos oscuros se entrecerraron—. Dudaste de mí sobre mis conexiones con mi padre. Aún crees que puedo formar parte de sus empresas ilegales. ¿Puedes negarlo?

Sus manos se cerraron en torno a sus hombros, agarraron la lana de su capa y mordieron su carne y sus huesos hasta que ella atrapó su labio inferior entre los dientes e hizo una mueca de dolor.

—¿Quieres que me vaya entonces, muchacha? ¿Es eso lo que quieres?

—No, maldita sea —le espetó. Las lágrimas brotaron de sus ojos y él relajó los dedos.

—Lo siento, Charlie. No te haría daño. —Su voz se quebró por la emoción y una amarga oquedad surgió en su interior—. Dilo y me iré.

Suspiró y sacudió la cabeza.

—Si estás intentando matarme, sería igual de fácil hacerlo aunque no vivieras en la plantación.

—¿Y bien? —Arqueó una gruesa ceja con maldad—. ¿Esperarías que un asesino admitiera su hazaña ante la víctima? ¿No te mentiría, si fuera culpable?

Ella exhaló con fuerza, cruzando los brazos sobre el pecho y colocando la barbilla en una línea obstinada.

—Lo harías... y yo te mentiría si te dijera lo contrario.

—¿Qué haremos entonces?

—Seguimos como antes, —dijo ella suavemente.

—¿Y confiar el uno en el otro?

Ella bajó la mirada hacia sus manos extendidas.

—No lo sé, —admitió—. Pero creo que prefiero que me metas una bala en la espalda, a arriesgarme a destruir lo que tenemos entre nosotros por la palabra de mi hermano.



Incluso en las últimas garras del invierno, la tierra era hermosa a los ojos de Charlie.

El gris de los árboles yermos y los campos en barbecho corrían juntos, fundiéndose con el cielo azul grisáceo. El suelo bajo los cascos de su semental era duro como una roca y la hierba seca brillaba con la escarcha de la mañana.

Se ató las cuerdas de cuero a la muñeca y se colocó en los estribos, protegiéndose los ojos del sol mientras miraba hacia el sur a través de Chesapeake. Ni una sola vela rompía la extensión azul.

Dio un suspiro de alivio y acarició el cuello del bayo, hablándole suavemente.

—Buen chico, buen barón.

En las semanas transcurridas desde su regreso a La propiedad Palmer, Charlie había mantenido una vigilia privada, saliendo a caballo antes del amanecer cada mañana para buscar en las aguas abiertas señales de la *Bruja Escarlata.* Su ferviente esperanza de que el caballero Jim hubiera llevado su caza a otra parte se había desvanecido hacía dos días, cuando le llegaron noticias de una batalla que había tenido lugar entre el barco pirata y una patrullera británica a la vista de la ciudad de Oxford.

La patrullera había recibido un balonazo justo por debajo de la línea de flotación y había llegado a la ciudad para ser reparada. Había reclamado graves daños a la *Bruja Escarlata*, y los barcos habían peinado las calas y arroyos de la parte alta de Chesapeake como sabuesos tras un zorro herido.

—Maldita seas, —gritó Charlie al cielo vacío—. Espero que te envíen al fondo.

Se le formó un nudo en la garganta y clavó las rodillas en el costado del semental, instándole a echar a correr. *¡Mentirosa!* Ella no quería a Quincy muerto. En realidad, no. A pesar de lo que había hecho, era su padre.

Se inclinó sobre el cuello del bayo, dando la bienvenida al viento frío que azotaba las lágrimas de sus ojos.

—¡Más rápido! ¡Más rápido! —gritó. Los cascos de Baron retumbaron contra el suelo helado, atravesando el prado abierto y galopando sin esfuerzo sobre una estrecha zanja. Charlie enredó los dedos en sus crines, dejándose convertir en una con el caballo, apartando todo lo que no fuera el olor a caballo y cuero. Si podía seguir corriendo, tal vez podrían dejar atrás el peligro que ella sentía que amenazaba todo lo que tanto le había costado conseguir.

Una valla de tres travesaños se alzaba ante ellos. Instintivamente se preparó para el salto, emocionada por la potencia del semental mientras volaba sobre ella con casi un palmo de sobra. Su sombrero ladeado voló por los aires y ella se rió, dando una amplia vuelta a Baron, inclinándose luego desde la silla para recoger el sombrero y sujetarlo sobre su frente.

La espuma salpicaba el pecho y las patas del animal; su gran cuello estaba mojado de sudor. Canturreando suavemente, Charlie lo frenó al trote. La carrera les había quitado algo de tensión a ambos, pero no había hecho nada con respecto a la amenaza de la *Bruja Escarlata.*

Había habido suficiente trabajo en la plantación para mantener tanto a ella como a Bruce ocupados de sol a sol.

Los días fríos habían sido perfectos para trabajar. Mientras la lluvia o la nieve derretida no convirtieran la tierra en cieno, los hombres podían derribar los grandes robles blancos y podar las ramas con hachas. Pacientes yuntas de bueyes podían arrastrar los troncos hasta el muelle para apilarlos y venderlos.

El trabajo era lento y agotador, pero a Charlie le complacía pensar que los altísimos árboles no se desperdiciaban, como ocurría en las colonias del norte. Su abuelo le había hablado de acre tras acre de madera de primera calidad, talada y dejada pudrir o amontonada en montañas para quemarla. Con los troncos cortados de La propiedad Palmer se harían mástiles y cascos para veleros.

Algunos cerezos y nogales, aserrados en bruto y secados en la plantación, irían a Filadelfia para ser cepillados y secados de nuevo, convirtiéndose finalmente en muebles finos.

La explotación maderera era responsabilidad de Bruce. Charlie supervisaba la plantación de semillas de tabaco en las parcelas de madera, así como las tareas cotidianas de las docenas de trabajadores y trabajadoras de la plantación. Había docenas de decisiones que tomar cada día para asegurarse de que todos estuvieran alimentados y cobijados y recibieran la atención médica adecuada. Había que vigilar cuidadosamente los suministros de alimentos. Pasarían muchos meses antes de que los huertos produjeran verduras frescas y si las mujeres se quedaban sin harina o sal, no habría más sin el gasto de un viaje a Chestertown para comprar suministros a los inflados precios del invierno. Incluso con el éxito de su cosecha de tabaco, Charlie era muy consciente de la importancia de contar cada chelín.

Charlie también dirigía un rentable negocio de comercio de pieles. Se reunía con tramperos y les compraba los interminables fardos de pieles de castor y ciervo, las gruesas pieles de lobo y las ocasionales pieles de oso procedentes del oeste y el norte de Chesapeake. Algunos de los hombres eran indios o mestizos, con esposas e hijos de ojos rasgados que se asomaban tímidamente por la puerta de la casa de pieles mientras Charlie hacía sus compras. Las pieles

alcanzarían un buen precio en Europa si estaban bien curadas y embaladas. Iris era inestimable, traduciendo para los que no hablaban inglés y aconsejando a Charlie con el ceño fruncido o un guiño sobre la calidad o el precio de venta de las pieles.

Charlie se inclinó hacia delante en su silla de montar cuando el timbre de un broadax llegó a sus oídos. Si cabalgaba hasta el aserradero, ¿estaría Bruce blandiendo ese hacha? Decidida, alejó el deseo de averiguarlo. Había prometido reunirse con Peter y marcar los límites de una nueva línea de vallado. Debía esperar hasta la cena para ver a Bruce, o incluso hasta la noche si él se tomaba el mediodía en el bosque con los hombres, como hacía a menudo.

El calor le subió a la garganta y a las mejillas al pensar en la noche que se avecinaba.

Por mucho que trabajaran durante el día, las largas horas de oscuridad eran sólo suyas. A veces jugaban al ajedrez o a las cartas, o simplemente sorbían vino y se reían juntos de los éxitos y fracasos del día.

—Nunca supe lo sola que estaba antes de que él llegara, —susurró Charlie al gran caballo. ¿Podría volver a enfrentarse a la soledad si Bruce la abandonaba? ¿Por qué no podía ser como las demás mujeres, contentarse con ir y venir a voluntad de su hombre? ¿Por qué estaba maldita con el deseo de gobernar su propia vida, de tomar sus propias decisiones y administrar sus propias tierras?—. Si no tomo una decisión pronto, le perderé, —dijo en voz baja. Era cierto. Ella lo había leído en sus ojos. Se casaría con ella si se lo pedía, pero no se quedaría como su amante. Habían discutido por ello justo la noche anterior.

—¿Y si te quedas embarazada de mi hijo? —había gritado Bruce, tirando el bloc con el boceto al carboncillo que había estado haciendo de ella—. ¿Entonces qué?

—Entonces tendré un hijo, —respondió ella, con más calma de la que sentía—. ¿Y qué nombre llevará mi hijo?

—Palmer.

—¡Maldita seas por ser una estúpida! —El rostro de Bruce se ennegreció como una repentina nube de tormenta sobre el Chesapeake—. ¿Crees que tendría un hijo sin mi nombre? ¿Para que todos lo llamen bastardo?

— Sobreviví a ello, —le recordó ella.

—Sí, sobreviviste. Pero dime que no te ha marcado. —La agarró por los hombros y la acercó tanto que ella pudo sentir su aliento en los labios—. No seré tu mantenido, Charlie. Es antinatural.

—Tu contrato dice asalariado. ¿Tengo yo la culpa si vienes a mi cama?

—Sí. —Él gimió, bajando su boca sobre la de ella en un beso abrasador de pasión incontrolada. Sus airadas palabras habían terminado, como siempre, en un tórrido acto amoroso que no resolvió nada entre ellos.

La despertó en la sombría oscuridad previa al amanecer, arropándola tiernamente con la colcha sobre los hombros.

—Lo siento, muchacha. —susurró—. Te quiero.

—Y yo a ti —declaró ella, tirando de él hacia abajo para saborear sus labios, saboreando el tacto duro de sus manos y su cuerpo tenso.

Durante largos momentos permanecieron envueltos en los brazos del otro, a salvo de las exigencias del mundo.

—Quédate conmigo un rato, —le suplicó ella—. Abrázame, Bruce... sólo un rato más.

—No, dulzura. No puedo, —respondió él—. Porque los criados estarán por aquí y algunos podrían verme salir de esta habitación. No les daré más que decir de lo que ya tienen. —Le besó los labios y la punta de la nariz—. Que tenga un buen día, señora Palmer. Y no pagues demasiado por esas pieles de castor. Iris me ha dicho que te estás ablandando.

—Eres bienvenido a hacer el trabajo, —ofreció ella de buena gana.

—No, yo no. —Él se rió—. No soy un mercader regateador, ni nunca lo seré. Dáselo a Iris, si es demasiado para ti. Ella habla esa lengua salvaje.

—Ya ves, —dijo ella, apartando las mantas y sentándose—. No sabes nada de los indios. A Iris no le importan los beneficios. Ella daría lo que le pidieran. No tenéis remedio, los dos.

Así habían compartido risas en sus últimos minutos juntos antes de que empezara el día. Y luego ella se había vestido y había bajado a asumir sus obligaciones como ama. Y con la luz del día habían llegado los familiares temores. Amaba a Bruce, pero no podía confiar en él, y él confiaba aún menos en ella.

Barón giró la cabeza hacia la casa, pero Charlie le devolvió la lluvia con firmeza.

—Todavía no, —murmuró, más para sí misma que para el gran animal—. Hay un lugar más que quiero comprobar.

Siguieron la línea del bosque durante unos cientos de metros y luego se internaron en el bosque, siguiendo un antiguo sendero de caza. Sólo un cuervo ocasional y el parloteo de una ardilla perturbaban la soledad del bosque virgen. Iris decía que aquí el suelo era sagrado. Algunos de los robles gigantes, supuso Charlie, tenían cientos de años. Ella sabía que nunca permitiría la tala en esta sección. Tierra sagrada india o no, era demasiado hermosa, demasiado pacífica para perturbarla.

Más adelante, los árboles se raleaban hasta convertirse en cedros y pinos amarillos. Más allá, un prado descendía hasta un arroyo profundo y estrecho. Este era el lugar donde había conocido a su padre por primera vez.

Atando a Baron en un bosquecillo de pinos, Charlie continuó a pie por el prado hasta la orilla del agua.

Los árboles bordeaban las orillas, rotas aquí y allá por manchas de juncos y marismas

abiertas. Con cuidado de no empapar sus botas, Charlie se deslizó entre los juncos, apartándolos y abriéndose paso hasta la orilla del arroyo.

Temblorosa, respiró hondo y separó un puñado de hierba del pantano. Aliviada, volvió la mirada río arriba y se quedó paralizada.

En la abrigada cala, rodeada por tres lados de árboles, la *Bruja Escarlata* estaba anclada. Entumecida, Charlie se quedó mirando el barco de su padre, contemplando el bote de remos varado y a los tripulantes reunidos en la orilla más alejada de la cala. Dejó que la hierba volviera a su sitio. Sus peores pesadillas se habían hecho realidad. El caballero Jim había regresado a La propiedad Palmer.

Capítulo 17

La imagen de *la Bruja Escarlata* atormentaba a Charlie mientras montaba a Baron y cabalgaba de vuelta a través del bosque para reunirse con Peter. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que algún sirviente viera el humo de un fuego descuidado o diera con el barco mientras buscaba una vaca extraviada? Las reparaciones de la goleta no podían hacerse de un día para otro. Aunque la cala estuviera en el rincón más alejado de la plantación, seguía siendo su tierra. Si Bruce se enteraba de que la *Bruja Escarlata* estaba anclada en La propiedad Palmer, sería su deber denunciar a los piratas ante las autoridades. Nada de lo que ella pudiera decir o hacer le convencería de que no era partícipe de sus crímenes.

¿Cuántas veces se había escondido Quincy allí? Normalmente venía al menos una vez en primavera y otra a finales de verano o en otoño. Su abuelo nunca lo había sabido, aunque Charlie estaba segura de que Iris sí. La india sabía demasiado bien que si Charles Palmer y Gentleman Jim se hubieran conocido, habría sido sobre el acero cruzado de los estoques en duelo. El viejo Charles nunca había perdonado a su padre por seducir a Milicent y había jurado matarlo en cuanto lo viera.

Si alguna vez hubiera adivinado que Quincy estaba utilizando La propiedad Palmer para esconderse de la armada británica... Charlie se estremeció. Una vez despertado, ¡el temperamento de su abuelo habría metido el miedo de Dios en el mismísimo Barbanegra! Nada habría impedido una batalla a muerte entre los dos hombres.

Peter la devolvió firmemente al presente con una pregunta repetida. Pacientemente, Charlie

se agachó y dibujó el contorno de la nueva valla del prado.

—No quiero que se hagan agujeros hasta mucho después del deshielo, pero puedes poner a dos hombres a cortar cedros y espinos para los postes. Quiero criar caballos de trabajo, mulas y vacas lecheras para la venta, así como oronookos.

Peter escupió al suelo y enrolló su gorro de punto en una bola.

—Es un desperdicio de buen terreno despejado, ama. Con lo alto que está el precio del tabaco, haría mejor en sembrar más ahí.

—El tabaco tiene un precio alto debido a la guerra en Europa. Cuando el rey Jorge firme un tratado de paz con Francia y España, el precio volverá a bajar. El tabaco es nuestro cultivo comercial, pero no quiero que lo sea dentro de diez años.

Peter descargó su desaprobación sobre un mechón de hierba seca, machacándolo en la tierra con el tacón de su zapato.

—El viejo amo Charles puso su fé en el tabaco.

—Está muerto. —Charlie se volvió e hizo un gesto para que le trajeran su caballo, tomando las riendas en la mano y se balanceó en la silla de montar en una sola y suave acción—. Y dejó La propiedad Palmer a mi cuidado. Para bien o mal, yo tomaré las decisiones ahora. —Despidiéndose del hombre con una inclinación de cabeza, giró la cabeza del Barón hacia la casa solariega. Gracias a Dios, su abuelo estaba a salvo en su tumba. Él y Quincy haciéndose pedazos ante sus ojos era lo único por lo que *no* tenía que preocuparse.

Ese consuelo la llevó a través del resto de los deberes del día, haciendo posible que resolviera una discusión entre la esposa de John y la tejedora, Sarah Reid, sin un derramamiento de sangre al por mayor. La refriega había llegado tras una tarde de crisis.

En primer lugar, no había habido cena. Cuando Charlie había ido a la cocina para averiguar por qué, casi se había asfixiado por el espeso humo de la papilla de maíz quemada. La respuesta

de Beth a las suaves amonestaciones de Charlie había sido rasgarse la ropa y chillar como una gallina desplumada. Estaba encinta, admitió, embarazada o del herrero de Martin Hopkins o de Daniel, el mozo de cuadra. Y si uno de ellos no era obligado a casarse con ella, ¡Juana se arrojaría al pozo!

Apenas habían abierto las puertas y ventanas para dejar salir el humo cuando Dickon llegó llorando a la puerta trasera. Había resbalado y caído por la abertura del pajar. Un feo tajo sobre la sien goteaba sangre y su brazo izquierdo tenía un sospechoso corte.

Colocar el brazo y coser la cabeza del chico había llevado la mayor parte de una hora. La rotura parecía limpia y la piel no se había roto.

—Te pondrás como una rosa —le había prometido Charlie. Un penique de cobre y un puñado de caramelos de melaza le habían devuelto su sonrisa habitual.

—El amo Keegan estará orgulloso de ti cuando le cuente lo valiente que fuiste, —dijo Beth —. Como un indio salvaje.

Un ataque indio habría provocado menos gritos que los que salieron de la lechería sólo unos minutos después. Charlie había corrido por el patio, junto con media docena más, para averiguar quién había sido asesinado. Dos chicas salieron corriendo del edificio de troncos, cada una gritando y lamentándose más que la otra.

Charlie agarró a la más cercana por el brazo y le dio una sacudida.

—¿Qué ocurre? —le preguntó—. ¿Hay alguien herido?

La sirvienta miró a su ama con los ojos azules muy abiertos, se echó el delantal sobre la cara y empezó a gemir en alemán.

—Meta no habla inglés, —le recordó Beth a Charlie con suficiencia—. No es demasiado lista.

La segunda lechera por fin encontró su voz.

—¡Una rata, ama! Grande como un perro, con dientes como...

—¡Una rata! ¿Todo este alboroto por una rata? —Charlie abrió la puerta de un tirón y miró la destrucción que las histéricas chicas habían creado. El suelo, normalmente impecable, estaba inundado de leche y cuajada derramada; un gran montículo de mantequilla yacía junto al umbral de la puerta y se veía un queso sin curar en el suelo de tablas bajo la mesa de trabajo. Nada se movía.

La habitación era pequeña, encalada e impecable, con el suelo y el techo en buen estado. Si una rata había entrado por una puerta abierta, aún debía de estar allí.

Charlie silbó a Terry y el gran perro vino corriendo.

—Encuentra la rata, chico, —ordenó—. Ve a por ella.

Cuando el peludo rabo desapareció por la puerta, Charlie la cerró firmemente tras de sí y se volvió hacia su gente.

—¿Qué hacéis todos ahí parados? ¿No tenéis nada que hacer? —Puso las manos en las caderas y fulminó con la mirada en una imitación inconsciente de su abuelo—. ¿Todo el trabajo debe detenerse por un ratón crecidito? —exigió.

Rápidamente, los hombres y las mujeres se dispersaron hacia sus diversas tareas, dejando sólo a Charlie y a las dos criadas aturdidas.

—Era grande, —insistió la irlandesa de cara pecosa—. Así de grande. —Extendió las manos para medir un espacio tan ancho como sus propios hombros—. ¡Subía por la pierna de Meta!

—*¡J a!* ¡*J a!* —La chica alemana asintió vigorosamente, obviamente entendiendo los gestos fervientes más que las palabras.

Un gruñido procedente del interior de la lechería fue seguido inmediatamente por un chillido agudo. Charlie abrió la puerta con cautela y Terry salió trotando con una gran rata entre

los dientes. La dejó caer ante los pies de su ama. La cara de la rata estaba embadurnada de crema.

La restauración de la lechería llevó el resto de la tarde.

Charlie observó pacientemente cómo se llevaban las cubas abiertas de mantequilla y nata, y la leche de la mañana, a las pocilgas y al corral, y cómo se fregaban el suelo y las mesas. Sólo los recipientes sellados y los quesos que colgaban de las vigas estaban a salvo. Era enloquecedor para Charlie tener que supervisar tareas tan rutinarias, pero sabía que si no vigilaba personalmente que se cumplieran sus órdenes, la leche y la mantequilla contaminadas aparecerían en la mesa de la plantación. A las dos sirvientas, un pequeño asunto como pelos u orugas de roedores no les parecería motivo para tirar comida en buen estado. Charlie se hacía pocas ilusiones sobre el comportamiento de las sirvientas de quince años.

La pelea entre Sarah Reid y la mujer de John no se resolvió tan fácilmente. Charlie acababa de empezar a contar las medidas de las semillas de maíz para la próxima siembra de primavera cuando una niña irrumpió.

—¡Señora! ¡Venga rápido! —jadeó la niña—. ¡Se van a matar!

Charlie lanzó una brida sobre la cabeza de Scarlet y cabalgó a pelo hasta la línea de casas que había más allá del huerto. Un nudo de mujeres gritonas se había reunido en torno a dos figuras que rodaban por el suelo. Sarah Reid había cogido a la mujer de John por el pelo y le estaba golpeando la cabeza contra la tierra dura. El vestido de Sarah estaba rasgado hasta la cintura y un pecho arrugado colgaba desnudo. Tenía el labio partido y un ojo hinchado y cerrado. Aun así, la mujer mayor se aferró a la esposa de John con la tenacidad de un terrier.

El aire resonaba con blasfemias mientras la mujerzuela de pelo negro del fondo escupía inmundicias con la virulenta imaginación de una arpía de muelle. Charlie se deslizó desde el lomo de la yegua y se abrió paso entre la multitud para ver a Sarah apretando los dedos alrededor de la garganta de la mujer más joven.

—¡Basta! —ordenó Charlie.

Ninguna de las dos mujeres pareció oír. La esposa de John siguió golpeando a Sarah Reid en la cabeza y la cara, rastrillándola con sus sucias uñas y arremetiendo con las rodillas y los pies. Sarah aguantaba y apretaba.

—¡Separadlas! —gritó Charlie a los espectadores.

Sacudiendo la cabeza, las mujeres y los niños retrocedieron, ampliando el círculo. La mujer de John empezaba a ahogarse.

—¡Traed agua! —ordenó Charlie—. ¡Del pozo! ¡Todos!

La cara de la mujer más joven había empezado a ennegrecerse cuando el primer cubo de agua fría salpicó a las dos. Sarah Reid gritó y cayó hacia atrás. Tres cubos más empaparon la ropa y el pelo, y la esposa de John empezó a sollozar.

Charlie hizo una señal de alto.

—Ya basta. —Volvió una cara dura hacia Sarah—. ¿De qué va esto?

—¡Ha estado husmeando alrededor de mi chico! —A Sarah le castañetearon los dientes mientras señalaba con un dedo acusador a la mujer que sollozaba en el suelo. —Sólo tiene catorce años. ¡Es un buen chico! No permitiré que lo arruine una basura como ella.

—Mentirosa, —dijo la mujer de John. Su voz era un susurro estrangulado—. ¡Está loca! ¿Qué querría yo con su hijo cara de caballo cuando puedo conseguir cualquier hombre en este lugar para calentar mi cama?

—¡Puta! —le espetó Sarah—. ¡Idiota!

—¡Puta!

—¡Prostituta!

—¡Gorda!

—¡Cara de viruela!

—¡Basta! ¡Las dos! —Gritó Charlie—. Volved a vuestras cabañas y poneos decentes. Una palabra más y os arrancaré la piel de la espalda. Las mujeres se apresuraron a obedecer, cada una seguida por su propia banda de simpatizantes.

Scarlet relinchó y Charlie se volvió para mirar a Bruce que cabalgaba detrás de ella.

—¿Por qué no has llegado aquí cinco minutos antes? —le preguntó.

Él puso los ojos en blanco.

—Parece que tengo por costumbre llegar demasiado tarde para interrumpir vuestras peleas. —Miró la espalda de Sarah Reid que se marchaba—. Y ésta puede que incluso haya sido agradable.

—De nada —dijo, agarrando las crines de Scarlet y saltando sobre su lomo—. Pero no parece que hayas tenido mucha suerte domando a la mujer de John. Ella está detrás de este alboroto, como siempre.

Charlie subió a la yegua junto a la gris moteada de Bruce y le miró a la cara.

—¿Estás seguro de que no has caído rendido a sus encantos? —Ella lo insinuó.

Se rió entre dientes.

—Me gustan las mujeres limpias y leales, gracias. —Sus facciones se tornaron serias—. Uno de los hombres encontró a la yegua negra llena de barro hasta el vientre.

Hemos pasado casi toda la tarde desenterrándola. La he hecho volver al establo, pero me temo que soltará a su potro antes de tiempo.

Charlie maldijo en voz baja.

—Hoy no. Hoy no puedo aguantar más. —Sacudió la cabeza—. Contaba con este potro. La yegua está cerca de los veinte años. No sacaremos muchos más de ella. ¡Maldita sea! —Charlie

se quitó el sombrero ladeado y se pasó una mano por el pelo—. Mi abuelo trajo a Dulcinea en barco desde Normandía cuando era una yegua de un año. Desciende de los antiguos caballos de guerra y pensó que sacaría de ella una buena estirpe de animales de trabajo. El año pasado soltó un potro muerto. Quería sacar de ella al menos una potra más para ocupar su lugar. Está cruzada con Baron.

—Estaba agotada, pero aún en pie. Pensé que lo mejor era llevarla al establo. Podemos hacer más por ella allí que en el campo. Aún no se ha puesto de parto—. Las cejas de Bruce se alzaron en fingida recriminación. —Deberíais haber ocupado mi lugar en el bosque esta mañana. Entonces podríais haberos quejado de un mal día. Tus tareas del día no fueron nada del otro mundo, según recuerdo. Una muchacha tiende a exagerar. —Levantó las manos para mostrar las ampollas frescas en las palmas—. Mis manos tardarán una semana en curarse. No podré manejar bien un pincel hasta que lo hagan.

—¿Has terminado mi cuadro? —preguntó Charlie inocentemente.

—No. —Bruce levantó la cabeza. —¿Y qué sabes tú de eso? ¿Has estado metiendo las narices donde no te llaman?

—Está muy bien, pero...

—¿Pero?

—Pero no se parece mucho a mí.

—Sí.

—He visto los bocetos que has hecho de Beth y Ben, e incluso del pequeño Dickon. Son tan reales que podrían cobrar vida.

Los labios de Bruce se comprimieron con fuerza.

—El mío parece un retrato.

—Sí. —Un curioso anhelo parpadeó tras los ojos grises—. Es hermosa, ¿verdad?

Charlie asintió.

—Es muy halagadora. —Su mirada se encontró con la de él y se sostuvo mientras una chispa de deseo al rojo vivo surgía entre ellos—. Casi como si hubieras pintado a mi madre en vez de a mí, pero no me parezco en nada a ella. —Charlie sintió palpitar en su interior una excitación familiar. Su respiración se aceleró de repente y volvió la cara para evitar que él leyera el mensaje en sus ojos.

—Hay un parecido, esquivo, pero está ahí, —dijo Bruce—. Ningún hombre negaría la belleza de tu madre, pero tú tienes algo más.

Charlie se rió.

—¿Callos?

—No, muchacha. Es una llama que brilla en tú interior. Una llama que no puedo atrapar con un pincel. Pero lo haré. —Sonrió—. Con callos y todo, lo haré.

Charlie sintió que el calor le subía a la garganta y a las mejillas. Él vendría a ella esta noche; ella lo sabía. Inconscientemente arqueó la espalda y suavizó su expresión. Intentó forzar su voz a tonos normales.

—No habrá comida decente para cenar a menos que la prepares tú.

Sin palabras, Bruce levantó un pato salvaje atado al lado más alejado de su montura.

—¿Pato asado?

—Con patatas dulces y tartas de bayas. ¿Puedes encontrarnos una botella decente de vino?

—Si haces bollos.

—¿No has aprendido nada? Los bollos no son para una cena—.

—Sin bollos, no hay vino, —amenazó ella—, Los pequeños, con forma de triángulo.

—Sería más natural que aprendieras a cocinar, mujer, —se burló él.

—Puede que tengas razón, pero no tendré tiempo de aprender hasta que te haya crecido una barba canosa hasta las rodillas. Si quieres comer ahora, cocina tú.

Refunfuñando de buen humor, Bruce empezó a relatar sus experiencias de la mañana con la cuadrilla de leñadores. Charlie le prestó toda su atención, contenta por la risa fácil y el intercambio de asuntos mundanos. Era un compañerismo que no había conocido antes. Ni siquiera con su abuelo había sido lo mismo. Él había sido el amo, ella la alumna. Con Bruce se sentía igual y la tranquila satisfacción del compañerismo estaba aderezada con la emoción de lo que vendría en la noche.



La cena fue todo lo que Bruce había prometido que sería. Más tarde, después de pasar un rato razonable repasando los libros de contabilidad de la plantación, Charlie ordenó que llevaran agua caliente a su habitación para un baño. Le dio a Bruce unas amables buenas noches y subió sola, intentando desterrar la preocupación que la atormentaba: el espinoso problema de la *Bruja Escarlata* anclada en sus tierras. Si Bruce se enteraba antes de que ella se lo dijera, se pondría furioso. Seguramente creería que ella sabía lo del barco y que le había dado permiso para esconderse allí.

Resueltamente, Charlie apartó sus problemas a los rincones más alejados de su mente y se metió en la bañera. El agua caliente y el jabón le sentaron de maravilla, pero no se entretuvo en la bañera de madera. Se lavó rápidamente el pelo y se envolvió en una gruesa toalla, secándose el cuerpo ante el fuego. Tras ponerse una bata limpia y unos mocasines de cuero suave, sirvió vino en dos copas de plata y las puso sobre la mesa junto a su cama. Esta noche Bruce vendría a sus aposentos. La idea era endiabladamente excitante y se rió para sus adentros. Él podría disfrutar

del lujo de un placentero baño de tina y ella tendría el placer de observarlo.

Por una vez estaban solos en la casa. Ben estaba en Chestertown comprando material para su escuela y Beth pasaba la noche con el herrero, presumiblemente para informarle de su condición de futuro padre. La criada de la cocina había vuelto a casa de su madre y nadie la había visto en varios días. Charlie pretendía aprovechar al máximo la intimidad, incluso encerrar a Terry en la cocina.

Quizá esta noche, después de que hubieran hecho el amor, podría hablarle a Bruce de la *Bruja Escarlata.* Tal vez ella podría hacerle entender que odiaba Quincy y todo lo que representaba, pero lo amaba demasiado para entregarlo. Decírselo a Bruce sería mejor que dejarlo averiguar por su cuenta.

Oyó los pasos apresurados de Bruce en el pasillo y se volvió hacia la puerta.

—Pensé...

Su gran forma llenó la puerta.

—El baño tendrá que esperar. Tu yegua se ha puesto de parto. Será mejor que te vistas y vengas. No es un parto normal.

En unos minutos se reunió con él en el establo. La yegua negra yacía de costado en la cama de la esquina. Un mozo de cuadra ansioso tiraba de su ronzal.

—La oí gritar, ama. No es natural que esté decaída tan pronto. —Charlie hizo un gesto el hombre para que se alejara y se acercó al enorme animal.

El cuello de Dulcinea estaba húmedo al tacto y una capa de sudor cubría su vientre hinchado. La yegua levantó la cabeza y gruñó lastimeramente mientras Charlie le acariciaba la sedosa piel.

—Tranquila, buena chica, —la tranquilizó. Pasó las manos por las gruesas patas y por los desgreñados menudillos, limpios ahora del barro negro que la había tenido prisionera durante

tantas horas aquella tarde.

La yegua gimió, rechinando los dientes y caballoendo los ojos en blanco mientras espasmos de dolor insoportable atenazaban su cuerpo en una prensa de hierro. Arremetió con una pata trasera y Bruce apartó a Charlie del camino.

—¡Cuidado! —le advirtió—. Una de esas pezuñas podría aplastarte el cráneo.

—¿Crees que podremos ponerla en pie? —preguntó Charlie, acercándose a la cabeza del caballo—. Necesita caminar.

—Sí, pero dudo que tenga fuerzas. Es vieja, muchacha, y está cansada. Escucha su respiración. —El áspero ronquido de la yegua en la quietud del establo era imposible de pasar por alto.

—Estaba bien antes de la cena —aseguró Charlie—. La revisé yo misma—. Hizo un gesto al mozo para que trajera un cubo de agua y se arrodilló junto a la cabeza de la yegua, levantando puñados hacia el hocico canoso. Agradecida, la yegua tomó un poco, luego dejó caer la cabeza sobre el heno y cerró los ojos. Charlie le acarició el cuello y la cabeza, susurrándole cariños.

Daniel se acercó a los cuartos traseros de la yegua y le levantó la cola.

—Ni rastro del potro, —dijo, frunciendo el ceño.

—Nos quedaremos con ella, —aseguró Bruce—. Puedes ir a tu cama.

—¿Está segura de que no me necesitará, ama? —preguntó Daniel.

Charlie negó con la cabeza.

—No. Has tenido un día muy largo. Esperaremos nosotros. Pueden pasar horas antes de que ocurra algo.

—Gracias, Ama Charlie. Lo haré—. Con un tirón de su copete, salió del establo.

Los minutos se convirtieron en horas mientras los dos se agazapaban junto a la yegua

parturienta. Bruce colgó dos linternas en las esquinas del box; el resto del box permanecía en la sombra. Los otros caballos estaban tranquilos en su mayor parte; Charlie estaba segura de que eran conscientes del estado crítico de la yegua negra.

Bruce se recostó contra una pila de heno y miró fijamente las enormes vigas de arriba. Fuera se estaba levantando una tormenta, pero el box estaba bien cerrado.

Nada se balanceaba con el viento y el calor de los animales lo mantenía caliente. Estaba orgulloso de la estructura. El diseño era bueno y con suerte aguantaría en pie doscientos años.

Charlie se estremeció cuando los primeros retumbos de un trueno penetraron en los gruesos muros.

—¿Has oído eso? —Su voz resonó en la quietud.

—Sí, un trueno. —Bruce se inclinó hacia delante y estiró los brazos, frotándose los calambres de los hombros que habían balanceado un hacha durante horas aquella mañana.

—Es pronto para una tormenta, —dijo Charlie.

Siempre le habían aterrorizado las tormentas eléctricas. Cuando era pequeña, la habían llevado a visitar a su madre a Virginia y se despertaba llorando por la noche, asustada por los truenos y los relámpagos. Nicholas la había llamado llorona y se había negado a que se metiera en la cama de su madre, y cuando ella siguió llorando, la había arrojado pataleando y gritando fuera de la casa, bajo la lluvia. Había golpeado la puerta hasta tener las manos ensangrentadas, pero nadie había venido a dejarla entrar hasta que pasó la tormenta. Un rayo había caído sobre un árbol del patio, derribando una rama a sólo unos metros de donde ella se había agazapado.

Extrañada, no recordaba que la hubieran dejado entrar. Por la mañana, su madre tenía la cara amoratada e hinchada. Cuando preguntó qué había pasado, Milicent la había hecho callar. Incluso había intentado convencer a Charlie de que nunca había estado fuera en la tormenta, que había sido un mal sueño... pero Charlie sabía que no era así. Había sido otro secreto que le había

ocultado a su abuelo.

Ella había sido…

Bruce le puso una mano en el hombro y ella dio un respingo.

—Oh, me asustaste, —admitió Charlie—. Supongo que estaba medio dormida.

—Estás temblando, muchacha. ¿Tienes frío? —Se arrodilló junto a la yegua y le puso la mano en el cuello—. Se está debilitando.

Charlie sacudió la cabeza.

—No, no tengo frío.

Un rayo cayó tan cerca que el caballo tembló de miedo. Charlie intentó disimular su propio terror concentrándose en la yegua. Susurrando al animal en tonos suaves y tranquilizadores, le pasó las manos por el vientre para intentar localizar al potro.

—Debe de estar atascado, —le dijo a Bruce—. Si no podemos girarlo, morirán los dos.

—¿Lo has hecho antes?

—No. —Charlie sacudió la cabeza—. He visto a mi abuelo, pero nunca he girado uno. Dijo que sólo tienes que llegar a todas las partes y enderezarlos.

Bruce parecía poco convencido mientras se desabrochaba la chaqueta y se echaba hacia atrás las mangas de la camisa.

—Tendré que lavarme. ¿Crees que puedes sujetarla o llamo a alguno de los mozos?

Otro dolor sorprendió a la yegua y gimió, agitándose con sus patas delanteras.

—No hay tiempo, —indicó Charlie—. Hazlo ahora si puedes.

Con cautela, Bruce se acercó a los cuartos traseros de la yegua y esperó a que cesaran los dolores. Charlie agarró con firmeza el ronzal y empezó a murmurar al exhausto animal mientras

Bruce introducía la mano en el canal del parto y palpaba las patas del potro.

El sudor corría por la cara de Charlie mientras intentaba calmar a la yegua.

—Buena Dulcinea, —susurró—. Tranquila... tranquila, niña.

La cara de Bruce estaba tensa por la concentración.

—Tengo una pata, pero no puedo decir si es delantera o trasera. El potro puede estar de nalgas. Voy a tirar con el próximo dolor. Sujétala si puedes.

La yegua se levantó sobre sus patas delanteras mientras un gran chorro de sangre y fluido corría por sus patas traseras.

—¡Ahora, empuja! —gritó Bruce. Dio un tirón y aparecieron un par de pezuñas diminutas —. ¡Ahora una vez más! —Cuando volvieron los espasmos, tiró con fuerza y un potro bayo se deslizó sobre el heno húmedo.

Charlie se arrodilló a su lado y le limpió la boquita. La cría estornudó y emitió un agudo chillido.

—¡Está viva! —gritó Charlie—. ¡Es una potra y está viva!

La madre juntó sus patas traseras bajo ella y se puso en pie, empujando a la potrilla con suave impaciencia. La potra alazana pateó sus enjutas patas y chilló, caballoéndose en pie tambaleándose y acariciando con el hocico el vientre de la gran yegua. Dulcinea empezó a lamer los cuartos traseros del potro, luego se detuvo, se puso rígida y volvió a gemir. Casi de inmediato, aparecieron las patas delanteras y la nariz de un segundo potro.

—No me extraña que tuviera tantos problemas, —dijo Bruce, facilitando la llegada al mundo de la segunda cría—. Éste es negro. —Lo depositó suavemente sobre la paja—. Has conseguido una segunda potra, muchacha. Dos por el precio de una.

Charlie rió a carcajadas, enjugándose las lágrimas de alegría. Fuera, los truenos surcaban

los cielos, ahogando el repiqueteo de la lluvia sobre el tejado, pero su miedo se perdía en el deleite de los potros recién nacidos. Bruce metió las manos en un cubo de agua, lavando lo peor de la sangre y los fluidos del parto, mientras ella empezaba a secar a la segunda potra con puñados de heno.

—Creo que ahora necesito ese baño, muchacha, —dijo, sacudiéndose las manos para secarse—. La madre debe tener puré caliente y mucha agua tibia con melaza y vinagre. —Se agachó para acariciar la grupa de la primogénita. La diminuta potra alazana emitía suaves gruñiditos mientras mamaba con avidez de las tetas de la yegua—. Despertaré a los mozos de cuadra. Alguien debería vigilarlos el resto de la noche.

—Está bien, puedo quedarme, —se ofreció Charlie.

Bruce le sonrió con maldad.

—No, mujer. Tengo cosas más importantes que hacer entre ahora y el amanecer. ¿No prometiste que tendríamos la casa para nosotros solos esta noche?

Charlie se ruborizó.

—Sí, pero...

—No hay peros. Yegua está contenta y quiero hacer lo mismo—. Soltó una risita profunda en su garganta mientras sus ojos la devoraban—. ¿No hay recompensa para un hombre hambriento?

—No puedes tener hambre, —protestó Charlie burlonamente—. No después de haberte comido casi todo ese pato en la cena.

—Sí, pero lo estoy. Tengo ganas de probar algo dulce… —los ojos de Bruce centellearon — …y tal vez un sabroso trozo de pechuga y muslo.

Capítulo 18

Bruce contempló la masa rojiza y dorada de pelo desatado de Charlie que se extendía por su pecho desnudo y sonrió. Habían dormido poco aquella noche, pero con gusto trabajaría cansado el día siguiente por semejante recompensa. Los pelos de la base de su cuello eran suaves y rizados; no pudo resistirse a rozar el lugar íntimo con la punta de los dedos. Charlie suspiró somnolienta, acurrucándose aún más y acercando provocativamente su pierna desnuda a la fuente de su creciente agitación. Acarició con ternura la curva de su columna vertebral, deteniéndose en el hueco de su espalda, y luego recorrió su cadera con dedos exploradores.

—Charlie. —Ahuecó juguetonamente una nalga redonda—. El sol está bien alto, ama Palmer. Su reino la espera.

Ella gimió y enterró la cara bajo su brazo.

—Vete, —murmuró—. He pagado mis impuestos.

—¿Qué? ¿Crees que soy un recaudador de impuestos? —Haciéndola rodar sobre su espalda, la inmovilizó contra la cama y la besó de lleno en la boca. Sus ojos saltones se rieron de él mientras sus brazos se enroscaban en su cuello y ella daba tan bien como recibía.

—¿Tienes por costumbre embelesar a damas dormidas? —susurró.

La lengua de Charlie chasqueó su labio inferior y luego salió disparada para tocar el suyo. Un rayo de fuego se disparó a través de él y unió su boca a la de ella, saboreando la dulce

sensación de sus pechos apretados contra el suyo y sus caderas ondulantes que avivaban un deseo al rojo vivo en sus entrañas.

—Si no... deberías. —Su voz era tensa y ronca mientras sus uñas cavaban surcos de placer por su espalda.

—Bruja. —Su respiración se hizo dura y entrecortada mientras bajaba los labios para saborear el tentador capullo de un pecho de piel satinada. Charlie gimió de placer, separando las piernas para recibir toda la potencia de su empujante hombría.

Con un grito se zambulló en su interior, incapaz de contener el instinto primitivo de poseerla por completo, de derramar su semilla en su vientre y hacerla irrevocablemente suya... para siempre. Para su alegría, ella le correspondió empujón a empujón, mezclando su pasión con la suya, fundiendo carne y espíritu hasta que él alcanzó una liberación estremecedora, un éxtasis mayor del que jamás había conocido.

Se durmieron estrechamente abrazados y, cuando él despertó, la encontró mirándole fijamente.

—Whist, muchacha, —murmuró él—. ¿Te he despertado? Yo no...

Ella se rió y sacudió la cabeza.

—No, quería verte dormir, —admitió—. Y también quiero otra cosa de ti, ahora que estás despierto.

—Atchh, serás mi muerte, muchacha —protestó él—. Incluso un escocés tiene sus límites. —Bruce se pasó las manos por el pelo revuelto y se incorporó—. ¿Qué hora es? Hoy hay una subasta de sirvientes en Chestertown y quiero estar allí.

Charlie se deslizó de la cama y recogió su envoltorio del suelo.

Desde la ventana podía contemplar los verdes campos. Un escalofrío de felicidad la recorrió y se abrazó a sí misma. La primavera era la época del renacimiento, de la renovación.

De algún modo, ella encontraría la manera de que todo saliera bien. No podía perder a Bruce ni a La propiedad Palmer. Ambos significaban para ella más que la vida misma.

Se volvió y lo miró, forzando sus pensamientos lejos de su acto de hacer el amor y de lo que Bruce acababa de decir acerca de ir a Chestertown.

—Será mejor que cojas el balandro entonces, —respondió ella suavemente—. Yo también iré. Tengo asuntos financieros de los que ocuparme. —Se inclinó hacia delante, cepillándose el pelo con movimientos largos y uniformes—. ¿Crees que podemos permitirnos más trabajadores? Incluso con el tabaco…

—No podemos permitirnos no tenerlos. Y si encuentro una mujer con posibilidades, nos compraré una cocinera. No hay excusa para aguantar las tonterías de Beth. ¡No puedo estar viniendo del campo cada mañana para hacer la cena del día el resto de mi vida!

—¿Y qué te hace pensar que estarás aquí el resto de tu vida? —Ella se detuvo en el acto de ponerse una media y le devolvió la mirada, sin ocultar del todo el hilo de acero en la burlona pregunta.

Bruce dejó caer los pies al suelo y se levantó.

—Lo he decidido, muchacha. No podemos seguir así. Sé que tu riqueza y mi falta de ella serán un problema entre nosotros, pero te quiero como esposa. Quiero que nos casemos, ahora. Tan pronto como se puedan decir las amonestaciones.

El rostro de Charlie se ensombreció y la agarró bruscamente por los hombros.

—¡No! —insistió—. ¡Debes escucharme de una vez! Si te casas, tu padrastro no ganará nada con tu muerte.

—¡Suéltame! —Ella se soltó de un tirón—. No me casaré contigo, Bruce. Ya te lo he dicho.

—Entonces esto… —hizo un gesto hacia la cama— …no significa nada más para ti que un

revolcón con tu jornalero.

La mano de Charlie se extendió y le dio una bofetada en la mejilla.

—¡Bastardo!

Bruce levantó un brazo para bloquear un segundo golpe, luego le agarró las muñecas y se las inmovilizó por detrás. Ella le dio una fuerte patada en la espinilla y él la empujó hacia atrás sobre la cama. Un hilillo de sangre corría por su barbilla donde un diente le había cortado el labio. Las manos de Bruce se anudaron en puños mientras permanecía de pie junto a ella, desafiándola a moverse, y luego se dio la vuelta, casi mudo de rabia.

—Lo... siento—, tartamudeó, tapándose la boca con la mano. —No pretendía...

—¡Maldita seas, kelpie! —maldijo él—. ¿No puedes ver que de esta manera sólo habrá angustia y dolor para los dos? —Agarró su ropa, metiendo las piernas en los calzones de piel de becerro—. Se acabó lo nuestro. Te acompañaré durante la siembra, —dijo—, pero después tendrás que buscar otro capataz. No viviré así.

—Bruce, por favor...

Se recogió las botas y el chaleco y puso la mano en el pomo de latón de la puerta.

—Te he avisado, Charlie. No volveré a hacerlo... y tampoco volveré a pedirte que seas mi esposa.

Una curiosa humedad nubló su visión

—Lo peor de todo es que creo que me quieres tanto como yo a ti.

—Sí que te quiero, —dijo ella—. Sólo que no quiero casarme. Ni contigo, ni con nadie.

Bruce cerró la puerta con firmeza tras de sí.

Chestertown bullía con el aire de una metrópolis en crecimiento. La plaza del pueblo estaba abarrotada de granjeros y comerciantes que acudían a ver la subasta de la tarde. Soldados uniformados se abrían paso por la polvorienta calle en grupos de dos y tres, llamando de vez en cuando a las criadas o a las mujeres del pueblo que pasaban sin compañía. Las tabernas estaban abarrotadas y los olores del cerdo y la ternera asados flotaban en el aire para mezclarse con los fuertes olores del ganado que pasaba y la siempre presente hoja de tabaco.

Los niños y los perros entraban y salían corriendo entre la multitud, gritando y riendo. Los bebés gemían. Las madres respetables llamaban a sus vástagos, las amas a sus criados caprichosos. En el borde de la plaza, un grupo de niños medio crecidos lanzaban huevos al borracho ocupante del cepo recién levantado y dos marineros holandeses arrojaban peniques bajo un árbol de cedro. Las mujeres habían levantado casetas para vender pasteles de carne calientes y pan de jengibre. Se podía tomar sidra dulce a un precio al alcance de los niños descalzos.

Una mujer estaba sentada sobre un cajón de madera con pollos, sosteniendo una gorda gallina por las patas para que todos la vieran. Un círculo de plumas rodeaba su modesto establecimiento.

—¡Gallinas rollizas! —gritaba—. ¡Gallinas rollizas! ¡Tiernas como el culito de un bebé!

Bruce estaba de pie cerca de la mujer, hablando en voz baja con el vecino de Charlie, Martin Hopkins.

—Es tentador, —le dijo—, pero debes saber lo que ella siente sobre el tema de la esclavitud.

Hopkins asintió.

—Lo sé. Por eso te planteo el asunto a ti, en lugar de a Charlie. No me separaría de ellos si no hubiera perdido toda la cosecha del año pasado. Maldita sea, pero tu ama tiene la suerte del

diablo. —Martin levantó la mano para rascarse bajo su peluca polvorienta—. No necesito decirte, Keegan, que estoy sufriendo. No puedes imaginarte los gastos que tiene un hombre de familia. Y mi esposa, una buena mujer, no quiere oír hablar de recortar los gastos de la casa. —Suspiró apenado—. Antes de quebrar debo vender los sirvientes. A mí no me importa si los compra uno u otro. Pero Abe es un carpintero experto, y George y Tom pueden cortar madera con los mejores. Abe tiene esposa, y espero que quien lo compre compre a Elvy y a su hija. La niña tiene catorce años y es muy trabajadora, pero no te mentiré. Tiene un pie zambo. La han adiestrado en la casa, pero es lenta.

Bruce dejó escapar un silbido bajo.

—¿Cinco esclavas? —Se rió—. Queréis verme en el cepo. —Parecía pensativo—. Me gustaría verlos yo mismo, pero te tomo la palabra de que Elvy es una buena cocinera. Vine buscando leñadores y una mujer. No pensé en comprar esclavos.

—Uno o todos, —exigió Martin—. Podría hacerle un buen trato por el lote. Me ahorro la comisión si no los subasto y sabría que tendrían un buen hogar. —Se rascó la nuca—. Es un mal negocio, vender esclavos. No me gusta. Son lo último que me queda. Le diré la verdad, no compraré más. Pero no tengo dinero para aliviar mi conciencia liberándolos. —Martin se limpió las manos húmedas en los calzones—. En otoño, hazme saber qué barco lleva el tabaco de Charlie. Yo no pondré el mío en ningún otro sitio—. Hizo una pausa. —Hay quien dice que tiene la séptima vista, pero por mí no hay problema. Sólo desearía haber embarcado con ella este año. Si pierdo la cosecha de este año, mi tierra estará en peligro.

—No eres el único. Si esta maldita guerra no termina pronto, Inglaterra puede esperar pocos beneficios de sus colonias.

—¿Te gustaría verlas, o quieres hablar primero con Charlie?

—Hablemos con su gente, señor. —Bruce sonrió—. Ambos sabemos lo que diría la señorita Palmer. Pero yo tengo la autoridad para hacer la compra. Si hacemos un trato, no debe

temer que me retracte.



—¿Que has hecho *qué*? —Charlie miró a Bruce con incredulidad, sin darse cuenta de que el tenedor se le había escapado de los dedos para repiquetear por la mesa de la posada. Se incorporó a medias en su asiento, con los ojos entrecerrados por la ira—. ¿Compraste esclavos para La propiedad Palmer?

Bruce se deslizó en la silla frente a ella.

—Siéntate, mujer, y cierra la boca. La gente te está mirando.

—¿Lo hacen?

Su tono descendió a un patrón frío y preciso. Echó un vistazo a la pequeña sala privada reservada a los caballeros. La mayoría de las mesas estaban ocupadas por hombres y mujeres, no pocos de los cuales la miraban fijamente.

—Pensaría que se ocuparían de sus propios asuntos y me dejarían ocuparme de los míos. —Charlie miró con fiereza a un caballero con barba que sorbía té frente a ellos. El hombre se sonrojó de un profundo tono púrpura y volvió la cara.

—Escúchame antes de que…

—No hay nada que puedas decir que lo arregle, —le espetó—. Deberás devolvérselos a Martin. —Las manos de Charlie se anudaron bajo la mesa y se obligó a sofocar el temblor—. No lo permitiré, Bruce. Lo sabías desde el principio.

El posadero apareció junto a ellos.

—¿Qué desea, señor? Tenemos un ganso asado muy bueno, o tal vez un pastel de almejas.

—El ganso, —dijo Bruce—, y pan y queso…

—Muy bien, señor. ¿Y para beber con la comida?

—Cerveza.

Charlie esperó a que el hombre volviera a la cocina y apartó su propio plato.

—¡No tenías derecho!

—Sabes que no puedo hacerlo.

Ella maldijo suavemente en voz baja.

—Van a volver, Bruce. Y vas a arreglar todo con Martin. —Aseveró ella, dando al plato un vil empujón a través de la mesa.

Bruce cogió el borde del plato, evitando por poco que su comida volcada en su regazo.

—Charlie.

Ella oyó la amenaza, pero estaba demasiado atrapada en su propia ira para prestarle atención.

—Bastardo—. Deliberadamente levantó su copa de peltre. Su mano se cerró sobre su muñeca y apretó hasta que ella pensó que sus huesos se quebrarían.

—Nada de escenas, Charlie.

Ella flexionó los dedos, pero su muñeca podría haber quedado atrapada en roca sólida.

—Suéltame, —susurró. Podía sentir ojos curiosos en su espalda y parpadeó para contener las lágrimas de rabia—. Te mataré.

—Deja el vino.

Derrotada, volvió a dejar la copa de vino sobre la mesa. Él le soltó la muñeca inmediatamente.

—Si fuera un hombre…

—Si fueras un hombre, no tendríamos este problema, ¿verdad?

Una criada se acercó a ellos con una bandeja de comida. Charlie se levantó.

—Disfrute de su ganso, señor, —dijo ella fríamente—, y ocúpese del asunto del que hablamos en cuanto haya terminado. —Arrojó una moneda sobre la mesa—. Yo pagaré la comida del señorito Keegan. Trabaja para mí, al menos por el momento.

La risita sarcástica de despedida de Bruce le quemó en los oídos mientras bajaba la colina hacia el muelle. ¡Maldito fuera su arrogante desprecio por sus sentimientos! Llamó a un barquero para que la llevara remando hasta el balandro. ¡Bruce podía encontrar su propio camino a casa o podía irse al infierno!

Cada vez que pensaba en los esclavos volvía a enfadarse. Martin sabía que ella nunca aceptaría tal cosa. Ambos lo sabían. Una voz interior le recordó que eso era lo que podía esperarse de dejar que un hombre tomara el control de su vida.

—Se acabó. —Charlie entró en el bote de remos cuando éste tocaba el muelle—. ¿Qué ha dicho, ama? —preguntó el barquero.

—Nada... nada en absoluto.

Charlie se quedó mirando el agua arremolinada. Su confusión sobre sus sentimientos por Bruce estos últimos meses la habían vuelto tan indecisa como los hombres acusaban a las mujeres de ser. Nada más. Ella regresaría a la plantación y haría lo que debería haber hecho ayer. Se enfrentaría a Quincy y le exigiría que se retirara con su tripulación de La propiedad Palmer de una vez por todas. Una vez que Quincy se hubiera ido, ella encontraría la fuerza para hacer frente a Bruce. No necesitaba hombres que le complicaran la vida, ni ahora... ni nunca.

Estaba oscuro cuando Charlie entró en la cabina del capitán a bordo de la *Bruja Escarlata.* Su padre estaba sentado a la mesa con Gavin; Quincy se levantó para saludarla.

—Charlie, ¡qué agradable sorpresa! Aunque debo decir que te has tomado tu tiempo para ello. Te esperábamos hace dos días. —Cruzó la habitación para abrazarla—. Siéntate. ¿Nos acompañas con una copa de vino? Tengo un Burdeos maravilloso...

Ella se puso rígida y dio un paso atrás, respirando hondo.

—¿Por qué estás aquí?

Gavin se rió, cerrando de golpe la pequeña caja encuadernada en hierro que había sobre la mesa.

—Siempre las mismas preguntas. Al menos es coherente, eso lo reconozco. —Se reclinó en su silla y la miró insolentemente—. ¿Creías que podríamos hacer reparaciones en el puerto de Chestertown?

—Te están buscando por todas partes, —dijo Charlie—. Es sólo cuestión de tiempo que te encuentren aquí. ¿No te preocupas por mí? Sobre lo que pasaría si las autoridades...

Una sonrisa jugueteó en la comisura de los labios finamente dibujados del caballero Jim.

—Ah, las recriminaciones. ¿Es esto la preocupación de una hija? Seguro que ya se ha enterado de nuestra estrecha huida. ¿Preferiría que hubiéramos arriado nuestros colores y nos hubiéramos puesto a merced del rey Jorge?

McCade rió entre dientes, extendiendo una mano delgada hacia un lugar vacío en la mesa. Iba vestido, como de costumbre, con satenes y terciopelos impecables. Su abrigo era gris paloma, los calzones un tono más claro. Las medias de seda estaban cosidas con un dibujo de colibríes plateados y los zapatos de punta cuadrada llevaban hebillas enjoyadas. La reluciente peluca blanca de McCade estaba tan ordenada y olía tan dulcemente como su cabaña.

—Maldito seas, Quincy, —gritó—. ¡No puedes hacerme esto! He puesto mi vida en esta plantación.

—¿Crees que te pondría en peligro si no fuera necesario? —Le acercó la silla—. Siéntate y toma un poco de vino. Háblame de tu madre. Tengo un regalito para ella... algo que recogí en las islas. Le encantará.

Charlie apretó las manos en puños. Siempre era igual. Ella había sabido que él sería así. Encantador. Creyó que podría convencerla de su ira con encanto.

—¡No! ¡Lo digo en serio, Quincy! Te quiero a ti y a tu escoria fuera de La propiedad Palmer en la próxima marea.

Unas manos firmes la empujaron a la silla. Bajo el satén, Quincy era todo músculo. Aunque no era más que de estatura media, Charlie le había visto levantar a un tripulante enorme y malhumorado y arrojarlo por encima de la borda del barco.

—Nos iremos cuando sea seguro... y cuando hayamos terminado las reparaciones. —Sus ojos se encontraron con los de ella y por un instante ella vio un destello de angustia—. Perdimos el balandro en aquella refriega frente a la costa. Veinte hombres se fueron al fondo con ella.

Charlie sonrió fríamente a Gavin.

—Supongo que eso te vuelve a degradar a marinero, ¿no? —Gavin había capitaneado el balandro. Era inmensamente útil para navegar en aguas poco profundas; la *Bruja Escarlata* y la *Cazadora* formaban un equipo mortal, aunque la balandra llevara menos hombres y menos cañones—. ¿No se supone que el capitán se hunde con el barco, Gavin? ¿Cómo evitaste el destino de tus valientes hombres?

—Tuve suerte.

Charlie se estremeció bajo su mirada maligna. Gavin la asustaba. Siempre lo había hecho y su miedo la había hecho decidirse a no darle nunca una oportunidad de hacerle daño. Sabía por

qué su padre lo mantenía a su lado, lo mantenía a pesar de la corriente subyacente de insidiosa malevolencia. Gavin era el lado oscuro de Quincy. Podía llevar a cabo las desagradables exigencias de su oficio sin pestañear. Gavin era un hombre sin conciencia, un hombre ambicioso: el hombre perfecto que se ensuciaba las manos en lugar del caballero Jim, el bucanero cortesano.

Una vez le había preguntado a su padre por su apuesto lugarteniente. Charlie tenía catorce años y Gavin aún era lo bastante joven como para que se refirieran a él como «el chico».

—¿Por qué lo mantienes contigo? —le preguntó, enfadada porque Gavin la había observado con la mirada de ojos pesados de una víbora—. No puedes confiar en él. Algún día te traicionará, Quincy. Puedo verlo en su cara.

Quincy se había reído.

—El último día de su vida me traicionará.

—Él no es como los otros, —protestó ella. Charlie odiaba al enano Cato, pero no le tenía miedo. Había un olor a maldad en Gavin, a pesar de sus rasgos justos y uniformes y sus maneras risueñas. Gavin tenía la mirada de un asesino.

—¿Te ha insultado? ¿Te ha puesto la mano encima?

—No, pero…

—No lo hará. Es inteligente, Charlie. Eso es lo que ves. Tiene una mente maquiavélica. No podría elegir un mejor segundo al mando. —Quincy había sonreído fríamente—. Nos utilizamos mutuamente, niña.

—¿Dónde está tu fiel escocés? —preguntó Quincy, devolviendo a Charlie al presente—. ¿Tu... Capataz? —Sirvió vino en una copa veneciana de valor incalculable y se la ofreció—. No estará escondido en el bosque espiándonos, ¿verdad?

—No es probable. Si Bruce supiera que estás aquí, mandaría llamar al alguacil.

—¿Has venido sola, entonces?

—¿No lo hago siempre?

Gavin maldijo suavemente en voz baja.

—Escúchala, ¿quieres? Tan pura como un ángel. —Se inclinó hacia ella y Charlie percibió el olor a ron rancio—. ¿Eres tonta, mujer?

—¡Ya basta! —Quincy espetó.

—¡No! ¡No es suficiente! —Los dedos de Gavin se apretaron cruelmente sobre los de ella —. Si nos cuelgan, ella será colgada con nosotros.

Ella luchó por liberar su mano.

—¿De qué está hablando? —exigió—. Yo no te pedí que vinieras. No soy parte de esto.

Quincy se encogió de hombros.

—No del todo, querida. ¿De verdad creías que tus cargamentos de tabaco llegaban por pura casualidad? Llevo años protegiendo el tabaco de tu abuelo. Y luego, cuando te hiciste con el control de la plantación... —Arqueó una ceja cínicamente y suspiró—. Tienes que madurar alguna vez, Charlie. La realidad es que eres cómplice. Siempre lo fuiste.

—¡No! —Ella se puso en pie—. No. ¡No me lo creo! —Miró desde el rostro terso de su padre hasta el sonriente de su lugarteniente—. No podrías haber...

—Claro que podríamos haberlo hecho. —Los ojos de Quincy se entrecerraron—. Dejé que tu nave se fuera. Demonios, la rescaté. ¿Cuánto ganaste sólo con ese cargamento? Teniendo en cuenta cuántos barcos hemos tomado este año, el precio del tabaco en Londres debe ser astronómico.

La habitación parecía girar mientras Charlie luchaba por el control. Todos estos años... todos estos años y nunca lo había adivinado. Se mordió el labio, dando la bienvenida al dolor.

Ella había jurado a Bruce que no era parte de ello. La suerte Palmer. La suerte Palmer no había sido más que la fantasía de un pirata.

—¿Por qué? —susurró—. ¿Por qué lo hiciste?

Quincy parpadeó.

—Eres mi hija. ¿Por qué no debería mejorar tu fortuna?

—Nunca lo pedí.

—¿Crees que te salvará de la horca? —preguntó Gavin—. Eres parte de ello; siempre lo has sido.

—Nunca lo contaste, —le recordó su padre—. Nunca se lo dijiste al viejo.

Ella sacudió la cabeza. Tenía la boca seca.

—Yo... no podía, —murmuró—. Si yo...

—Basta ya de protestas femeninas, —dijo Gavin—. Te has beneficiado de nuestra empresa, con muy poco riesgo. Ahora puedes retribuir nuestros esfuerzos. Necesitamos provisiones y pólvora. Un mosquete y balas de cañón, si puedes conseguirlas. Pólvora y vendas.

—¿De verdad crees que te ayudaría? —La ira surgió en su interior—. ¿Crees que traería pólvora y balas para ayudar en el asesinato de mis amigos y vecinos?

—Harás lo que te ordene. —La voz de Quincy era dura—. Has estado mimada y protegida por demasiado tiempo. Estás en deuda conmigo, hija... y voy a reclamar mis deudas.

Capítulo 19

Charlie estaba a medio camino de la puerta cuando Gavin la agarró por los hombros y la hizo girar. Ella trató de zafarse, pero los dedos de él se clavaron en su carne.

—¡No irás a ninguna parte! —le espetó.

Con un grito, Charlie arremetió contra él con su bota, golpeándole en el tobillo mientras levantaba un brazo para bloquear el golpe que sabía que iba a recibir.

El puño de Gavin se detuvo en el aire y dio un paso atrás. La luz de la linterna del barco, que se balanceaba suavemente, brilló sobre su rostro blanco.

La mirada de Charlie se posó en la brillante hoja que descansaba contra la base de la columna vertebral de Gavin. Quincy sacudió la muñeca y la espada rebanó la camisa del hombretón para extraerle sangre. Se quedó helada.

—Eres un tonto, Quincy, —dijo Gavin. Se estremeció cuando la punta de la espada volvió a atravesar su piel. El miedo llenó sus ojos—. Nos traicionará.

Quincy miró a su hija y luego a la puerta.

—Mientras yo sea el capitán de la *Bruja Escarlata*, daré las órdenes, Gavin. Si quieres intentar alterar eso...

Charlie retrocedió lentamente hacia la puerta, sin dejar de mirar a Gavin.

—No puedo hacer lo que me pides, —protestó—. No puedo. —Sus oídos captaron el leve roce del cuero contra la cubierta y se giró para mirar al enano lascivo, Cato. Ahogando un grito de alarma, se mantuvo firme, intentando ignorar el alfanje que tenía en la mano.

—¿Necesita algo, capitán? —le preguntó. Sus ojos eran como trozos redondos de cristal que parecían burlarse de ella.

—Saque a la señorita Palmer del barco, —ordenó Quincy—. Que alguien la lleve remando al otro lado del arroyo. —Volvió a dirigir su fría mirada a Charlie—. Supongo que habrás dejado tu montura en algún lugar cercano.

Ella asintió.

—Tienes dos días para adquirir las cosas que te pedí —dijo—. No me hagas ir a buscarte.

Dio un paso atrás y cortó un rasguño de tres pulgadas en la mejilla derecha de Gavin con la punta de su estoque. La sangre brotó en el corte y goteó por la parte delantera de su camisa con volantes. Maldiciendo, el teniente pirata se desplomó en una silla, ahuecándose la cara herida.

Charlie huyó del camarote, trepando por la escalera y saliendo a la cubierta iluminada por la luna. Una forma ominosa se movió para bloquear su huida, pero una palabra de Cato, el enano, despejó el camino. Su desagradable risa la siguió mientras descendía por la escalera hacia el bote de remos.

¿Qué voy a hacer? Su mente estaba entumecida por la incredulidad. Apenas se dio cuenta cuando el bote rozó la orilla. Cato murmuró algo obsceno.

—Vete al infierno, —le espetó, corriendo hacia la oscuridad. Debía encontrar a Baron, montar y cabalgar. ¿Pero cabalgar adónde? Un grito estrangulado surgió en su garganta. No lloraría. No lo haría. Tenía que pensar en algo... en alguna forma de salir de esto.

Charlie tropezó con algo y cayó de cabeza en la tierra. Una rama le arañó la cara y se mordió el labio.

—Maldita sea. —Respirando entrecortadamente, se levantó y se sacudió el polvo lo mejor que pudo. Se sentía enferma—. ¿Qué voy a hacer?

El relincho de respuesta del semental bayo fue tranquilizador. Rápidamente se dirigió hacia donde estaba atado y se subió a su lomo. El olor familiar del gran caballo y la sensación de su cuerpo moviéndose bajo ella le devolvieron la razón.

—Iré a ver a Iris, —susurró—. Ella me ayudará.

A lo lejos aulló un lobo y el grito solitario hizo que un escalofrío recorriera la espina dorsal de Charlie. Odiaba la oscuridad. Haciendo retroceder sus temores, giró la cabeza de Baron hacia la cabaña de la india. Si alguien podía dar sentido a este lío, ésa sería Iris.

La cabaña de Iris se alzaba en un pequeño claro junto a un arroyo. Charlie desmontó y condujo a su caballo los últimos cien pies hacia la casa, deteniéndose para atarlo al poste de enganche. Un cálido resplandor de luz brillaba a través de la ventana de la habitación principal. Charlie hizo una pausa y pronunció el nombre de Iris. Estaba segura de que la mujer sabía que estaba allí; nunca había podido acercarse a la cabaña de Iris sin que la mujer se diera cuenta.

—¡Iris! Soy yo.

Un gemido lastimero llenó el aire.

—*Du-wit-doo-wooo.*

Charlie se sobresaltó cuando una forma fantasmal se desprendió de los árboles y flotó hacia la casa. El trino lastimero dio paso a un sordo batir de alas y al chasquido de unas garras afiladas cuando un búho se posó en la percha tallada a un brazo de distancia frente a ella.

—¡Anequo! —Charlie se abalanzó sobre las riendas de Baron mientras su susto infantil

daba paso a una risita nerviosa y su corazón se ralentizaba hasta un latido casi normal—. Whoa... whoa, —tranquilizó al semental. —Es sólo un pequeño búho. Tranquilo, chico.

La puerta se abrió y la forma de una mujer se perfiló a la luz del fuego.

Iris rió suavemente y le hizo una seña.

—¿Tienes que montar a esa bestia? Sabes que le aterroriza Anequo. —La oscura forma saltó a su hombro y unos puntiagudos mechones de orejas se hicieron visibles sobre la redonda cabeza. Ella la condujo al interior y empujó la puerta para cerrarla tras ellos.

La sala principal era casi cuadrada y estaba dominada por una enorme chimenea de ladrillo con un amplio hogar. De las vigas colgaban cestas, herramientas y objetos diversos; las paredes estaban cubiertas de pieles de animales. Una mesa de madera llena de cicatrices y dos sillas llenaban una esquina.

El suelo de pino estaba impecablemente limpio, y la cabaña olía a hierbas y plantas perennes. Una cortina de piel de ciervo dividía la habitación principal de la cabaña del anexo para dormir. Los nichos entre las vigas de la pared sostenían cuencos, cajas de corteza de abedul y jarras. Charlie sonrió sin decir palabra, dándose la vuelta una vez, luego dos. La casa de Iris era siempre igual: una combinación india-blanca de magia y misterio. Suspiró satisfecha, dejando que la paz de Iris calmara el torbellino que se agitaba en su cerebro.

Una nariz fría le apretó la mano y se agachó distraídamente para acariciar al cervatillo de un año.

—Está creciendo.

Iris asintió.

—Esperaba soltarla esta primavera, pero la pata nunca será lo bastante fuerte para alejarla del peligro. Debe contentarse con ser una cierva de albergue.

Charlie le rascó la suave barbilla y la cierva puso sus grandes ojos en blanco y gimió feliz.

—¿Sigue en guerra con Ethepate? —Al oír su nombre, el mapache se desenroscó de su sitio ante el fuego y se acercó perezosamente para sentarse en la bota del visitante—. ¿También quieres que te acaricie? No muerdas, —advirtió—, o te convertiré en manoplas de mapache.

Iris dio una palmada.

—Déjala en paz. —regañó en algonquino—. Compórtate. —Arrodillada sobre una piel de ciervo ante el fuego, hizo un gesto a Charlie para que se uniera a ella—. Estás preocupada, —murmuró.

La luz del fuego bailó en el costado de la cara de Iris mientras ella soltaba las garras del pequeño búho de su camisa y lo lanzaba al aire. El búho chirrió y revoloteó por la habitación hasta posarse en el borde de la mesa.

Charlie se bajó a la alfombra junto a la india.

—Quincy ha vuelto, Iris. *La Bruja Escarlata* está anclada en el arroyo lejano.

La mujer mayor suspiró y estiró la mano para acariciar el pelo de Charlie.

—Lo sé. Los he observado.

—He ido a verlo esta noche. —Rápidamente, sin emoción, Charlie relató lo que había ocurrido entre ellos—. No puedo hacer lo que él quiere, —dijo finalmente—. La mitad de mí quiere huir y esconderse, y la otra mitad dice que debería cabalgar hasta Chestertown y decirle a las autoridades dónde está.

Un palo chasqueó en las llamas, enviando chispas que giraban contra el fondo del hogar como estrellas fugaces. Lentamente, Charlie desató sus puños cerrados, dejándolos caer sueltos sobre su regazo. El feroz martilleo de su cabeza empezó a remitir y su respiración se hizo más lenta. Esperanzada, levantó los ojos para encontrarse con los de 'Iris.

Durante largos minutos las dos mujeres se miraron sin hablar. Iris rompió por fin el silencio.

—Puede que el rastro de su espíritu le haya llevado a una vida de derramamiento de sangre e incursiones. Pero obligarle a ser como él es un gran mal. Debe de estar impulsado por demonios invisibles. —Suspirando, tomó la mano de Charlie entre las suyas y empezó a mecerse imperceptiblemente—. Es una carga muy pesada para poner sobre tus hombros, hija de mi corazón. No importa el camino que elijas, puedes perder todo lo que aprecias.

—Es un pirata, un asesino, por mucho que intente ocultarlo tras sus pelucas empolvadas y sus abrigos de satén. Los hombres mueren porque él desea sus pertenencias, —Charlie tragó saliva, intentando deshacerse del nudo que tenía en la garganta—. Sé que al principio no era así, pero año tras año empeora. Cada vez se parece más a Gavin y a los demás.

—Pero es tu padre.

—Es mi padre.

—Y el lazo de sangre que os une no puede despreciarse a la ligera.

Charlie sacudió la cabeza, hurgando ociosamente en la alfombra de piel de ciervo. Ethepate se contoneó bajo su codo y dio vueltas en su regazo, acomodándose cómodamente.

—Si estuviera muerto, lloraría por él, pero…

—Aceptar lo que debe ser no es lo mismo que causarlo. —El rostro de Charlie se retorció de dolor—. ¿Qué debo hacer?

—¿Le llevarás lo que quiere: pólvora, perdigones, balas de cañón?

—No.

—¿Le traicionarás ante los soldados ingleses?

—No, —susurró ella—. No aunque me cuelguen por ello. No puedo.

Iris atizó las brasas con un trozo de leña.

—¿Y si no haces nada?

—Quincy seguirá pensando que es una traición.

—¿Qué diría tu abuelo?

—Que un hombre... o una mujer... siempre pagan sus deudas.

—¿No estás pagando esa deuda permitiendo a tu padre la oportunidad de reparar su nave?

Charlie se levantó y se paseó por la habitación.

—Si le hubiera hablado a mi abuelo de Quincy hace años...

—La culpa no es tuya, —aseguró Iris con firmeza—. Y si tú hiciste mal, yo hice lo mismo. Quincy puso su *vida* sobre los hombros de un niño. Sabía que no le traicionarías entonces, y lo sabe ahora. Si te niegas a ayudarle, se irá sin hacerte daño. Y diga lo que diga, su corazón se alegrará de que no hayas flaqueado.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Charlie.

—Me he sentido tan culpable por ello, —admitió—. Primero con mi abuelo y luego con Bruce.

—La verdad es una hoja de doble filo, —dijo Iris suavemente—. Una persona sabia es cautelosa sobre a quién se la entrega. Actuaste por amor, primero por Charles y luego por este hombre. No puedo creer que el Gran Espíritu, te juzgue con dureza.

Charlie se secó las lágrimas y resopló.

—¿Por qué siempre me haces sentir como si tuviera doce años?

Iris se rió.

—Es un defecto de las madres. —Se levantó con elegancia—. ¿Tienes hambre? Tengo pasteles de maíz frescos con arándanos. Eres bienvenida a pasar la noche conmigo.

—Gracias, pero en realidad no tengo hambre. Tengo que volver a la casa y ver lo que Bruce hizo sobre ... —Se interrumpió, no quería tener que explicar la compra de esclavos por

parte del escocé y su discusión pública. Cogió un cazo de calabaza de su gancho en la pared y sacó agua de una vasija tapada, bebiendo con sed.

—¿Quieres que vuelva contigo?

—No, —dijo Charlie—. Estaré bien. Baron conoce el camino y, además, hay mucha luz de luna. —Si llegaba el momento en que tuviera miedo de cabalgar sola por su propia tierra, sería realmente incapaz de ser la dueña de La propiedad Palmer.

—¿Estás armada? —La india cruzó los brazos sobre el pecho—. Me sentiría mejor si te quedaras aquí hasta que salga el sol. Tengo un mal presentimiento.

—Siempre tienes un mal presentimiento. Tendré cuidado. —Charlie se dirigió hacia la puerta—. Gracias por el consejo.

—No te he dicho nada.

—Me lo has dicho todo.

—Cabalga con cuidado, hija mía. —Los pequeños dedos marrones se movieron rápidamente, haciendo un signo de protección en el aire.

—Lo haré.



La preocupación de Iris resonó en sus pensamientos mientras Charlie cabalgaba de vuelta por el sendero en la fría noche. La luz de la luna era pálida, las sombras profundas y amenazadoras. Incluso el gran bayo parecía nervioso, sacudiendo la cabeza y resoplando ante los ruidos ordinarios de las criaturas nocturnas junto al sendero. El sendero del bosque se retorcía y giraba, cruzando un lugar pantanoso, para luego elevarse a una pradera abierta.

Una manada de ciervos pastando levantó la cola y huyó, internándose en la espesura del bosque al otro lado del claro. Charlie dudó sólo un momento antes de cabalgar hacia el prado. Dio un suave chasquido a Baron, aliviada de estar fuera de la cercanía de los árboles. El semental no había recorrido más de dos cuerpos cuando sonó el primer disparo.

Baron gritó y se encabritó, dando zarpazos al aire con sus pezuñas delanteras.

Charlie se esforzó por mantener su asiento, luchando contra la cabeza del animal por el control. La segunda bala alcanzó al caballo en el cuello y cayó hacia atrás. Charlie se liberó de los estribos de una patada y se lanzó lejos del semental zarandeado. Golpeó el suelo con fuerza y rodó.

Otro disparo de mosquete destrozó la noche mientras Baron gemía e intentaba ponerse en pie tambaleándose. La suciedad salió volando, rociando la mejilla de Charlie. El instinto venció al terror. Desesperada, corrió hacia el refugio de los árboles, maldiciendo la luz de la luna que la convertía en un blanco perfecto contra la pradera abierta. Una bala silbó sobre su cabeza e hizo un ruido sordo al enterrarse inofensivamente en el tronco de un árbol. Otro latido y estaba a salvo detrás de un gran roble.

Durante largos minutos, Charlie apretó la cara contra la áspera corteza e intentó acallar el sonido de los gritos de dolor de Baron. Su pistola yacía en algún lugar de la hierba, cerca del caballo caído. Su única oportunidad era dejar atrás a su asesino y esconderse en el bosque. Le dolía el hombro donde había aterrizado en el suelo y tenía una rodilla entumecida. Su nariz estaba sangrando, pero apenas se dio cuenta. Intentó ralentizar su respiración y escuchar atentamente cualquier sonido.

Charlie tenía la boca seca y las palmas de las manos sudorosas. No podía apartar los ojos de Baron. Estaba otra vez en el suelo, tendido de cuerpo entero sobre la hierba, su respiración agitada claramente audible. ¿Se estaba muriendo? Quería correr hacia él, sostenerle la cabeza en su regazo y acariciarle la suave nariz. Barón la necesitaba, pero sabía que si se adentraba de

nuevo en el prado, iría a una muerte rápida y segura.

¡Maldito seas! ¡Maldito seas! gritó en silencio. Le desgarraba por dentro saber que Barón estaba sufriendo y que ella no podía ayudarle. No hubo lágrimas. El dolor era demasiado profundo.

—Pagarás por esto, —prometió Charlie—. ¡Ayúdame, Dios!

Temblorosa, se limpió la sangre y la suciedad de la boca. El sabor acre del miedo empezaba a remitir y fue consciente de los olores rancios de las hojas enmohecidas y la tierra. Una ardilla parloteó airadamente en una rama por encima de ella y un gavilán chilló. Cautelosamente, se arrodilló y empezó a retroceder hacia el bosque. Estaba demasiado cerca del prado para sentirse segura. Quienquiera que le estuviera disparando miraría aquí primero.

Charlie se había alejado unos quince metros del borde del claro cuando la llamada clara y lastimera de un whippoorwill resonó entre los árboles. Sobresaltada, se dejó caer boca abajo entre las hojas y se quedó quieta. Pasaron los minutos. Entonces las dulces notas volvieron a llegar desde la misma dirección. Charlie frunció los labios para devolver el silbido, pero tenía la boca tan seca que sólo salió una inútil bocanada de aire. Se lamió los labios y volvió a intentarlo. Nada. Cuando el whippoorwill llamó por tercera vez, desde un lugar mucho más cercano, Charlie consiguió dar una respetable imitación del ulular de un búho.

—¡Iris! ¡Estoy aquí! —Charlie se puso en pie y se dirigió hacia el sonido de la voz de Iris. En el lado más alejado del prado, una sombra se desprendió de los árboles y saludó con la mano.

—Estás a salvo, hija, —gritó Iris—. Estaba solo.

Charlie corrió por la hierba hasta el lugar donde yacía Baron. El gran caballo levantó la cabeza y relinchó. Temblorosa, se arrodilló a su lado e intentó determinar el alcance de las heridas del animal. Su cuello y su pecho parecían un mar de sangre. Se estremeció cuando los dedos de ella encontraron el agujero; aún manaba sangre.

Las lágrimas la cegaron mientras se movía hacia el lado más alejado del semental y le frotaba el cuello, intentando encontrar el orificio de salida. No había ninguno.

—Tranquilo, muchacho, tranquilo, —murmuró—. Sé que te duele. Buen chico. Intentó adivinar cuánta sangre había perdido, pero era imposible saberlo.

Tendría que examinar la herida con buena luz y ver si era posible extraer la bala, o al menos detener la hemorragia.

—¡Charlie! —La voz de Iris era insistente—. Ven rápido. Deja el caballo.

Obedeció a regañadientes, corriendo por el prado hasta el lugar donde esperaba la india, arco en mano.

—Está malherido, —dijo Charlie—- Tenemos que detener la hemorragia o morirá.

Iris negó con la cabeza.

—Tienes que ver esto primero. —Hizo un gesto hacia los árboles.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —Preguntó Charlie—. Pensé...

—¿Pensaste que te dejaría ir sola cuando tenía un mal presentimiento? —Iris soltó una breve carcajada—. No podría enfrentarme a tu abuelo cuando muera si lo hiciera. No. —Volvió a reír—. Te seguí. No pude evitar que te disparara, pero una vez que disparó, fue fácil rodearle por detrás. —Hizo una mueca—. Ni siquiera un iroqués se dejaría engañar. Ni siquiera tu Bruce Keegan, creo.

—¿Lo atrapaste?

Iris asintió.

—Conoces a ese hombre que intenta matarte, —dijo en voz baja—. No irá a ninguna parte, pero creo que sigue las órdenes de otro. Debemos averiguar quién mientras aún pueda hablar. —Agarró el brazo de Charlie y lo apretó con fuerza—. Ahora déjame hacer lo que quiera con este

hombre. La muerte se cierne sobre él. Debemos ser rápidos.

Charlie asintió de nuevo y siguió a Iris hacia las sombras.

Un hombre blanco yacía de costado jadeando. Una flecha sobresalía de su pecho. Ignorando el grito estrangulado de Charlie, Iris se arrodilló a su lado.

—Estás malherido, —dijo Iris—, pero no creo que mueras.

El hombre abrió los ojos, gimió y extendió una mano hacia Charlie.

—Ama... ayúdame, —suplicó—. Tiene que ayudarme.

—¿John?

—Sí... soy yo, —susurró con voz ronca. En el suelo, a su lado, yacían dos mosquetes.

—Eres tú, —dijo Charlie—. Intentaste matarme antes, ¿verdad?

—Lo siento. Lo juro por Dios, ¡lo siento! ¡Por favor! No puede dejarme morir aquí como un animal.

—¿Me cortaste la cincha?

—Él me obligó a hacerlo. Es culpa suya. Él me pagó. —John empezó a toser y una cinta oscura de sangre se deslizó por la comisura de sus labios.

—¿Quién? —exigió Iris—. ¿Quién te pagó?

Un espasmo de tos sacudió el cuerpo retorcido en el suelo.

—Por favor, —suplicó—. Me duele. Sáquelo. —Sus dedos se aferraron al astil de la flecha.

—Dinos quién te pagó y sacaremos la flecha, —prometió Iris—. No es demasiado tarde para salvar tu vida. ¿Quieres vivir, John? —La voz de Iris adquirió un tono extraño—. ¿Fue el capataz? ¿Te pagó para que mataras a Charlie?

—Sí, si. —asintió el herido—. Fue el escocés. —Volvió a atragantarse—. No quiero morir. Por favor, ama... ayúdeme. Sáqueme esta flecha antes de que sea demasiado tarde.

—Estás mintiendo. —dijo Charlie—. No es Bruce. ¿Quién te pagó?

Iris se puso en pie.

—Tu muerte está en tu propia cabeza, John. Incluso cuando los fantasmas se ciernen sobre ti, tu lengua no puede decir la verdad. Mereces morir aquí. —Dio un paso atrás—. Pero no creo que mueras tan fácilmente. ¿Has oído antes a los lobos, Charlie? Creo que el olor de la sangre del caballo los atraerá. Y cuando acaben con el caballo...

—¡Fue Randall! —Gritó John—. ¡Nicholas Randall de Rosewood! ¡Me tentó, ama!

—¿Cuánto valgo, John? ¿Cuánto iba a darte por asesinarme?

El hombre empezó a sollozar, mascullando una retahíla de súplicas entrecortadas. Charlie se dio la vuelta.

—Ayúdale, Iris —dijo.

Iris se arrodilló y agarró el astil de la flecha, partiéndolo justo por debajo de la cabeza de hierro. Con un solo movimiento rápido, arrancó el astil restante del pecho del hombre. John gritó una vez y se quedó en silencio.

Agitada, Charlie se volvió para mirar la forma inmóvil.

—Dijiste que viviría, —susurró—. Dijiste que no era demasiado tarde.

Iris se encogió de hombros.

—Mentí.

Las dos mujeres velaron durante las largas horas de la noche, cambiando los vendajes de la herida de Baron y hablándole en voz baja. Dos veces volvió Iris a su cabaña para traer agua, medicinas y provisiones para el sufrido animal. John yacía donde había caído. Charlie sugirió

arrastrar el cuerpo cerca de su hoguera para evitar que los lobos lo molestaran, pero Iris protestó en una rara muestra de enfado.

—Si los lobos vienen a por carroña, que se la den, —dijo la india en su propia lengua—. La luz del día llegará pronto para llevarlo de vuelta con su mujer. Puedes estar segura que ella conocía su plan para matarte. Ése… —Iris hizo un gesto hacia el cuerpo— …nunca hacía nada sin su consentimiento.

Charlie asintió.

—Probablemente tengas razón, pero nunca lo probaremos. No importa lo que sea, no traeré el cuerpo de su marido en pedazos.

Iris se encogió de hombros.

—Siempre tuviste un corazón blando. Trae el cuerpo junto a nuestro fuego si lo deseas, pero no me pidas ayuda. Te habría abatido sin piedad, y tú eres todo lo que me queda.

Capítulo 20

Era media tarde cuando Charlie regresó a la casa solariega. Barón seguía vivo; la hemorragia se había detenido y Iris le estaba tratando la fiebre y la infección. Charlie odiaba abandonar al animal, pero sabía que Iris haría todo lo posible por salvarlo.

Peter y Joe habían escuchado atónitos cómo Charlie les contaba el intento de asesinato y la muerte de John. No les dijo quién había contratado a John.

—Enviar hombres para que traigan su cuerpo, —ordenó—. Entregárselo a su esposa y hacer los preparativos para su funeral. Decirle que su contrato está roto, y que la quiero fuera de La propiedad Palmer tan pronto como John sea enterrado.

—Sí, señorita, —dijo Joe—. Nos ocuparemos de ello enseguida.

Charlie desmontó y entregó las riendas del caballo de 'Iris a Peter.

—Mañana me pondré en contacto con el sheriff por lo de John. Ahora mismo, sólo puedo pensar en un baño y dormir un poco.

Peter frunció el ceño y raspó el suelo con un zapato gastado.

—Hay algo que debería saber, ama. Volvió ayer.

—¿Quién? ¿El amo Keegan?

—Sí. —Peter escupió un fajo de tabaco—. El amo Keegan volvió y trajo esclavos con él.

—¿Esclavos? ¿Estás seguro?

—Sí. Subieron algunas mujeres a la casa, limpiando como si fuera el Día del Juicio Fina.

El rostro de Charlie se blanqueó de ira.

—¿Sabes dónde está el amo Keegan?

—Abajo, junto al muelle.

—Dígale que me gustaría hablar con él, de inmediato. —Sus hombros se pusieron rígidos mientras caminaba hacia la casa. Bruce había traído a los esclavos aquí a pesar de todo lo que ella había dicho, ¿verdad? ¡Pronto se ocuparía de eso!

Un ruido de arañazos llamó la atención de Charlie al pasar junto a la leñera y se detuvo a escuchar. Un perro gemía y luego ladraba con fuerza. Charlie descorrió el pestillo de la pesada puerta y Terry salió dando saltitos meneando la cola.

—¿Qué haces ahí dentro? —le preguntó. Le acarició la cabeza y se volvió hacia la casa.



—¿Querías verme? —Bruce preguntó al entrar en el gran salón de La propiedad Palmer una hora más tarde.

Charlie se volvió de la ventana y lo fulminó con la mirada.

—¿Quién te crees que eres? —Sus dedos se apretaron en torno al mango de su látigo mientras le miraba fijamente—. Sabiendo cómo desprecio la esclavitud, ¿compraste esos esclavos de todos modos? ¿Los trajiste a mi plantación? ¿Cómo te atreves? —Arrojó el látigo al suelo mientras su mirada ardiente recorría la habitación.

Nada en la habitación era igual que hacía veinticuatro horas. La brida a medio remendar había desaparecido de la mesa de cerezo; los libros que había estado leyendo también habían

desaparecido. Los cristales de las ventanas brillaban. El suelo había sido barrido de bolas de polvo y arena. Los candelabros de plata brillaban. Incluso los muebles habían sido movidos.

—Vuelvo para encontrarme a mujeres extrañas limpiando mi cocina: ¡esclavas! Y mi perro... —Charlie hizo una pausa para respirar. —¡Mi Terry encerrado en la leñera! —Pateó el látigo con furia—. ¡Te dije que no tendría esclavos en esta plantación! Te lo dije, pero no escuchas.

Bruce se erizó.

—Basta ya de tu maldito temperamento, mujer. Te explicaré lo de los nuevos sirvientes más tarde. Tengo cosas más importantes que discutir contigo en este momento. —Extendió una mano hacia ella y ella la apartó de un manotazo.

—¡Por Dios, lo haremos ahora! —gritó. Sus ojos marrones se endurecieron hasta convertirse en fragmentos de jaspe—. Desde que te dejé en Chestertown me han maltratado, amenazado, me han disparado al caballo... —Se interrumpió y ahogó una avalancha de lágrimas —. Barón... le dispararon en el cuello. Todavía no sé, si Iris puede salvarlo o no. Un hombre en el que confiaba -un hombre que trabajaba para mí- intentó asesinarme. Y vuelvo a casa para encontrarte... —Charlie no pudo evitar que le temblara la voz—. Para encontrarte exigiendo respuestas a tus preguntas.

—Sí, —dijo rotundamente—. Exijo respuestas. Y las tendré ahora. No más trucos ni mentiras.

Charlie se agachó para recoger su látigo del suelo.

—Fuera de mi plantación. Ahora mismo. Hoy mismo. Tú… —La mano de Bruce salió disparada y la agarró del brazo—. ¡Bastardo! Yo... —Su mano libre le tapó la boca. Furiosa, arremetió contra él, dando patadas y puñetazos.

—¡Basta! —Bruce la tiró contra él, apretándole la cabeza contra el pecho, sujetándola con

tanta fuerza que casi le cortó la respiración—. No me obligues a hacerte daño. Esto no es un juego, mujer, —insistió—. Escucharás lo que tengo que decir.

—Dilo entonces. —Sus palabras furiosas se amortiguaron en la camisa de él.

—Arriba. Donde no habrá oídos para oír. —Sus dedos se apretaron en la espalda de ella—. Dame tu palabra de que vendrás sin alboroto, o que Dios me ayude, te daré una paliza y te llevaré sobre mi hombro como un saco de trigo.

—Suéltame.

—¡Tu palabra! —Ella asintió y él la soltó con cautela—. ¡Maldito sea tu temperamento infernal, mujer! No hay necesidad de mirarme como si fuera una bestia. No desearía ponerte las manos así. No te he hecho daño y me has puesto a prueba. —Hizo un gesto hacia la puerta—. Por favor, Charlie.

Con la columna rígida, giró y salió de la habitación y subió la escalera hacia sus aposentos. Bruce cerró la puerta tras ellos y respiró hondo.

Charlie se sentó en la cama y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y bien? Estoy esperando.

—La *Bruja Escarlata* está anclado en la fantasía de Palmer.

—¿Cómo te enteraste?

Bruce maldijo en voz baja y envió un lienzo y el trípode volando por la habitación con un golpe de revés.

—Lo sabías. —Era una acusación.

Charlie se sonrojó y bajó los ojos.

—No hasta ayer, —mintió.

—Sí. Y yo soy el príncipe Charlie. —Bruce se acercó a la cama, imponiéndose sobre ella,

su rostro oscuro de rabia—. No soy tonto, Charlie. Si dices la verdad, irás conmigo a Chestertown para informar a las autoridades. Pueden enviar barcos para bloquear el arroyo. Lo atraparán.

Charlie anudó los dedos en la colcha tejida.

—No lo entiendes, —suplicó. La ira había desaparecido de su voz—. Bruce...

—De una vez por todas, debes decidir. —El ceño de Bruce se arrugó con frustración—-. Es un asesino. Si eres inocente, debes declarar esa inocencia ayudando a capturarlo. —Puso la mano en la mejilla de Charlie e inclinó su rostro hacia el suyo—. Te colgarán con él si no lo haces.

Charlie apartó su mano y trató de poner en palabras sus torturadas emociones.

—Él no... no es del todo malo.

Él la cogió de los hombros y la sacudió bruscamente.

—¡Deja de mirarlo como a un niño! Quincy es un pirata, un asesino. Tendría que detenerlo... si fuera mi propio padre.

—¿Me estás pidiendo que traicione a Quincy porque estás enfadado conmigo? —gritó ella —. Pensé que me amabas.

—¿Que te amaba? —Él la soltó y se dio la vuelta—. Y eso es el infierno, muchacha. —Bruce se cubrió la cara con las manos—. Te quiero.

—¿Tanto que te vas? —Ella rió amargamente—. Es un amor extraño el que ofreces a una mujer, Bruce Keegan.

—No. —Levantó la cabeza y se volvió—. La culpa es tuya. Te ofrecí matrimonio y mi nombre. —Se agachó para recoger el lienzo inacabado—- ¿Ves esto? —Lo levantó para que ella lo mirara. Era el retrato de una mujer a caballo. El caballo era claramente Baron; había captado al

orgulloso animal, con sus crines y cola sueltas, a la perfección.

La joven tenía el pelo y la postura de Charlie, pero el rostro estaba en blanco.

—Mira, —insistió Bruce—. Soy un artista, pero no puedo pintarte. —Dejó caer el lienzo de sus dedos—. Hay un muro entre nosotros, Charlie... un muro creado por ti. No te conozco. No me dejas.

—John fue quien me cortó la cincha, quien me disparó la primera vez. Diablos, probablemente provocó el incendio en el granero la noche que viniste, —dijo Charlie—. Intentó matarme de nuevo anoche, pero Iris lo mató en su lugar. No, ¡espera! —Levantó la mano—. ¡Ahora escúchame! Antes de que muriera, le preguntamos quién le había incitado, por qué quería matarme. ¿Sabes lo que dijo? Dijo que tú le pagaste para hacerlo.

El rostro de Bruce se blanqueó hasta el mármol.

—¿Y tú lo creíste?

Charlie suspiró con disgusto.

—Por supuesto que no lo creí. Iris le convenció para que dijera la verdad, que había sido mi padrastro. Tal como dijo mi hermano. Nicholas ha estado intentando deshacerse de mí todo el tiempo.

—¿Cuál es tu punto?

—El punto es, escocés cabeza hueca, que no le creí. Ni siquiera por un minuto. Sabía que no podrías hacerme daño. Si puedo confiar en ti cuando la evidencia dice lo contrario, ¿por qué no puedes creerme?

—Un barco pirata escondido en tu cala -el barco de tu padre- es una prueba bastante contundente. Mejor que la palabra de una escoria como John.

—Yo no...

Charlie fue cortada por unos golpes urgentes en la puerta.

—¿Señorita Charlie? ¿Se encuentra bien? —Ben llamó.

—¿Ben?

La puerta se abrió de golpe y el viejo negro estaba allí de pie, con un antiguo mosquete de cerrojo de rueda acunado en el pliegue del brazo.

—Jane dijo que oyó gritos aquí arriba. —Miró con fiereza a Bruce.

—No, Ben, no estoy bien, —dijo Charlie—. Apunta tu arma hacia él y dispárale si se mueve.

—¿Qué demonios? —Bruce comprobó su repentino movimiento cuando Ben puso el cañón del mosquete sobre su sección media.

—Mejor que hagas lo que dice la señorita, —aconsejó Ben—. Será mejor que encuentres un lugar en el suelo y te sientes. No quiero lastimarlo, amo Keegan, pero lo haré.

—Que se quede aquí hasta que el reloj del pasillo dé las diez —ordenó Charlie. Lanzó una última mirada a Bruce—. Lo siento, —susurró—, pero no puedo dejar que lo hagas. Él es mi padre.

—No salgas por esa puerta, —dijo Bruce. Pero ella ya estaba a medio camino de las escaleras.



La acusación en los ojos de Bruce perseguía a Charlie mientras galopaba por los campos abiertos hacia el rincón más alejado de La propiedad Palmer. Ahora nunca la perdonaría. Cualquier esperanza que hubiera albergado de salvar su relación estaba perdida. Y cuando Ben le soltara a

las diez y fuera a buscar al alguacil mayor, vendrían también con una orden de arresto contra ella. Quizá Bruce tuviera razón. Ella tenía que elegir. Y ella había elegido advertir a Quincy, lo que la convertía en uno de ellos. Pero ella no huiría. Una vez que hubiera avisado, volvería a la casa solariega y esperaría para enfrentarse al sheriff.

Un vacío hueco secó sus lágrimas. Perdería la propiedad Palmer, ante su padrastro si no ante la corona, pero no importaría. La pena por piratería era la muerte. Ella no quería morir, pero no estaba segura de querer vivir sin Bruce.

—Maldito seas, Bruce Keegan, —gritó al viento. Pero sabía que se había condenado a sí misma.

Era el atardecer cuando Charlie entró en el bosque. La yegua estaba manchada de sudor a pesar del aire fresco de la tarde. Charlie se alegró de haberse tomado unos segundos preciosos para cambiarse de las pieles de ante de Iris y ponerse su propia ropa. Era importante que se enfrentara a su padre, incluso ahora, como ama de La propiedad Palmer.

Les daría un aviso, unas horas preciosas para salir del rio y perderse en algún lugar de la extensa costa de Chesapeake. Quincy tendría que tomar esto como el pago total de su deuda. Si volvían a encontrarse, sería como enemigos.

El olor a humo flotaba en el viento. Charlie dio rienda suelta a la yegua y se paró en seco, oteando entre los árboles. Un destello de luz mostró una hoguera encendida a su lado del rio. Resuelta, sacó su mosquete de la funda de la silla de montar y aflojó el martillo. El arma no era una amenaza vana; estaba cargada con una carga mortal de cadena y perdigones. Gavin no la intimidaría esta noche.

Cabalgó unos cientos de metros más cerca, luego desmontó y ató a la yegua. Algo cálido le dio un codazo en la parte posterior de las piernas y ahogó un grito de alarma mientras se giraba sobre el intruso.

—¡Terry! —La risa burbujeó en su garganta mientras caía de rodillas y abrazaba al gran

perro—. ¿Cómo me has encontrado? —Era una pregunta tonta. Ella sabía que él la había rastreado por el olor. Ella lo había dejado deliberadamente en la casa para evitar que la siguiera.

Obviamente había encontrado una salida.

—Quédate aquí —susurró ella—. Quédate, Terry.

Dejando a los animales, avanzó hasta tener una visión clara del círculo iluminado por el fuego. Varios hombres fuertemente armados estaban sentados a su alrededor. Charlie se colocó detrás de una enorme haya y habló.

—¡Soy Charlzie Palmer! ¡Debo ver al capitán McCade de inmediato! ¡Es urgente!

Una figura se apresuró a arrojar algo al fuego; se oyó un fuerte chisporroteo y las llamas se extinguieron. Los hombres se lanzaron a cubrirse y uno maldijo.

Hubo un murmullo de voces y luego una familiar.

—¿Charlie? ¿Estás sola?

—¡Sí! ¡Estoy sola! —Era Gavin—. Tengo que ver a Quincy.

—¡Suelta las armas y ven con las manos en alto!

—¡Ni lo sueñes, Gavin! Llama a mi... ¡llama a Quincy!

—¡Él no está aquí! ¡Tendrás que hablar conmigo! ¿Tienes el material? —Varias figuras se despegaron de la zona cercana a la hoguera y se adentraron en las sombras más oscuras del bosque.

Charlie recuperó el aliento. ¿Dónde podría estar? Había contado con darle el aviso para que el barco pudiera zarpar inmediatamente. Con viento del este, la *Bruja Escarlata* podría alcanzar una velocidad decente, incluso con los daños en el barco que no habían tenido tiempo de reparar.

—¡Esto es importante, Gavin!

—¿Cómo podemos estar seguros de que estás sola?

Charlie apoyó la cabeza contra la fresca corteza del haya y dejó que sus ojos se cerraran durante un segundo. Estaba agotada y le dolía de nuevo la cabeza. ¿Cuándo había dormido por última vez? ¿Hace dos noches?

—¡Por el amor de Dios, Gavin! ¡Si hubiera querido traer hombres contra ti, habríamos disparado primero y nos habríamos ahorrado hablar! —Charlie sentía la garganta dolorida. Tanto gritar de un lado a otro no estaba ayudando.

—De acuerdo, —respondió—. Adelante. Pero mantén las manos donde podamos verlas.

Los pelos se le erizaron en la nuca mientras salía de detrás del árbol y caminaba con cautela hacia el claro.

—Sin trucos, Gavin.

Se detuvo a tres metros de la forma sombría. No había forma de confundir al teniente pirata; era una cabeza más alto que la mayoría de la tripulación y tan ancho de hombros como Bruce. El disgusto se enroscó en el fondo de su mente. Si no fuera por Quincy, la corona podría tenerlos a todos y que les fuera bien. Lentamente levantó el cañón del mosquete hasta apuntar al centro de su pecho.

—Tengo que hablar con Quincy ahora, —dijo—. Es una cuestión de vida o muerte.

—¿De quién? —La voz burlona la golpeó como la punta de un látigo.

—¿Dónde está? —El dedo de Charlie apretó el gatillo. Algo iba mal. Nunca había sabido que Quincy abandonara el barco cuando estaban anclados aquí.

—Se ha ido con ese enano engendrado por el diablo a enterrar su tesoro.

—¿Cuándo volverá?

—Cuando llegue. —Gavin abrió las piernas y apoyó las manos en las caderas—. Tendrás

que darme el mensaje a mí. Si es que tienes un mensaje.

Charlie miró alrededor del claro. Los pocos rostros que podía distinguir eran desconocidos, probablemente los hombres de Gavin del balandro hundido.

—¿Todavía no confía en ti lo suficiente como para llevarte con él? —dijo, estancada—. Quizá el enano debería ser el segundo al mando.

El gigante rubio estalló en carcajadas.

—Tienes espíritu, Charlie. Eso me gusta en una mujer... al menos al principio. —Desplegó sus largas extremidades y dio un paso perezoso hacia ella—. Confía en Cato porque Cato sabe que no viviría ni diez minutos bajo mi vigilancia. El pequeño bastardo me pone la piel de gallina. Además… —se rió irónicamente— ¿para qué le serviría a un enano una fortuna? Si intentara gastarse una cruzada de oro, acabaría flotando bajo el muelle con la garganta cortada de oreja a oreja. Ningún hombre honrado creería que un enano jorobado pudiera hacerse con oro o plata a menos que lo robara y ningún ladrón le dejaría quedárselo. —Gavin sacudió la cabeza—. Cato es mejor que un sacerdote para guardar secretos.

—¿Es envidia lo que oigo? Gastas tu parte con bastante facilidad. —Charlie intentó contener el punzante miedo que hacía que la suave noche primaveral pareciera cruda—. ¿Qué te hace estar seguro de que siquiera tiene un tesoro enterrado?

—Sé que tiene uno. Lleva viniendo aquí desde hace veinte años o más. Cuando abandona el barco, lleva una pesada carga. Cuando regresa, viene con las manos vacías. —Gavin se acercó otro paso—. Hemos llevado barcos desde Terranova a Barbados. Ídolos de oro españoles de Perú y lingotes de plata de México. Cruzados y guineas, chelines y piezas de a ocho. Rubíes tan rojos como la sangre, y una vez... —La voz de whisky de Gavin se suavizó—. Una vez una esmeralda tan grande como el huevo de un pavo real. —Carraspeó y escupió—. ¿Cuál crees que puede ser la parte del capitán de semejante botín?

—No puede ser barato mantener el barco y la tripulación, —sugirió Charlie—. O vestir las

ropas más finas. Quincy tiene gustos caros.

—Sí, se viste como un señor. Y le gusta lo mejor en vino... y en mujeres. Pero no se ha gastado veinte años en alfombras persas o chalecos de satén. La mayor parte la ha atesorado como un viejo avaro. Algunos podrían pensar que más de lo que le corresponde. —Gavin dio otro paso.

—Si crees que te está engañando, estás en tu derecho de exigirle cuentas ante la tripulación.

La respiración de Charlie se aceleró. Podía percibir el penetrante olor a ron en su aliento. Gavin siempre era más peligroso cuando bebía.

—Lo que estás diciendo se acerca al motín. —Dio un paso atrás y apuntó el cañón a la cara de Gavin—. No me obligues a dispararte, Gavin, —dijo—. He venido a advertirte. Las autoridades saben que estás aquí. Incluso ahora, pueden estar navegando para bloquear la desembocadura del rio. Tenéis que sacar a la *Bruja* de aquí o sois hombres muertos.

—Así que nos traicionaste después de todo.

—Eres un tonto. Si os hubiera traicionado, vendría a…

Una ramita se quebró detrás de ella y Charlie se medio giró hacia el sonido. Gavin se abalanzó hacia ella. Con un grito, levantó el mosquete al hombro para disparar, pero cuando su dedo apretaba el frío acero del gatillo, una furia gruñona saltó de la oscuridad y se abalanzó sobre Gavin.

—¡Terry! —gritó Charlie.

El hombre y el perro rodaron una y otra vez por el suelo. Charlie se quedó congelada en el sitio, incapaz de disparar por miedo a darle al animal. Los hombres corrieron hacia ellos, gritando. Desesperado, Charlie soltó el arma y agarró el collar de Terry, intentando arrastrarlo.

—¡Terry! ¡Terry! —Sus manos en el collar de él tiraron con todas sus fuerzas. Tanto ella

como el perro cayeron hacia atrás. Levantándose, vio a un marinero que avanzaba hacia ellos con un alfanje desenvainado—. ¡Vete! —le gritó al perro—. ¡Ve con Iris! Terry, ¡vete!

Terry sacudió su cabeza de lobo y se agachó, con los hoces levantadas y los ojos brillantes. Un gruñido grave salió de su garganta. Charlie le estampó la mano en el lomo.

—¡Perro malo! —gritó—. ¡Vete con Iris! —Chasqueó los dedos bruscamente y dejó escapar un silbido bajo. Con una última mirada de desconcierto, Terry se dio la vuelta y se alejó a grandes zancadas hacia el bosque.

El rostro de Gavin se retorció con ira demoníaca mientras se balanceaba ante ella. Tenía la camisa rasgada hasta la cintura y una mano presentaba largos tajos del ataque de Terry.

—Sujétala, —ordenó.

Unas manos ásperas se cerraron sobre Charlie y un puño ensangrentado descendió. El mundo de Charlie estalló en molinetes de luz brillante y multicolor que se desvanecieron lentamente hasta convertirse en un negro suave e intemporal.

Bruce amenazó, suplicó y regateó hasta que su voz se quebró de cansancio. Nada haría cambiar de opinión al obstinado anciano con el mortífero mosquete de cerradura de rueda.

—La señorita Charlie dijo que te retuviera aquí hasta las diez, y así lo haré, —dijo Ben rotundamente—. Es mejor que ahorre saliva, amo Keegan, porque el miedo al Día del Juicio no me haría desistir de apretar este gatillo si se levanta de la silla antes de que el reloj marque las diez.

—No eres un asesino, Ben. No podrías dispararme a sangre fría.

—No, señor, no podría. Pero podría volarle una de sus rodillas y estaría caminando sobre

un tocón de árbol el resto de sus días.

—Podría morir si no la detengo.

—Oh, podría morir si lo hace. —Ben sacudió su cabeza gris y frunció el ceño—. Me cae bien, señor, me cae muy bien. Pero he estado vigilando a esa chica desde que era un bebé. Haga lo que quiera conmigo a las diez, pero hasta entonces, quédese quieto.

La aprensión de Bruce crecía a medida que pasaban las horas y el viejo se mantenía firme. El día se había desvanecido hasta el crepúsculo y luego la noche. Charlie había ido a avisar a su padre, de eso estaba seguro. Pero, ¿por qué no había vuelto?

A pesar de sus duras palabras, realmente no había creído que ella formara parte de su piratería. El sudor brotó de su frente. Si ella navegaba con ellos, significaría su muerte.

El reloj había dado las nueve y media cuando el sonido de pasos corriendo por las escaleras les hizo incorporarse a ambos. Pero la voz que gritó no era la de Charlie sino la de la india.

—¡Bruce Keegan! —Abrió de golpe la puerta de la habitación—. ¡Ben! ¿Qué haces? —Con firmeza empujó el cañón hacia el suelo—. Charlie está en serios problemas, —le dijo a Bruce—. Debe venir.

Ben dejó que el arma se deslizara hacia el suelo.

—Lo siento, señor, pero tenía que hacerlo.

—¿Dónde está? —Bruce exigió, haciendo caso omiso de la disculpa de Ben—. ¿Ha sido arrestada? —Su temor por la seguridad de Charlie era tan real que podía saborearlo.

¡Malditas sean sus imprudencias!

Iris negó con la cabeza.

—Terry vino a mi cabaña. Le seguí hasta el rio. —Se cruzaron miradas cómplices—. Su caballo estaba atado a un árbol, pero había desaparecido. Encontré la evidencia de una lucha en

el suelo, pero si Charlie estuvo involucrada no lo sé.

Bruce hizo un asqueroso juramento gaélico. No importaba un bledo si se había ido por voluntad propia o si su padre se la había llevado a la fuerza. A bordo del barco, correría la misma suerte que los piratas.

—¿Estás segura de que no está allí en alguna parte? Herida o...

No podía poner voz a su mayor temor, que ella pudiera estar ya muerta. McCade parecía sentir un retorcido cariño por ella, pero eso no le aseguraba que no la hubiera matado en un arrebato de ira, o que otro de los degolladores la hubiera violado y arrojado su cuerpo por la borda.

—Debes traerla a casa, Bruce Keegan, —pidió Iris—. Ella no dejaría La propiedad Palmer. Ella no te dejaría.

Bruce se encogió de hombros.

—Ella no se preocupa por mí.

—Tus labios dicen las palabras, pero tu corazón sabe que no es así. —Los ojos oscuros de Iris sostuvieron los suyos—. Hay un vínculo entre vosotros que sólo la muerte puede romper.

Bruce volvió a mirar el cuadro inacabado de Charlie. ¿Cómo había podido centrar su mundo en una moza tan obstinada y poco femenina? Le había dado un ultimátum y ella se lo había echado en cara. Merecía la horca sólo por su lengua arpía.

—Dame una razón, Iris, —dijo en voz baja—, ¿de por qué no puedo dejar que recoja la cosecha de su propia siembra?

—*Dahoola.* —Iris sonrió con los ojos—. Amor.

Alargó la mano para tocarle la mejilla con un dedo delgado.

—Debes seguir a tu corazón, Bruce Keegan. Tráela a casa sana y salva... o el sol no tendrá

calor para ti, ni la lluvia alegría. Sin ella, no encontrarás paz ni en esta vida ni en la próxima.

—¿Y cómo demonios voy a recuperarla?

La sonrisa se extendió a sus labios y Iris rió entre dientes.

—Tú eres el guerrero, ¿no? Debes encontrar una manera o crear una. —Se dio la vuelta para irse y luego miró hacia atrás, con su suave ceño fruncido por la preocupación—. Pero debes darte prisa. La cuerda que la ata a la tierra es delgada esta noche. Siento que corre un gran peligro. —Iris dejó que se le cerraran los ojos y apoyó la cabeza en el marco de la puerta—. Veo sangre y fuego. —Respiró hondo—. Y la muerte lleva el rostro de...

—¿De qué? —Bruce sintió el escalofrío de su premonición invisible como una mano helada en la nuca.

—De un hombre con el pelo del color de la luna de un cazador.

Capítulo 21

Charlie levantó la cabeza y parpadeó, intentando ajustar los ojos a la luz matinal que se colaba por la escotilla abierta sobre ella. Algo duro golpeó su pierna y ella gritó, luchando por incorporarse.

—¿Has dormido bien? —preguntó Gavin sarcásticamente. La golpeó de nuevo con la punta del zapato y le arrancó la sucia mordaza de la boca.

—Te matará por esto, —susurró Charlie con voz ronca.

Sentía la mandíbula como si la hubiera pateado un caballo. Aspiró un poco de aire fresco, liberando su boca y sus pulmones del fétido hedor de la bodega donde había permanecido tumbada desde que la habían subido a bordo del barco la noche anterior. El rostro de Gavin apareció ante ella y no estaba segura de si la realidad era peor que las pesadillas. Su terror innato a la oscuridad, los crujidos y chillidos de las ratas, los vapores de brea y agua de sentina, la habían llevado al borde de la locura.

La dulce razón inundó la mente de Charlie como un viento frío de bahía. Podía saber por el movimiento de la cubierta que la *Bruja Escarlata* estaba navegando; también sabía que el agua estaba agitada. En algún momento durante las largas horas de oscuridad se había sentido enferma. Tenía el estómago vacío y el cerebro nublado por el miedo. ¿Y si Quincy estaba muerto? ¿Qué pasaría entonces? ¿Qué quería Gavin de ella?

Gavin la agarró de un puñado de pelo y la arrastró hasta que se puso en pie.

—Me decepcionas, Charlie. Esperaba al menos algo original de ti.

—¿Por qué? —exigió ella. Él le retorció el pelo y el dolor hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas.

—Eso debería ser obvio. —Desenredó la mano y dio un paso atrás, pasándose sugerentemente la punta de la lengua por el carnoso labio superior.

Charlie se ruborizó al sentir los ojos de él recorrerla, deteniéndose en la curva de sus pechos y caderas. Gavin rió y sacó un cuchillo de la funda que llevaba en la cintura. Durante un largo latido, posó la fría hoja sobre la mejilla de ella. La punta estaba peligrosamente cerca de su ojo derecho y ella contuvo la respiración, temerosa de moverse.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—Bien. —Él volvió a reír—. Te daré aún más razones para temerme, Charlie... antes de que acabe. —Con un rápido movimiento, se arrodilló y cortó de un tajo las cuerdas que sujetaban sus tobillos—. ¡Sube la escalera conmigo! —ordenó—. Podemos jugar más tarde. Conozco muchos juegos. Pero ya es hora de que tengamos esa charla con el caballero Jim.

Charlie tropezó hacia la escalera, aprovechando el hecho de que su padre estaba vivo. Nada le haría creer que Quincy la mantendría prisionera, ni permitiría que Gavin la amenazara. Todo esto era obra de Gavin.

—Dime una cosa, —dijo, aferrándose mentalmente a algo sólido a lo que aferrarse—. ¿Quién dirigió el asalto a esa plantación en la costa este el otoño pasado?

—¿Qué te hace pensar que lo sabría?

—Un lugar llamado Swan Point. Se llevaron a cuatro esclavos y a una mujer blanca. No fue Quincy, ¿verdad, Gavin? —Por favor, Dios, que no haya sido Quincy, suplicó en silencio. Si mi padre lo hizo...

—¿Estás segura? —Le agarró las muñecas y serró las cuerdas a su espalda—. Sabes que tiene buen ojo para las damas. Siempre le gustaron las guapas con el pelo amarillo.

—¿Qué le pasó a la mujer?

Gavin la empujó bruscamente hacia la escalera.

—¿Qué te pasa? —Charlie giró ferozmente sobre él—. ¿Está viva Jane Briggs?

—Diablos, no, —dijo él—. Se fue al fondo con el barco. —Gavin hizo un movimiento obsceno y sonrió—. Pero estuvo bien mientras duró. —Tocó la barbilla de Charlie con la punta del dedo, recorriendo con él la línea de su garganta—. Le gustaba jugar duro.

—¡Bastardo! —Rápidamente se dio la vuelta y empezó a subir por la escalera. Gavin había comandado el balandro *Cazadora*. El asesinato de los Briggs había sido obra suya, no de su padre. Ella había sabido todo el tiempo que no era el estilo de Quincy—. ¿Quincy nunca intentó detenerte? —se atrevió a decir, mirando la mata de pelo rubio y blanco que tenía debajo.

—Se está haciendo viejo y blando. Hay muchas cosas que él no sabes. —Le agarró el tobillo y apretó hasta que ella hizo una mueca de dolor—. Ahora, cuando subas a cubierta, sé amable. Camina en silencio hasta su camarote. Si intentas algo, te atravesaré con esta cuchilla y te arrojaré al agua antes de que puedas gritar dos veces. ¿Comprendes?

Charlie murmuró su asentimiento mientras subía a cubierta. Pobre pequeña Jane. Había sido una tontería tener la esperanza de que pudiera estar viva después de todos estos meses, y quizá después de lo que había pasado, después de ser prisionera de Gavin y su tripulación, quizá estuviera mejor. Rezaba por no haber sabido de la muerte del bebé en el incendio.

Varios de los antiguos tripulantes de su padre la miraron con curiosidad mientras caminaba hacia la popa del barco con Gavin, pero la mayoría de los hombres estaban ocupados añadiendo lona a los aparejos de proa y popa para dar más velocidad al barco. Era un día nublado con poca visibilidad y el viento soplaba del noreste, lo que prometía mal tiempo. Obviamente, el capitán

quería que el barco se alejara lo más posible de La propiedad Palmer antes de que cayera toda la fuerza de la tormenta. Charlie sólo podía distinguir una tenue línea de árboles a babor y estaba segura de que seguían en el Chesapeake, pero no sabía adónde. Era posible que el Quincy se dirigiera hacia la desembocadura de la bahía y el Atlántico.

Charlie divisó al enano aferrado al bauprés, liberando una polea atascada en la ondeante vela de sprits. El rocío de las olas le empapaba cada vez que el *Bruja* se zambullía en la siguiente hondonada, amenazando con arrastrarla hacia las agitadas aguas azul-grisáceas.

—¡Muévete! —dijo Gavin, dándole un empujón—. Te diriges mar adentro.

—Sí. Si tienes suerte, te enseñaré Madagascar. Es hora de que la *Bruja Escarlata* ancle en aguas más ricas. —La mano de Gavin se apretó a su brazo—. Y si me complaces lo suficiente, puede que no te mate cuando me canse de ti. —Soltó una risita desagradable—. Ese pelo rojo tuyo me daría el rescate de un sultán en los mercados de esclavos de Mozambique o Marrakech. —Le acercó los labios a la oreja—. ¿Te gustaría acabar tus días en un harem musulmán? Allí podrías llevar pantalones a placer.

Charlie contuvo la maldición que le subió a la garganta. ¿Por qué perder el tiempo con amenazas? Gavin era peligroso e impredecible. Podría apuñalarla o volver a dejarla sin sentido. Era mejor esperar y vigilar en busca de una oportunidad que darle la satisfacción de saber que la aterrorizaba.

Quincy se estaba afeitando cuando Gavin empujó la puerta de la cabina y metió a Charlie dentro. Se volvió hacia ellos, con un caballoard de mango de marfil en la mano derecha y una mejilla aún enjabonada.

—¿Charlie? En nombre de Dios, ¿qué haces aquí?

—Encontré un polizón, —dijo Gavin.

—¡Está mintiendo! —gritó Charlie—. Mira...

Gavin sacó su alfanje.

—Se acabó, Quincy. Me llevo a la *bruja Escarlata.*

—¿Ahora sí? —Quincy sonrió perezosamente. Los ojos oscuros se entrecerraron, transmitiendo con urgencia una advertencia a Charlie.

Ella se congeló, calculando mentalmente la distancia entre su mano y el estoque de su padre que colgaba junto a su litera.

—Vine a la cala para avisarte, pero no estabas allí, —dijo—. Me golpeó y me llevó a bordo.

—A Gavin le gustan sus bromitas, ¿verdad, Gavin?

—Esto no es una broma. Ya tuviste tu día, viejo. Ahora, es el mío. —Manteniendo el alfanje listo, Gavin alcanzó detrás de él y deslizó el cerrojo de hierro a través de la puerta del camarote—. No busquen refuerzos. Mis hombres tienen sus órdenes.

—Esto es entre nosotros. ¿Por qué trajiste a Charlie a bordo? Esto no tiene nada que ver con ella.

Es fuerte, pensó Charlie. A pesar de todo lo que Quincy le había hecho, no podía reprimir el abrumador orgullo que la inundaba. No era de extrañar que Milicent le hubiera amado todos estos años.

Cuando Quincy se movió, fue demasiado rápido para que ella pudiera verlo. Hubo un destello de acero y el puñal tembló hasta la empuñadura en la parte superior del brazo de Gavin. Dos centímetros a la izquierda y le habría atravesado el corazón. Con una maldición, Gavin arrancó el cuchillo de su carne y se lanzó a través de la habitación hacia Charlie. Blandió el alfanje en un arco que le habría arrancado la cabeza si ella no se hubiera hecho a un lado, hubiera agarrado la espada de su padre y se la hubiera lanzado.

—¡En guardia! —gritó Quincy, poniéndose en posición de combate.

Charlie puso la mesa entre ella y Gavin. El puñal de Quincy yacía en el suelo cerca de la puerta, pero tendría que pasar por delante de Gavin para alcanzarlo. Frenéticamente, buscó una pistola por la habitación.

El acero chocaba contra el acero mientras los dos hombres se rodeaban, acuchillando y bloqueando. El estoque de Quincy era un arma de caballero, frágil, casi de aspecto delicado en comparación con el enorme alfanje. Sin embargo, al cabo de unos segundos, Charlie tuvo la certeza de que su padre había aprendido el arte de la esgrima de un maestro. Una y otra vez, la estrecha hoja del estoque demostró su eficacia mientras Quincy ejecutaba una serie de ataques y ripostas impresionantes.

El tamaño y el mayor alcance de Gavin le daban una tremenda ventaja mientras hacía retroceder a Quincy con la pura fuerza de sus poderosos golpes. Los golpes eran casi demasiado rápidos para seguirlos. Entonces, como un relámpago de plata, el esbelto estoque cortó un surco en el cuello de Gavin. Giró y asestó un tajo a la sección media de Quincy con el alfanje, rebanando la camisa blanca de césped como si fuera mantequilla.

—Eres bueno, —jadeó Quincy, bailando hacia atrás fuera del alcance del arma mortal—. Muy bueno.

—Debería serlo, —respondió Gavin—. Tú me enseñaste.

Se rodearon con cautela, aparentemente ajenos a los disparos y gritos de lucha que se oían sobre cubierta. Era todo lo que Charlie podía hacer para mantenerse fuera de su camino mientras luchaban de un lado a otro del camarote. Una vez estuvo a punto de alcanzar el cuchillo caído, pero Gavin la vislumbró por el rabillo del ojo y estuvo a punto de arrancarle el brazo.

—Déjalo, Quincy, —le dijo Gavin—. Sabes que te han dado. Respiras con dificultad.

Era cierto. Ambos hombres estaban mojados de sudor, pero la respiración de Quincy llegaba en jadeos entrecortados. La juventud y la fuerza superior de Gavin empezaban a mostrarse mientras golpeaba a Quincy sin piedad. Tajo y parada, círculo y balanceo, ambas

espadas se movían como si estuvieran vivas. La sangre corría libremente de ambos hombres; sus ropas estaban cortadas a tiras.

La hoja del alfanje golpeó con fuerza suficiente para hacer que Quincy cayera de rodillas. El estoque se deslizó por el filo de acero del alfanje hasta que los guardamanos se engancharon. Quincy y Gavin se miraron fijamente a los ojos, lo bastante cerca como para sentir el calor del aliento del otro.

—¿Por qué has metido a Charlie en esto? —exigió Quincy.

—Quiero todo lo que es tuyo. —Gavin se rió y dio un paso atrás—, Tu barco, tu fortuna y tu hija. Ella es mía, Quincy, igual que la *Bruja escarlata*, y usaré a ambas como me parezca. —Gavin dio un tajo en las piernas de Quincy—. Además, creo que tú me dirás dónde está enterrado el tesoro... o lo hará ella.

—Ella no lo sabe.

—Eso dices.

Gavin cargó de nuevo, dando hachazos a la cabeza y los hombros de Quincy, empujándolo hacia la litera. Charlie corrió y cogió el puñal del suelo, levantándolo por la punta para lanzarlo a la espalda de Gavin, cuando Quincy soltó un grito y cayó de espaldas contra la pared, agarrándose el costado. Gavin retiró el alfanje ensangrentado, recogió el estoque de Quincy y se volvió hacia Charlie.

—Yo no lo haría, si fuera tú, —amenazó.

Charlie corrió hacia su padre. La sangre se le escurría por los dedos y tenía la cara del color de la leche.

—¡Quincy!

Hizo una mueca de dolor y se deslizó por la pared hasta la cubierta.

—Supongo que fui un buen maestro, —le dijo a Gavin. Charlie apartó los dedos para mirar la herida abierta—. No te preocupes, chica, —dijo— Ponme un poco de ron, ¿quieres?

Charlie miró a Gavin inquisitivamente.

—Lo que quiera... excepto esto. —Abrió un cofre y sacó un par de pistolas—. Si me disculpan, me ocuparé de poner orden en el barco. No abandones el camarote, Charlie, o no seré responsable de tu seguridad.

La puerta se cerró de golpe tras él.

—Déjame ayudarte a entrar en la litera, —dijo Charlie, poniendo su hombro bajo el brazo de Quincy—. Necesitas un cirujano. Conseguiré algo para detener la hemorragia, pero esta herida está más allá de mi habilidad.

Quincy tosió y le brotó sudor en la frente mientras lograban dar los pocos pasos hasta la litera.

—No te preocupes. Ni el mismísimo San Pedro podría coser esto. No. —Levantó una mano para detener sus protestas—. He cosido más heridas de alfanje que años tienes tú. Puede que me demore unos días, pero ésta es mortal.

—Quincy, por favor.

—¿Quieres que te mienta ahora, Charlie? —Se mordió el labio inferior—. Échale un poco de ron. No puede doler más y puede detener la infección durante unas horas. Si quiero sacarte de este lío, necesitaré todo el tiempo que pueda prestarte.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Charlie, dificultándole la visión mientras rasgaba tiras de lino para convertirlas en vendas.

—¡Maldito sea ese desgraciado! —juró.

—No malgastes tu energía en él, —le aconsejó su padre—. Hay cosas que quiero contarte.

Cosas que debería haberte dicho hace mucho tiempo.

Presionó una almohadilla empapada en ron contra la herida ensangrentada, y Quincy gimió y cerró los ojos, apretando los dedos en puños apretados.

—Tráeme un trago, —ordenó débilmente. Se tragó la copa de líquido ardiente y le tendió otra. Charlie la rellenó, tomándose su tiempo para tragar ella misma unos cuantos tragos.

—Ah, así está mejor, —dijo Quincy entre dientes apretados. Suspiró, tendiéndole la mano —. He desperdiciado mi vida, Charlie. He hecho cosas que me llevarán al infierno, si es que existe tal lugar. Te he hecho daño sin querer. Pero te quiero... y no te habría puesto en peligro de esta manera. —Le apretó los dedos—. Debes creerlo.

—Lo hago, —susurró ella.

—He enterrado una fortuna en botín español en La propiedad Palmer a lo largo de los años, —dijo con dolor—. Si hubiera vivido lo suficiente, pensaba ofrecer al gobernador Bladen un soborno lo bastante grande como para que me concediera el indulto total. Nunca he dejado de querer a Milicent, muchacha. —Soltó una risita y el sonido estrangulado se convirtió en un ahogo.

—No intentes hablar, —dijo Charlie—. Ahorra fuerzas.

Levantó la almohada y luego la sujetó cuando empezó a manar sangre fresca de la herida.

—¿Para qué? —La diversión se filtró a través de los ojos llenos de dolor—. Quería ser un plantador de tabaco, Charlie. Quería muros de ladrillo a mi alrededor por la noche y un césped con hierba y flores donde tu madre y yo pudiéramos ver jugar a nuestros nietos. —Forzó una sonrisa torcida—. El caballero Jim. Soy una farsa, chica. Siempre lo fui. Tan fracasado como capitán bucanero como lo fui como padre.

—¿Lo sabía Milicent?

Sacudió la cabeza y frunció el ceño.

—No vi la necesidad de perturbar su vida hasta que tuviera algo que ofrecerle. Tu madre siempre fue una flor delicada, Charlie. En el entorno equivocado, se marchitaría y moriría.

—Tal vez.

Charlie trajo una venda fresca y la cambió por la empapada. La hemorragia parecía disminuir, pero aún así Quincy había perdido mucha sangre.

—El tesoro es tuyo ahora. Quiero que lo tengas todo.

—¿No es para Milicent?

—No. Haz por tu madre lo que creas correcto. Pero Milicent no es lo bastante fuerte para manejarlo.

—¿Y crees que yo lo soy? —Los ojos de Charlie se oscurecieron—. ¿Crees que estoy dispuesta a llevarme las recompensas de las cosechas de mis vecinos? No quiero el dinero de tu sangre, Quincy.

—Hablas como el mismísimo viejo Charles Palmer. —Quincy rió entre dientes—. Incluso el viejo Charles aprobaría que lo tomaras. Es todo español, muchacha. Piezas de a ocho, doblones de oro y tesoros paganos de las colonias españolas en México y Sudamérica. Sabía que no sobornaría a ningún gobernador de Maryland con oro inglés. Lo que está enterrado en La propiedad Palmer es tan honesto como el botín de cualquier corsario. Además, estamos en guerra con España, ¿no?

—Si Inglaterra no lo está, pronto lo estará, —convino Charlie. Se encogió de hombros—. Tienes razón. Hasta el abuelo se llevaría el oro español. ¿Dónde está enterrado?

Quincy le hizo señas para que se acercara, susurrándole la ubicación al oído.

—Sólo Cato lo sabe además de mí, y se irá a la tumba con el secreto, —dijo—. Gavin no debe enterarse de que sabes dónde está. No le importará torturarte para averiguarlo.

Sonó otro disparo sobre cubierta y Charlie se estremeció. Los sonidos del acero chocando y las voces airadas de los hombres se hicieron más fuertes.

—¿Puede tomar el barco? —preguntó—. ¿Con cuántos hombres tienes leales?

—¿Si saben que me estoy muriendo? —Quincy hizo una mueca—. Sólo Cato. Pero Gavin lo odia. Puede que ya esté muerto. —Tragó saliva y pidió otra taza de ron—. De todas formas, Cato nunca fue muy peleón.

—Yo no... —Charlie se dio la vuelta cuando la puerta se abrió de golpe. Dos hombres de aspecto malvado la fulminaron con la mirada, ambos llevaban sables manchados de rojo por la sangre.

—¿Qué queréis? —exigió Quincy, levantándose sobre un codo—. ¡Cómo os atrevéis a entrar por la fuerza en mi camarote!

El hombre de barba roja rió con dureza.

—El capitán os quiere a ti y a la moza en cubierta.

—Está herido. —gritó Charlie—. Iré, pero déjale en paz.

Ignorando sus protestas, cruzaron la habitación y sacaron a Quincy de su litera.

—¡Lo matarás! —gritó ella—. Da mala suerte mover a un capitán moribundo de su camarote. ¿Quieres...? —El rugido de un cañón ahogó sus palabras—. ¡Nos atacan!

Los hombres soltaron los hombros de Quincy y Charlie le ayudó a volver a la litera. Barbarroja miró interrogativamente al hombre más pequeño. Entonces la nave vibró con la descarga de los cañonazos de respuesta.

—Dejarlo y traer a la moza, —dijo Barbarroja.

—¡No! —gritó Quincy.

El pirata barbudo empujó a Charlie hacia la puerta.

—¡Moveos! —ordenó. Con una mirada de despedida a su padre, Charlie obedeció.

Cuando llegó a la cubierta abierta, se detuvo en seco, aturdida por la escena de caos absoluto. Hombres muertos y heridos yacían esparcidos por la cubierta, y el aire estaba cargado de humo y hedor a pólvora. Pero ahora no había lucha entre los piratas. Todos estaban en sus puestos mientras la *Bruja Escarlata* se abalanzaba sobre un bergantín de aparejo cuadrado situado a estribor. Obviamente, la tripulación había interrumpido su trifulca privada para atacar a un mercante que pasaba por allí.

Frenéticamente, Charlie miró a babor, intentando calibrar la distancia a tierra. Si se lanzaba por la borda, ¿podría llegar a la orilla? Decidiendo que cualquier oportunidad era mejor que la que tenía a bordo de la *Bruja Escarlata,* hizo una carrera repentina hacia la borda de babor, sólo para toparse con el macizo bulto del pecho de un hombre.

—No, no lo harás, —dijo Gavin, agarrándola y retorciéndole el brazo a la espalda—. Te prometí pasarlo bien, Charlie... y ni siquiera hemos empezado a jugar.



Bruce había tardado unas horas preciosas en llegar a Chestertown y convencer a Philip Fraser de que llevara el *Merry* Kate en busca del navío pirata. El balandro, fuertemente armado, estaba construido para la velocidad y su tripulación eran todos hombres duros y curtidos. Se escabulleron del río Chester en las primeras horas del amanecer, aprovechando el viento del noreste que se avecinaba para recuperar el tiempo perdido.

Además de la tripulación del *Merry Kate,* Bruce había traído consigo a una banda de hombres de la plantación, preparándolos para la batalla contra los piratas con la promesa de una rica recompensa.

—Estás arriesgando mucho, Bruce, —dijo el capitán Fraser mientras oteaba la brújula. La lluvia golpeaba contra su rostro delineado y corría en riachuelos por su equipo de mal tiempo—. Hay mil lugares donde una goleta puede esconderse a lo largo del Chesapeake. ¿Qué te hace pensar que no ha vuelto a encallar en otro lugar?

—Si yo fuera el caballero Jim McCade, —respondió Bruce lentamente—. me dirigiría a mar abierto. Si un barco de la Marina Real encontrara su escondite, le atraparían como a un zorro en un agujero. Si sale del Chesapeake, ¿dónde lo busco? ¿Nueva Providencia? ¿Guayaquil? ¿Jamaica? Ambos sabemos que no volvería a ver a Charlie. Y no voy a dejar que eso ocurra.

—Y si la encuentras y cogemos el barco, ¿qué harás con ella? No puedes obligarla a casarse contigo. Puede que se haya ido con su padre voluntariamente.

—¡No! —Bruce sacudió la cabeza—. Sé que ella no lo haría. —Había sido un riesgo contarle a Philip la relación entre Charlize Palmer y el pirata Gentleman Jim McCade, pero si le pedía a su amigo que arriesgara su barco y su vida, sabía que Philip debía saber toda la verdad. Bruce se llevó las manos a la espalda y se paseó por la pequeña sección de cubierta donde se encontraban—. Pero no puedo, por mi vida, entender por qué McCade se la llevaría con él. No tiene sentido y él es muy astuto. No haría nada por capricho o fantasía. Creo que siente afecto por Charlie.

—Si se la llevó contra su voluntad, luchará por conservarla. Puede que tenga que matarlo.

—Sí. Ese pensamiento ha cruzado mi mente.

—¿Y sabéis lo que hará la muchacha si matáis a su padre?

Bruce se quedó mirando el agua.

—Sí, Philip, —dijo en voz baja—. Ella no se lo tomaría a la ligera. Pero debemos cruzar ese puente cuando lleguemos a él. La tendré de vuelta, Philip, por las buenas o por las malas. Y una vez que la tenga, no volveré a dejarla ir.

—Bien, entonces, está decidido. —El capitán Fraser se volvió para hacer un gesto a su primer oficial—. Vigile atentamente la vela, —ordenó—. Un premio de monedas de plata al hombre que vea primero a la *Bruja Escarlata*.

—Sí, señor. —El hombre vaciló como si esperara a decir algo—. ¿Qué pasa, Isaac?

—Uno de los marineros, Capitán. John Voshel. Ha pedido hablar con usted sobre un asunto importante.

—¿Sabes lo que quiere?

—No, señor, no lo sé. Pero se dice que antes de firmar con nosotros él...

—¿Él qué? —Preguntó el capitán Fraser.

—Es sólo un rumor, pero el rumor es que Voshel solía ser un pirata. Y dicen que navegó con el caballero Jim McCade.

Capítulo 22

El cañón rugió mientras los disparos de barra y cadena zumbaban en el aire para cortar el aparejo del mercante. Adelante, Charlie vio al enano, Cato, tripulando un cañón giratorio con la ayuda de un niño medio crecido. El fuego de cañón del bergantín de aparejo cuadrado se había reducido a una andanada esporádica mientras la cubierta se convertía en un marasmo de cabos y lona enredados.

El tono estridente del silbato de un oficial se mezcló con los gritos de los hombres caídos y el crujido de un mástil al quebrarse. El mercante se estremeció al recibir de lleno el impacto de una andanada, lo que provocó una entusiasta ovación de la tripulación de la *Bruja Escarlata*. Antes de que los gritos se apaciguaran, un segundo cañón giratorio en la popa elevada rastrilló la cubierta del bergantín con balas de mosquete.

Los sonidos eran ensordecedores. Charlie cerró los ojos y se tapó los oídos con las manos.

Gavin agarró a Charlie y la zarandeó.

—¡Cobarde! —se burló—. ¿Dónde está ahora toda esa bravuconería? —Soltándola por los hombros, enrolló su única trenza alrededor de su puño hasta que su cabeza quedó inclinada hacia atrás en un ángulo antinatural—. Vete abajo con tu padre, entonces, —gruñó—. No me gustaría que te pasara nada... no todavía. —La empujó hacia popa, hacia el alcázar—. ¡Prepárense para abordar! —gritó a sus hombres—. ¡Sin cuartel!

Charlie se agachó a través de las puertas de madera y bajó los escalones. Su corazón se

aceleraba y su respiración llegaba en jadeos asustados. ¡Gavin era un loco! Estaría mejor muerta que en sus manos. Ser tocada por él... violada... ¡No, por Dios! Antes lo vería en el infierno. Si tenía que morir en el proceso, que así fuera. La ira empezó a sustituir al miedo adormecedor que había sentido en cubierta. ¿Por qué iba a tener miedo de morir? Ella había visto el infierno, olido el fuego y el azufre, y había estado en los brazos del mismísimo Satanás.

Los ojos de Quincy estaban cerrados cuando ella entró en el camarote del capitán. Su respiración era débil pero regular. El vendaje estaba manchado de sangre, pero no peor que antes. Charlie se hundió en una silla junto a su padre y trató de bloquear los sonidos de la batalla en lo alto. No parecía haber nada que hacer ahora salvo esperar, y esperar nunca fue algo que ella hiciera bien.

Había perdido toda noción del tiempo cuando de repente se oyó una tremenda sacudida y un ruido seco. Se puso en pie de un salto, dándose cuenta de que el fuego de los cañones había cesado.

—Estamos abordando, —murmuró Quincy.

Charlie levantó la vista, incapaz de reprimir un estremecimiento.

—Va a asesinarlos a todos. Le oí dar la orden. Sin cuartel.

—Intenta no pensar en ello. —Quincy hizo una mueca de dolor y movió la cadera—. Agua.

Charlie le sirvió un poco y se llevó la taza a los labios.

—¿Te duele mucho?

—Ahhh, —suspiró—. Me he sentido mejor... y peor. —Forzó una fina sonrisa—. Eres una buena jugadora de ajedrez, Charlie. Puedes ganarle si usas la cabeza.

—Tenemos que llevarte a un médico.

—Basta. —Los ojos de Quincy se oscurecieron de ira—. Nada de juegos entre nosotros. Ahora no—. Respiró hondo y se levantó sobre un codo—. Si no me he desangrado a estas alturas, probablemente no lo haré. Eso significa que puedo tener un poco más de tiempo, —Hizo un gesto hacia el cofre. —Mira en el fondo. Hay una cajita de palisandro con elefantes de marfil en la parte superior.

Charlie se acercó al cofre.

—Debajo de la ropa. Sí, eso es. Dentro hay un regalo para tu madre. Quiero que se lo des si puedes.

Charlie abrió la caja de palisandro. Envuelto en terciopelo azul oscuro había un reluciente collar de oro con una única esmeralda de talla cuadrada montada sobre un marco de diminutos diamantes.

—Oh, —dijo Charlie—. Es precioso.

—Gavin no sabe que lo tengo. Cree que la perdí en una partida de cartas en St. Mary. Si no, no seguiría en el cofre. Escóndelo en alguna parte. No, espera, —dijo Quincy—. Dámelo. —Cogió el collar y se lo metió en los calzones. —Si no corro demasiado, no debería caerse. Hay más joyas en el fondo. Pon algo más en la caja por si te pica la curiosidad en las próximas veinticuatro horas.

Rápidamente volvió a colocar la caja y cerró la tapa del cofre. Un grito de mujer se filtró desde la cubierta superior y Charlie palideció.

—¿Siempre es así? —preguntó amargamente a su padre.

—Cállate, niña. No seré juzgad por ti. Las deudas que he acumulado pronto vencerán en un tribunal superior. —La voz de Quincy se suavizó—. La pena por violación entre mi tripulación era la muerte, entregada por mi propia mano. Gavin debe responder por sus propios crímenes. —Levantó una ceja—. ¿Qué hay de tu escocés? ¿Ha pedido tu mano en matrimonio?

Charlie asintió.

—Le he rechazado.

—¿No le quieres?

—¿Qué derecho tienes a hacerme estas preguntas? —exigió ella—. No puedes empezar a jugar a ser padre después de todos estos años.

—¿Le quieres?

—Sí. Le quiero, —espetó ella—. Le quiero. ¿Está satisfecha?

—No soy yo quien tiene que estar satisfecha, Charlie, sino tú. Cásate con él, si te acepta. Intenta hacer una vida normal mientras puedas. No es bueno estar sola. Lo sé... Lo he intentado.

—Él no me querrá ahora, así que no tiene sentido preocuparse por ello, ¿verdad? —Charlie fue a la portilla y se quedó mirando el agua agitada. Cuando había dejado a Bruce en su habitación bajo el arma de Ben, había perdido cualquier posibilidad de que arreglaran las cosas. Y sin Bruce, ni siquiera La propiedad Palmer parecía importar.

Se volvió hacia Quincy con acero en los ojos.

—No puedo quedarme aquí abajo como una rata en un agujero, —dijo—. Tengo que intentar ayudarles. —Ignorando sus protestas, se apresuró a subir de nuevo.

Los tripulantes estaban cortando los cabos que sujetaban el mercante a la *Bruja Escarlata.* La cubierta del barco capturado estaba inmóvil. Los cuerpos yacían donde habían caído y no había señales de vida. En el cuarto de cubierta vio a una anciana, con los brazos extendidos y la cabeza ladeada como una muñeca rota.

—No deberías estar aquí, —ronroneó una voz aguda y distorsionada. Cato agarró a Charlie del brazo y empezó a tirar de ella hacia el alcázar—. Tienen sed de sangre, —advirtió—. Y ella, —señaló hacia el barco que se hundía—. llevaba ron.

Charlie retrocedió ante el contacto del enano. Tenía las manos negras de pólvora y algo húmedo y pegajoso.

—Eres igual que las otras mujeres, ¿no? —Se rió—. Pero hay otras peores. —Bajó su enorme cabeza y la miró a través de unos ojos de cerdo inyectados en sangre—. ¿Sigue vivo? ¿El capitán McCade?

Ella asintió.

—Está malherido.

—Por eso el señor Gavin se hizo cargo del bergantín, ya sabe. Algunos fueron por él y otros aún por el caballero Jim. Todos luchamos juntos por el botín. No luchamos entre nosotros. —Carcajeó en lo profundo de su garganta—. Todavía no, no lo hacemos. —Acercó tanto su cara a la de Charlie que ella pudo oler su aliento fétido.

—Cuando el capitán muera, tú y yo no valdremos eso. —Chasqueó los dedos—. Ahora, baja, muchacha, no sea que quieras morir como esa vieja, con las piernas al aire. —Empuñó su hacha de batalla—. Te seguiré para cuidarte las espaldas y haré lo que pueda por el caballero Jim.

Charlie miró hacia el bergantín. Se tambaleaba entre las olas mientras el agua se colaba por los agujeros abiertos por las balas de cañón. La tormenta que se avecinaba pronto lo hundiría. Durante un largo momento contempló el barco, elevando una plegaria por las almas que se llevaría al fondo con él. Entonces, el impaciente tirón de Cato de su brazo la devolvió a su propio peligro. Los sonidos de juerga ebria de la tripulación dieron prueba de su advertencia.

Decidida, endureció los hombros y se apresuró a regresar junto a su padre moribundo.

La oscuridad había envuelto a la *Bruja Escarlata* en un manto de lluvia torrencial y viento aullante cuando Charlie sintió que el movimiento del barco se alteraba bruscamente.

Quincy levantó la cabeza y miró al enano desplomado contra la escotilla del camarote. Cato asintió. Ambos habían captado el sonido del cabo del ancla alimentándose. Charlie se acercó a la ventana de latón, pero no había nada, excepto la lluvia torrencial, visible a través de los gruesos cristales de ojo de buey.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—Estamos anclados, —dijo Quincy—. Me preguntaba cuánto tiempo intentaría huir antes de la tormenta. —Miró al enano en busca de confirmación—. ¿Blind Man's Creek?

Cato asintió.

—Le oí dar la orden.

Quincy suspiró.

—Fue una buena maniobra llevarla al arroyo con este viento. Me alegro de que Gavin aprendiera algo que intenté enseñarle en todos estos años.

—¿Dónde estamos? —preguntó Charlie—. No he oído el nombre.

—En la costa este. —Quincy hizo un gesto hacia el escritorio—. Hay un mapa en el cajón. Debería estar arriba. Sí, eso es, chica. Tráelo aquí. —Señaló un punto en el mapa—. Ahí. El rio Blind Man's Creek está entre este punto y este otro.

—Pero no hay ningún rio en el mapa, —dijo Charlie.

Cato se rió y escupió en la hoja de su hacha, puliéndola con la esquina de su camisa.

Quincy sonrió.

—¿De verás? La boca del rio se abre así, —Trazó una línea imaginaria en el aire con el dedo índice—. Debe acercar el barco hacia la playa, hacia lo que parece una playa arbolada, y

luego cortar con fuerza a estribor. El canal es profundo, pero no deja más de una braza a cada lado del barco. El rio hace una curva cerrada en forma de perro, luego se ensancha más allá de los árboles.

—Ocultando el barco de cualquier embarcación que pase por la bahía, —dijo Charlie—. Exactamente. Yo no traería aquí a la *Bruja* en invierno. —Quincy tomó otro sorbo de ron. Un rubor había reemplazado el tono ceniciento de su piel, y sus ojos brillaban con un fulgor antinatural—. El rio no es lo bastante ancho para navegar con ella muy tierra adentro. Pero en cualquier estación que haya follaje en los árboles, un barco es invisible desde el agua.

—¿Y qué hay de la tierra? —preguntó ella.

Sus manos eran suaves mientras cambiaba el vendaje de su herida. También ésta se había enrojecido por los bordes. La hemorragia casi se había detenido, pero ella sabía que lo que Quincy había dicho era cierto. Un hombre no podía vivir mucho tiempo con semejante daño en sus órganos vitales. Intentó que su voz no traicionara la horrible sensación de desesperanza que amenazaba con agotar su voluntad.

—¿Qué nos asegura que no lo vería un cazador o un granjero en busca de una vaca perdida?

—No es muy probable, —dijo el enano—. Hay un espeso bosque y un pantano detrás. Arena que succionaría a un hombre y no dejaría ni rastro. —Sacudió su pesada cabeza—. Es un puerto seguro para capear una tormenta, o pasar desapercibido hasta que el mar esté despejado.

—No sé si...

La puerta se abrió de golpe y Charlie se giró para encontrarse con el rapaz escrutinio de Gavin.

—Sigues vivo, ¿verdad, Quincy?

Charlie miró de nuevo a su padre y un escalofrío la recorrió al presenciar la transformación

del rostro de Quincy, de los rasgos de un caballero cortesano a la máscara granítica de un extraño.

—¿Has venido a terminarlo, Gavin? —La voz grave de Quincy estaba ribeteada de acero.

Gavin apoyó sus musculosas piernas contra el balanceo del barco y puso su enorme mano derecha sobre la culata de la pistola de chispa atascada bajo su ancho cinturón de cuero. En la mano izquierda llevaba un alfanje y la correa de piel de vaca moteada que le cruzaba diagonalmente el pecho desnudo portaba una segunda pistola y una daga con mango de marfil. La barba de dos días estropeaba la clásica barbilla cuadrada y los labios carnosos y curvados. Su pelo rubio se mantenía apartado de la cara con una tira de tela roja y blanca, y un pendiente de oro colgaba de una oreja.

—Sólo un cobarde haría daño a un hombre indefenso, —gritó Charlie, interponiéndose entre Gavin y su padre.

—¿Quién ha dicho nada de hacer daño a un hombre? —Los ojos azul verdoso de Gavin reflejaban el brillo de la luz de la lámpara. Su habla ligeramente arrastrada evidenciaba su falta de sobriedad—. No dañaré ni un pelo de la cabeza de Quincy, no si me dice lo que quiero saber. —Sonrió con los labios—. E incluso si no lo hace...

—Déjala fuera de esto, —advirtió Quincy—. Nadie sabe dónde está el tesoro excepto Cato y yo. Y sabes que no te dirá nada.

—Se puede persuadir a un hombre para que hable, —sugirió Gavin—. Incluso a ti, Quincy, si se te ofrece la recompensa adecuada.

—Abusa de mi hija y alimentaré con tus tripas a los cangrejos ante tus ojos, —Quincy luchó hasta sentarse—. ¡Por Dios, lo haré, Gavin! Aunque tenga que volver del infierno para hacerlo.

—Puedes intentarlo, viejo.

—Déjalo en paz, —gruñó Cato—. Hay hombres arriba que no soportarán que lo tortures, —les recordó el enano—. Siguieron al caballero Jim demasiados años para ver abordado lo que le pertenece. —Bloqueó el paso de Gavin con su corpachón y levantó el hacha—. Incluso la hermandad tiene leyes. No nos matamos por nuestra cuenta.

—¿No? —Los ojos de Gavin se entrecerraron—. ¿Y si te doy segundos? ¿Cuánto hace que no tienes una mujer libre de viruela? ¿O cualquier mujer en absoluto?

Cato se quedó con la boca abierta y sus ojos se abrieron de par en par. Vacilante, dio un paso hacia Gavin.

La bilis subió a la garganta de Charlie.

—Basta, —gritó.

Manchas negras bailaron ante sus ojos mientras el miedo convertía sus músculos en agua y su cordura se tambaleaba. ¡Esto no podía estar pasándole a ella!

—Cierra tu asquerosa lengua, —dijo ella—. ¿Qué clase de hombre eres?

—Un hombre que ha esperado demasiados años por lo que es suyo por derecho, —respondió con amargura—. Y uno que está hambriento de un tierno pedacito de mujer.

Charlie se inclinó sobre su padre.

—Al diablo con el tesoro, —susurró—. Dile dónde está, Quincy. —Miró de nuevo a Gavin —. Quizá lo coja y se vaya.

—Está hablando con sentido, —señaló Gavin—. Decídete antes de que te saquemos a rastras de esa litera y la metamos a ella.

—¿Me dejarías tener un poco? —preguntó Cato, pasándose la lengua por los labios—. ¿No me estarás mintiendo? —El enano se acercó más—. ¡Yaaa! —Dando un grito salvaje, blandió el hacha hacia la sección media del corsario rubio.

Gavin esquivó el golpe, pasó el alfanje de una mano a la otra y lo derribó con tal fuerza que separó la cabeza de Cato de sus hombros. Charlie dejó escapar un sollozo y se dio la vuelta, cubriéndose los ojos con las manos. Se oyó un ruido sordo cuando el cuerpo sin vida del enano cayó a cubierta.

Gavin miró el creciente charco de sangre.

—Una lástima, —dijo—. Había planeado ahogarlo en un barril de ron. Los hombres hacían apuestas sobre cuánto aguantaría. —Golpeó el cuerpo de Cato con la punta de su zapato—. Maldita abominación. Debería haberlo hecho hace tiempo.

—Déjala libre y te guiaré hasta el tesoro, —ofreció Quincy—. No la necesitas.

Gavin sacudió la cabeza y sonrió.

—No suelto lo que es mío hasta que acabo con ello. Me dirás lo que quiero saber o todos los hombres de este barco podrán usarla, incluido el niño bonito del contramaestre. Y me aseguraré de que puedas mirar.

Con una maldición, Quincy se puso en pie con dificultad y se obligó a erguirse.

El sudor brotó de su cara y el vendaje se puso rojo.

—Aléjate de ella, —dijo—. Charlie, detrás de mí, chica. —De la manga de su camisa apareció una pequeña daga. Balanceándose ligeramente, Quincy se puso en posición de combate, con el cuchillo en la mano.

Gavin sacó la pistola de su cinturón y la apuntó a Quincy.

—¡Hijo de puta! Te mandaré al infierno —juró.

Quincy le clavó el cuchillo a Gavin e hizo caer el cañón del fusil de pedernal sobre la sien del capitán. Quincy cayó como una piedra. Gavin alcanzó a Charlie y ella huyó a la esquina más alejada de la habitación, agarrando un tintero y lanzándoselo a la cabeza. Gavin esquivó el tintero

y luego le dio de lleno en la cara con una copa de vino. Agarró a Charlie del brazo, la estampó contra la pared y estampó su boca contra la de ella.

Ella le golpeó la cara con la mano libre e intentó levantar la rodilla para golpearle en la ingle. Ignorándola, Gavin le pasó la mano por los pechos y la apretó con saña. Ella gritó y fingió un desmayo. Maldiciendo, la sacudió por los hombros, luego la levantó y la llevó hacia la litera. Por el rabillo del ojo vislumbró la botella de ron vacía. En el instante en que la tumbó en la cama, su mano salió disparada, agarró la botella y se la estampó contra la cabeza.

Charlie cerró los ojos con fuerza mientras una lluvia de cristales llovía a su alrededor.

Gavin gimió y cayó hacia delante encima de ella. Empujándole a un lado, se apeó de la litera y corrió hacia la puerta. Por un instante dudó y volvió a mirar el cuerpo tendido de su padre en el suelo. No se había movido. ¿Estaba muerto? Gavin volvió a gemir, obligándola a actuar.

Charlie cogió la pistola del suelo y huyó del camarote, corriendo tan deprisa por el pasadizo que el guardia barbudo que había frente a la puerta del polvorín fue incapaz de detenerla.

Subió la escalera y salió corriendo a cubierta, casi en brazos de un bucanero borracho. Él extendió los brazos para agarrarla, pero ella le dio una patada tan fuerte como pudo en la rodilla, esquivó de lado y corrió hacia la barandilla. El viento agitaba los mástiles y la lluvia golpeaba contra Charlie, empapándola hasta la piel. Una figura sombría se perfiló ante ella en la oscuridad y ella se dio la vuelta y corrió hacia el otro lado.

—¡No dejen que se escape!

—¡Detenedla!

La orden de Gavin sonó por encima del viento mientras Charlie se abalanzaba sobre la barandilla. No podía distinguir la orilla, pero no importaba. Incluso ahogarse era mejor que permanecer a bordo de la *Bruja Escarlata*. Una mano se cerró sobre su hombro y la arrastró

hacia atrás, elevándola en el aire. Instintivamente levantó la pistola y apretó el gatillo a bocajarro. El único sonido fue el clic del gatillo. Fallo. Desesperada volvió a apretar justo antes de que algo la estampase contra la cubierta.

El rostro de Gavin se cernió sobre el de ella.

—¡Puta! —gritó—. Te...

Sus palabras se ahogaron en el rugido de un cañón. De repente, el aire se espesó con la caída de lonas y cuerdas. Algo pesado golpeó la cubierta a escasos centímetros de su cabeza. Charlie se hizo un ovillo y se cubrió la cabeza con las manos.

El tintineo del metal contra la madera y estridentes silbidos sonaron tanto a estribor como a babor del barco. Charlie levantó cautelosamente la cabeza para mirar a través de la lluvia que caía y vio aparecer la cabeza de un hombre por encima de la borda del barco. Los gritos de los hombres caídos y los disparos de mosquete se filtraron desde la proa del barco. En cuestión de segundos fue evidente para Charlie que la *Bruja Escarlata* estaba siendo atacada desde todos los flancos. Apenas se había puesto en pie cuando la sacudida de una colisión entre la goleta y lo que debía ser otro navío la arrojó de nuevo a cubierta.

Un garfio voló por encima de la borda y otros dos hombres treparon por la barandilla. Uno fue golpeado casi de inmediato con una pica, gritó y volvió a caer al agua. El segundo hombre se arrodilló y disparó una pistola en la oscuridad. Un grito atestiguó la precisión de su puntería ciega.

Charlie empezó a arrastrarse hacia el alcázar, manteniendo la cabeza baja.

Entre la lluvia torrencial, la maraña de lona y yardas caídas, y los hombres que luchaban, era casi imposible avanzar más de unos metros cada vez. Cuando estuvo lo bastante cerca como para distinguir las puertas de madera que daban al pasillo de abajo, se puso en pie y corrió hacia la abertura.

—¡Charlize Palmer!

La voz de Bruce atravesó su terror y ella se congeló, volviéndose hacia la fuente.

—¡Bruce! ¿Dónde estás? —gritó.

—¡Aquí!

—¡Bruce! Yo…

Algo la agarró por el pelo y tiró de ella hacia atrás. La mano de un hombre se cerró alrededor de su garganta, seguido por el frío filo de una hoja de acero.

—Mueve un músculo, —susurró Gavin con dureza—. ¡y te cortaré la garganta de oreja a oreja!

—¿Charlie? ¿Qué...? —Bruce se abalanzó hacia ellos, luego se detuvo en seco cuando vio que Gavin la tenía cautiva—. Déjala ir.

—Suelta el arma y ordena a tus hombres que se retiren, o la mato, —gritó Gavin.

—No. No confíes en él —dijo Charlie—. Él... —Se le cortó la respiración cuando Gavin le apretó los dedos en la garganta.

—Tienes cinco segundos, —amenazó Gavin—. Después de eso, ella es carnada de pescado.

Uno... dos... tres...

Capítulo 23

Bruce miró a través de la lluvia torrencial a las formas sombrías de Charlie y el pirata que la mantenía prisionera. Calibró que la distancia entre ellos era el doble de la altura de un hombre, demasiado lejos para precipitarse sobre él. Lentamente levantó su pistola, extendiendo su brazo derecho en toda su longitud.

—Suéltala —ordenó. La rabia ciega guerreaba con el miedo en su interior. El hombre la mataría, pasara lo que pasara. Lo sabía con tanta certeza como si lo hubiera escrito con su sangre. Si pudiera disparar antes...

—Cuatro, —dijo Gavin—. Lo digo en serio. La cortaré como a un ganso de Navidad. Ci…

Una leve explosión sorprendió a Bruce. Se lanzó hacia adelante y vio como la mano del corsario que sostenía el cuchillo caía lentamente lejos de la garganta de Charlie. Charlie dejó escapar un grito y se liberó, lanzándose fuera de la línea de fuego. Gavin miraba con los ojos muy abiertos a Bruce, su rostro era una máscara de sorpresa. Se agarraba la parte delantera del vientre. Su boca se movía, pero sus sonidos eran incomprensibles. Luego, sus rodillas se doblaron bajo él y cayó hacia delante sobre la cubierta, se retorció y se quedó inmóvil.

Una segunda figura se situó detrás de Gavin, apoyada en las puertas dobles que conducían bajo cubierta, con una pistola humeante empuñada en la mano. Bruce se arrodilló y levantó su propia arma.

—¡No! —Charlie gritó, bloqueando su objetivo—. ¡No dispares! Es mi padre. —Ella se

volvió y cogió al hombre caído en sus brazos—. ¡Quincy! Quincy —gritó.

—¿Hay alguien de la tripulación abajo? —Preguntó Bruce. Quincy sacudió la cabeza, incapaz de hablar.

Bruce empujó su pistola cargada en la mano.

—Me ocuparé de ti más tarde, mujer. Baja y enciérrate en el camarote del capitán. ¡Dispara a cualquier hijo de puta que intente entrar! ¡Rápido! —Le dio un empujón mientras dos hombres se estrellaban contra la cubierta a su lado, trabados en un combate mortal. Agarrando el alfanje de Gavin, Bruce hizo un trabajo corto con el pirata de arriba, arrastró al marinero caído a sus pies, y se lanzó de nuevo a la refriega.

Charlie pasó el brazo bajo el hombro de Quincy y juntos retrocedieron por la escalera.

—Estás sangrando otra vez, —dijo ella, mientras la oscilante lámpara del barco mostraba el borbotón de rojo por su camisa y sus calzones—. ¿De dónde has sacado la pistola?

Quincy respiró hondo y señaló al hombre barbudo que estaba tendido delante de ellos en el pasillo. El mango de marfil de un cuchillo sobresalía de la mitad de su espalda.

—Era suyo, —jadeó Quincy—. Pero ya no tenía necesidad... de él.

Pasó casi una hora antes de que Charlie oyera la profunda voz de Bruce exigiendo entrar en la cabaña. Su padre yacía en la litera una vez más, con el rostro blanco como la muerte. Quincy tenía los ojos cerrados y la respiración irregular y superficial. No había pronunciado una sola palabra desde que habían llegado a la seguridad del camarote del capitán.

—El barco es seguro, —le aseguró Bruce—. Abre la puerta—

Charlie cruzó la habitación para situarse junto a la puerta, con la pistola preparada.

—¿Cómo sé que alguien no te está obligando a decir eso?

Es cierto que los gritos y el fragor de la batalla se habían desvanecido minutos antes, pero él le había dicho que no abriera para nadie. Pasado el miedo, Charlie actuaba sólo por instinto, sabiendo que si se permitía el más mínimo ataque de histeria, se desmoronaría por completo.

La avalancha de obscenidades que se vertieron a través de la pesada puerta de madera fueron prueba suficiente. Con dedos nerviosos, tanteó el cerrojo y luego se apartó cuando el gran escocés irrumpió en la habitación.

Sus ojos grises escudriñaron la zona, observando la forma inmóvil de Quincy en la litera y el bulto envuelto en una manta sobre la cubierta. Nada podía ocultar la mancha de sangre seca que manchaba los tablones de roble blanco bajo sus pies. Bruce bajó el alfanje y la fulminó con la mirada.

—¿Qué tienes que decir en tu defensa, mujer? ¿Te atamos junto con el resto para entregarte al gobernador en Williamsburg? Hay una recompensa por la cabeza de cada saqueador, vivo o muerto.

A Charlie se le revolvió el estómago.

—¡No me hables de cabezas! —espetó.

La imagen de la horrible muerte de Cato persistía en su mente. ¡Por la gota del rey! Ella había presenciado suficiente sangre y vísceras para toda una vida. Ahora no se dejaría acosar por nimiedades por el hombre al que amaba.

—¿No dirás nada en tu propia defensa? —rugió Bruce. Su ropa estaba hecha jirones y manchada de sangre, y un brazo goteaba sangre, pero por la forma en que se movía, ella podía decir que no había recibido ninguna herida grave.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —La barbilla de Charlie se endureció mientras los ojos de

ella adquirían un brillo de puro desafío—. ¡Me golpearon en la cabeza, me secuestraron, casi me violan y casi me degüellan! ¿Qué clase de hombre viene a rescatar a una mujer e intenta culparla por ser una víctima? —Sus puños cerrados descansaban ligeramente sobre sus caderas mientras avanzaba hacia él—. ¡Si eres el capitán aquí, haz lo que quieras! Entrégame a los virginianos. Cuélgame, si así lo deseas. Pero no lo tendrás. —Hizo un gesto hacia el hombre de la cama—. Se está muriendo, y veré que le den un entierro cristiano decente. Haz lo que quiera conmigo, pero... pero...

Charlie exhaló un suspiro estremecido y luego otro mientras una cascada de lágrimas caía por sus mejillas arañadas e hinchadas.

—Oh, Bruce, —se lamentó—. Por favor... no dejes que se lo lleven. Él salvó... salvó mi vida y tal vez la tuya. No dejes que se burlen de su cadáver, ni de sus amigos. —Señaló la manta que cubría a Cato—. Se han ganado algo mejor. Que Dios en su misericordia los juzgue.

—No importa, —ronroneó Quincy—. A Cato puede gustarle... la idea de valer algo... muerto. Cuervos o gusanos, ¿qué diferencia hace?

Bruce y Charlie se acercaron a la cama y Charlie cogió la mano fría de su padre.

—Me importa a mí, —dijo Charlie—. No se lo permitiré.

Quincy forzó una carcajada que se convirtió en una tos seca. Se dejó caer de espaldas contra la almohada y Charlie le acercó un sorbo de brandy.

—Me temo que he usado el ron, —dijo ella, indicando los fragmentos verdes rotos que había en el suelo—. Pero bueno, nunca fui muy buena limpiando.

Los labios de Quincy se movieron e hizo un gesto a Bruce para que se acercara.

—Ella es inocente de ... piratería ... Escocés, —murmuró Quincy—. Por su alma inmortal ... Lo... juro. Gavin... Gavin se la llevó. Yo no sabía... nada de eso.

—Sí que vine a advertir a Quincy, —admitió Charlie—. Así que si me cuelgan por eso, de

nada. No podía dejar que se lo llevaran si podía evitarlo. —Ella miró a Bruce con ojos asustados —. Es mi padre, pase lo que pase.

—¿Y no significó nada para ti que Ben podría haberme matado? —Preguntó Bruce.

Charlie parecía avergonzada.

—Ben siempre está amenazando a alguien con ese viejo candado de rueda. Tanto es así que mi abuelo alteró el mecanismo de disparo hace años. Difícilmente podría matarte con esa arma a menos que te golpeara en la cabeza con ella. No se dispara.

—¡Kelpie malvado! ¡Por todo lo sagrado, debería estrangularte con mis propias manos!

—¿Preferirías que te hubiera disparado? ¿O que te hubiera golpeado en la cabeza con una botella de ron como hice con Gavin?

Quincy rió débilmente.

—Fue un error no terminar el trabajo una vez que él estaba en el suelo, muchacha. Habrías... —Empezó a toser de nuevo— ... Me habrías ahorrado la molestia de subir a matarlo yo mismo. —Sus ojos se encontraron con los de Bruce—. Pero supongo que se puede esperar una lógica tan pobre... de una mujer.

—Basta. —El ceño de Charlie se frunció—. ¿Tienes que burlarte de mí en tu lecho de muerte? Debes hablar en serio. Prepárate para conocer a tu creador—. Ella le llevó los dedos a los labios y se los besó—. ¿Hay algo que quieras?

—Sólo que le des esto a Milicent. —Quincy sacó el collar del bolsillo interior de sus calzones. La piedra verde captó la luz del farol que se balanceaba—. Brilla como el mar frente al cabo Henlopen en un día de verano, —dijo en voz baja—. Le prometí una esmeralda y nunca he cumplido esa promesa.

Charlie aceptó la cadena de oro y cerró el puño en torno a ella.

—Se la darás tú mismo, Quincy —dijo. Sus ojos volaron a los de Bruce—. Por favor. Rosewood está cerca de Williamsburg. Si vive durante tanto tiempo, ¿no podemos…

—Sí, —Bruce estuvo de acuerdo—. Si respira, nos detendremos el tiempo suficiente para que se despida de tu madre. Si ella quiere verlo.

Quincy asintió con la cabeza, dejando que sus ojos se cerraran y luego se abrieran.

—¿Cómo nos has encontrado? —preguntó con fiereza—. Con esta tormenta, sería como buscar un chelín en la playa.

—Un marinero a bordo del *Merry Kate*, John Voshel, nos dijo dónde podrías refugiarte de la tormenta. Dijo que solía navegar contigo bajo la calavera y las tibias cruzadas. —Bruce se apartó de la cama—. Un hombre hará casi cualquier cosa por dinero, incluso traicionar a sus amigos.

Unos pasos llegaron por el pasillo y Bruce se volvió para mirar a dos hombres.

—Sí, ¿qué pasa?

—El capitán Fraser pregunta por usted, señor. Nos ha enviado a buscaros. —El Marinero se quitó la gorra al notar la presencia de una mujer—. ¿Se encuentra bien, señor?

El segundo hombre enrolló un poco de tela alrededor de su antebrazo izquierdo y utilizó sus dientes para apretar el nudo.

—Treinta y dos muertos, señor Keegan. Cuatro llamando a las puertas del infierno y el resto con grilletes.

Bruce extendió la mano y cogió la pistola de Charlie.

—Tengo negocios arriba, —dijo bruscamente—. Consideraos bajo mi protección, los dos. Dejaré a estos hombres para que se aseguren de que nadie intenta haceros daño. Por el momento nos mantendremos parados hasta que pase la tormenta, pero si Quincy vive, haré todo lo posible

por acompañarle a Rosewood.

—¿Y yo? —preguntó Charlie.

—No puedo ocuparme de ti ahora, mujer. Hay muchas cosas que debo ordenar en mi cerebro. No sé si eres una víctima, pero está claro que no eres una buena pirata. Ningún hombre te entregará a los tribunales. —Bruce comprimió los labios en una fina línea—. Si vamos a Rosewood, puede haber peligro para ti. Tu padrastro puede intentar acabar contigo de nuevo. ¿Has pensado en ello?

—Sí, pero no es propio de Nicholas hacer las cosas a cara descubierta. Es un cobarde y un furtivo. Debería estar lo bastante a salvo.

—¿Le dirás a tu madre que contrató a un hombre para asesinarte?

Ella sacudió la cabeza con tristeza.

—¿De qué serviría? Ella no me creería más de lo que lo harían las autoridades. John está muerto, y solo está mi palabra y la de un indio de que fue contratado por Nicholas.

—Tu hermano podría respaldarte. Dijiste que te había advertido antes.

—Me dijo que no lo haría. —Charlie se frotó los ojos doloridos—. Henry apoyará a su padre por miedo a ser repudiado. Es inútil.

—No, no es inútil. Tengo la intención de presentar el asunto ante la corte cuando entregue a los piratas. Aunque no se pueda probar nada, puede evitar que tu padrastro vuelva a intentar algo así.

—Haz lo que quiera, pero creo que es una pérdida de tiempo.

—Mi tiempo es mío. Y yo soy un hombre que cree en la ley, piensen lo que piensen los demás.

Charlie se volvió hacia su padre, haciendo una mueca de dolor que la atravesaba con

agridulce realidad. Había una posibilidad real de que Bruce nunca perdonara lo que ella le había hecho. Si la abandonaba, sabía que pasaría toda la vida lamentando lo que podría haber habido entre ellos.



Las horas siguientes se difuminaron una en otra mientras Charlie comía y dormía e intentaba hacer lo que podía por Quincy. El capitán Fraser ordenó agua caliente para que se lavara y ella lo hizo agradecida. Estaba totalmente agotada, apenas era capaz de mantener los ojos abiertos o de ponerse la ropa limpia de mujer del armario de su padre.

Cuando por fin amainó la lluvia, Bruce vino a informarles de que serían trasladados a la *Merry Kate.*

—El hombrecillo ha recibido sepultura en la playa, —añadió—. He rezado una oración por él, si significa algo para vosotros. —Levantó una ceja oscura—. Un pirata tan pequeño no traería mucha recompensa.

Charlie miró por última vez el camarote de la *Bruja Escarlata* mientras se preparaba para seguir la litera de Quincy, preguntándose si alguna vez se podría limpiar la cubierta de sangre.

—¿Qué será de la nave? —preguntó cansada—. ¿La reclamarán los tribunales?

—No es probable, —proclamó Bruce—. Era un cara o cruz si Philip Fraser o yo debíamos tenerla como premio. Como somos caballeros, decidimos tirar los dados para ver quién se la quedaba.

—¿Y?

Charlie contuvo su impaciencia. Bruce había prometido llevar a Quincy a Rosewood, algo que pocos hombres habrían hecho. Ella le debía respeto y buenos modales a cambio. Si no

estuviera tan cansada. Si dejaba caer los párpados, se quedaría dormida aquí de pie.

—He ganado. —Bruce sonrió—. ¿Crees que soy demasiado viejo para dedicarme al mar como oficio?

Ella negó con la cabeza.

—No. Ve y sé corsario, si te place. Llévame primero a Rosewood.

—Philip se quedará aquí con algunos de sus hombres para vigilar la *Bruja* mientras llevo a la tripulación pirata a Williamsburg. —Vaciló—. Los hombres de Philip han cortado las orejas de los hombres muertos y las han echado en un barril de pepinillos. Para estar seguros de que cobrarán toda su recompensa.

Charlie esperó. Había algo más que él no decía; ella podía leerlo en sus ojos.

—¿Sí?

—Excepto Gavin. El capitán de la *Cazadora* es muy conocido en Chesapeake. Han tomado su cabeza como prueba indiscutible de su muerte.

Ella parpadeó, agarrándose al marco de la puerta para apoyarse.

—¿Y se supone que debo estar horrorizada?

—Eres una hembra muy poco femenina, —declaró Bruce en voz alta. —¿No tienes un poco de dulzura? ¿Ninguna suavidad apropiada?

—'Es el toque de una madre en comparación con lo que habría hecho a Gavin, si tuviera la oportunidad, —dijo rotundamente—. Asesinó a esa familia en la Costa Este el otoño pasado. Cuando haya terminado de orar por ese niño indefenso, tal vez voy a tener lágrimas para tal escoria como Gavin.

Bruce se encogió de hombros.

—Al menos nadie se come los pepinillos.

Charlie palideció y se balanceó. Se habría caído si él no la hubiera agarrado, barriéndola contra su pecho y llevándola rápidamente a la superficie.

—¿Estás enferma? —le preguntó mientras la dejaba en el suelo.

Ella negó con la cabeza.

—No. Sólo cansada hasta la muerte. —Hizo una pausa y miró a su alrededor, al rio oculto. Era de día y la lluvia había disminuido a un ritmo lento y constante. Nubes grises se arremolinaban sobre ella y Charlie vislumbró una luz más brillante que podría ser el sol intentando abrirse paso. La costa densamente arbolada se curvaba a su alrededor, un entorno extraño para dos embarcaciones marítimas. Incluso conociendo el secreto, no podía ver por dónde habían entrado los barcos. La parte ancha del rio era apenas más grande que el corral de La propiedad Palmer. Al sur, los juncos crecían hasta el borde del agua y varios patos acababan de posarse para refugiarse allí.

—¿Te llevo al *Merry Kate?*

La voz de Bruce estaba tensa. Él también está cansado, pensó Charlie.

—No, —respondió ella—. Estaré bien,

O volvería a estarlo cuando llegara a casa y pudiera cabalgar por los verdes campos de su plantación, dejando atrás los últimos días.

Ya se estaba ordenando la cubierta de la goleta. Los tripulantes de la balandra más pequeña estaban serrando las vergas caídas y cortando las velas de lona enredadas. No había rastro de los prisioneros y Charlie supuso que estaban atados en la bodega del *Merry Kate.* Habían tendido un tablón a través del agua entre las dos embarcaciones. La gran mano de Bruce la sostuvo mientras caminaba con cautela por el estrecho puente.

—No olvidaré tu amabilidad, —le dijo cuando la dejó en la puerta del camarote del patrón.

—Sí, no lo olvidarás, —asintió él—. Pues nuestro asunto aún no está resuelto.

Al ver que Quincy se había acomodado lo mejor posible en un jergón, Charlie se tumbó en la litera del capitán y se durmió al instante.



Milicent se levantó y dejó caer la servilleta sobre la mesa del comedor, sus ojos azules brillaban de placer ante la inesperada visión de su hija.

—¡Charlie! —gritó—. ¿Por qué no nos dijiste que venías? ¿Y dónde has encontrado ese vestido? Está irremediablemente pasado de moda. —Ignorando el ceño fruncido de Nicholas, corrió hacia Charlie y la abrazó.

—Estás maravillosa, como siempre, —murmuró Charlie. Echó un vistazo al elegante comedor. A excepción de los criados, estaban solos Nicholas y su hermano.

—Henry, ¿no tienes unas palabras de bienvenida para tu hermana? La echaste de menos la última vez que estuvo en Rosewood. ¿Dónde están tus modales? —Milicent agarró a Charlie del brazo y tiró de ella hacia la mesa—. ¿Has comido? Claro que no. Gabby, prepara otro sitio para la señorita Charlie.

La peluca de Milicent estaba dispuesta en elaborados rizos que colgaban sobre un hombro. Su vestido de satén era de un rosa intenso con una cintura diminuta y un escote pronunciado que mostraba su impecable figura. Alrededor de su esbelto cuello llevaba un sencillo collar de perlas, el último regalo que Charles Palmer le había hecho a su hija antes de morir. A Charlie nunca le habían gustado las perlas, no desde que el capitán Fraser le había contado que a menudo hombres y mujeres jóvenes perdían la vida buceando por ellas en los lejanos mares del Sur. Pero tuvo que admitir que le sentaban bien a su madre. ¿Quedaría igual de bien la cruda belleza del collar de esmeraldas de Quincy? se preguntó.

—Necesito hablar contigo en privado, —dijo Charlie vacilante—. Es urgente.

—Tonterías, —dijo Milicent—. Somos familia. Puedes hablar libremente delante de Nicholas y tu hermano. —Señaló una silla junto a la suya—. Ven, come con nosotros. Tenemos un delicioso pastel de ternera y…

—No hay tiempo. Un amigo tuyo está en el *Merry Kate.* Está malherido y pide verte.

Henry mantuvo los ojos en su plato y siguió masticando su galleta de mantequilla como si estuviera solo en la habitación.

El rostro de Nicholas enrojeció de ira cuando se puso en pie e intercambió unas palabras susurradas con su criado.

—¿Qué amigo? —le preguntó—. ¿A qué viene todo esto? De verdad, Charlie, esta costumbre de descender sobre nosotros sin avisar se nos ha ido de las manos. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Tendrás la amabilidad de explicarme por qué dos marineros comunes armados con mosquetes y alfanjes están de pie en mi vestíbulo.

—Son mi escolta, —respondió Charlie con suavidad—. Para asegurarse de *que no* me ocurra nada mientras estoy aquí. Últimamente soy propenso a los accidentes.

—¿Un accidente? ¿Has tenido un accidente? Oh, querida, —se quejó Milicent—. Estás bien, ¿verdad? Te he pedido una y otra vez que dejes de dar vueltas por el campo en ese terrible caballo.

—Lástima, —dijo Henry, tomando un sorbo de vino blanco—. Ahora que por fin alguien ha pedido tu mano en sagrado matrimonio. —Miró a Charlie con los ojos pesadamente cerrados —. Y dicen... —Se aclaró la garganta y empezó a toser. El carraspeo se convirtió en un espasmo y luchó por respirar.

Milicent se levantó de un salto y se cernió sobre él.

—Henry, ¿estás bien?

Él la apartó con un gesto y se secó la boca y los ojos con un pañuelo de lino -un pañuelo, se dio cuenta Charlie, que estaba moteado de rojo. Tomó otro bocado de vino.

—Disculpen, —dijo—. Eso ha sido imperdonable. Lo que empecé a decir es que, una vez que alguien empieza a tener accidentes, suele continuar. ¿No diría que eso es cierto, padre?

Nicholas maldijo en voz baja.

—Maldita sea, Charlie, esta tontería ya ha durado demasiado. ¿Quién está aquí para ver a tu madre y por qué?

—Por qué, padre, creo que Charlie preferiría oír quién es tan tonto como para querer casarse con ella. Ya le pareció bastante divertido cuando vino a visitarle la otra noche. —Henry se reclinó en su silla y empezó a hurgarse los dientes con un palillo de oro.

—Basta, los dos, —dijo Milicent—. No es cosa de risa. James Pade es un caballero respetable con un título y una fortuna no pequeña. Lady Pade me ha asegurado que no se interpondrá en tu camino si deseas aceptar la propuesta de su hijo, Charlie. Sin duda deberías pensártelo.

—¿Estás segura de que quieres que ella te supere en rango, madre? ¿Y viviendo tan cerca? —Henry se rió entre dientes, recordándole a Charlie por qué le había despreciado cuando eran niños.

—Por qué Lord Pade querría vincular a su familia con una bastarda es más de lo que puedo decir. —Nicholas vino a colocarse detrás de la silla de Milicent—. ¿A qué viene tanto secreto?

—Sí, querido, ¿de quién demonios estás hablando? —preguntó Milicent.

Charlie tragó saliva con dificultad, mirando de una cara a otra.

—Preferiría haber hablado contigo en privado, —dijo—. pero es Quincy McCade. Quiere verte. Y... se está muriendo.

—¿Quincy? —Milicent retrocedió como si la hubieran abofeteado y la sangre se le hubiera escurrido de la cara—. ¿Quincy se está muriendo? —Sacudió la cabeza—. No... no es verdad. Es mentira.

—¿Te atreves a traerlo aquí? —rugió Nicholas—. ¡Pequeña ramera asquerosa! —Apartó un puño cerrado—. ¡Fuera de mi casa!

—¿Quincy? —Milicent se levantó inestablemente—. ¿Está aquí?

—En el muelle, —indicó Charlie, ignorando a Nicholas—. Te llevaré hasta él.

—¡No lo harás! —bramó Nicholas. Agarró a Milicent por el hombro y la hizo girar por media habitación—. ¡Irás con tu amante pirata por encima de mi cadáver!

—Déjala ir, —exigió Henry, levantándose—. No puede manchar más tu honor.

—No te metas, —Nicholas se abalanzó sobre Charlie, pero ella había puesto una silla entre ellos—. ¡Fuera! —gritó de nuevo—. ¡Antes de que haga que te saquen a latigazos de Rosewood como la perra que eres!

—Mejor una zorra que un asesino, —dijo Charlie en voz baja.

Milicent se puso rígida.

—Voy a ir a verle, Nicholas. No te hará ningún bien montar una fea escena delante de los niños. —Dio unos pasos hacia la puerta. Los criados intercambiaron miradas cómplices y huyeron por la otra puerta.

Nicholas se movió para bloquearle el paso.

—¡He dicho que no! —repitió.

—Y yo he dicho que lo haré, —insistió Milicent—. Apártate de mi camino, Nicholas. No dejaré que me intimides más.

—No lo harás, ¿verdad? —Nicholas la agarró por el brazo y le dio dos bofetadas en la

cara. Ella cayó de espaldas contra la pared, con un corte en el labio del que manaba sangre.

—Lo haré —sollozó. Antes de que pudiera ponerse en pie, Nicholas volvió a golpearla.

—¡No! —gritó Charlie. Corrió hacia su madre, pero antes de que pudiera alcanzarla, Henry se interpuso entre Milicent y Nicholas y dio un fuerte empujón a su padre.

—Déjala en paz, —amenazó Henry.

—Cachorro desagradecido. Te dije que no te metieras, —Nicholas intentó golpear a su hijo, pero Henry se agachó fuera de su alcance.

Charlie ayudó a Milicent a levantarse, alejándola de los dos hombres que la rodeaban.

—Vete con tu pirata, madre, —dijo Henry, levantando sus propios puños—. Creo que ya es hora de que le dé a tu marido una lección de modales.

Se oyó un ruido de carne golpeando carne y alguien gimió. Milicent se detuvo en seco.

—¿Charlie? ¿Qué debo hacer?

—Ve con él si quieres verle con vida.

—¿De verdad se está muriendo?

Charlie asintió.

—Quiere que estés con él.

—Entonces no tengo elección. —Con una última mirada frenética a su marido y a su hijo, Milicent salió corriendo al pasillo.

Henry gritó algo y Charlie se volvió a tiempo de ver cómo el puño de su hermano conectaba con la mandíbula de Nicholas. Nicholas cayó hacia atrás, golpeándose bruscamente la cabeza contra la esquina interior de la chimenea de ladrillo. Con un gemido, se deslizó hasta quedar tendido de cuerpo entero en el suelo, con la cabeza ladeada sobre el hogar ennegrecido. Por un instante, la mirada sorprendida de Henry se encontró con la suya, luego se dio la vuelta y

siguió a Milicent fuera de la casa y colina abajo hacia el muelle de Rosewood.

Capítulo 24

El capitán Quincy James McCade, Gentleman Jim, yacía recostado sobre una almohada en el camarote del capitán del *Merry Kate.* Le habían afeitado y llevaba el pelo castaño hasta los hombros recogido con pulcritud y sujeto en la nuca con una cinta de terciopelo negro. Charlie había insistido en que le trajeran de la *Bruja Escarlata* la propia ropa de su padre, y Bruce le había ayudado a vestirse con una impecable camisa de lino blanco con una caída de encaje holandés en el cuello y unos calzones y chaleco azul celeste. El chaleco servía para cubrir la mayor parte de los vendajes de su sección media.

Incluso con la piel tirante sobre los pómulos y el semblante ceniciento, seguía siendo un hombre llamativo, pensó Charlie mientras Milicent corría por la habitación a su lado. La herida mortal había añadido años a las líneas del rostro de Quincy, pero el envejecimiento le había aportado una suavidad que le hacía aún más atractivo. Sus ojos se habían oscurecido hasta convertirse en obsidiana brillante, irradiando un poder que ningún moribundo debería poseer.

Charlie había querido dejarlos solos, pero Quincy le había pedido que se quedara.

—No, —había susurrado—. Os... quiero a las dos... junto a mí. Os necesito... a las dos. —Milicent lloraba suavemente, haciendo llover lágrimas y besos sobre su cara y su pelo.

—Oh, Quincy, —sollozaba—. Quincy.

Él levantó una mano temblorosa para acariciarle la mejilla y guiar su cara hacia abajo para encontrarse con su beso.

—Te quiero, —murmuró en silencio—. Mi Milicent.

—Shhh, —lo acalló—. No intentes hablar, cariño. Lo sé. Siempre lo he sabido. —Sus dedos se entrelazaron en su pelo—. Qué hijos habríamos tenido, —susurró.

Quincy exhaló bruscamente y volvió su mirada hacia Charlie.

—No... —logró decir—. Esta... chica vale... la pena por todos... los chicos que alguna vez... que alguna vez...

Abrumada por la emoción, Charlie salió corriendo de la habitación. Con los ojos cegados por las lágrimas, se precipitó por el pasillo y chocó de frente contra un objeto inamovible. La fuerza de la colisión la habría hecho perder el equilibrio, pero unos fuertes brazos la atraparon y la empujaron contra un duro pecho masculino.

—¡Bruce!

—Sí.

Durante largos segundos él la mantuvo prisionera, tan cerca que ella podía sentir el latido de su corazón, podía sentir los tendones duros como rocas de sus muslos apretados contra los suyos mientras su familiar olor a limpio asaltaba sus sentidos. Sintió que las rodillas le flaqueaban y la cabeza le daba vueltas. Incluso una protesta simbólica estaba por encima de sus fuerzas mientras intentaba recuperar el aliento.

—Lo siento, —murmuró—, Por favor...

Él la soltó, dando un paso atrás pero aún sosteniéndola con un brazo.

—¿Estás bien, muchacha?

Ella asintió.

—Necesito un poco de aire. —Respirando hondo, se secó los ojos con el dorso de la mano —. Lo siento. Debes pensar que soy una tonta. Por favor, ¿podríamos subir a cubierta?

Sin mediar palabra, él la guió, ayudándola a subir la empinada escalera, y luego la condujo a un lugar en la proa del barco donde podían estar solos. Charlie se hundió en un rollo de cuerda y enterró la cara entre las manos.

—No puedo soportarlo, —dijo—. Todos estos años los he odiado a los dos y ahora... —Se mordió el labio inferior y miró a Bruce—. Ahora es demasiado tarde.

—Cada uno tiene sus propios demonios que enfrentar. —Se agachó para mirarla fijamente a los ojos—. No eras más que una chiquilla. Si los has perdonado ahora, entonces no puedes culparte por lo que yace en el pasado. —Un ceño fruncido pasó por su rostro escarpado—. Y tenías muchos motivos para la ira. Ambos te han agraviado y creo que tú madre más que McCade.

—¡Oh! —Charlie se levantó de un salto—. Debería haberte avisado. Nicholas intentó impedir que bajara al barco. La golpeó y mi hermano luchó con él. Nicholas cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza contra la chimenea. Cuando vuelva en sí, estará furioso. Será mejor que prepares a los hombres para los problemas. Probablemente vendrá con armas y no está solo.

—Nos aseguraremos de tener una recepción adecuada para el señor de Rosewood si viene. —Bruce se levantó—. Permíteme informar al primer oficial. ¿Estarás bien?

Charlie asintió, observando cómo Bruce se dirigía a popa para hablar con Isaac Kahn, el hombre al que el capitán Fraser había asignado la navegación del *Merry* Kate mientras él permanecía con la *Bruja Escarlata.* Miró colina arriba, hacia la casa. Qué extraño que Nicholas no hubiera venido ya a buscar a Milicent. ¿Podría haber resultado gravemente herido por la caída? Nunca imaginó que Henry tuviera el valor de defender a Milicent.

Pasó más de una hora antes de que Charlie reuniera el valor suficiente para regresar al camarote del capitán. Cuando lo hizo, se encontró con que Quincy había dejado de respirar. Milicent estaba sentada junto al cuerpo, cogiéndole la mano y llorando suavemente.

—Se ha ido, Charlie, —dijo. El collar de esmeraldas yacía en el suelo a sus pies—. Esta

vez me ha dejado de verdad. ¿Qué voy a hacer?

Charlie cruzó la habitación y rodeó a su madre con los brazos, abrazándola con fuerza en el primer abrazo real que le había dado. No hubo palabras entre ellas, pero cada mujer se reconfortó un poco con el tacto de la otra.

Cuando Charlie por fin soltó a Milicent, su madre recogió el collar del suelo.

—Dijo que quería que yo tuviera esto, —murmuró—. ¿Te parece bien... que lo lleve?

Charlie asintió cansada, sintiéndose ella misma vieja.

—Permaneció vivo sólo para entregártelo. Pero no dejes que Nicholas averigüe dónde lo conseguiste.

Milicent resopló y se secó los ojos.

—Tengo mis maneras de tratar con Nicholas. —Su boca se frunció en un mohín y se inclinó sobre el cuerpo de Quincy, acariciándole el pelo—. Es el único al que he querido más que a mí misma, Charlie. ¿Puedes entenderlo?

—Creo que sí.

—Quiero que lo entierren en Rosewood con todos los honores. No me importa cuánto cueste ni a quién tengamos que sobornar. No habrá una tumba de indigente para el caballero Jim. ¿No podríamos decir que dio su vida por...? oh, no sé, Charlie. Piensa en algo. No quiero que la gente diga cosas desagradables sobre él.

—Voy a hablar con Bruce. Si Nicholas no se lo impide, estoy segura de que puede liberar el cuerpo. Bruce es un buen hombre, Milicent.

—Sí, lo es. Eso pensé cuando lo conocí. Pero no te hagas ilusiones. Está muy por debajo de ti. Sólo asegúrate de que no trata de tomar ventaja de su posición en tu alcoba.

—¿Su qué? —Charlie sintió que un rubor le subía por la garganta.

Milicent resopló.

—¿Crees que he llegado a mi edad sin ser capaz de reconocer a un par de amantes cuando los veo?

—Te equivocas, Milicent. No hay nada entre Bruce y yo.

—Mentirosa. —Ella besó la palma de Quincy y puso su mano sobre la manta—. Harías bien en aceptar la propuesta de James Pade. Él no sabe acerca de tu relación con tu capataz y probablemente no reconocería una virgen aunque cayera sobre una.

—No tengo intenciones de...

Un golpe seco en la puerta de la cabaña llamó su atención. Charlie se volvió para ver a Bruce y su hermano de pie en la puerta. El rostro de Henry era una máscara de angustia.

—Henry tiene algo que decirte. —Bruce entró en la habitación y Charlie supo por su expresión que algo iba terriblemente mal.

—Está muerto, —soltó Henry.

Milicent dejó escapar un sonido exasperado.

—Sé que está muerto, Henry. ¿Qué haces aquí?

—No, —dijo Henry—. No me refiero a Quincy, sino a Nicholas.

Charlie cogió el brazo de su hermano.

—¿Nicholas está muerto?

Henry rompió a llorar.

—Sí —sollozó—. ¡Está muerto y Nate ha ido a buscar al sheriff, y Gabby dice que me colgarán por asesinato

Milicent dio un paso atrás y se hundió en la silla.

—¿Nicholas está muerto? —preguntó en voz baja—. ¿Muerto? ¿Estás seguro?

Henry cayó de rodillas y enterró la cabeza en el regazo de su madre.

—Sí, —gimió—. Está... muerto... y yo lo maté. No pretendía matarlo. Sólo pretendía evitar que... te golpeara. —Sus lamentos se convirtieron en una serie de toses entrecortadas—. No dejes que... me cuelguen, —suplicó.

Milicent miró a Charlie.

—Sube a la casa y comprueba si Nicholas está realmente muerto. Si lo está, toma el control de los sirvientes. Iré en cuanto pueda calmar a Henry. Toda esta agitación es terrible para su estado.

Charlie miró a su madre atónita, incapaz de creer el repentino cambio en su conducta.

—¿Y bien? ¿Estás sorda? Señor Keegan, vaya con ella. Procure que los criados no hablen con nadie hasta que yo haya hablado con ellos. No tendremos ningún escándalo relacionado con Rosewood por un desafortunado accidente. —Milicent asintió con firmeza—. Si Nicholas ha tomado demasiado brandy y ha tenido una caída, eso es ciertamente un asunto de familia. —Le dio una palmada en la espalda a Henry—. Por el amor de Dios, deja de ahogarte, Henry. Nadie va a colgarte. Bueno, ¿a qué estáis esperando? Id y haced lo que os he ordenado. Y si viene el alguacil mayor, yo me encargaré de él. Su mujer es una buena amiga mía.

—Ya ha oído a la señora, —dijo Bruce con diversión no disimulada—. Señorita Charlie, será mejor que subamos a la casa y veamos por su pobre padrastro.

Con aprensión, Charlie entró en la habitación. Nicholas yacía en el suelo, donde se había caído. Sólo un pequeño charco de sangre en la alfombra junto a su cabeza evidenciaba su herida mortal.

Una silla Windsor de caoba yacía de lado cerca de sus pies. La casa estaba silenciosa y quieta, aparentemente vacía de sirvientes.

—A mí me parece bastante muerto, —dijo Bruce—. Y que le vaya bien. Le ahorrará a la corona el gasto de un juicio.

—No fue culpa de Henry, —se defendió Charlie.

Bruce se acercó a un aparador y cogió una jarra de brandy y una copa. Llenó la copa y la dejó caer sobre la chimenea de ladrillo. Charlie hizo un gesto de dolor cuando el vaso se hizo añicos. Bruce se acercó al muerto y le echó un poco de brandy en la camisa y en la cara.

—Pobre hombre, —dijo—. Tu madre tenía razón. Tuvo un accidente. —Volvió a colocar la jarra en el aparador—. ¿Había algún criado presente cuando se golpeó la cabeza?

—No. Sólo Henry. Y yo. Yo estaba allí, —Señaló—. Milicent ya estaba en el vestíbulo.

—Entonces tú y Henry sois los únicos testigos. Nicholas estaba borracho y se cayó. —Bruce se encogió de hombros y extendió las manos con las palmas hacia arriba—. Una trágica pérdida para tu madre.

Charlie se sentó en la silla más cercana.

—¿Quieres decir que le mentiremos al sheriff?

—No, muchacha. ¿Quién ha dicho nada de mentir? Simplemente no le contaremos todo.

—Creía que eras tú la que creía firmemente en la ley.

—Lo hago, pero lo importante es el espíritu de la ley, no la letra. Yo diría que hoy se ha hecho justicia aquí. ¿No es así?

El *Merry* Kate zarpó en la siguiente marea para entregar a sus prisioneros a las autoridades de Williamsburg para su juicio y posterior ahorcamiento. Charlie permaneció en Rosewood con su madre y su hermano para los funerales de Quincy McCade y Nicholas Randall, y para la investigación del accidente de su padrastro. Milicent Randall se comportó con gracia y decoro durante las tres ordalías.

El nombre de Gentleman Jim nunca fue mencionado por el ministro que dirigió los servicios por Quincy James McCade y Milicent hizo saber que el señor McCade había perdido la vida en la batalla contra los piratas. Se le dio un lugar de honor en el cementerio privado de Rosewood junto a Nicholas Randall, dejando un espacio para Milicent cuando llegara al final de sus días.

—¿No crees que podrías haberle enterrado en otro sitio, Milicent? —preguntó Charlie mientras subían la colina desde el cementerio—. ¿En lugar de uno al lado del otro?

—Calla, Charlie, el reverendo podría oírte. ¿Por qué un héroe como el capitán McCade no debería tener un buen lugar de descanso? Después de todo, soy la señora de Rosewood. Es mi lugar tomar tales decisiones ahora.

—A Henry no le hizo mucha gracia—. Charlie miró a su hermano que caminaba con paso firme detrás de ellas. —Algunos dirían que él es el amo aquí ahora.

—Oh, calla. Henry es Henry y no tiene sentido que pretendamos otra cosa. Robert habría montado un escándalo, eso es seguro. Robert era lo mejor de Nicholas y de mí. —Suspiró—. Pero Robert también está muerto. —Los ojos azules de Milicent se volvieron fieros de repente—. ¡Odio todo esto de morir! —Los ojos azules se nublaron mientras brotaban las lágrimas—. Nunca volveré a casarme, no sin Quincy. Quédate conmigo, Charlie. Me sentiré tan sola.

Charlie recogió la falda de su vestido de satén prestado y se apresuró a seguir adelante.

—Sabes que no puedo hacerlo. Tengo que volver a La propiedad Palmer.

—Tonterías. Ese hombre tuyo aún no ha regresado de Williamsburg, pero cuando lo haga, puedes enviarlo a atender tu plantación. James volverá a la casa más tarde. Quiero que paséis tiempo juntos a solas. Creo que tú y James haríais una buena pareja, Charlie.

—No. No consideraré casarme con James.

—Shhh. ¿Quieres que el reverendo te oiga? —Milicent aceleró el paso. Incluso de negro, parecía una exquisita muñeca de porcelana.

—No me importa quién me oiga. No voy a casarme con James Pade. —De repente todo parecía cerrarse sobre ella. No podía seguir esperando a Bruce. Tenía que estar lejos donde pudiera pensar. Tenía que volver a La propiedad Palmer.

En la casa, Charlie se apresuró a subir la gran escalera hasta su habitación. El agua sería la forma más rápida de llegar a casa, pero no podía soportar la idea de volver a poner el pie en un barco en estos momentos. Había demasiados recuerdos frescos. Apresuradamente empezó a empaquetar algunas prendas de ropa mientras un plan se formaba en su mente.

—¿Vas a algún sitio, hermana?

Se giró para mirar a Henry.

—Sí. Pero no se lo digas a nuestra madre. No puedo quedarme aquí por más tiempo. Me voy a casa.

—Conozco ese sentimiento, —dijo él—. Pero, ¿adónde huyo?

El rostro de Charlie se suavizó.

—Estarás bien, Henry. Ahora eres el amo aquí.

—¿Lo soy? —Se iluminó—. Podría ir a Londres si quisiera, ¿no? O incluso a Italia. Dicen que el clima allí es bueno. ¿Crees que me dejará ir? Dios sabe que hay suficiente dinero. —Se retorció nerviosamente el encaje del puño de la manga—. A ella le gustaba Robert más que a

nadie, ¿sabes? A veces me preguntaba cómo habría sido yo si hubiera sido el hijo de McCade. ¿Me habría querido entonces?

Charlie se encogió de hombros.

—No lo sé, Henry. No hizo mucho por mí. —Le sonrió—. Necesito que me prestes algunas cosas. Algo de ropa y un buen caballo.

—¿Vas a cabalgar de vuelta a Maryland?

Ella asintió.

—Tengo mucho que pensar.

—Puedes coger el caballo castrado de Robert o el mío. No he montado durante meses. Toma lo que quieras... y buena suerte. —El rostro de Henry enrojeció—. No estás tan mal... para ser una hermana.



Caía el crepúsculo cuando Charlie ató las riendas del ruano a un árbol junto al muro del cementerio y fue a dar su último adiós a Quincy. Montones de flores cubrían la tierra cruda de las nuevas tumbas; en unas semanas, la hierba brotaría y cubriría los montículos de un verde suave. Charlie se arrodilló junto al lugar de descanso de su padre, pero una vez más no encontró palabras.

El aroma de la madreselva y las lilas llenaba el aire. Los sonidos de la casa solariega eran apagados y lejanos. Estaba sola en la cálida noche de Virginia con un ruiseñor solitario y la letanía siempre presente de los mirlos primaverales.

—Adiós, papá, —susurró.—. Descansa ahora. Te lo has ganado.

Con la barbilla levantada, volvió a donde había atado el caballo y se subió a la silla. Le giró la cabeza hacia el norte y le clavó los talones en los costados.

—Vámonos a casa, —murmuró.

—¡Espera, Charlie! ¡Espera! —Un caballo y un jinete galoparon por el camino de tierra hacia ella—. ¡Soy yo! ¡James!

De mala gana, tiró del caballo castrado y lo giró para que mirara al jinete que se acercaba. Maldita sea, pensó. Unos minutos más y habría conseguido escapar.

—¡Charlie! Henry me contó lo que tramabas. ¿Cómo se te ocurre cabalgar así con los asuntos sin resolver entre nosotros? —Enroscó el caballo a su lado y se quitó el sombrero ladeado—. ¿No te dijo Milicent que iba a venir?

Los dos animales se olisquearon mutuamente, moqueando amistosamente. El caballo de lord Pade medía casi dieciséis manos, tenía buenas líneas y una cabeza noble. Charlie se acercó y acarició el cuello del animal.

—Siempre has tenido buen gusto para los caballos, James. Y montas tan bien como cualquier hombre de Virginia.

Sonrió, metiéndose el sombrero de plumas bajo el codo izquierdo.

—Eso es un cumplido, viniendo de ti.

—No lo diría si no fuera cierto. Milicent dijo que Nicholas siempre envidió tú habilidad con los caballos.

—He venido a dar el pésame a su madre, pero mentiría si dijera que lamento la muerte de Nicholas. No era un caballero y Milicent se merece algo mejor. —Se aclaró la garganta—. Habría estado en el funeral, pero tenía asuntos urgentes en otra parte.

—Presenciaste el ahorcamiento.

—Lo hice. —Clavó la mirada en la oscuridad—. No soy un hombre vengativo, Charlie, pero creo en la justicia. Debemos hacer que Chesapeake sea segura para los ciudadanos honrados. —El bayo bailó de costado y James calmó al animal con mano firme, manteniendo su postura erguida en la silla sin esfuerzo visible—. Creo que no pensarás menos de mí si te digo que no sentí ningún placer al verlos morir.

—Te conozco de toda la vida, James. Nada podría hacerme pensar menos de ti.

—Charlie, debes dejar esta forma salvaje de vivir. Podrías haber sido asesinada por esa gente... o algo peor. —Se interrumpió, claramente avergonzado—. Quiero que seas mi esposa. Le pedí tu mano a Nicholas, pero no me dio respuesta. Sin embargo, ahora que se ha ido, estoy seguro de que Milicent nos daría su bendición. —Carraspeó de nuevo—. Madre ha dado su aprobación. Sólo necesito tu consentimiento.

Charlie se inclinó hacia delante en la silla de montar y rascó el cuello del ruano.

¿Cómo podía rechazar a este buen hombre sin ofenderle?

—James... —comenzó suavemente—, me haces un gran honor. Pero, ¿has considerado plenamente este emparejamiento?

—Sé que soy considerablemente mayor que tú, Charlie, pero eso suele ser una ventaja en el matrimonio. Me gustaría tener un heredero, hijos. Y a pesar de tu extraordinaria educación, creo que nos convendríamos mutuamente.

—No has dicho nada de amor, James.

Tosió.

—Eso vendría después del matrimonio. Donde hay amistad y respeto, sigue el amor. ¿A quién debería amar una mujer si no es a su marido? —Acercó la bahía—. Te trataré bien y compartiré mi nombre y todo lo que es mío contigo.

—Ese es el problema. Me gustas demasiado como para convertirme en tu esposa, —

explicó Charlie—. Eres un líder en la colonia, una persona a la que los hombres acuden en busca de consejo. ¿Quién sabe qué ascensos podrían llegarte en el futuro? Con mis... antecedentes, no soy la esposa adecuada para ti. Podría convertirme en una vergüenza en los años venideros. No. —Levantó una mano—. Lo digo en serio, James. No nos convendríamos el uno al otro. Estoy demasiado acostumbrada a salirme con la mía. Necesitas una esposa de naturaleza más amable y dúctil. ¿Quieres pasar el resto de tu vida con una mujer cortada del mismo molde que tu madre?

—¡Dios me libre!

—Exactamente. Harías mucho mejor en esperar unos meses y luego cortejar a Milicent.

—¿A tu madre?

—¿Por qué no? Es guapa, ¿verdad? Y rica. Y siempre te ha admirado. —Charlie le sonrió —. Es lo bastante joven para darte un heredero y lo bastante sabia para apoyarte contra Lady Pade.

—No había pensado en Milicent.

—Entonces es hora de que lo hagas. Es la anfitriona perfecta y sus tierras se unen a las tuyas. Si no te casas con ella, quién sabe qué otro hombre podrías tener por vecino.

—Pero Henry es el amo ahora. Seguramente…

Charlie suspiró con fuerza.

—Mi hermano no desea quedarse, James. Esta misma tarde me ha hablado de sus planes de irse a Inglaterra. Henry no sería un obstáculo para tus planes.

—Eres una joven de lo más inusual, Charlize Palmer.

—Gracias, James. Lo tomaré como un cumplido. Y ahora… —ella levantó la cabeza del ruano— …me ocuparé de mis asuntos. Por tu honor de caballero, no le digas a mi madre que me voy. Puedes decirle que decliné tu oferta de matrimonio. O tal vez sería mejor decir que te lo has

pensado mejor.

—¿Estás segura de ello?

Ella se rió.

—Solo deseo tenerte como padrastro.

—Puede que Milicent también me rechace.

—Lo dudo. No creo que mi madre sea una mujer a la que le importe estar mucho tiempo sin un hombre.

—No seas demasiado dura con ella, Charlie. Si hay cosas en tu infancia que... —Se interrumpió, inseguro.

—No te la habría sugerido si le guardara algún rencor, James. Creo que los dos podríais encontrar la felicidad juntos.

—¿Y nosotros?

—Seguiremos siendo amigos, pase lo que pase. —Charlie levantó la mano en señal de saludo y dio un codazo con los talones en el costado del ruano—. Recuerda, ni una palabra, —advirtió.

—¿No harás ninguna imprudencia? —llamó James tras ella—. No si puedo evitarlo, —le gritó ella por encima del hombro.

Capítulo 25

Era principios de mayo y el cornejo estaba en flor cuando Charlie cruzó los límites septentrionales de La propiedad Palmer. Los días de soledad le habían dado la oportunidad de pensar y, aunque había encontrado poca paz mental, al menos había recuperado la mayor parte de su fuerza interior. Su dolor por la muerte de Quincy se vio atenuado por el conocimiento de que, con la pérdida de su padre, lo había encontrado de verdad. Los viejos miedos y sentimientos de culpa podían dejarse a un lado. Incluso había llegado a aceptar a Milicent por lo que era. Había poco amor entre ellas, pero al menos podía pensar en su madre con cierto afecto.

Bruce se había ido. Charlie sabía en su corazón que lo había perdido. Había hecho deliberadamente un viaje tranquilo de Virginia a La propiedad Palmer, demorándose hasta que terminara la siembra de primavera en la plantación. Bruce le había dicho que se iría después de la plantación y ella no dudaba de que cumpliría su palabra. Si ella hubiera estado allí cuando él se fue, habría sido demasiado doloroso de soportar. El oscuro escocés le había ofrecido un amor que nunca había esperado recibir de un hombre y, por obstinación y falta de confianza, ella se lo había echado en cara.

Cien veces en el viaje hacia el norte desde Rosewood ella había visto su rostro. Él rondaba sus sueños con sus suaves besos y sus magnéticos ojos grises. Había derramado suficientes lágrimas tontas como para hacer flotar un barril de tabaco, pero todo volvía a lo mismo. Un hombre como Bruce Keegan llegaba a una mujer una vez en la vida y ella no había tenido la

sensatez de reconocerlo por lo que era antes de que fuera demasiado tarde.

Al menos Bruce no se iba con las manos vacías. Su parte del dinero de la recompensa ofrecida por las autoridades de Virginia sería considerable. Sólo con la *Bruja Escarlata* ya sería un hombre con medios. Con la venta de la goleta pirata, podría comprar su propia plantación y cultivar sus propios campos en lugar de los de otro hombre.

Por primera vez desde la muerte de Quincy, Charlie pensó en el tesoro enterrado y se echó a reír. Bajo ella, el caballo emitió un bufido y agitó las orejas. Acarició el cuello del ruano.

—Sólo un poco más y tendrás un buen establo y algo de grano, —prometió. El animal aceleró el paso y Charlie se rió de nuevo—. Igual que un hombre, —observó—. Menciona la comida y es todo oídos.

Decidió esperar unas semanas o incluso meses antes de ir a comprobar la ubicación de la fortuna de Quincy. Supuso que Iris y ella tendrían que trasladarla a un nuevo lugar. Varios lugares serían mejor que uno. Era sorprendente lo poco que significaba para ella la idea de ser rica. Después de toda la lucha por mantener la solvencia de La propiedad Palmer, sus preocupaciones por ese concepto se habían acabado.

—Supongo que incluso podría comprar mi propio barco para llevar mi tabaco a Inglaterra. ¿Qué te parece, Shawnee? —El caballo la ignoró. No se le había ocurrido preguntarle a su hermano el nombre del animal, así que se había visto obligada a darle uno nuevo. Hasta el momento, el castrado no parecía responder a ello de un modo u otro. Charlie suspiró—. Eso demuestra lo chiflada que me pongo cuando intento hablar de asuntos financieros con un virginiano.

El sonido de las hachas y de la madera cayendo se dirigió hacia ellos desde el arroyo. Charlie giró la cabeza del caballo hacia la cabaña de 'Iris. Aún no estaba preparada para hablar con sus leñadores, no estaba preparada para la montaña de problemas que sabía que tendrían para que ella resolviera. Quería ver a Iris y averiguar si Baron había sobrevivido a la herida de bala.

El ruano era un animal de sangre fina con corazón y aguante, pero no era un amigo para toda la vida. Su semental alazán era más que un caballo y, si estaba muerto, dudaba que alguna vez encontrara otro animal que se adaptara tan bien a ella.

El bosque era un dosel de verde exuberante en todos los tonos, desde el cedro hasta el pálido verde nuevo de la hierba brotando. De cada árbol salían coros de cantos cadenciosos de pájaros; en el suelo, divisó huellas frescas de ciervos y conejos, e incluso vislumbró una tupida cola rojiza mientras un zorro rojo se zambullía en busca de la cubierta protectora de un matorral de zarzas verdes.

Para gran decepción de Charlie, la cabaña de Iris permanecía en silencio. Incluso el corral estaba vacío. Charlie desmontó y comprobó las cenizas de la chimenea. Hacía días que no se cocinaba allí y no había rastro de ninguna de las variadas mascotas de la india. Sin duda, Iris estaba fuera en otra visita a sus parientes. Lentamente, Charlie se subió a la silla del ruano y giró hacia la casa solariega.

Al llegar al camino de tierra, impulsó al caballo al galope.

De repente estaba cansada de estar sola. Quería ver caras conocidas, darse un baño caliente y volver a vestir sus propias ropas. Después de todos estos días de acampada, la idea de dormir en una cama de plumas era puro lujo.

Al principio, el corral de La propiedad Palmer parecía tan desierto como la cabaña de Iris. Unos cuantos caballos y una vaca moteada permanecían con las cabezas colgando amistosamente sobre la valla de raíles partidos. Una perra sabueso de orejas largas yacía con los ojos cerrados a la sombra de la caseta del pozo del granero, amamantando a media docena de cachorros multicolores. No se oía más que el *perk-perk* de una gallina de pavo rascando en busca de gusanos en la tierra junto a la valla. Entonces un mozo salió perezosamente del establo, rompiendo a correr cuando vio quién era el visitante.

—¡Señora Palmer! ¡Bienvenida a casa!

Su atención fue captada por un relincho urgente procedente del establo y el sonido de los cascos de un caballo golpeando el lateral de un box. Charlie dejó caer las riendas del ruano en manos del mozo de cuadra y corrió hacia el establo.

—¡Baron!

El gran semental se encabritó, golpeando la barandilla superior de la puerta con las patas delanteras, y soltó un gruñido de bienvenida.

—¡Barón! —Charlie echó los brazos alrededor de la enorme cabeza—. ¡Buen chico! Buen caballo.

Al entrar en el establo, examinó con ansiedad la cicatriz rosada, acariciando el cuello y la cruz del animal.

—Buen chico, —le tranquilizó—. Buen chico. —Había perdido mucho peso, pero era evidente que la herida estaba casi curada—. Iris debe haber pasado muchas noches contigo, —murmuró—. Sí, pero tú lo vales.

—Me alegro de tenerla en casa, ama. Ese caballo es difícil de manejar. Ha tenido este establo de punta en blanco desde que Iris lo trajo aquí.

—¿Sabes dónde está? ¿Cuándo volverá? —Baron la empujó con la nariz y ella le rascó detrás de las orejas. No pudo evitar que sus ojos se desviaran hacia el establo donde Bruce había guardado a su gris moteado. Estaba vacío, como ella había sabido que estaría.

—No. No sé nada de eso, ama. Ya sabe cómo son los indios. No me dijo nada, sólo puso al semental en su establo y dijo que cuidara de él. Me miró con ojos de serpiente, como hace ella. Da escalofríos.

—No has visto a Terry, ¿verdad? —Incluso su perro parecía haberla abandonado. Echaba de menos la cabeza peluda y el ladrido retumbante que siempre daba cuando ella llegaba a casa.

—Sí. La mujer india llevaba al perro con ella. Dijo que le dijera algo sobre llevarlo a nadar

en las grandes aguas saladas.

—De acuerdo, gracias. Encárgate de que el ruano reciba un buen masaje y un poco de puré caliente. Ha tenido bastante ejercicio.

Una niña con un gato bajo el brazo se detuvo para saludar a Charlie mientras cruzaba el patio hacia la puerta de la cocina. Estaba abierta y un niño balanceaba una rama de pino para ahuyentar las moscas. Charlie le saludó con la cabeza y se detuvo para aspirar profundamente los deliciosos olores que salían de la cocina. El olor del pan horneándose era suficiente para provocar en ella un apetito voraz. La cocina de los senderos, y especialmente la suya, nunca era la mejor, y no se había parado a comer desde el amanecer.

—Buenos días, ama Palmer.

—Buenos días, ama.

—Señorita Palmer.

Tres mujeres se hicieron eco de los saludos cuando entró en la cocina. La mujer blanca de más edad era la esposa de uno de los sirvientes contratados, pero las dos negras eran desconocidas. Una era una mujer alta y ancha con tatuajes tribales en los pómulos, y la otra, una copia pequeña, parecía tener unos quince años. La chica apoyaba una mano en la mesa de tablones para apoyarse, ocultando a medias una pierna tullida tras ella.

Charlie echó un vistazo a la reluciente cocina. Se habían quitado todas las telarañas de las vigas y las paredes relucían con cal fresca. El suelo de pino estaba lo bastante limpio como para ver su cara en él, y las cestas, ganchos, cuencos y ollas colgaban en ordenadas hileras. Paquetes de especias y hierbas frescas colgaban de las vigas, y una vasija de mantequilla en el centro de la mesa, puesta en un cuenco de agua para mantenerla fría, estaba cubierta por una funda de lino limpio para mantener alejados a los insectos.

—Buenos días, —respondió Charlie—. Samantha, ¿estás trabajando en la cocina ahora?

—Sí, Srta. Charlie, lo hago. El amo Keegan dijo que podía. Mi hija, Mary, también ayuda, pero está trayendo pescado fresco del muelle.

Charlie se volvió hacia la mujer negra mayor.

—¿Y tú eres?

—Elvy, ama, y ésta es mi chica Roselind. Nos complace teneros en casa.

Charlie asintió.

—Roselind, —Pasó un dedo por la fregada encimera—. La cocina está... Está maravillosa, Elvy. Espero que te guste vivir en La propiedad Palmer. —Tragó saliva con dificultad—. Creo que debemos hablar pronto de tus papeles.

Elvy palideció.

—¿Qué pasa con mis papeles, ama? El amo Keegan dice que todo es legal. Roselind tiene siete años de fianza, igual que Abe y d'others. —Ella retorció unas manos grandes y musculosas en los pliegues de su delantal.

—El amo Keegan dice que soy una mujer libre, ama. Dice que trabajo catorce años en Maryland para los blancos y eso es todo lo que se puede pedir.

—¿Amo Keegan dijo que eras libre? —Charlie dejó escapar un suspiro de alivio—. Eso es maravilloso, Elvy. Claro que eres libre. No sabía si te lo había dicho o no, —mintió rápidamente —. No hay esclavos en La propiedad Palmer. —El corazón de Charlie empezó a latir con fuerza. *La liberó. Me hizo caso. Liberó a las esclavas.*

Elvy, Roselind y Samantha empezaron a reír y a parlotear a la vez.

—Suba, señorita Charlie, —pidió Samantha—. Le calentaremos agua. Sé que quiere un baño después de tanto cabalgar.

—Roselind ha estado limpiando arriba, ama, —explicó Elvy—. Su ropa está toda lista. Si

necesita algo, sólo tiene que decirlo.

—¿Y el amo Keegan? ¿Está aquí? —Preguntó Charlie.

—Oh, no, señora, —dijo Samantha—. Se fue hace dos o tres días. Él y el viejo Ben. Aquí no hay nadie más que nosotras.

Asintiendo, Charlie salió de la cocina y subió las escaleras hasta el segundo piso. Ella había sabido que él se había ido. ¿Por qué no lo había dejado estar? Adormecida, bajó por el pasillo y empujó la puerta de los aposentos de Bruce.

Sus cosas no estaban, como ella había sabido que estarían. Su retrato inacabado se apoyaba en la fría chimenea.

—Oh, Bruce, —susurró en la habitación vacía—. ¿Por qué?



En el huerto, Charlie estaba sentada en la mullida hierba con las rodillas recogidas hacia el pecho y los brazos rodeándolas, recostada contra el tronco de un árbol en medio de la suave lluvia de fragantes flores de manzano. El crepúsculo había llegado y se había ido, fundiéndose en la cálida noche primaveral como miel recién hilada, y el ruiseñor había cesado su canto gorjeante, cediendo el paso al whippoorwill y a otros pájaros de la noche. Charlie seguía allí sentada, perdida en sus propios pensamientos y atesorando recuerdos.

Por fin, cuando la pálida luz de la luna había convertido las hileras de árboles en un país de hadas de resplandeciente belleza de otro mundo, Charlie suspiró, desplegó sus piernas agarrotadas y se puso en pie. No había dado ni una docena de pasos en la penumbra cuando la voz de un hombre la sacó de su ensueño.

—Alto ahí, mujer.

Se giró hacia la fuente de la voz, escudriñando entre las sombras.

—¿Qué quieres? —exigió roncamente. Un riachuelo de miedo la recorrió por ella y tembló.

—Ven aquí. —Era una orden.

Charlie se lamió los labios resecos.

—¿Quién te crees que eres?

—¡No toleraré ningún descaro de tu parte, muchacha!

—¡Soy la dueña de esta plantación!

—Sí, puede que lo seas, pero creo que ambos sabemos quién es el amo aquí. —La forma alta salió de las sombras y Charlie se lanzó a sus brazos.

—¡Bruce! ¡Bruce! —gritó, rodeándole el cuello con los brazos y cubriéndole la barbilla de besos—. Bruce, —murmuró ella mientras él la levantaba y su nombre se perdía en las profundidades de su beso.

—Cariño mío, —susurró él, entrelazando los dedos en su pelo y soltando la cinta de seda para dejarla fluir como una cortina oscura a su alrededor—. Kelpie mía. Te he echado tanto de menos... como un campo reseco echa de menos la lluvia.

—Creía que te habías ido, —murmuró ella.

—Ni los fuegos del infierno me alejarían de ti, muchacha.

—Me dijeron que te habías ido, —insistió ella entre besos—. Pregunté y me dijeron... —Ella apartó su cara—. ¡Tu barba! ¿Qué has hecho con tu barba?

—Me la afeité. ¿Ves alguna necesidad de cubrir un rostro tan apuesto como el mío?

Ella le miró fijamente y le pasó un dedo por la mejilla desnuda.

—No estoy segura de que me guste, —bromeó.

—Pues será mejor que aprendas a que te guste.

—¿Pero por qué? ¿Por qué te afeitaste?

Su boca cubrió la de ella mientras se arrodillaba en la hierba, tirando de ella hacia abajo a su lado.

—Era el rostro de un escocés, no el de un plantador de Maryland. —dijo roncamente.

Confiada, se recostó en sus brazos, acariciando sus escarpadas facciones con la mirada, dejando su corazón libre para acoger el torrente de alegría que le hizo derramar lágrimas.

—¿Estás tan triste por tenerme aquí que tienes que llorar?, —se burló él, acariciándole la garganta y el pelo, y apretando los labios en la abertura del cuello de su camisa—. Hubiera pensado que te alegrarías de verme después de tanto tiempo separados.

—Lo estoy, —susurró ella, pasándole las manos por los hombros, apretando y tocando la nervuda dureza para estar segura de que era real y no un sueño—. Oh, Bruce, lo estoy. No me importa la barba. Puedes afeitarte la ¡cabeza como un pirata turco por lo que me importa! Pero esas malditas mujeres me mintieron. Dijeron…

—Nadie te mintió. fui a Chestertown por negocios. —La besó de nuevo y ella separó sus labios húmedos, dejando que sus lenguas se tocaran y acariciaran.

—Dijiste que te ibas de La propiedad Palmer, —respiró ella suavemente—. Al final de la siembra de primavera.

—¿Nadie te dijo que no recordaras lo que había dicho? —La mano de Bruce se deslizó bajo su camisa para ahuecar un pecho hinchado de amor.

—Te dije que te fueras, —se atrevió a recordarle—, pero quiero que te quedes. Por favor, quédate conmigo, Bruce. Quiero ser tu esposa.

—Sí, puede ser, —dijo él tras un largo silencio—. ¿Pero qué hay de los problemas entre nosotros? Sigues siendo una muchacha de grandes tierras y propiedades. —Se apoyó en un codo y se inclinó sobre ella—. ¿Qué dirá la gente de Chestertown si la señorita Palmer se casa con su capataz, un hombre que una vez fue un sirviente?

—Al diablo con lo que digan, Bruce, —susurró ella—. Te quiero y te quiero como mi marido.

—¿Y supongo que, si acepto esto, me pedirás que firme un contrato matrimonial?

Charlie sacudió la cabeza mientras se le hacía un nudo en la garganta.

—No. Ningún contrato... a menos que… —la malicia brillaba en sus ojos iluminados por la luna— …a menos que quieras uno. Con la *Bruja,* en tu poder, ahora eres un hombre de recursos.

—Sí, lo soy. —Enroscó un mechón de su pelo alrededor de su dedo—. Pero como hombre de recursos, ¿no debería tener cuidado al concertar un matrimonio precipitado?

—¿Precipitado? —Charlie cerró la mano en un puño furioso y se la estampó en el hombro —. ¡Esta boda fue idea tuya en primer lugar, no mía!

Bruce capturó su mano en la suya y se rió profundamente en su garganta.

—¿Por qué querría cualquier hombre en su sano juicio tener hijos e hijas con semejante arpía? —Frunció los labios—. ¿Y cómo sé que no eres estéril? No te has embarazado con mi semilla y te he dado todas las oportunidades.

—¿Soy una yegua de cría que debo producir un hijo antes de casarnos para demostrar mi valía?

—Sí, —estuvo de acuerdo—. Puede que no sea mala idea.

—¡Bestia! —insistió Charlie—. ¡No te tendría de marido ni aunque fueras el mismísimo gobernador real!

—Hist, muchahca, —la tranquilizó—. Espera un poco aquí y alisa tus bonitas plumas. No dije que no me casaría. Sólo dije que no deberíamos precipitarnos.

Una maldición se elevó a sus labios para ser sofocada con el beso de él. Sus forcejeos se debilitaron y luego se convirtieron en un abrazo mientras ella tiraba de él hacia ella.

—No me tomes el pelo, —le suplicó—. No quiero pelear contigo. ¿Dónde están tus cosas? Tus pinturas, tus lienzos, tu ropa... todo había desaparecido. Si no te fuiste, ¿dónde están?

Se rió de nuevo.

—En la habitación del amo, ¿dónde si no? Nos hemos visto y amado allí tantas veces, que no quería estar en ningún otro lugar.

—¿En la habitación del amo? —Charlie recuperó el aliento—. Entonces sabías que yo...

—Estaba lo bastante seguro de ello como para detenerme en Chestertown de camino a casa y hacer que tu abogado redactara un acuerdo matrimonial. ¡No! No te preocupes. Es mejor así. La propiedad Palmer es tuya, muchacha, y se lo pasaremos a nuestros hijos y ellos a los suyos. Pero todo lo que hagamos juntos, nos pertenece a los dos.

Charlie anudó los dedos en su pelo y tiró de su cabeza hacia abajo para rozar sus labios con los de ella.

—Te quiero, —susurró ella—. Más que a la vida misma. Y no quiero pelear contigo. Quiero hacerte el amor.

—Una mujer sensata, —murmuró él, dejando que su mano recorriera provocativamente la cadera y el muslo de ella—. Pero si acepto este matrimonio, ¿cuándo dirás las palabras?

—Tan pronto como se clamen las amonestaciones, —respondió ella suavemente, amoldando su cuerpo al de él.

—Entonces nuestra espera será corta, —replicó él—. Hice proclamar las amonestaciones

en Chestertown antes de zarpar en tu busca. Verás que soy un hombre que siempre consigue lo que se propone.

—¡Bruce Keegan!

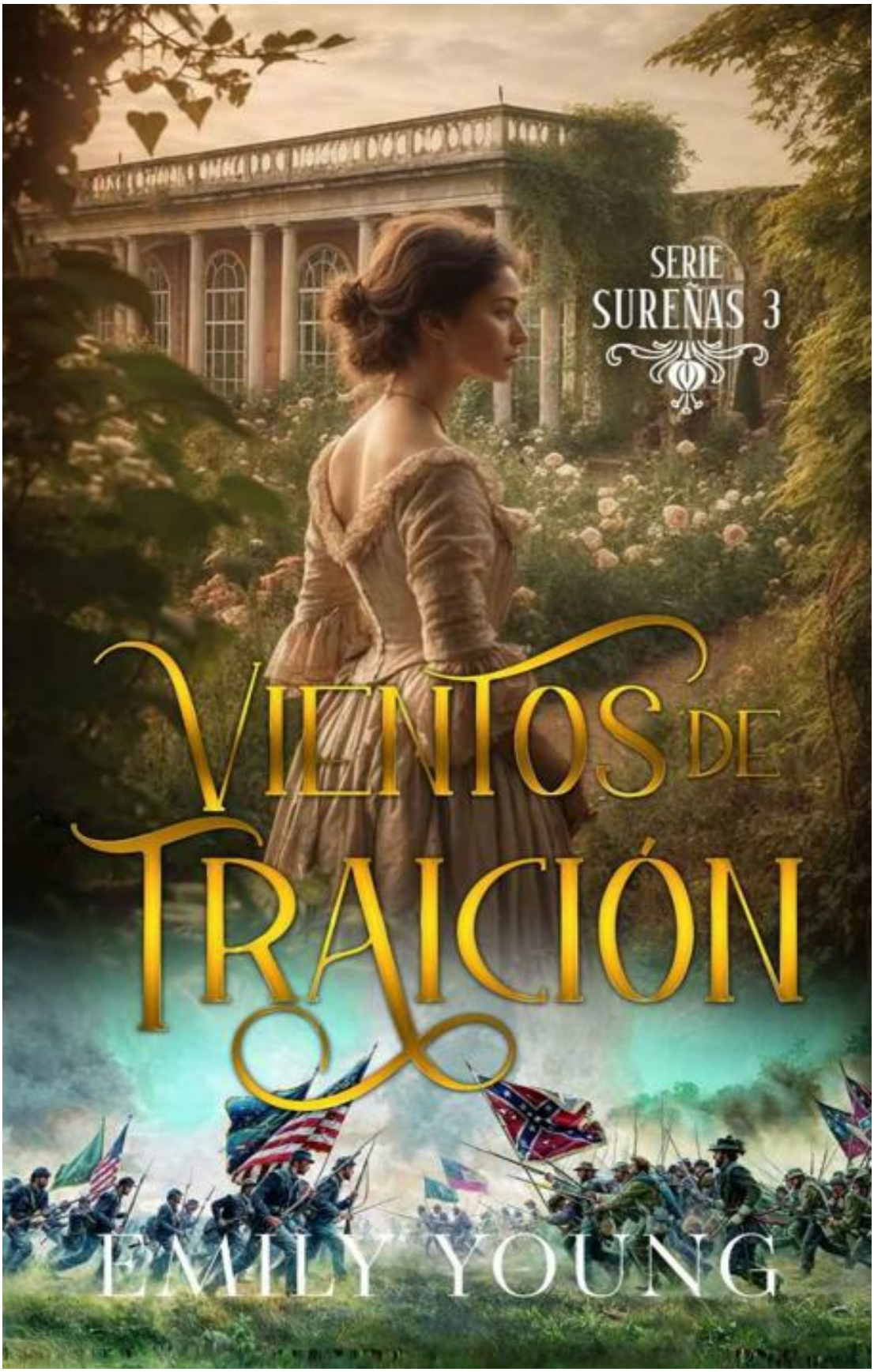
La empujó en toda su longitud en la suave hierba, acunándola contra su palpitante cuerpo.

—Sólo hay una cosa que aún me molesta —dijo con voz profunda.

—¿Sí, muchacho? —respondió ella roncamente.

—¿Crees que alguna vez te enseñaré a llevar faldas como una muchacha apropiada? Estos calzones son una maldición con la que tengo que lidiar.

Siguiente libro de la serie


SERIE
SUREÑAS 3
VIENTOS DE
TRAICIÓN
EMILY YOUNG

Vientos de traición

La guerra había hecho que lo perdiera todo, y ahora, además, debía poner en riesgo su vida… y su corazón.

Cuando los soldados de la Unión toman su casa, Meredith Trevellyan solo desea huir y ponerse a salvo. No contaba con que su hermano mayor la instara a regresar y espiara para la causa confederada.

Ahora, bajo la apariencia de una perfecta dama sureña, Meredith debe ganarse la confianza del enemigo, aunque le resulte cada vez más difícil ver a los soldados confederados como tales. Y menos aún al capitán John Latimer.

El capitán John Latimer se considera un lisiado tras haber perdido una pierna en el campo de batalla. Pero nada impedirá que cumpla con su deber. Ni siquiera la dulce y hermosa señorita Trevellyan. Una mujer que oculta secretos que él está dispuesto a descubrir.

Pero, ¿qué ocurrirá si se entera que Meredith está llevando información a los rebeldes? ¿Y qué pasará si descubre que su interés por él es mucho más que cortés?

Notas

[1]Es un tipo de espada ancha cuyo uso precisaba de las dos manos para ser blandida, y fueron utilizadas y desarrolladas por los *highlanders* escoceses.

[2]Nombre escocés otorgado a un espíritu del agua capaz de cambiar de forma, el cual habita en los lagos y estanques de Escocia. En sus apariciones usualmente se describía con la forma de un caballo, pero es capaz de adoptar una figura humana.

[3]Es el plato nacional de Escocia.

[4] Las fiestas de Yule son festividades históricamente llevadas a cabo por los pueblos germánicos.

[5] Sir Roger de Coverley es una danza campestre inglesa publicada por Thompson alrededor de 1770 y republicada por Platt alrededor de 1811. Es una danza de travesía adecuada para todos los que quieran.

[6]Nombre gaélico escocés de un pequeño puñal que forma parte del traje tradicional de las Tierras Altas de Escocia. Significa cuchillo escondido.